

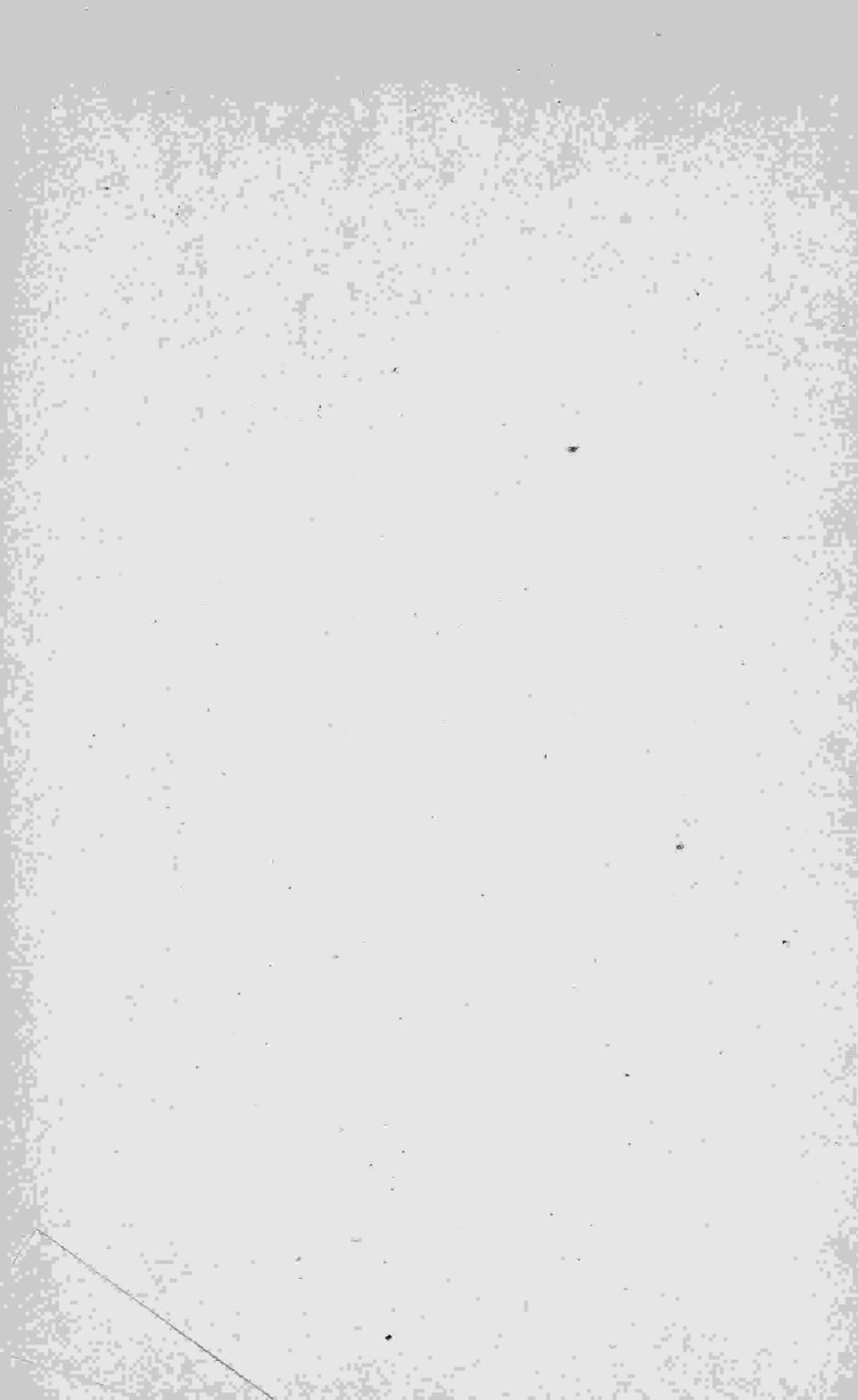
~~4901A~~

~~82-32-5~~

~~5858~~

16.7-9
6884





~~1901 A~~



LECCIONES
DE
HISTORIA UNIVERSAL

THE HISTORY OF THE

REIGN OF

GEORGE THE THIRD

BY

CHARLES CLOUTON

ESQ.

OF

THE

BAR

AND

OF

THE

UNIVERSITY OF

LECCIONES
DE
HISTORIA UNIVERSAL

POR
D. MANUEL DE GÓNGORA Y MARTINEZ

CATEDRÁTICO DE ESTA ASIGNATURA

Y

DECANO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

DE LA

UNIVERSIDAD DE GRANADA

OBRA DECLARADA POR EL REAL CONSEJO DE INSTRUCCION PÚBLICA
DE MÉRITO PARA LA CARRERA DE SU AUTOR
Y DE UTILIDAD PARA LOS ESTABLECIMIENTOS DE ENSEÑANZA
DE ULTRAMAR

TOMO SEGUNDO



SEGUNDA EDICION

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE GÓNGORA Y COMPAÑÍA
Ancha de San Bernardo, núm. 85.

1882

Esta obra es propiedad de su autor,
que servirá los pedidos que se le
hagan en carta dirigida á su nombre,
en Granada, plaza de la Universidad,
número 2.

TERCER PERÍODO

HISTORIA DE LA EDAD MEDIA

(DESDE LA CAIDA DEL IMPERIO ROMANO DE OCCIDENTE, EN 476, HASTA LA TOMA DE
CONSTANTINOPLA POR LOS TURCOS OTOMANOS, EN 1453.)

OCTAVA ÉPOCA



LOS BÁRBAROS. (DE 476 Á 622.)

LECCION PRIMERA

PLAN DE LA HISTORIA DE LA EDAD MEDIA.

CÉSAR CANTÚ: Historia Universal.

A la inmensa unidad creada por el Imperio Romano va á suceder, durante la *Edad Media*, la *Unidad de la Iglesia cristiana*; al imperio de la fuerza y de la conquista el imperio de la caridad y del amor.

Así como Grecia y Roma nos han servido hasta ahora como centros para narrar los sucesos de la *Historia Antigua*, de aquí en adelante este centro será la *Iglesia Católica*; pues no en vano Atila se ha retirado de la capital del mundo ante la presencia del inermes San Leon el Magno, que ha recogido la herencia de Roma, abandonada por los Césares degenerados.

Verdaderamente el estudio de este *Período* histórico espanta al que se propone estudiarlo, al contemplar el incendio de tantas ciudades, la ruina de los magníficos templos, tantas obras de arte demolidas, tanto monumento literario despedazado, la tierra empa-

pada con los arroyos de sangre, hundiéndose, en fin, todo lo antiguo á los golpes incesantes de generaciones desconocidas, que destruyen, al parecer sin objeto, para ser á su vez atropelladas por otras.

Dos generaciones libran, al principio, duelo sin tregua ni cuartel. La romana, que procura conservar y conserva la organizacion antigua; la barbarie, que infiltra en todas partes el sentimiento de la libertad individual, y, entre las dos, el Cristianismo, despojando á la primera de su corrupcion y á la segunda de su ingénita fiereza.

La invasion de los bárbaros es uno de los hechos que confirman, si esta ley no estuviera desmostrada en todos los acontecimientos y en todos los siglos, la ley,—sin la cual nada se explica,—de la intervencion de la *Providencia* en los hechos humanos.

Con efecto, sin las invasiones de los bárbaros, Roma, de conquista en conquista, hubiera acabado por dominar en el orbe entero; lo hubiera arrasado todo con su inmenso nivel y, desapareciendo el génio característico de cada pueblo, tendríamos hoy en el mundo un inmenso imperio, á la manera de los Asiáticos, como el de Constantinopla, por ejemplo, en vez de la variedad deslumbradora de los diversos pueblos europeos.

Con efecto, tambien, sin el aparecimiento del Cristianismo, coincidiendo con el de la barbarie, hubiera sucumbido la sociedad humana, despeñada en el abismo del vicio.

Este último hecho, el aparecimiento del Cristianismo, es de tan grande importancia y trascendencia, que él por sí solo divide la Historia en dos grandes secciones, *el mundo pagano* y *el mundo cristiano*. El primero de estos dos mundos nos sorprenderá á primera vista, como todos los objetos lejanos; pero si

consagramos á él un estudio detenido y desapasionado, detrás de sus brillantes exterioridades, no hallaremos más que vicios horribles y corrupcion en las sociedades, y negras sombras en los más admirados caracteres: á Séneca, adulador de Neron; á Caton, ejerciendo la usura marítima y maltratando á sus desdichados esclavos; á Sócrates, maestro del corrompido Alcibiades, como al moralista Séneca, del infame Neron, dando lecciones de corrupcion á la prostituta Teodata; al clemente César en el monte Herminio ó Amiens; á Tito, *amor y delicia del género humano*, ante la desgraciada Jerusalem: las individualidades y los pueblos, llenos de tan oscuras sombras y de tan negras vicios, que no podremos menos de exclamar:

¡El hombre de la *Edad Antigua*, corrompido por la idolatria, no recobró su dignidad de hombre, hasta el advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo!

Nueva confirmacion de la ley del progreso de la humanidad, conducida por la Providencia.

Si necesitáramos aducir datos para probar esta verdad, demostrando que léjos de ser la *Edad Media* un desierto inaccesible entre el mundo antiguo y el mundo moderno, un largo período perdido para el mejoramiento del hombre, diríamos con un escritor contemporáneo, que parece, cuando menos, soberbia, enumerar entre los bárbaros á Carlo-Magno, á Godofredo de Bullon, á Felipe Augusto, á San Gregorio VII, á Santo Tomás de Aquino, á Dante; que es árduo declarar toscas y groseras á las edades en que se edificaron las catedrales de Westminster, de Nuestra Señora de París y de Colonia, los templos de Toledo, los palacios afilegranados de Granada, la mezquita de Córdoba, y tantas otras creaciones fantásticas de un orden nuevo y original; los siglos en que se inventaron los relojes, los molinos de viento, los hospicios

para los ancianos y para los niños; en que un fraile anunció los antípodas, otro los globos aereostáticos, otro el vapor; en que se desvincularon las propiedades; en que se renovó la industria manufacturera, destruida desde que Roma había subyugado á Cartago; en que se inventaron las letras de cambio; en que se resolvieron los más árduos problemas de la mecánica; en que se estableció un asombroso cambio de semillas, de flores y de telas, entre el Oriente y el Occidente; en que se aproximaron por miles de leguas los cuerpos celestes y se agigantaron las maravillosas pequeñeces de la Creacion con la invencion de los lentes; en que se hicieron posibles los viajes marítimos lejanos con la invencion de la brújula; en la que se dotó á la industria y á la guerra con la pólvora; en la que se aseguró, con la invencion de la imprenta, la perpetuidad de todos los progresos humanos.

Cierto que eran bárbaros y groseros los invasores del Imperio; ¿pero, cómo compararlos con el corrompido romano que había abusado de todas las doctrinas, harto de todos los goces, con su corrompida y grosera disolucion?

Aquellos vírgenes caracteres, que no sabian obedecer, podian, sin embargo, sacrificarse, y conservaban en sus almas la sagrada centella del honor, desconocido de la antigüedad, que iba á utilizar el Cristianismo, logrando que al paso que los bárbaros extendian sus conquistas, eran á la vez conquistados por la Cruz, retrocediendo ellos al Norte para propagar entre sus aborígenes la religion verdadera.

La *Edad Media* se distinguió sucesivamente por tres grandes invasiones: la *germanica*, la *eslava* y la *mahometana* que cubrieron las provincias del imperio, de ruinas y de sangre. Así trascurren cinco siglos, hasta que la poderosa mano de Carlo-Magno recon-

centra el poder, como para juntar á las gentes ántes de separarse para formar naciones diversas; hecho que tiene lugar apénas muere el buen Carlovingio. Aíslanse entónces los pueblos diversos y todo toma un tinte local, menos la Iglesia que no pierde su carácter de universalidad, que lleva á todas partes sus dogmas, su moral, su legislación, su lengua; cuyos individuos se extienden y corresponden del uno al otro extremo del orbe; que reúne á todos los pueblos para una empresa santa, *las Cruzadas*. Durante estas gigantescas expediciones, júntanse como hermanos los representantes de todos los pueblos que habian ido á Jerusalem para reconquistar el Sepulcro del Salvador.

Después, los reyes triunfan del feudalismo y comienzan las grandes sociedades á constituirse; luchan Inglaterra y Francia; húndese el poder de los emperadores alemanes en sus contiendas con la Iglesia; engrandécense las monarquías; prodúcense grandes revoluciones en los estados eslavos y escandinavos, y cae Constantinopla en poder de los turcos otomanos.

Hé aquí el cuadro que debemos trazar, la ruta que debemos seguir durante la *Edad Media*, que abraza un período de cerca de diez siglos.



LECCION II

FILIACION Y COSTUMBRES DE LOS PUEBLOS BÁRBAROS.

En el siglo primero de la era cristiana estaba el Norte de la Germania ocupado por los cheruscos, por los suevos el Sudoeste y por los marcomanos el Sudeste.

En la segunda centuria encontramos dominada esta vasta comarca por pueblos divididos en grandes confederaciones: la de los alemanes, la de los francos, las de los sajones, godos, alanos y vándalos.

Los alemanes no procedían de un solo pueblo, pues estaban constituidos por la confederación de tribus diversas que habitaban entre los Alpes y el Mein. Eran verdaderamente notables los alemanes por su caballería mezclada con los infantes más ágiles y robustos que acompañaban á aquélla, y que en ciertos momentos presentaban al enemigo una infantería improvisada.

Al Norte de los alemanes, entre el Rhin, el Mein y el Weser, parece, en el *mapa Peutingeriano*, levantado en tiempo de Teodosio ó de su hijo Honorio, un país

señalado con el nombre de *Francia*, y debajo de este nombre, dominacion genérica de la comarca, léese: «Chauci, Amsibarii, Cherusci, Chamavi qui *et Franci*.» Los francos eran una de esas ligas formadas con ocasion de las continuas guerras de los bárbaros contra los romanos. Varias tribus errantes de esas comarcas, como los bructeros, los catos, atuarianos y los sicambros, parece que formaron parte de la confederacion de los francos; sin embargo, la fecha exacta de la formacion de esta liga es desconocida, pues unos la señalan despues de las guerras de *Civilis*, miéntras la fijan otros despues de las expediciones de Máximo (235 á 238); bien que el nombre de *Franco* no se halla en los escritores latinos hasta mediado el siglo XI.

Al espirar la tercera centuria, encuéntrase al Norte de los francos la confederacion de los sajones, que desde la peninsula Címbrica y las islas cercanas, se extendieron hasta la frontera de los cheruscos y el pais de los francos.

Estrechados por éstos, se embarcaron para talar las costas de las Galias y de la Bretaña, que habia dejado indefensas el Imperio Romano. Maximiano, colega de Diocleciano, confia á Caraucio una flota contra los sajones, primera vez que se menciona á tan terribles piratas.

Por estos mismos tiempos suenan al Este de la Germania varias gentes, como los godos, vándalos y alanos.

En el año 211 encontramos ya sobre el Danubio inferior á los godos. Estos pueblos, segun Jornandes, proceden de la *Escandinavia*, de donde descendieron hácia el Sur, como los cimbrios y los teutones, encontrándose ya en el siglo primero, lindando al Este con los marcomanos.

Así se establecieron los godos en las comarcas si-

tuadas sobre el *Ister*, que llegaron á dominar desde el Báltico al Euxino, reemplazando á los dacios dominados por Trajano; como los francos y los alemanes habian sucedido á la liga de los cheruscos y de los suevos.

Entre las márgenes del Oder y las costas, en la Pomerania y el Meklemburgo, vivian los vándalos, al Oeste de los godos, con los que los confunden Plinio y Procopio. Los hérulos, los borgoñones y los longobardos, formaron parte de la familia vándala.

Parece que los alanos eran un pueblo originario del Asia, morador por espacio de largo tiempo en el Cáucaso, y al que las emigraciones de las tribus asiáticas habian empujado hácia la Germania.

Tales eran las gentes que en el siglo III poblaban el Este y el Oeste de la Germania. En el centro vivian los restos de la confederacion de los suevos, que, unidos con aquéllos, marcharon á derribar el coloso romano.

Los pueblos de raza germánica no edificaban ciudades. Cada familia se establecia en el paraje que estimaba más conveniente, y la reunion de muchas de éstas constituia un canton, que regia un jefe elegido por la tribu.

Los negocios graves se decidian por la Asamblea general, que se reunia en el plenilunio ó en el novilunio. En ella proponia los asuntos el rey ó alguno de los principales jefes, y la asamblea aprobaba blandiendo las armas ó desechaba con murmullos. Entre estos pueblos habia familias sagradas, de donde salian los reyes ó jefes superiores, como entre los godos los Amalos y los Baltos, y entre los francos los Merovingios.

El Consejo de la tribu fallaba las causas capitales, aunque en la Asamblea general se nombraba á algu-

nos jefes para que administraran justicia, acompañados de cien asesores sacados de cada pueblo, para que los acusados fueran juzgados por sus iguales.

Establecíase el tribunal en una eminencia, al pié de una roca ó de un árbol. Necesitaba probar su acusacion, el ofendido por medio de juramento y de testigos; acudían á la prueba del fuego ó del combate singular; pagaba el homicida ó el autor de heridas cierta cantidad (*wehrgeld*), á que estaba solidariamente obligada su familia; y si aquél resultaba insolvente, era arrojado del canton (*vargus*). La traición y la desercion eran castigadas con la horca: el cobarde era condenado á morir ahogado en el cieno.

Iban las tribus en las expediciones militares á las órdenes de sus jefes, que velaban cuidadosamente por las vidas de sus subordinados, y éstos, en cambio, morían por defenderlos. Así es que, como Tácito afirma, los príncipes y los caudillos trabajaban por la victoria, y los suyos por su jefe, que los mantenía en la guerra: esbozo del sistema feudal de la Edad Media.

El órden predilecto de batalla entre los germanos era la cuña, en cuyo vértice se colocaban los más esforzados; aunque también combatían en filas extensas, y se excitaban con los cantos bélicos, que tanto espanto causaron en las tropas de Mario.

El que más se distinguía en cada familia, por su fuerza ó por su valor, tenía sobre ella, como cabeza y jefe, un poder ilimitado: todos los hijos tenían parte en la herencia del padre; dedicados los hombres á la guerra, las mujeres cultivaban la tierra, sin perjuicio de acompañar á sus maridos en los combates; estimaban mucho á sus mujeres los germanos, en las que creían que había algo de divino, por lo que tenían en grande aprecio sus consejos, y las consideraban como á sus iguales; los esclavos, entre estos pueblos, de-

dicados á la labor, eran benignamente tratados y considerados como colonos.

Más allá del vasto imperio romano estaban los bosques de la Germania, las dilatadas llanuras de la Sarmacia, las apartadas regiones asiáticas y los desiertos africanos.

Desde estos ignotos países se lanzaron los bárbaros sobre el enervado imperio romano, y mientras que los germanos derrumbaban el de Occidente, los eslavos y los árabes despojaban al de Oriente. -

Roma debió su salvacion, como ya hemos dicho, al *Pontificado*, que enarboló en ella el estandarte de la fé católica; y Constantinopla, á sus altas murallas y á su situacion extrema, colocada fuera de las corrientes invasoras, que siguieron hasta el fin de la *Edad Media*, de Este á Oeste, el curso del Danubio, desde el Volga hasta el Loira, con Atila; y desde el Himalaya hasta el Pirineo, con el islamismo, á lo largo del Mediterráneo.

Los eslavos, originarios de la India, y descendientes de los antiguos sármatas, aparecieron en Europa muchos siglos ántes de Jesucristo, y de ellos haremos mencion, como de los árabes, en sus lugares oportunos.

LECCION III

SUCESOS DEL IMPERIO DE ORIENTE, DESDE TEODOSIO II, HASTA LA MUERTE DE TEODOSIO III.

LE BEAU: Historia del Bajo Imperio.

Teodosio II, de edad de siete años, ocupó el trono de Constantinopla, por muerte de su padre Arcadio (408), bajo la tutela del honrado Antemio, que la cedió á Pulqueria, hermana del emperador, al cumplir ésta los diez y seis años.

Dirigido el indolente Teodosio por Antemio, por su esposa Eudoxia (Atenaida) y sobre todo, por Pulqueria, gozó Constantinopla de paz profunda, durante su largo reinado.

Muerto Teodosio (450) y sucediéndole Pulqueria, dió ésta su mano á Marciano, que se mostró digno de este honor defendiendo el imperio contra los sarracenos y obligando á retirarse á los hunos. Tan despobladas se hallaban entónces las ciudades del imperio, que Marciano dió en ellas tierras á los ostrogodos, sárma-

tas, hérulos, hunos, suevos y alanos, restos de las diseminadas hordas de Atila.

Acabada la descendencia de Teodosio el Grande, con la muerte de Pulqueria, ocupó el trono Leon I, el Tracio, al que sucedió su nieto Leon I, que imperó once meses, bajo la tutela de su padre Zenon, el cual entró á reinar apoyado en la guardia Isaurica, de la que era jefe, y que, por tal manera, comenzó á desempeñar en Constantinopla el mismo papel que la pretoriana en Roma.

Este emperador, con su *Edicto de Union*, que dió lugar á grandes querellas y luchas con los obispos, fué el autor de un cisma que preparó los ánimos para que, á la postre, se separan las Iglesias *Latina* y *Griega*.

Intrigas palaciegas, herejias, guerras y rebeliones, llenaron el reinado de Zenon, que fué destronado por los ostrogodos de la Panonia, mandados por Teodorico, de la sangre real de los Amalos, príncipe que se habia educado en la córte de Constantinopla, y que, en premio de sus servicios, obtuvo licencia para dirigirse contra los hérulos que ocupaban la Italia.

Muerto Zenon, su viuda Ariadna se casó con Anastasio, *silenciarío del palacio*, que ocupó el imperio (491) y murió despues de un reinado de veinte y siete años, conturbado por las sublevaciones de la guardia Isaurica; por las invasiones de búlgaros, persas y godos; por las luchas de los Verdes y de los Azules, y por las herejias, eterno cáncer del *Bajo Imperio*.

Tras de Anastasio reinó Justino (518), que desde la más humilde condicion, se habia elevado por su mérito al puesto de prefecto del pretorio; venció á los búlgaros y á los hunos, puso término á las contiendas teológicas y adoptó á su sobrino Justiniano (527).

Casado éste con la actriz Teodora, tomó demasiada parte en las facciones de los Verdes y de los Azules, por lo que, en el año quinto de su reinado, se promovió una sedición en Constantinopla, contra la que pudo sostenerse por la firmeza de la emperatriz y los esfuerzos de los generales Belisario y Mundo, no sin que hubiera que deplorar, entre otras, la ruina de magníficos edificios, el incendio del gimnasio de Zeuxipo, donde Septimio Severo había reunido las obras de los más insignes artistas de la antigüedad, y la muerte de gran número de personajes que fueron ejecutados con Hipacio, á quien los sublevados habían proclamado emperador.

Belisario recibió el encargo de hacer la guerra á los vándalos, la que realizó apoderándose de su capital, entrando sin resistencia en Cartago y venciendo á Gelimero en Tricameron, el cual tuvo que presentarse humilde ante Belisario. En seguida el afortunado general marchó á Italia y comenzó la conquista de este país, que no pudo completar, porque habiendo invadido Cosroes I los dominios del imperio, le fué confiada esta empresa, en la que el caudillo de Justiniano obligó al persa á pedirle la paz. Belisario se cubrió de gloria rechazando á los búlgaros conducidos por el sanguinario Zaber-Kan, hasta las cercanías de Constantinopla.

Justiniano pagó los servicios del tan ilustre jefe con la más negra ingratitud.

Durante estas guerras, las rivalidades de los visigodos devolvieron al imperio casi toda la parte oriental de España.

Pero ni á estas victorias, ni á la conquista de Italia, arrebatada á los ostrogodos por el eunuco Narses, debe Justiniano su fama imperecedera.

Comprendida por el emperador la necesidad de re-

copilar las leyes romanas, encargó esta comision al cuestor Treboniano, que, en union de los más célebres jurisconsultos, reunió en un solo cuerpo las leyes contenidas en los códigos *Gregoriano*, *Hermogeniano* y *Teodosiano*. Tal fué el origen del llamado *Codex repetita praelectionis*; á cuyos trabajos siguió una compilacion de las sentencias de los más célebres jurisconsultos de la Roma imperial, que se tituló *Digestum*, *sive Pandectæ*. Estos trabajos legislativos terminaron con las *Institutiones* y las *Novelæ constitutiones*.

Muerto Justiniano, entró á sucederle (565) Justino II, en cuyo tiempo, abandonada la Italia, cayó en poder de los lombardos. Tiberio II se hizo amar de sus súbditos durante su breve reinado de cuatro años. Sucedió á Tiberio, Mauricio (582), que obtuvo de Cosroes II una paz beneficosa, interviniendo, como mediador, en la guerra civil de los *sasanidas*.

Habiendo los ávaros, unidos á los gepidas y á los eslavos, invadido el imperio, á pesar de las derrotas que les hizo sufrir Mauricio, repuestos aquéllos por la indisciplina de los soldados imperiales, volvieron á acometerle. El jefe de los ávaros ofreció entregar doce mil prisioneros que tenia en su poder, mediante cierto rescate, y habiéndose negado á ello el emperador, les dió cruelísima muerte. Este suceso produjo tanta indignacion contra Mauricio, que las tropas se sublevaron aclamando á Focas, Exarca de los Centuriones (602), y el emperador fué muerto con toda su familia. El reinado del toscó y grosero Focas fué más innoble que calamitoso, á pesar de las epidemias, escaseces y extraordinarios hielos que lo affigieron, y acabó (610) por la rebellion de los Verdes y de Heraclio, hijo del Exarca de Africa.

Cuando Heraclio ascendió al imperio, muchas de las provincias del Norte hallábanse invadidas por el

feroz Cosroes II, que, auxiliado por el ódio sempiterno de los judios, trataba de exterminar el nombre cristiano.

Así, en el asalto de Jerusalem perecieron noventa mil de sus habitantes, fueron abrasados los templos levantados para conmemorar los lugares consagrados por la Redencion, y robado el sagrado madero de la Cruz, que el persa se llevó á sus estados, con un botin inmenso.

Débil al principio el emperador, excitado al cabo por el Patriarca y el Clero, mostró grande energia y puso en pié de guerra un ejército respetable, que fué socorrido con los vasos preciosos y alhajas de los templos, convertidos en moneda, por donacion de aquéllos.

Heraclio libró al Asia Menor y á la Siria, persiguió al vencido Cosroes en sus mismos estados, donde éste fué asesinado por sus súbditos. Concertado Heraclio con Siroes, hijo de Cosroes, regresó á Constantinopla llevando en triunfo la sagrada Cruz que habia rescatado.

Despues de estas insignes victorias, recayó el emperador en su habitual indolencia, en tanto que los árabes se apoderaban de la Persia, hundiendo la dinastia de los sasanidas é invadiendo el imperio griego, al que arrebataron el Egipto, la Siria y la Palestina (638).

Sucedieron á Heraclio siete emperadores que mancharon el trono, más que con su sangre, con sus crímenes.

Envenenado aquél por su suegra Martina, hizo ésta coronar á su hijo Heracleonas (641), que fué mutilado y cortada la lengua á su madre (641); Constante II murió asesinado en Siracusa; Constantino II, Pogonato, hizo arrancar los ojos á sus hermanos y

dejó el imperio á su hijo Justiniano II, que mandó degollar á los habitantes de Constantinopla y fué mutilado por el usurpador Leoncio. A Justiniano II sucede Filépico Bardanes que cae destronado por su secretario Artemio, el cual impera, con el nombre de Anastasio II y se refugia entre los búlgaros forzado por una insurreccion de la escuadra que aclama á Teodosio III, el cual abdica (717), entrando por tal manera á ocupar trono tan envilecido, Leon III, tronco de la dinastía Isauriana.



LECCION IV

LOS OSTROGODOS Y LOS LOMBARDOS EN ITALIA.

Efímero fué el poder fundado en Italia por Odoacro y sus hérulos sobre las ruinas del imperio romano.

Los ostrogodos, obligados á seguir á Atila en sus expediciones, no recobraron su independendia hasta la muerte del jefe de los hunos, que se establecieron en la Mesia y la Panonia.

Teodorico, su rey, obtenido del emperador de Oriente, Zenon, el permiso de conquistar la Italia, seguido de las gentes de raza gótica, atravesó los Alpes Julianos, venció á Odoacro, primero en las orillas del Isonzo, y luego en los campos de Verona; lo sitió en la inexpugnable Rávena, y lo hizo matar con los suyos, á pesar del concierto en virtud del cual se habia apoderado de la ciudad, al amparo de cuyos muros habia resistido Odoacro los esfuerzos del godo por espacio de tres años.

Venturosas empresas militares pusieron bajo la autoridad de Teodorico los paises situados desde el

Danubio á la isla de Sicilia , y desde la Macedonia al estrecho de Gibraltar , afianzando en España la autoridad de su nieto Amalarico , al mismo tiempo que fortificaba su poder uniéndose por medio de enlaces matrimoniales á las familias de los principales reyes y jefes bárbaros.

El gobierno de Teodorico fué más humano y justo de lo que podia esperarse de un jefe godo , apoderado de tan extensos países por derecho de conquista. Al efecto , no vacilando en elegir sus ministros entre los mismos vencidos , nombró á Liberio prefecto del pretorio , á pesar de ser uno de los más fieles partidarios del vencido Odoacro , y fueron sus amigos y consejeros el erudito Simaco , el insigne Casiodoro y el escritor Boecio. El célebre *Edicto de Teodorico* muestra los deseos de este príncipe por armonizar las costumbres de sus súbditos , bárbaros ó romanos , *salvo el respeto al derecho público de cada uno*.

Cuestiones en materias de religion , en que se habia mostrado tan tolerante , á pesar de su arrianismo , sembraron su alma de dudas y de desconfianzas y le llevaron hasta la tirania.

Boecio fué condenado á muerte , que sufrió en medio de tormentos horribles.

Un crimen es por lo comun generador de otro crimen: Simaco fué igualmente muerto , pero los remordimientos se apoderaron tan violentamente del corazon del monarca godo , que , viendo en todas partes la imágen de su ministro , murió al cabo de tres dias en su palacio de Rávena.

A Teodorico sucedió su nieto Atalarico bajo la tutela de su madre Amalásunta , que , empeñada en favorecer á los romanos , excitó de tal manera contra sí la mala voluntad de los godos , que la despojaron del trono , el cual dieron á Atalarico.

Muerto éste á los nueve años, y no tolerando las costumbres godas el reinado de una mujer, por consejo de Amalasunta, fué nombrado Teodato que pagó á su bienhechora haciéndola morir en el lago de Bolsena, concitándose con tan negra ingratitud el desprecio de godos y romanos.

El emperador de Oriente, Justiniano, aprovechó tan hermosa ocasion de recobrar la Italia, presentándose como vengador de Amalasunta, á cuyo efecto envió contra los godos á Belisario, ilustre vencedor de los vándalos. El cobarde Teodato fué depuesto por los suyos, que eligieron á Vitiges, el cual fué hecho prisionero en Rávena y conducido á Constantinopla.

A Vitiges sucedió Totila, que restableció la fortuna de los godos, hasta que fué confiada la direccion de la guerra al eunuco Narses que dió muerte al valiente Totila en la batalla de Nocera (552), con la que acabó la dominacion de los ostrogodos.

Narses gobernó la Italia con el titulo de Exarca por espacio de quince años.

Justino substituyó á Narses con Longino, por lo que y por los menosprecios y los ultrajes de la emperatriz Sofia, irritado el eunuco, incitó á los lombardos á la conquista de Italia, que la invadieron y fundaron la Lombardia, empeñándose en largas y empeñadas guerras que continuaron sus sucesores, hasta que Astolfo, apoderándose de Rávena, dió fin al Exarcado y á la Pentápolis

Queriendo Astolfo apoderarse de Roma, los papas impetraron el auxilio de los francos.

Al efecto, pasó á Italia Pipino (754) y obligó al lombardo á ceder al papa Esteban II, no sólo el ducado de Roma, sino el antiguo Exarcado y la Pentápolis.

Algunos años despues, impetrando el papa Adriano el auxilio de Carlo-Magno contra Desiderio, el rey franco pasó á Italia, destronó á éste y dió fin al reino de los lombardos (774), cuyos estados pasaron á los Carlovingios, con excepcion de parte de la Toscana y el ducado de Perugia que engrandecieron los estados de la Iglesia, como diremos más adelante.

LECCION V

LOS FRANCOS, DESDE SU ESTABLECIMIENTO EN LAS ORILLAS DEL
RHIN, HASTA EL FIN DE LA DINASTÍA MEROVINGIA.

Dando tregua á sus eternas rivalidades y guerras, las tribus germánicas, ante la prepotencia romana, formaron, al otro lado del Rhin, cuatro confederaciones: la de los francos, la de los alanos, la de los turingios y la de los sajones.

Otros muchos pueblos francos estaban establecidos, al comenzar el siglo V, en la margen izquierda del Rhin, en las cercanías del Escalda y del Meusa, á los cuales distinguieron los romanos con el nombre de francos ripuarios, los cuales pelearon al lado de los romanos contra vándalos, suevos y alanos, que invadieron las Galias, despues de haber sido vencidos en Italia.

En la margen opuesta del Rhin vivian los francos cabelludos que, aprovechándose de la debilidad del imperio, atravesaron las fronteras romanas y asolaron el Brabante: Faramundo, jefe de los francos cabelludos, es tenido como el fundador de la monarquía fran-

ca. Otro de estos caudillos, Clodion, invadiendo igualmente el imperio, arrebató Cambrai y Amiens á los romanos y extendió sus conquistas hasta el Soma, á la vez que los bagaudas, con el nombre de liga Armorica, se insurreccionaban en la Galia Occidental.

En tan críticas circunstancias, Aecio, general de Valentiniano III^o, salvó el imperio venciendo á los bagaudas, recobrando á Amiens y forzando á Clodion á retirarse á Cambrai (447). Preparábase el romano para atacar á Meroveo, sucesor de Clodion, cuando, apareciendo el ferocísimo Atila, obligó á que se unieran francos, visigodos y romanos contra el comun peligro.

Muerto Meroveo en los campos Cataláunicos, le sucedió su hijo Childerico (456), en cuyo tiempo los francos se apoderaron de París.

A Childerico sucedió Clodoveo, que derrotando á Siagrius en Soissons, dió fin á la dominacion de los romanos en la Galia. Dirigiéndose en seguida contra los alemanes, en socorro de los francos ripuarios, prometió á su esposa Clotilde, hija del rey de los borgoñones, hacerse cristiano, si, como ésta le prometia, su Dios le daba la victoria.

Vencidos los alemanes en Tolbiac, fiel á su palabra, Clodoveo recibió las sagradas aguas del bautismo de manos de S. Remigio obispo de Reims (496).

En su nueva calidad de príncipe católico, atacó y venció Clodoveo á los visigodos arrianos, en Vouglé, con muerte de su rey Alarico II.

Muerto Clodoveo en París, se dividieron sus estados entre sus cuatro hijos, los cuales, á pesar de sus disensiones, conquistaron la Borgoña; conquista que su padre habia preparado haciendo á sus reyes tributarios.

Los hijos y descendientes de Clodoveo se despe-

dazaron en guerras fratricidas, luchando el elemento más y menos bárbaro, representados por la Austrasia y la Neustria y por sus respectivas reinas, las feroces Fredegunda y Brunequilda.

Al cabo, estas impías guerras terminaron en la batalla de Testry, y el vencedor, Pipino de Heristal, mayordomo mayor de palacio en la Austrasia (687) hizo reconocer al vencido Thierry III, rey de Neustria, como rey de Austrasia.

La autoridad de los mayordomos de palacio, en un principio meros secretarios del rey, fué creciendo hasta convertirse los que la ejercían en verdaderos jefes del Estado.

Generadoras de este hecho fueron las guerras entre la Austrasia y la Neustria, las feroces rivalidades entre Fredegunda y Brunequilda y la debilidad de los últimos reyes francos, que engrandecieron el poder de la aristocracia militar, en los días del mayordomo de Austrasia y opulento conde de las Ardenas, Pipino de Heristal, sucesor de Pipino de Landen, á quien heredó su hijo bastardo Carlos Martel, vencedor de los sajones, y que derrotando en la batalla de Tours (732) al ejército árabe de Abderraman, libró á la Europa de caer bajo el yugo de los árabes.

Carlos Martel, al morir, dispuso de la gobernacion de los estados francos dejando á Carloman al frente de la Austrasia y á Pipino el Breve de Neustria.

De esta manera ocuparon los estados francos algunos príncipes degradados, conocidos en la Historia con el nombre de *reyes holgazanes*, hasta Childerico III, último de la dinastía merovingia, en cuya época, Pipino consultó al papa Zacarias qué debería hacerse con semejantes reyes despreciados y sin autoridad, el cual contestó que *valia más que el que fuera rey de hecho lo fuera también de derecho*.

En su consecuencia, convocada en Soissons la asamblea de los obispos y de los nobles, fué despuesto el idiota Childerico y proclamado Pipino (752), cuya eleccion confirmó el papa Estéban II que consagró personalmente al fundador de la dinastia Carlovingia.

LECCION VI

ESPAÑA, DESDE LA INVASION DE LOS BÁRBAROS, HASTA LEOVIGILDO.

España, dominada por los romanos, sufrió idéntica suerte que los demás países del imperio, sujetos á la señora del mundo antiguo, dependiendo su destino, más que de los emperadores, del carácter de los representantes de su autoridad, atentos, por punto general, tan sólo á su personal medro y que contaban con la impunidad, ejerciendo el poder á tan larga distancia de la metrópoli.

Al comenzar el siglo V, vióse convertida nuestra península en teatro de cruentas guerras y de desgracias sin límite.

En el año 409 invadieron á España innumerables hordas de ferocísimos bárbaros, en lucha incesante entre ellos mismos y con los naturales, que produjeron hambres, muertes y asoladoras pestes.

Primero, los francos, devastaron el país estableciéndose en la Mauritania; luego los suevos regidos por Hermerico, los vándalos de Gunderico y los alanos con sus ferocísimos caudillos.

Al fin, estas gentes se detuvieron, quedándose los suevos en Castilla y Galicia; en Andalucía los vándalos, y los alanos en Portugal, además de los romanos que conservaban el resto de la Península. Más adelante los suevos lanzaron á los vándalos al Africa.

En 414, Ataulfo, unido á Placidia, hermana del emperador Honorio, vino á España y en breve tiempo se apoderó de las comarcas catalanas y aragonesas y estableció su córte en Barcelona; pero, afecto por propia inclinacion y por consejo de su mujer á la cultura romana, excitó Ataulfo los celos de los suyos que lo asesinaron, colocando en su lugar á Sigerico, que pasó rápidamente por el trono sufriendo la misma suerte que su predecesor.

Walia celebró un tratado con Honorio en consecuencia del cual le restituyó á Placidia, y en cambio, el emperador lo reconoció como rey de los godos. Este príncipe, vencidos los estados germánicos que habian surgido en España, y convertida Tolosa en capital de los visigodos, despues de pelear con los vándalos de la Bética, murió, dejando el trono á su pariente Teodoredo ó Teodorico (419). Este se empeñó en prolongadas guerras con los generales romanos Aecio y Litorio, venciendo al último ante los muros de Tolosa y haciéndolo prisionero; victoria que extendió sus dominios hasta las orillas del Ródano.

Teodorico encontró heroica muerte en los campos Cataláunicos, unido á Meroveo y á Aecio contra Atila (451).

A Teodoredo sucedió su hijo Turismundo, á quien asesinó su hermano Teodorico, que, extendiendo sus conquistas hasta las Columnas de Hércules y las márgenes del Loira y del Ródano, venció á los suevos en la batalla de Urbico, y no de otra suerte que como él

había subido al trono, murió asesinado por su hermano Eurico.

Este monarca, legislador de los godos, extendió sus dominios á costa de los suevos, que se habían rehecho nuevamente, y de los romanos á quienes despojó de las ciudades que aún conservaban en la Tarraconense y fijó alternativamente su córte, en Toledo, y Arlés. donde murió (474).

Muy jóven era Alarico II cuando sucedió á su padre Eurico, amenazado por la desmedida ambicion de Clodoveo rey de los francos y la natural inquietud de los ibero-romanos católicos, que, mal contentos, sufrían la intelerante dominacion de los altaneros visigodos arrianos. Alarico, para robustecer su poder, se alió con Teodorico, rey de los ostrogodos de Italia, con cuya hija se casó. Al cabo encendióse cruda guerra entre los francos católicos y los godos arrianos, que terminó con una terrible batalla cerca de Poitiers (507), en la que, vencido Alarico, murió á manos del mismo Clodoveo, que recobró las más importantes ciudades de la Galia Meridional, con lo cual la residencia de los monarcas godos se trasladó á España. Débese á Alarico el código de leyes redactado por Goyarico, conocido con el nombre de *Breviario de Aniano*, por haberlo refrendado este ministro.

Despojado del trono Amalarico por Gesaleico, su hermano bastardo, fué en él restablecido por su abuelo Teodorico que encargó á Teudis del gobierno. Amalarico, para asegurar la paz de sus estados, se casó con Clotilde, hija de Clodoveo, con lo que, en vez de apaciguar, encendió más y más las causas de los disturbios entre visigodos y francos, pues, no entendiéndose por cuestion religiosa y por diferencias de carácter, los cónyuges, Childeberto, rey de París y hermano de Clotilde, invadió la España y Amala-

rico fué vencido y muerto (531) cerca de Barcelona.

Con este príncipe acabó la dinastía de los Amalós y el trono de los godos se hizo electivo.

El ostrogodo Teudis, ayo de Amalarico, sucedió á éste en el reino, el cual fijó su córte en Barcelona y sostuvo largas guerras con los francos en ambos lados de los Pirineos. Teudis, para distraer á los bizantinos que inquietaban á los ostrogodos de Italia, pasó el Estrecho y atacó á Ceuta, sometida al imperio griego; pero fué derrotado en una salida que hicieron los habitantes de la ciudad africana y asesinado á poco en España.

Teudiselo fué muerto, á los diez y ocho meses de reinar, por su libertinaje y violencia; Agila fué destrónado por Atanagildo, con auxilio de los griegos, á quienes tuvo que ceder en pago no pocas fortalezas y ciudades marítimas, y dió en matrimonio sus dos hijas Brunequilda y Gosvinda á los reyes francos Sigeberto de Metz y Chilperico de Soissons. Divididos los magnates á su muerte, Liuva I reinó en la Septimania y su hernano Leovigildo en España, el que por muerte de aquél, volvió á reunir los estados visigóticos.

Leovigildo guerreó con los griegos, á los que despojó de Córdoba, debeló á los cántabros, reformó la disciplina militar, debilitó el poder de los magnates é introdujo grandes economías en los gastos públicos.

Habia tenido Leovigildo, de Teodosia, su primera mujer, á Hermenegildo y á Recaredo, educados en la fé ortodoxa.

Este gran rey, débil en el hogar domestico, estuvo dominado por su segunda mujer, Gosvinda, arriana endurecida en el error, que se empeñó en hacer apostatar del cristianismo á Ingunda, mujer de su hijastro Hermenegildo. En vano envió Leovigildo á su hijo á

Sevilla, ántes con aparato real que de desterrado; Hermenegildo persistió en la fé, rendido el corazon á las súplicas de su esposa y su entendimiento á las razones de San Leandro. Contrariada así la política unitaria de Leovigildo, Gosvinda supo envenenar el corazon de su esposo contra el hijastro, empeñar al padre y al hijo en una guerra civil, y hacer, por último, caer la cabeza de Hermenegildo á los golpes del verdugo (586).

Pero aquella sangre fertilizó el árbol de la Fé, que muy pronto brotó con flores de suavísima fragancia.



LECCION VII

ESPAÑA DESDE RECAREDO Á DON RODRIGO.

FERNANDEZ-GUERRA (D. AURELIANO):
Don Rodrigo y la Cava.

En los primeros días de Mayo del año 589, Recaredo, hijo y sucesor de Leovigildo y hermano de Hermenegildo, reunió en Toledo á casi todos los obispos de la Península y de la Galia Gótica para repetir la incomparable escena del Concilio de Nicea. El Constantino de España abjuró solemnemente el arrianismo, cuyo ejemplo siguieron los obispos, presbíteros y diáconos de esta profesion, y multitud de individuos de la nobleza goda.

¡Sublime y tierno espectáculo del vencedor confesándose públicamente vencido!

Liuva II, heredero de su padre Recaredo (601), fué asesinado por el arriano Viterico que obtuvo igual fin que su predecesor y al que sucedió el católico Gundemaro, vencedor de bizantinos y vascos.

A la muerte de este príncipe, ocupó el trono, por

eleccion (612), el ilustre Sisebuto, que, aprovechando las guerras en que el emperador Heraclio estaba envuelto, en dos campañas se apoderó de la Edetania, de la Contestania y de casi todos los territorios que conservaban los romanos en las orillas del Mediterráneo. Igualmente afortunado en la guerra de Africa, conquistó la Mauritania Tingitana, separada del gobierno de la Península desde la invasion de los vándalos.

Tras de Sisebuto imperó Recaredo II; muerto éste al cabo de tres meses, reinó el licencioso Suintila, debelador de los vascos; luego Sisenando, en cuyo tiempo se celebró el IV Concilio Toledano, presidido por San Isidoro, arzobispo de Sevilla, y despues Chintila y Tulga.

Bajo Chindasvinto y su hijo Recesvinto se dictaron importantes reformas legislativas encaminadas á unificar las razas vencedora y vencida, goda é ibero-romana.

Wamba, unánimemente señalado por los próceres y los obispos, entró á reinar (672), no sin que hubiera necesidad de obligarle á ello por medio de la violencia. Este príncipe reunió el XI Concilio de Toledo, luchó con los vascos sublevados, sujetó el alzamiento de la Galia Gótica, venció á los sarracenos, que por entónces aparecieron en las costas de España, reformó la legislacion, y engrandeció á Toledo con magníficos edificios y grandes fortalezas.

Ervigio, nieto de San Hermenegildo, hizo cortar la cabellera á Wamba, con lo que lo inhabilitó para reinar, con arreglo á las costumbres germánicas, y ocupó el trono. Este monarca convocó los Concilios XII y XIII, y fué sustituido en el poder por Egica (688), reformador, como su predecesor, de la legislacion en el XIV Concilio; reformas que dieron origen

al célebre Código conocido con los nombres de *Libro de los Godos*, *Libro de los Jueces*, *Código de las Leyes*, y desde el siglo XIII con el de *Fuero Juzgo*. En tiempo de Egica se celebraron los Concilios XIV, XV, XVI y XVII de Toledo.

El cruel y licencioso Witiza, hijo de Egica, ocupó el trono á la muerte de su padre, con el cual lo habia ántes compartido. Pravo y lascivo este principe, fué causa de la ruina y perdicion de España, que, inerme entónces y degradada por semejante rey, fué invadida por los sarracenos. El Senado condenó al miserable monarca, y no queriendo que ni sus indignos hijos ni sus míseros hermanos dirigiesen el timon del Estado, negó el trono á Olmundo, Rómulo y Ardobasto, sus hijos, y á D. Oppas y Sisberto, sus hermanos, y reuniéndose con la brevedad que tan gran peligro exigia, en 1.º de Enero del año 711, eligieron á D. Rodrigo, hijo de Teodofredo y nieto de Recesvinto.

Despues de varios sucesos, vuela el nuevo rey á detener la terrible invasion de los sarracenos, que, acaudillados por Muza, despues de asolar la Tingitania y de desbaratar á Rechila, duque de la provincia, se habian apoderado de Tánger en el año 711 y sitiaban á Ceuta, defendida por el conde Julian. Resiste Ceuta, pero Julian echa sus cuentas, y halla que ninguna le sale tan buena como entregar las ciudades y castillos de su mando á los árabes, con provechosas condiciones para él, su familia y amigos, é ir á la parte en las afortunadas empresas y aventuras de los sectarios de Mahoma. Pónelo así por obra. Taric, lugarteniente de Muza, exige del conde, para darle crédito, que se declare en abierta rebelion contra Witiza, y hácia el otoño de 709 atraviesa Julian el Estrecho, lleva la desolacion y la muerte á las comarcas de Algeciras, y repasa luego el mar con muy rica presa y gran núme-

ro de cautivos. Asimismo Taric y Muza envían, en Julio del año siguiente, sobre la que por ello se denominó Tarifa, otra expedición, confiada á Tarif-Abu-Zara, que vuelve á Ceuta con ópimos despojos.

Entre tanto, ocupado D. Rodrigo en hacer la guerra á los jamás domados vascones, y noticioso de la invasión sarracénica, envía contra ella á su sobrino Sancho, que muere en la demanda; y el rey tiene que abandonar la guerra del Norte para acudir á la más temible del Mediodía. Comete la imprudencia de confiar varios cuerpos del ejército á los pérfidos hijos y hermanos de Witiza, los cuales se pasan á la hueste del invasor en el decisivo trance de la batalla. Duró ésta ocho sangrientos soles en las cercanías del Guadalete, desde el domingo 19 al 26 de Julio de 711.

Es pues de todo punto falso el cuento de *Florinda ó la Cava*, invención de novelescos autores árabes, extraño á nuestros serios y formales cronistas, y comenzado á acoger en el siglo XII, por escritores faltos de reflexión y amigos de novedades.

De seis á siete meses había durado el reinado del infeliz D. Rodrigo.

Ahora bien; ¿cual fué la causa de la decadencia y ruina del poder de los visogodos en España?

Ciertos escritores, por su mayor parte extranjeros, envidiosos y malévolos, encuentran ya el origen de este hecho en la conversión de Recaredo, y pintan á los príncipes godos dominados y enervados por los obispos, y á España víctima de la *Teocracia*; olvidando que cuando un pueblo invade á otro más numeroso, si aquél se conserva en orgulloso aislamiento, desaparece al cabo en la impotencia; que la victoria es, pasado más ó menos tiempo, para la raza más civilizada, y por último, que la religión simbolizaba

entónces la unidad nacional y la independenciam de la raza oprimida.

La causa de la decadencia de la monarquía visigoda en España, no puede encontrarse, pues, en la llamada *Teocracia Episcopal*.

Asolada nuestra Península por las invasiones de suevos, vándalos y alanos que pasaron sobre ella como devastador torrente de lava, dominaron al cabo los visigodos. Parecía que estos conquistadores, teniendo en cuenta su escaso número, tratarían de asimilarse á la raza indígena; pero léjos de ello, los iberos-romanos fueron inhumanamente despojados de las dos terceras partes de los pocos bienes raíces que les quedaban, y hechos siervos de la tierra, á merced de sus orgullosos señores. Los pueblos, sometidos á toda clase de gabelas y tributos, se conocían en el reino de Leon con el nombre de *populi romanorum*; distinta era en gran parte la religion de vencedores y vencidos aún despues de la conversion de Recaredo; vedáronse los matrimonios entre españoles y visigodos, y el mismo *Breviario de Aniano* viene á demostrar la sancion oficial del aislamiento de la gente goda.

Felizmente los sucesores de Recaredo comprendieron al fin que no había salvacion sino acudiendo á los obispos como más ilustrados y de mejores costumbres y buscando la unidad en la religion. Pero, ¿es culpa de la Iglesia el tenaz aislamiento de la raza dominadora, y que, al civilizarse, perdiera ésta su entereza y su empuje guerrero?

La supremacia de los obispos, léjos, en fin, de ser una usurpacion, léjos de ser inexplicable fenómeno, téngase en este sentido por un hecho constante y repetido en la Historia. En el primer momento logró la victoria el más fuerte; pero luego, como siempre acontece, quedó vencido el menos ilustrado.

Obsérvese con atención, que la Iglesia, trató sin descanso de arrancar el gérmen de destrucción que debilitaba la monarquía, el fiero aislamiento de los godos. Así prepara y consigue el decreto de unión de las dos razas, haciendo que autorice el hijo de Leovigildo los matrimonios entre romanos y godos; pero la ley no es observada, y, aún en documentos posteriores á la invasión árabe, todavía se encuentra la distinción de *Gothus et Romanus*, que hallamos en una ley de Wamba. Inútiles fueron, pues, los esfuerzos de los obispos: lograron éstos que desapareciera la diferencia legal de las personas, pero las huellas de la diversidad de origen no se borraron de la memoria de todos, ni aún en los tiempos de calamidad y de común y espantosa ruina. Para evitar los tumultos, tan frecuentes en las sucesiones reales, llévase la elección de los príncipes á los Concilios, pero las vacantes se cubren por medio del puñal y los reyes escalan generalmente el trono, apoyándose en la sedición y en la fuerza. Publíquese el *Forum Judicum*, y no es obedecido, pudiendo asegurarse, que allí donde la ley lucha con los germanos usos y costumbres, es un texto muerto y sin eficacia alguna. Así se conservan, contra el Libro de los Jueces, el *placitum germanicum*, los juicios de Dios, el juramento compurgatorio, la reserva de castigar personalmente las injurias, las guerras privadas, las compensaciones pecunarias en los delitos, el derecho de poder despedirse del rey ó del señor el vasallo ó el magnate que se consideraba ofendido.

Léjos, pues, de encontrar la causa de la decadencia de la monarquía visigoda en lo que algunos apellidan la *influencia teocrática*, contemplaremos á los descendientes de Recaredo, amparándose de la Iglesia, en medio del tumulto de los tiempos, como único centro de verdadera cultura en el desorden de aquella

sociedad; y á la Iglesia asentando en cambio la noción del respeto al principio de autoridad, con la noción de la unidad de Dios, de la fé del católico, de la doctrina una é inmutable, de la jerarquía eclesiástica, de la obediencia á las órdenes superiores, igual para todos, del respeto al César; cambiándose así la rudeza primitiva del germanismo y la licencia romana por las costumbres propias del catolicismo. Así vemos en los Concilios, adunados el sacerdocio y el imperio, tratar de todas las materias, para de esta manera dirigir el primero con libertad las conciencias, y para reprimir el segundo los actos exteriores con la sancion de la religion.

Pero ¿es imputable á los obispos, de raza española casi todos, ese tenaz apego de los visigodos á sus antiguas costumbres, que no pudieron vencer, á pesar de los esfuerzos de la Iglesia unidos con los de los príncipes, esfuerzos que se consignaron en el *Forum Judicium*, pero que no lograron la conveniente sancion en las costumbres?

¿Era acaso culpa del clero y de los Concilios la dolorosa memoria que habia quedado entre los antiguos habitantes de España, de las devastaciones de los bárbaros al poner el pié en la Península, de que los invasores quisieran hacerse propietarios y despojasen á los dueños, segun ya hemos referido, imponiéndoles además el tributo de la vigésima, las cargas personales, la necesidad de acudir á la hueste, y en una palabra, las obligaciones todas? ¿Que á estos males se agregara la conservacion de la Curia, con casi todos los caracteres de su antigua odiosidad, pesando sobre los romanos, es decir, sobre los vencidos, y que los visigodos se apartaran tenazmente de los *ibero-romanos*?

¿Debe imputarse acaso á los obispos que los ven-

cedores , cediendo necesariamente al blando influjo de un clima más meridional , se civilizaran , que adquirieran nuevos hábitos , más suaves costumbres , perdiendo su antiguo valor , su rudeza bárbara , hasta el punto de que Wamba se viera en la necesidad de dictar severos preceptos contra los nobles godos que rehuían el servicio militar y que cultivaran felizmente la poesía Sis ebuto, Chintila y Chindasvinto?

¿Es acaso crimen de la teocracia que bajo la férrea mano de una sociedad intransigente y altiva , viviera otra sociedad más numerosa , vejada por los tributos y el menosprecio , y que á cada momento protestara con las armas en la mano? ¿Promovió la teocracia episcopal la guerra de los bagaudas , que desde Taragona recorrió las márgenes del Ebro , propagándose en Aragon , en Navarra y en Castilla ; el alzamiento de los navarros en tiempo de Recaredo ; el de los vascos y cántabros , y la guerra en las sierras de Alcaráz y de Cazorla contra Leovigildo ; las luchas del suevo Mirón con los riojanos , las de los montañeses del Norte en tiempo de Sisenando , las de los vascongados bajo Suintila?

¡La teocracia episcopal!

Preciso es no olvidar para ser justos , que entre Recaredo y la ruina de la monarquía visigoda , medió un siglo de grandeza y de bienestar envidiable , dadas las condiciones del pueblo que acaudilló Ataulfo y que anteriormente hemos expuesto. Alguna vez ha de buscarse el origen de las calamidades públicas en los gobernados , no siempre en los gobiernos.

Fuera de que el cáncer donde verdaderamente estaba era en que no se habia podido consolidar la unidad española con la refundicion de las razas y de todas las diversas tribus que poblaban la Península , de modo que formasen una sola familia unida por los

vínculos de la sangre, de la religion, de los intereses, de una misma y sola lengua, de unas mismas ó parecidas costumbres; cántabros, astures y vascones conservaban en el siglo VIII la misma indómita fiereza y carácter independiente é individual que en los dias de Augusto; y á todos los españoles era indiferente, en el duro trance de tener un amo déspota, que éste fuese romano, godo ó árabe.

Recuérdese que, cuando el Oriente invade á España, pisando los hijos de Agar las playas andaluzas, el godo príncipe Don Rodrigo se hallaba en aquel punto debelando á los vascones, y que, sin vencerlos, se vió forzado á marchar á la Bética en busca de los nuevos enemigos.

Por eso, para jamás levantarse, la monarquía visigoda cayó herida de un solo mortal golpe en las márgenes del río Chriso, en el Campo Asidonense.

LECCION VIII

LA BRITANIA, DESDE SU ABANDONO POR LOS ROMANOS,
HASTA ALFREDO EL GRANDE.

Acometido el Imperio Romano por los bárbaros, vióse forzado á llamar las legiones que ocupaban los países distantes ó no limitados por fronteras naturales. Entre los territorios abandonados por los imperiales, se contó la Britania, ocasion que aprovecharon los pictos y los escotos para abandonar las rocas inaccesibles, tras de las cuales habian conservado su independencia, para invadir las feraces llanuras.

Los britanos pidieron auxilio á Aecio, general romano que mandaba en las Galias, y habiéndoselo negado éste, restableciendo el gobierno de los clanes, lucharon con los invasores.

Vortigerno, príncipe de Cronwall, trató de unir las voluntades de los jefes de las tribus para resistir á los invasores; pero en la imposibilidad de lograrlo, acudió á los extranjeros para que protegieran el país.

Por aquel tiempo habian desembarcado en las costas británicas tres naves de sajones (jutos), audaces

marinos que, procedentes de las costas del Holstein, se habian establecido desde el Eider á la desembocadura del Ems, y á ellos acudió Vortigerno demandándoles auxilio y ofreciéndoles como recompensa la isla de Thanet.

Los atrevidos piratas, convocando á los suyos, acudieron con diez y siete naves y mil quinientos hombres.

Como siempre acontece, los auxiliares convirtieronse al cabo en amos, y recibiendo refuerzos, trataron de hacer suyo el país que habian sido llamados á defender.

Puesto Vortigerno al frente de los desesperados naturales, atacó á los sajones matando á Horsa y obligando á Engisto á reembarcarse; pero al poco tiempo regresó éste á la isla con grandes fuerzas, ante las que sucumbieron los britanos. El caudillo germánico asoló gran parte de la isla, y fortificándose en el país de los cancios, fundó el reino de Kent.

Facilitado el camino, la inagotable Germania no cesó de arrojar sus tribus unas tras otras sobre la desventurada Britania; y como Engisto estableció el reino de Kent, otros caudillos sajones fundaron los de Sussex, Westsex y de Essex.

Los britanos, acosados por todas partes, unos se enriscaron en las montañas de Gales y de Cornuaille, y otros se establecieron en la Armónica, adonde llevaron su nombre (Bretaña), sus costumbres, su religion y su idioma.

La fortuna de los sajones tentó á otros pueblos, los anglos, que vivian en las costas de la Holanda y el Holstein, los cuales invadieron tambien la Britania, fundando los reinos de Northumberland, Estanglia y Mercia, que con cuatro de los primeros invasores formaron la Heptarquia anglo-sajona.

El sanguinario culto de Odino que los conquistadores importaron de la Germania, mantuvo entre ellos, hasta fines del siglo VI, costumbres feroces y desordenadas; pero habiéndose casado el rey de Kent (597) con Berta, hija de Cariberto, rey de Paris, impuso éste como condicion del matrimonio, que aquélla no habia de ser inquietada en el libre ejercicio de su culto. Berta, pues, fué á Kent acompañada de un obispo que dispuso favorablemente los ánimos hácia el Cristianismo. Sabido esto por el papa Gregorio el Grande, mandó cuarenta misioneros que convirtieron al rey de Kent, con la mayor parte de sus súbditos. La hija de Berta, casada con el rey de Northumberland, logró otro tanto de su marido y de sus vasallos; ejemplo que siguieron el rey de Mercia y el de Westsex.

Inseparable del Cristianismo la civilizacion verdadera, entró con estas conversiones en las islas Británicas, que en adelante produjeron insignes varones animados de apostólico celo.

Sin embargo, las instituciones y el espíritu guerrero y feroz de los fundadores de la Heptarquía, habian de producir sus naturales frutos.

Entre los diversos Estados y caudillos sobrevinieron guerras crueles; los reinos de Estanglia, Essex y Sussex desaparecieron luego; el de Westsex comenzó á dominarlos á todos en el reinado de Ina, á quien heredó su sobrino Egberto (800).

Este príncipe, educado en el ejemplo y en la corte de Carlo-Magno, era simpático á los anglo-sajones, como último vástago de las primeras dinastías; el cual, en guerra con los usurpadores, sojuzgó todos los Estados de la antigua Heptarquía y formó de ellos uno solo.

El reinado de Egberto hubiera sido fecundísimo para la cultura británica sin las invasiones de los piratas daneses.

Estos bárbaros, de idéntico origen que los anglosajones, conservando su nativa ferocidad, invadieron el país y derrotaron á Egberto, que se vió envuelto con sus sucesores en una guerra interminable; pues los daneses no cesaban de invadir el país, robándolo, talándolo y regresando al suyo cargados de despojos.

No contentos los invasores con estas pasajeras empresas, decidieron (861) establecerse definitivamente en la Britania.

A este fin hicieron cruelísima guerra, apoderáronse de casi todo el territorio, y por último, invadieron el país de Westsex y vencieron y dieron muerte á Etehlredo, rey de esta comarca.

En tan desesperadas circunstancias, los anglosajones, desentendiéndose de los hijos de Etehlredo, pusieron sus ojos en Alfredo, hermano del rey difunto, para que salvara la patria que sucumbia ante el furor de los piratas.

NOVENA ÉPOCA



MAHOMA (DE 622 A 800)

LECCION IX

MAHOMA. — LOS CALIFAS HASTA LA TOMA DE BAGDAD
POR LOS MONGOLES.

La Arabia es una vasta península limitada al Norte por el Egipto y la Turquía Asiática, al Este por el golfo Pérsico, al Sur por el golfo de Oman, y al Oeste por el mar Rojo y el Egipto.

Esta region estuvo poblada en tiempos remotísimos por los aditas en el Centro, los arameos en el Sur, y los amalicos en el Norte. Más adelante, á estos pueblos uniéronse los jectanidas, procedentes de Jectan, hijo de Heber, y los ismaelitas, procedentes de Ismael, hijo de Abraham y de Agar, que al fin ocuparon la mayor parte de la Arabia.

En el siglo VIII ántes de Jesucristo, dominan los jectanidas, entre cuyos reyes debe mencionarse á Hymiar, tronco de la familia hymiarita, que reinó en el Yemen hasta su conquista por los abisinios (522), los cuales introdujeron el Cristianismo en la Arabia Feliz y en parte del Hedjaz, y fueron lanzados más tarde (597) por los antiguos habitantes del país con el auxilio de los persas.

El Hedjaz, sometido por tribus jectanidas, fué invadido por Senaquerib, asolado por Nabucodonosor, sustituyendo á los jectanidas la tribu de los Coraitas y á ésta la de Coreise, de que procedía Mahoma.

Huérfano de padre á los dos meses (569) y de madre á los seis años, dedicóse el futuro innovador desde la adolescencia al comercio y entró más adelante al servicio de la viuda Jadicha, que al cabo lo hizo su esposo, cuando ella contaba cuarenta años de edad y él veinticinco.

Después de quince años de casado comenzó Mahoma su misión diciendo que era enviado de Dios para extirpar la idolatría y restablecer el gobierno patriarcal, formulando la nueva fé en estas sencillas palabras: *No hay más que un sólo Dios y Mahoma es su Profeta.*

Sus parientes y amigos fueron sus primeros sectarios; pero encontrando émulos dentro de su propia tribu, se vió obligado á huir á Yatrib, en el Hedjaz, conocida desde entónces con el nombre de Medina, (ciudad por excelencia), que, como rival de la Meca, acogió favorablemente al fugitivo. La entrada de Mahoma en Yatrib (16 de Julio de 622) señala el principio de la era de los musulmanes (Egira ó fuga).

Medina se convirtió brevemente en foco de un incendio, débil al principio, pero que muy en breve se trocaría en volcan voracísimo que había de abrasar al universo.

Mahoma atrajo á todos los disidentes de las demás religiones, y por espacio de siete años estuvo en guerra con sus parientes los Coreschitas, hasta que al cabo, convirtiéndolo á algunos y venciendo á muchos, entró triunfante en la Meca, donde abolió el culto de los ídolos y se hizo proclamar primer Conductor del pueblo árabe y Soberano Pontífice de la nueva religión.

En guerra con otras tribus que contrariaban sus preceptos, al cabo de diez años de la Egira, dominaba en la Arabia, habia invadido las provincias griegas, y forzado á no pocos reyes á aceptar el islamismo.

El profeta murió en Medina (6 de Junio de 632) á los sesenta y tres años de edad.

Muerto Mahoma, vacilaron los suyos en la persona de su sucesor, fijándose, por último, en Abu Beker, padre de Aija, una de las mujeres del profeta.

A este primer califa se debe la publicacion del Coran.

No sabiendo escribir Mahoma, reunieron sus secretarios sus inspiraciones y sentencias, que coleccionó Abu Beker en capítulos, dando el texto auténtico.

Hállanse mezcladas en el Coran las tradiciones sobre los primitivos pueblos arábigos y los patriarcas hebreos, las visiones de Mahoma sobre los fundamentos de su religion y gobierno, y gran número de preceptos morales.

Los principales dogmas del Coran están tomados de las religiones cristiana y judáica, que Mahoma conoció en los viajes y expediciones que llenaron su juventud, y se hallan distribuidos en dos clases: una concerniente á la fé, y otra á la práctica de la vida. Cuéntanse entre ellos la creencia en la unidad de Dios, en los ángeles y en los profetas, de los que Mahoma es el mayor, la inmortalidad del alma, la vida futura, las penas y recompensas, y la predestinacion necesaria de las acciones humanas. Preceptúa la oracion, que ha de hacerse cinco veces cada dia, las purificaciones, la circuncision, la limosna, los ayunos y la peregrinacion á la Meca.

El Coran es para los musulmanes fundamento y base del derecho civil y político.

Segun él, la poligamia, con ciertas restricciones,

es legal, y legítimos los hijos tenidos con las diversas mujeres; puede el homicida redimir su culpa con dinero, si lo consienten los parientes del muerto.

Pero, sobre todos los preceptos, es el más estrecho el de combatir contra los enemigos del Islam. Al efecto, ha de notificarse á todos los pueblos que lo abracen ó se sometan á ser esclavos ó tributarios, equivaliendo la negativa á una declaracion de guerra, en la cual los creyentes deben exterminar á los hombres y reducir las mujeres y los niños á la esclavitud.

Alí, marido de Fátima, hija del profeta y de su primera mujer, descontento de la eleccion de Abu Beker, como sucesor de Mahoma, se retiró con sus parciales, dando origen al cisma que aún tiene divididos á los musulmanes en sunitas, los de Abu Beker, y en chitas los de Alí. Los turcos otomanos pertenecen á los primeros, y los persas á los segundos.

Abu Beker dió la señal de la guerra invadiendo la Siria y la Mesopotamia, y haciéndose dueños sus generales de Palmira, de Bosra y de Damasco, donde los griegos habian concentrado sus fuerzas.

Omar (364) se apoderó de la Fenicia, de la Palestina, del Egipto y de la Persia, y murió asesinado por un esclavo.

A Omar sucedió Othman, que acabó de someter el Egipto, mientras que Abdallah derrotaba ante Trípoli al prefecto Gregorio. Moavia, gobernador de Siria, invadió las islas de Rodas y de Chipre, y Said la Persia, destruyendo el imperio de los Sasanidas, mientras que otros caudillos asolaban el Asia Menor y la Armenia.

Othman murió asesinado (655).

Alí, que ocupó el Califato, luchó primero con la faccion de Aija, su eterna enemiga, y á seguida contra una insurreccion preparada por Mohavia, de la fa-

milia de los Omeyas, pereciendo á poco á manos de un asesino.

Mohavia tomó el título de Jefe de los creyentes que hizo hereditario en su familia; trasladó la sede del imperio á Damasco y envió sus flotas contra Constantinopla que las rechazó por medio *del fuego griego*, y ensanchó sus dominios en Africa.

Muerto Mohavia se vió el imperio musulman devorado por la anarquía durante tres reinados, en los cuales hubo califas de diversas facciones, elegidos á la vez en Siria, en Arabia y en Persia, aunque triunfando al cabo los Omeyas (785).

Con Abd-el-Malek, que pertenecía á esta familia, comenzó un nuevo período de gloria y de conquistas para el Califato.

Imperando Gualid I, V de los Omeyas, vióse invadida y casi conquistada España.

El imperio de los árabes llegó á ser entónces tan extenso, que era imposible su gobierno bajo la autoridad de un solo hombre.

Los sucesores de Gualid, déspotas, indolentes y sanguinarios, se hicieron aborrecibles de sus pueblos; los príncipes descendientes del profeta conspiraron en favor de Abul-Abbas, descendiente de Abbas, tío de Mahoma, y Mervan II, último de los Omeyas de Oriente, fué muerto en una batalla (750) y exterminada su familia.

Abul-Abbas, apellidado el *Sanguinario*, murió al cabo de cuatro años y tuvo por sucesor á su hermano Almanzor, que tratando de mudar la capitalidad del Califato, fundó á Bagdad, que en tiempo de sus sucesores llegó á ser la ciudad más rica y culta del mundo.

El reinado de Mahdí, tercer abasida, se hizo notable por las expediciones contra los griegos dirigidas por el jóven Harum-ar-Rachid, que más adelante llegó

á ser califa. Este cultísimo príncipe atrajo á su córte con grandes recompensas á los sábios de todos los países y de todas las regiones é hizo verter al árabe los más afamados libros de la culta Grecia. Sin embargo, en su tiempo sufrió el imperio dos grandes desmembraciones en Africa: la de los edrisitas en la Mauritania (Fez), y la de los aglabitas (Cairuan), que por espacio de dos siglos dominaron en el Mediterráneo y se apoderaron de las islas de Córcega, Sicilia y Cerdeña.

Apasionados los califas, sucesores de Harum, por las cuestiones religiosas, el desventurado Al-Mamun sufrió las consecuencias de estas reyertas. Motasen, su sucesor (841) cometió la gravísima falta de admitir para su guardia esclavos turcos de origen tártaro, que al cabo dispusieron del supremo mando.

El débil Rhadí concedió á uno de sus oficiales turcos el honor de Supremo Emir, reservándose el Pontificado.

La autoridad religiosa de los Abasidas se conservó hasta el año 1258 en que, apoderándose los mongoles de Bagdad, acabaron con el Califato.

LECCION X

LOS ÁRABES EN ESPAÑA, DESDE LA BATALLA DE GUADALETE A LA
FUNDACION DEL CALIFATO DE CÓRDOBA.

Después de la batalla de Guadalete, Taric, hábil político cuanto experimentado capitán, ordenando á los suyos que se abstuvieran de ofender á los pueblos pacíficos y desarmados, que sólo persiguieran á los que tuviesen armas, favoreciesen y tomasen parte en las guerras y obstinada defensa del país; que no robasen ni apiñasen despojos sino en campo de batalla ó entrada por fuerza en las ciudades enemigas, dividió su ejército en tres cuerpos con orden de reunirse en *Gienium* (Jaen). Mugeit el Rumí, que mandaba uno de ellos se apoderó de Córdoba; Taric, arruinó á la *Bastitana Mentesa* (La Guardia, Jaen), y venció á Teodomiro; Zaide se encaminó con los suyos á *Iliberis* y contando con los habitantes de Garnata, población compuesta de judíos, armó á éstos y les confió el mando de Iliberis, donde indudablemente vengaron el menosprecio con que anteriormente habían sido tra-

tados. Toledo abrió sus puertas al afortunado Taric, que concedió una capitulación honrosa.

Muza y Abdalasis extendieron el ancho círculo de la dominación árabe, y apercibido el último de que los judíos y españoles amigos se hallaban oprimidos por Teodomiro y los suyos, se encaminó en busca de éste, que noticioso de las intenciones del hijo de Muza, quiso continuar la guerra al abrigo de los montes de Cástulo y de Segura, viniendo tras varios sucesos á capitular paces con él en Auriola (Orihuela), paces que más adelante confirmó el califa.

Hecho esto, Abdalasis pasó con sus huestes á las comarcas de la sierra de Segura y entró en Basti (Baza), en Acci (Guadix), en Gienium, en Ilíberis y, en Garnata que, como ya hemos dicho, tenían los judíos, y se apoderó de Antequera y de Málaga sin hallar resistencia.

Entretanto, los desdichados náufragos de Guadalete se acogieron al amparo de los Pirineos, á ese eterno valladar levantado por la Providencia como escudo de la libertad de nuestra patria, acogiendo entre los heroicos vascones, últimas gentes que en España resistieron el poder de Augusto, entre los que, aún en tiempo de D. Rodrigo, sostenían la protesta armada de su independencia.

Las familias á quienes no había herido de muerte la caída de los visigodos, y que, fiando en las promesas de los árabes se quedaron viviendo entre los invasores al amparo de los conciertos y promesas, fueron conocidos con el nombre de mozárabes.

Asesinado Abdalasis, Ayub trasladó la residencia de los emires, desde Sevilla, la antigua metrópoli de los turdetanos, á Córdoba, capital de los túrdulos.

¿Qué suerte cupo á los cristianos españoles durante la dominación de los infieles?

La tolerancia de los árabes en los primeros tiempos de su imperio , que tampoco era un hecho constante , sólo fué hija de una política impuesta por la necesidad.

Pero ya , muy al principio de la conquista, Alhorr, durante su breve dominacion , hizo pesar sobre todos la más violenta tiranía; el mismo Ambisa , tan celebrado por los escritores , repartiendo tierras á sus soldados y atrayendo con su generosidad nuevos colonos de Africa, vulneró el derecho de los cristianos , y sólo el nombre de Alhaitan era emblema de terror en nuestro país.

A la vez la discordia estalló en Africa y en España entre los vencedores á las órdenes de Taalaba , de Baleg, de Ocba, de Abdelmelic y de sus hijos , y más adelante de Samail y Tueba. Abuljatar-ben-Dirar intentó apagar este incendio, logrando sólo implantar cierta especie de feudalismo, inseparable siempre de todo país extenso ocupado militarmente y donde la soberanía tiene que desmembrarse, estableciéndose cada tribu en distintas comarcas, señalándose por ello más y más la diferencia de orígenes , de familias y de enconos, preparándose una trégua de ódios para que se envenenaran más, por lo mismo que las causas de las discordias se vigorizaban, más bien que se extinguían.

Los árabes, perpétuamente extranjeros y conquistadores en España , tenían siempre su patria como su cuartel general al otro lado de los mares; así es que á cada momento se veían fortificados con nuevas avenidas de africanos á quienes atraía el cebo del pillaje y la codicia de las tierras que se repartían á los que inmigraban.

Abuljatar-ben-Dirar, después de repartir á sus árabes y sirios las casas y las tierras , tras de haber roto

el pacto celebrado con Teodomiro (despojando á los naturales) asignó á los suyos, por vía de alimentos, la tercera parte líquida del producto de los bienes que quedaban á los cristianos y conservó á los *drabes baladies* de la primera gente los bienes que poseían.

¿Cuáles habían de ser las consecuencias de tantas guerras, de tan repetidas expoliaciones? La desesperacion de los cristianos, el abandono de los campos y el hambre.

Ya vimos los frutos que ocasionó el desvío de la raza goda para con los ibero-romanos, y la pérdida y la ruina de la monarquía fundada por aquéllos en España.

Ahora asistiremos al terrible espectáculo de mayores miserias; pues si los civilizados árabes, menos altivos que los visigodos, quisieron atraerse á los vencidos, existía entre ambos pueblos un abismo, que ni el uno queria, ni el otro podía salvar.

Este abismo era en primer lugar la diferencia de razas: era, sobre todo, la diferencia de religion.

Entre los principales elementos que componían la poblacion de España encontraremos de una parte á los sectarios de Mahoma, reforzados á cada momento con nuevos expedicionarios que venían á reclamar de sus hermanos alguna parte en el inmenso botin de nuestra patria, fortificando á los vencedores; á los cristianos que con el nombre de mozárabes habíanse quedado entre sus enemigos; á los muladies, clase odiada y sin embargo cada vez mayor en número; y de otra á los cristianos que, después del desastre de Guadalete, abandonándolo todo menos su religion y el culto de la patria, avanzaban desde los Pirineos, más amenazadores cada dia, fortalecidos primeramente por los godos que habían perdido el predominio de su raza en una sola batalla, y más adelante por

los mozárabes fronterizos, inhumanamente perseguidos por los árabes, sospechosos siempre de espionaje y de traicion.

El alzamiento de los muladies capitaneados por el ilustre *Oma-ben-Hafsun* y otros inolvidables caudillos, que por espacio de más de medio siglo sostuvieron cruelísima guerra; las sediciones en las sierras de Jaen, de Málaga, de Ronda, de Granada y de Almería; las continuas rebeldías de Toledo, de Córdoba y de Zaragoza; las excitaciones y el auxilio de los mozárabes á Don Alfonso I de Aragon en su temeraria empresa á las comarcas granadinas; el glorioso fin de los ilustres mártires de Córdoba, fueron las legítimas consecuencias de esta política de los conquistadores.

Entre tanto, desde los dos opuestos limites de la cordillera que corre desde el Mediterráneo al Cantábrico, dos civilizaciones distintas pelean por la independencia cristiana bajo la enseña de la religion. La primera desciende desde Cangas hasta Toledo, poniendo sucesivamente sus piés en Oviedo, Leon y Búrgos, cual peldaños de esta difícil escala: la otra, menos organizada y más tardía, toma á Pamplona, Jaca y Huesca y amenaza á Zaragoza, supliendo con su teson y dureza el número y las fuerzas que le faltan.

Más de veinte emires dependientes del califa de Damasco gobernaron á España hasta la fundacion del Califato de Córdoba.

Entre ellos cuéntase Ayub (715), que regularizó la administracion; Zama, que invadió la Galia y fué muerto bajo los muros de Tolosa, y Abderraman, vencido en Tours por Cárlos Martel.

La revolucion que levantó á los Abasidas rompió los vínculos que unian á los emires españoles con los califas.

El emir Omeya negóse á entregar el mando al Aba-

sida que lo sustituía, cuando, en medio de estos desórdenes, los árabes españoles pusieron sus ojos en el jóven Omeya Abderraman que, habiendo escapado de la matanza de los suyos, penetró en España (755), donde fué universalmente aclamado.

Abderraman junta un ejército poderoso, encamiase primero á Sevilla y luego á Córdoba, vence al emir Yusuf, que sostenia la causa de los Abasidas, y funda el califato de Córdoba.

LECCION XI

EL BAJO IMPERIO. —EMPERADORES ISAURICOS.

Leon III, tronco de la dinastía Isauriana, que desde humildísimos principios se habia elevado al imperio por su valor temerario en los ejércitos, destruyó las esperanzas que en él se habian fundado, haciendo cruda guerra á las sagradas imágenes.

Al efecto publicó Leon un decreto (726) condenando su culto, el cual excitó la ira general, suponiéndolo el vulgo inspirado por mahometanos y judíos.

El patriarca Germano protestó contra semejante orden, y escribió al papa y á los obispos mientras que el emperador rechazó la protesta con la fuerza y al pueblo con los soldados.

Leon mandó derribar una imagen de Jesucristo que estaba colocada en las escaleras del palacio, profanacion á que se opusieron las mujeres con súplicas y lágrimas; pero como éstas no bastaran, arrojaron por las escaleras al ejecutor del decreto.

Leon apagó el tumulto con sangre, y desterró al patriarca.

Hallábase aneja al palacio una famosa biblioteca, cuya direccion tenian Leuménico y otros doce sábios, que enseñaban las ciencias sagradas y profanas, y cuyo parecer oian los emperadores ántes de resolver en los asuntos graves. No logrando persuadirlos Leon para que lo apoyaran, hizo circunvalar de llamas el edificio, quemando los libros y las personas encargadas de su custodia.

Contrariado el pueblo en sus creencias, murmuraba en todas partes, y gritaba contra el Iconoclasta (rompe-imágenes); la Grecia y las islas Ciclades se sublevaron; los papas Gregorio II y III le escribieron exponiéndole la doctrina de la Iglesia, y por todas partes se levantaron pretendientes al Imperio. Leon contestó á todos con suplicios y amenazas.

Este emperador tuvo un hijo llamado Constantino, conocido con el sobrenombre de Coprónimo, al que hizo coronar cuando estaba en la infancia, y al que más adelante casó con una hija del Kacan de los Cázaros, que al bautizarse tomó el nombre de Irene.

Apénas murió el emperador (741) ascendió al trono su hijo, al cual sucedió Leon IV, ámbos persistentes en la herejía, hasta que, en tiempo de la emperatriz Irene, aquélla fué condenada en el *sétimo Concilio ecuménico*.

Tutora y gobernadora la emperatriz Irene durante la menor edad de su hijo Constantino V Porfirogénito, conspiró contra él. Habiéndose apoderado del emperador ciertos soldados cuando huía de Constantinopla, fué privado de la vista de tan ruda manera, que murió á los pocos dias. Dos tios suyos, que se refugiaron en Santa Sofía, fueron desterrados á Atenas, y asesinados luego en un tumulto, acabando con ellos la estirpe de Leon III el Iconoclasta.

Carlo-Magno envió á Irene una embajada anun-

ciándole su coronacion como emperador de Occidente (800) y proponiéndole unir ambos imperios dándole su mano. Agradó á la emperatriz la propuesta; pero corriendo la noticia de que el Imperio de Oriente iba á quedar sujeto al de Occidente, perdiendo Bizancio su capitalidad, alterados los ánimos del vulgo, el palacio fué atacado y presa la emperatriz.

Los revoltosos triunfantes condujeron al patricio Nicéforo á Santa Sofia, donde le fué ceñida la corona (802) en medio de los aplausos de los nobles y las imprecaciones de la muchedumbre contra la emperatriz destronada.

Nicéforo se mostró cortés y respetuoso con Irene hasta que descubrió el paraje en que estaban depositados sus tesoros; entónces, violando la solemne promesa que le habia hecho, la envió desterrada á un monasterio, y de aquí á la isla de Lesbos, donde Irene murió de despecho.



LECCION XII

LOS FRANCOS, DESDE PIPINO EL BREVE HASTA CARLO-MAGNO.

Dos expediciones contra los lombardos que produjeron el engrandecimiento de los francos y del poder temporal de los Papas; y las interminables contiendas entre la Austrasia y la Neustria, llenan el memorable reinado de Pipino el Breve, que al morir dejó en paz sus Estados á sus dos hijos Cárlos y Carloman.

Muerto Carloman á los tres años, la asamblea tenida en las Ardenas, confirió á Cárlos la herencia del difunto, que por tal manera se vió dueño de todos los Estados de su padre.

El reinado de Carlo-Magno, faro de esplendente luz durante la Edad Media, al cual, como á su foco, concurren múltiples naciones y pueblos para estrecharse y conocerse ántes de formar las grandes nacionalidades modernas, es uno de los más gloriosos que registra la Historia.

Los hechos militares de este gran príncipe pueden

resumirse en sus luchas con los sajones, contra los árabes españoles y contra los lombardos.

En guerra con los sajones, penetró Carlo-Magno en la Westfalia (772), los venció en Osnabruch y destruyó la estatua de Irminsul, su ídolo nacional.

Insurreccionados otra vez estos pueblos por Witi-kind, héroe de la Germania idolátrica, que refugiado en los Estados del rey de Dinamarca había atravesado el Elba degollando á los misioneros cristianos, y llegado hasta las márgenes del Rhin, fueron, al fin, vencidos en dos memorables batallas que produjeron la sumision del terrible caudillo y su conversion á la fé cristiana. Estas guerras continuaron, sin embargo, hasta la batalla de Saltz (803), en que se realizó la completa sumision de los sajones.

Las empresas de Carlo-Magno en España reconocieron por origen: que habiéndose presentado al héroe carlovingio ciertos emires y caudillos árabes descontentos, pintándole como fácil empresa la conquista de este país, aquél atravesó los Pirineos, dividió su ejército en dos cuerpos y se apoderó de Pamplona, aunque sin poder vencer la resistencia de Zaragoza, empresa que tuvo que abandonar noticioso de la sublevacion de los sajones.

Durante la retirada de los francos y mientras atravesaban las escarpadas gargantas de Roncesvalles, fueron atacados por vascos y navarros, que dieron muerte á los más valientes adalides de Carlo-Magno, entre ellos á Roldan, héroe de los poemas caballescicos.

Más adelante, Ludovico Pio, á quien su padre Carlo-Magno habia dado el reino de Aquitania, en seis expediciones completó la *Marca Hispánica* que se extendia por los países comprendidos entre los Pirineos y el Ebro.

Fué causa de las luchas de Carlo-Magno contra los lombardos haber repudiado aquél á Hermengarda, hija de Desiderio, su rey, con la cual se habia casado por instigaciones de su madre Bertrada; afrenta á que contestó Desiderio proclamando los supuestos derechos de los dos huérfanos de Carloman, que con su madre Gerberga se habian refugiado en sus Estados, y requiriendo del Papa Adriano I que los unguiera reyes de los francos.

La negativa del Pontífice encolerizó al desleal Desiderio, que ocupando diversas ciudades de la Pentápolis y bloqueando á Rávena, se encaminó á Roma.

Adriano impetró el auxilio de Carlo-Magno, el cual, forzando el paso de los Alpes, penetró victorioso en Italia y se apoderó de Desiderio, que se habia refugiado en Pavia con su familia, á los cuales condujo á Francia, encerrando al rey lombardo en el monasterio de Corbia, donde acabó su turbulenta vida.

El victorioso Carlo-Magno, recibido en Roma en medio de universal alegría, confirmó y aumentó las donaciones de Pipino en favor de la Iglesia, cuya acta, suscrita por él mismo, los obispos, abades, duques y condes de su comitiva, fué colocada en el sepulcro de San Pedro y debajo del Evangelio que era costumbre besar.

Así concluyó el reino de los lombardos en Italia, que habia durado por espacio de más de tres siglos, odiado de los vencidos peninsulares.

Muerto Adriano I, los ambiciosos promovieron tumultos en Roma y atentaron contra Leon III, su sucesor, en cuyo auxilio marchó Carlo-Magno, que llegó á Italia al comenzar el invierno.

Llegadas las fiestas de Navidad (año de 800, segun el cómputo moderno 799), asistiendo á ellas el héroe

Carlovingio, inclinando su frente sobre el sepulcro de los Santos Apóstoles, el Pontífice se acercó á él y ciñó sus sienes con una diadema de oro, mientras el pueblo gritaba con voces unánimes: *Vida y victoria á Carlos, grande y pacífico emperador romano, coronado por la voluntad de Dios.*

Con este hecho, cuyos alcances no supieron adivinar los contemporáneos, quedaron definitivamente separadas las civilizaciones antigua y moderna, representada aquélla por los emperadores de Constantinopla, y regida ésta por el Sumo Pontífice que confería el imperio al rey de los francos.

Carlo-Magno instituyó los *missi regis*, legados de su autoridad en los países lejanos, generalmente dos por provincia (*missi majores*), que acompañados de otros inferiores (*missi menores*), ejercían la suprema inspección de la administración y administraban justicia; dió mayor solemnidad é importancia á las célebres asambleas francas; mejoró la legislación con sus inolvidables *Capitulares* y procuró llevar á todas las instituciones el anhelo por el bien, propio de su espíritu recto, inspirado en la sávia del Cristianismo.

Anticipación portentosa, en medio de un siglo de general ignorancia, comprendió cuánto había de contribuir la educación á desarrollar los gérmenes de la nueva civilización que él esparcía; así, fué protector de las letras y de las ciencias, por lo que se rodeó de los hombres más sábios y fundó en su propio palacio una escuela, dirigida por el célebre Alcuino, á la que el mismo emperador asistía con toda su familia. Soldado y conquistador, amó la paz; bárbaro, veneró la sabiduría romana y conservó sus restos; erudito, no despreció los idiomas del Norte; religioso, midió y con- tuvo los derechos del Clero sabiendo respetarlos en su

justa medida, y conociendo que se estaba operando una revolucion en las costumbres y en las ideas, léjos de oponerse á ella la encauzó colocándose á su frente y dándole vigoroso impulso, dentro del límite de lo racional y de lo justo.

Carlo-Magno murió en Aquisgran el dia 27 del año 814 á los setenta y dos años de su edad.

LECCION XIII

LA IGLESIA CRISTIANA.—LAS LETRAS Y LAS ARTES.

A la caída del Imperio de Occidente perteneció Roma sucesivamente á los hérulos, á los ostrogodos, á los exarcas de Rávena y fué cabeza de uno de los ducados en que se dividió la Italia al ser recobrada por los emperadores de Oriente en tiempo de Justiniano.

Las donaciones de los fieles; la voluntaria sumision de no pocas ciudades; la tiranía de los emperadores de Oriente; la solucion de continuidad hija del desórden de los tiempos que existia entre Roma y Constantinopla; la tiranía de los lombardos; las donaciones de Pipino y de Carlo-Magno que engrandecieron el poder temporal de los Papas, son títulos tan legítimos como el mejor que pueda ostentar el más legítimo de los imperios ó los particulares sobre sus reinos y propiedades.

La accion de la Iglesia fué más libre en el Occidente que en el Oriente, donde los emperadores tomaban parte activa en las contiendas teológicas, imponian su voluntad como artículos de fé y contrariaban el li-

bre ejercicio de los superiores eclesiásticos. Por el contrario, en el Occidente, los obispos, piadosos á la vez que políticos, se hicieron amar y respetar de los bárbaros que, léjos de mezclarse en la direccion religiosa y moral de los pueblos, fueron súbditos obedientes de la Iglesia.

Al terminar el siglo IV, los bárbaros de procedencia germánica, con excepcion de los sajones que eran idólatras, profesaban la herejia de Arrio, y el Cristianismo habia menguado en Alemania é Inglaterra.

La conversion de Clodoveo comunicó nuevo vigor á la predicacion del Cristianismo, cuyos misioneros comenzaron á extenderse con ardentísima fé por los países del Norte.

San Remigio hizo predicar el Evangelio á los idólatras belgas; San Patricio fundó en Irlanda su Iglesia; no pocos alemanes volvieron al seno de la fé bajo los Merovingios; en España los godos, con Recaredo, abandonaron la herejia de Arrio; ya hemos hablado de la conversion de los anglo-sajones; San Columbano el Anciano predicó la religion verdadera á los escoceses como San Samson y San Malo á los armoricanos; los paganos de la Helvecia y del Tirol fueron convertidas por San Columbano el Jóven, como los de los Países Bajos por San Amando y San Omer; San Wilbrodio evangelizó á los frisios, San Kilian á los franconios y San Emerando y San Roberto á los bávaros. Por último, en el siglo VII, comenzaron los grandes trabajos de San Bonifacio organizador de la Iglesia alemana.

Los monasterios, lugares de asilo en aquellos agitados tiempos, se multiplicaron á maravilla.

Entre ellos alcanzaron gran fama en el Oriente los que fundó San Pacomio en Egipto, donde se contaban más de cincuenta mil monjes que se congre-

gaban para la celebracion de la Pascua: San Casiano dirigia en Marsella (427) á más de cinco mil: en 529 fundó San Benito un monasterio en el monte Casino y dió á sus monjes una regla tan sábia que llegó á ser adoptada por casi todos los religiosos de Occidente. Estas piadosas fundaciones, multiplicadas durante el VII siglo, adquirieron una grande influencia moral, útil á la civilizacion y á la paz de los Estados.

Durante estos tiempos sufrieron los cristianos terribles persecuciones, de las que sólo mencionaremos la de Cosroes II (613), la de los vándalos en Africa en el siglo V, y las que promovieron los emperadores de Oriente, empeñados en sostener las herejías.

Con objeto de combatir la pravedad herética y de establecer reglas de disciplina, reuniéronse varios Concilios, entre los cuales hallamos cinco generales y ecuménicos: 1.º el de Efeso (431) contra Nestorio. 2.º El de Calcedonia (451) contra Nestorio y Eutiques. 3.º El de Constantinopla (553) que confirmó las decisiones de los anteriores contra varias herejías. 4.º El segundo de Constantinopla (680) contra los Monotelistas. 5.º El de Nicea (787) contra los Iconoclastas.

El desórden de los tiempos era poco favorable para el cultivo de las letras que no hallaban asilo fuera de los monasterios.

Durante los siglos V y VI, contó el Bajo Imperio con alguno buenos poetas y varios prosistas, como Sinesio y Stobeo, é historiadores como Sócrates, Sozomeno y Teodoredo, así como en Occidente merecen ser leidos Sulpicio Severo, Sidonio Apolinar, Casiodoro, Gregorio Turonense, Jornandes y Paulo Diacono.

Las artes sufrieron un rudisimo golpe con la herejía de los Iconoclastas que destruyeron los buenos modelos.

En tiempo de Justiniano, el arquitecto Isidoro edificó el magnífico templo de Santa Sofía. España, Italia y Francia, inspirándose en las buenas tradiciones, levantaron magníficas iglesias y monasterios.

San Gregorio estableció el *Canto Gregoriano* que despertó en Europa la afición á la buena música.

En medio de la necesaria decadencia de las artes, de las letras y de las ciencias, sobresalen, como gigantes inconmensurables, los Padres de la Iglesia.

Entre ellos merecen especialísima mención San Atanasio (373) y San Basilio de Cesarea (379), San Cirilo (386), San Gregorio Nacianceno (389), San Ambrosio (397), San Juan Crisóstomo (407), San Gerónimo (420), San Agustín (470), Teodoreto (451), San Gregorio el Grande (604) y San Isidoro, arzobispo de Sevilla, teólogo, gramático, historiador y erudito.



DÉCIMA ÉPOCA.

LOS CARLOVINGIOS (800 Á 1096).

LECCION XIV

SUCESORES DE CARLO-MAGNO.

Los adoradores del dios Exito (no escasos en número) señalan como causa del engrandecimiento ó de la decadencia de los pueblos las condiciones del príncipe que los rige, cuando, si con ánimo desapasionado estudiamos las causas matrices de los sucesos humanos, veremos que los monarcas no son más que los ejecutores de las miras de la Providencia, que la generacion de los hechos no pende en absoluto de las condiciones propias de esta ó de la otra personalidad, por más encumbrado que sea el puesto en que la hayan colocado el nacimiento ó la fortuna.

Cumplida la mision de Carlo-Magno, la marcha de los sucesos habia de continuar por su natural derrotero, á pesar de la índole de sus herederos, á los cuales sólo era posible retardar ó precipitar los acontecimientos, pero no torcer violentamente su rumbo.

¡Inútil cuanto triste empeño seria el del gigante que, queriendo impedir el curso de un rio desbordado, se colocara frente á él, abiertos los brazos, pues cae-

ría envuelto entre el cieno, como débil caña, despedazado por la embravecida corriente!

Así, nos parece vulgar é injusto atribuir al carácter de Ludovico Pio los males todos que sobrevinieron, durante el siglo IX, en los países que constituyeron los Estados de Carlo-Magno, como lo es encontrar la causa de la decadencia de España, al trascurrir el siglo XVI, al carácter de los tres sucesores de Felipe II, últimos monarcas de la gloriosa dinastía austriaca.

En los miras de la Providencia entraba en aquella edad la formación y el engrandecimiento de los tres grandes reinos de Alemania, Francia é Italia, y aquí es donde ha de buscarse la clave de los reinados del hijo de Carlo-Magno y de sus inmediatos sucesores. Ludovico Pio, en su gobierno de Aquitania, habia mostrado su prevision y su amor á la justicia; en sus empresas de España, que no era extraño al arte militar; en sus procedimientos con los aquitanos, frisonos y sajones, su adhesion á la justicia; en su conducta para con la Iglesia, su religiosidad característica; en su proceder para con sus hermanos y las mancebas de su padre, su amor á la moralidad; en la proteccion á sus hermanos naturales, su respeto á los vínculos de la sangre.

¿Qué juicio merecerian á ciertos historiadores Ludovico Pio y Felipe III, si, en vez de ser sucesores de Carlo-Magno y de Felipe II, hubieran nacido medio siglo ántes de los desdichados tiempos en que tuvieron la mala ventura de nacer?

Ludovico Pio, á poco de comenzar su reinado, dividió sus Estados (817) entre sus hijos, asociando al imperio á Lotario; dando la Aquitania á Pipino y á Luis la Baviera.

Encoherizado por esta division Bernardo, sobrino

natural de Ludovico, á quien éste benignamente habia dejado que continuara siendo rey de Italia y que contra toda razon aspiraba al imperio, se alzó contra su protector y fué vencido y muerto.

Viudo de Hermengarda, casóse Ludovico con Judith de Baviera, de la que tuvo á Cárlos el Calvo. Inspirándose en la justicia, no quiso Ludovico que fuera Cárlos de peor condicion que sus hermanos; así, con el consentimiento de Lotario, segregó de los Estados de éste la Alsacia, la Suabia, la Retia y la Borgoña Helvética, que le dió con título de rey.

Descontento luego Lotario, se rebeló con sus hermanos contra su padre, el cual fué depuesto por sus desnaturalizados hijos.

Rehecha la opinion en favor de Ludovico, volvió éste á ocupar el trono (834), tras de lo cual Luis y Pipino, regresaron á sus Estados. Vencido Lotario fué perdonado por su siempre generoso padre.

Muerto Pipino, Ludovico hizo nueva division de los Estados, la cual irritó á Luis; al mismo tiempo que los aquitanos proclamaban á un hijo de Pipino, por lo que se encendió la guerra, en medio de la cual murió (840) Ludovico, en la isla del Rhin, cerca de Maguncia, pronunciando estas tristísimas palabras: *Perdono á Luis: pero que piense en sí propio; él, que conculcando la ley de Dios, llevó al sepulcro los cabellos blancos de su padre....*

Manifestando Lotario su intencion de apoderarse de todos los Estados de Carlo-Magno, unieron sus fuerzas Luis y Cárlos que se encontraron con las de Lotario en Fontenoy (841) donde el último fué vencido.

Continuó esta sangrienta y fratricida lucha hasta que por mediacion de los obisps y de los grandes, se celebró el tratado de Verdun (843) que sancionó la de-

finitiva particion del imperio de Carlo-Magno, obteniendo Cárlos el Calvo la Francia propiamente dicha (la Neustria y la Aquitania); Luis la Alemania, y Lotario, con la dignidad imperial, la Italia, la Provenza, el Lionés, la Borgoña, el Franco-Condado y la Austrasia.

Luis Balbo, hijo de Cárlos el Calvo, sucedió á éste en el reino de Francia, y habiendo tenido dos hijos, Luis y Carloman de un mujer de condicion humilde, casó despues con una princesa á quien dejó viuda y próxima á ser madre de Cárlos el Simple. Luis y Carloman, que despojaron á Cárlos, murieron muy en breve y les sucedió Cárlos el Craso que fué depuesto por su cobardía.

Los señores franceses eligieron á Eudo, hijo del conde de Autum, Roberto el Fuerte, que derrotó á los temibles normandos, á quien, por muerte de éste, sucedió Cárlos el Simple, vencido en Soissons por Roberto, hermano de Eudo.

Tras de Raul de Borgoña reinó Luis IV el Ultramarino, hijo de Cárlos el Simple (936), á quien heredó su hijo Lotario y á éste Luis V.

Desconociendo los señores feudales, á la muerte de Luis, los derechos de Cárlos de Lorena, hijo de Luis el Ultramarino, eligieron á Hugo Capeto (987) hijo de Hugo el Grande.

LECCION XV

EL CALIFATO DE CÓRDOBA.

Los primeros años del Califato de Abderraman I, trascurrieron entre continuas guerras, ya contra los representantes y delegados de los Abasidas, ya domeñando el espíritu levantisco de las tribus musulmanas mal avenidas con su autoridad y acostumbradas á la desobediencia.

Visitando á los pueblos, combatiendo, castigando á unos, premiando á otros, perdonando á los más, trascurrió la vida del fundador del Califato, que por consecuencia de estas luchas, ocupado en dominarlas, no pudo impedir que Carlo-Magno se apoderara de algunos países situados entre los Pirineos y el Ebro.

Los cuidados de tantas sediciones y revueltas no fueron parte para impedir que el ilustre Omeya se consagrara á labrar la prosperidad de sus súbditos.

Abderraman dividió sus Estados en seis gobiernos, subdivididos en distritos, además de los de Córdoba, Mérida, Zaragoza, Valencia, Granada y Murcia;

impuso un tributo á los cristianos que vivian en sus dominios; engrandeci6 á la capital con suntuosos establecimientos de ensefianza; comenzo la edificacion de la gran mezquita; protegi6 la agricultura, el comercio y las artes, y atrajo á su corte á los hombres más distinguidos en las ciencias y en las letras.

Muerto Abderraman I (788) le sucedi6 su hijo Hixem, el cual pele6 con sus dos hermanos que le disputaban el Califato; y despues de vencerlos y perdonarlos, pregon6 la guerra contra los cristianos, durante la cual invadi6 los territorios de Galicia y de la Galia Narbonense, de donde volvi6 con infinitos despojos, y di6 fin y remate á la obra de la gran mezquita, y, como su padre, engrandeci6 á Córdoba con edificios suntuosos.

En otra expedicion contra Galicia (784) fueron derrotadas las tropas de Hixem cuando volvian victoriosas.

A este príncipe, protector como su padre de las letras, de las ciencias y de las artes, sucedi6 Alhakem que, como su padre, tuvo que luchar con sus dos inquietos y turbulentos tios, de los cuales, Suleiman fué muerto en una batalla y Abdalá perdonado; pero no pudo impedir que Barcelona cayera en poder de Ludovico Pio.

Este príncipe di6 pruebas de su terrible cólera con ocasion de una asonada acontecida en Córdoba, la cual castig6 cruelísimamente demoliendo uno de sus barrios y matando sin piedad á sus habitantes, teniendo que emigrar los que sobrevivieron; desde cuyo suceso, perdida la razon á intervalos, vivi6 por espacio de cuatro años. Alhakem habia imperado por espacio de más de ventiseis años.

Así entr6 á regir el Califato (822) Abderraman II. Abdalá, siempre rebelde, se alz6 al punto contra

el nuevo califa, que lo venció y perdonó y generosamente.

Este príncipe sostuvo tenaces guerras con los francos, engrandeció á Córdoba y llegó á tanto su fama, que el emperador de Constatinopla, Miguel el Tartamudo, le envió una ostentosisima embajada solicitando su amistad.

Abderraman II se ensañó contra los cristianos que vivian en Córdoba al amparo de los conciertos, fieles súbditos de los califas y contra los cuales se habia iniciado anteriormente ruda y cruel persecucion.

Con efecto; Hixem habia dictado una ley mandando que los hijos de los cristianos se educaran en las escuelas públicas del Califato y estudiaran en ellas exclusivamente las letras arábigas, y como si tan opresor edicto no bastara á descubrir todo el alcance de su política, ordenó tambien que dejara de hablarse en sus dominios la lengua latina, materna todavia entre los que se jactaban de llevar el nombre de *romanos*.

Insistiendo, pues, en estos propósitos Abderraman II, con objeto de reunir dinero con que poder satisfacer su afan de engrandecer los paises que regia, de levantar grandiosos edificios y enriquecer á los sábios y poetas que daban fama á su córte, tuvo que acudir á la imposicion de nuevos tributos y exacciones; que naturalmente se extremaron contra los pobres mozárabes.

Esta conducta produjo natural descontento que paró en persecucion cruel contra los cristianos, la que se inició con el martirio de Adufo y Juan; persecucion que continuó con otros muchísimos suplicios, hasta el punto de que, espantado Abderraman, acudió á las seducciones, buscando y encontrando entre los mismos cristianos quien le auxiliara en sus propó-

sitos, como el metropolitano Recafredo, convertido de pastor en lobo.

En el estio del año de 852, no bastando esto, hizo reunir el célebre Concilio de Córdoba cuyas decisiones no fueron parte para contener el generoso impulso de los *testigos de la fé*, que dieron su vida por la verdad, amaestrados por el ilustre San Eulogio.

En medio de estas luchas murió Abderraman II (825).

Mahomet, continuador de la política de su padre, pudo lisonjearse del éxito de las pretensiones de su predecesor, como lo atestiguan los diez primeros meses de su imperio, durante los cuales enmudecieron los martirologios. Muchos, aún entre los principales mozárabes, renegaban de la fé; aumentáronse los tributos, las sagradas basílicas fueron derribadas y los próceres de Mahomet escarnecieron á los fieles, cuyo aliento generoso creyeron haber extinguido para siempre.

Empero este silencio no era más que una tregua, pues que innumerables cristianos dieron nuevas pruebas de que las persecuciones y la sangre eran impotentes, cerrando tan ilustre ejército de mártires el sábio San Eulogio y Leocricia, noble doncella, hija de mahometanos.

Las luchas contra Muza, contra su propio hijo y contra Omar-ben-Hafsun completan el reinado de este califa.

A Mahomet sucedió Almondir (886) que, como su hermano Abdalá (888), vivió entre inacabables guerras civiles.

El imperio mahometano de Córdoba estaba á punto de hundirse, cuando Abderraman III, sobrino de Abdalá, ascendió al Califato (912).

Este príncipe apaciguó sus Estados, luchó contra Ordoño, que lo venció en San Esteban de Gormaz; so-

metió al rebelde Azomor; acudió en defensa de sus Estados atacados por Ramiro II y Fernan Gonzalez: intervino en las guerras africanas, y fué vencido en Simancas.

Asombran el fausto y el lujo de Abderraman III; la magnificencia de sus construcciones; la riqueza de Medina Zahara; la ostentacion con que recibió á los embajadores del emperador Constantino IX; su generosidad para con los literatos y artistas.

A par de algunas derrotas alcanza Abderraman notables victorias sobre los cristianos como en Valdejunquera.

A este príncipe sucede (961) su hijo Alhakem II, que aprovechándose de las desavenencias de los cristianos, impera tranquilo, y contrata paces con el rey de Leon, D. Sancho el Craso.

En los tiempos de Alhakem II llega el Califato á su más alto grado de esplendor.

Entónces, un providencial suceso que parecia deber dar aliento á los defensores de la Cruz, se trueca en su mayor desconcierto.

Es el esfuerzo de la llama próxima á extinguirse.

En el sόlio de los Omeyas siéntase un niño condenado á no parecer hombre jamás; el imbécil Hixem II (976). Pero su madre confiere el título de Agib á Mahomed-ben-Abi-Amir, y con su poderoso brazo, este bravo adalid levanta el abatido estandarte de los Omeyas reduciendo á los cristianos casi al miserable estado de los primeros días de la Reconquista. Zamora, Barcelona, Pamplona, Santiago, son destruidas y esclavos ó pasados á cuchillo sus habitantes; Leon queda convertida en inmenso monton de cenizas, llegando la desolacion y la guerra á Galicia y Portugal.

Pero cuando el poder de Almanzor alcanzaba su mayor altura, cuando habia crecido su invencible

pujanza con el fuerte socorro de ginetes africanos que acababa de recibir, cayó humillado en Calatañazor, vencido por los reyes de Leon y de Navarra y el conde de Castilla, muriendo de vergüenza en Medinaceli, sepultado bajo el polvo de sus cincuenta y siete victorias.

El imbécil Hixem II destronado; su vuelta al poder; su nueva renuncia, y la elevacion al Califato de algunos ambiciosos vulgares, llenan este tristísimo período de veintitres años de anarquía, en el que tuvo fin y remate vergonzoso (1031) el memorable Califato de Córdoba.



LECCION XVI

PRINCIPIOS DE LA RECONQUISTA.—REINO DE ASTURIAS.

En tanto que los árabes procuraban completar la victoria de Guadalete, rehacíanse los cristianos al abrigo de las montañas cantábricas y comenzaba la terrible lucha que no habia de acabar sino al cabo de siete siglos, en la hermosa vega de Granada.

Ibero-romanos y godos, unidos al cabo ante el común peligro, proclamaron por su jefe á D. Pelayo.

El hecho de armas que inició esta guerra es la célebre batalla de Santa María de Covadonga ganada por D. Pelayo contra los árabes; victoria cuyas consecuencias fueron extenderse los dominios cristianos hasta el rio Deva, los montes Herbáceos, el Eo y el mar.

D. Pelayo murió dejando asegurado el trono á su hijo D. Favila, que falleció á los tres años devorado por un oso.

A Favila sucedió Alfonso I (739) que extendió sus Estados desde el Cantábrico al Duero. Este príncipe, apellidado el *Católico*, repobló las ciudades y reedifi-

có las fortalezas y templos arruinados. Su hijo y heredero D. Fruela guerreó con los vascos, venció en diversos encuentros á los moros y fundó á Oviedo. Pero habiendo dado muerte á su hermano Bimarano, pereció en una sublevacion de los gallegos y cántabros, indignados contra el fratricida.

Aurelio, Silo, Mauregato y Bermudo I el Diácono (768 á 791) nada hicieron por ilustrar sus nombres.

Habiendo Bermudo I renunciado la corona, entró á reinar D. Alfonso II el *Casto*, hijo de D. Fruela.

Antes de ocupar el trono, D. Alfonso habia mostrado su generoso valor en la batalla de Bureba contra Hixem I en tiempo de D. Bermudo, valor que no desmintió jamás. Así venció á los infieles en la terrible batalla de Lucus (Lugo), y en medio siglo de combates adelantó las fronteras de sus Estados hasta las orillas del Tajo. En tiempo de este príncipe invadió á España Carlo-Magno, y se descubrió el sepulcro del Apóstol Santiago en Iria Flavia.

Al morir D. Alfonso dejó la corona á Ramiro I, hijo de Bermudo el Diácono (842), cuyo reinado fué una série no interrumpida de rebeliones, victorias y desastres. Vencido Nepociano, conde de Astúrias, Abderraman II invadió los Estados cristianos, y, segun la tradicion cuenta, D. Ramiro alcanzó la victoria de Clavijo con ayuda del Apóstol Santiago. Despues de vencer á los normandos que habian desembarcado en las costas de Galicia, murió Ramiro dejando el trono á su hijo Ordoño I, que en sus luchas con los sarracenos reconquistó á Salamanca y á Soria, y reedificó á Tuy, Leon y Astorga.

Muerto D. Ordoño, entró á reinar su hijo Alfonso III el Grande (866).

En sus principios fué el imperio de este príncipe por extremo glorioso, pues de victoria en victoria ex-

tendió sus fronteras hasta el Tajo y el Guadiana. Mas despues surgieron grandes revueltas en Galicia y, cuando ya sofocadas éstas, pensaba reinar tranquilamente, se sublevó en Zamora su hijo García, aconsejado por su propia madre y ayudado de sus hermanos.

D. Alfonso abdicó el reino para no dar pávulo á una guerra civil, obteniendo D. García á Leon, don Ordoño II á Galicia y D. Fruela á Oviedo.

A la muerte de D. Alfonso (912), enojado D. García con la particion hecha por su padre, se preparó para despojar á D. Ordoño.; pero por mediacion de su madre doña Gimena y de sus otros hermanos, se llegó á una reconciliacion.



LECCION XVII

REINO DE LEON.

Muerto D. García, último rey de Astúrias, le sucedió su hermano D. Ordoño II (913) que fijó definitivamente su córte en Leon, ganó á Abderraman III la célebre batalla de San Estéban de Gormaz, acudió en auxilio de D. Sancho de Navarra contra los mahometanos de Córdoba y Zaragoza, y fué vencido en Valdejunquera.

Ordoño II dejó (923) dos hijos, D. Alfonso y D. Ramiro.

D. Fruela II se apresuró á apoderarse de la corona á pesar de que los principales de la córte estaban resueltos por D. Alfonso. Fruela reinó poco más de un año y murió devorado de lepra.

A poco de ocupar el trono Alfonso IV, manifestó deseo de abandonarlo, deseo que se aumentó despues con la muerte de su mujer doña Urraca, por lo que en Zamora abdicó la corona en su hermano D. Ramiro y se retiró al monasterio de Sahagun donde tomó la cogulla.

Ramiro II salió de Leon resuelto á pelear contra Abderraman; pero noticioso en Zamora de que su hermano se habia fortalecido en Leon resuelto á reinar otra vez, volvióse atrás D. Ramiro y ensoñoreándose de la ciudad, se apoderó de su hermano y de los hijos de su tío D. Fruela que lo habían auxiliado, privó á todos de la vista y los encerró en un monasterio.

En paz el reino, Ramiro II se encaminó á Toledo, apoderóse de Madrid, taló la tierra de Alcalá y regresó á Leon rico de despojos.

Habiendo invadido Abderraman los Estados del conde de Castilla, Fernan Gonzalez, voló en su auxilio D. Ramiro y ámbos derrotaron al cordobés cerca de Osma. Dos años despues, reforzado Abderraman con auxilios de Africa y unido al rey moro de Zaragoza, fué igualmente vencido por leoneses y castellanos en Simancas.

Muerto D. Ramiro, fué aclamado su hijo Ordoño III, al cual reclamó parte del reino su medio hermano don Sancho, instigado por el conde Fernan Gonzalez y por D. García rey de Navarra que invadieron los Estados de Leon.

Retirados los aliados á causa de sus desavenencias y resentido Ordoño de la conducta [del conde su suegro, repudió á la hija de éste, y se casó con doña Elvira, principalísima señora en Galicia; tras de lo cual, atravesando el Duero, asoló los territorios de Lamego, Viseo y Coimbra; llegó á Lisboa, la sitió, tomó y saqueó, y recogiendo un inmenso botin, regresó á su ciudad de Leon.

Resuelto á castigar al conde Fernan Gonzalez, reunió un poderoso ejército; pero, anticipándosele el conde, buscó mediadores y se presentó al rey que lo recibió generosamente.

Ya reconciliados, venció Fernan Gonzalez á los infieles auxiliado por respetables fuerzas leonesas.

Poco tiempo despues murió D. Ordoño en Leon.

D. Sancho I, que se habia refugiado en Navarra, apénas supo la muerte de su hermano D. Ordoño, se apresuró á apoderarse de la corona, pero una conspiracion le obligó á refugiarse en Navarra.

El conde Fernan Gonzalez, que excitaba á los partidos leoneses, se declaró abiertamente por D. Ordoño, hijo de Alfonso IV, á quien casó con su hija doña Urraca, la repudiada de Ordoño III y ocupó el reino de Leon.

Sancho I, apellidado el Gordo, se refugió en Córdoba.

Asagurado así Fernan Gonzalez de los navarros y leoneses, atacó á los demás condes de Castilla despojándolos de sus Estados.

De ellos tan sólo se resistió D. Vela, conde de Alava y Bureba, que tuvo que huir á Córdoba como Sancho I.

Habiendo obtenido D. Sancho tropas de Abderraman para recobrar sus Estados, de acuerdo con su tío el rey de Navarra D. García, entró en Leon (959) y obligó á Ordoño á refugiarse en Astúrias, de donde fué lanzado, así como de Castilla, muriendo al fin, miserable y despreciado, en los Estados mahometanos.

Pacificado el reino de Leon, D. Sancho ajustó paces con Alhakem, hijo de Abderraman III. Al cabo de cinco años de tranquilidad, se rebeló contra él don Gonzalo, conde de una parte de Galicia. Abandonado D. Gonzalo de los suyos, pidió humildemente perdon al rey. D. Sancho recibió del gallego, en pago de su generosidad, un veneno que le causó la muerte en 967.

A los dos años de reinar el niño D. Ramiro III, los

normandos invadieron á Galicia y fueron derrotados por el conde Gonzalo Sanchez.

Durante la menor edad de D. Ramiro fallecieron el rey de Navarra, D. García, el conde Fernan Gonzalez y el califa de Córdoba, Alhakem, á quien sucedió Hixem II bajo la tutela del célebre Almanzor, el cual, instigado por el turbulento D. Vela, atacó al conde Garci Fernandez, que, unido á D. Sancho II de Navarra, peleó y venció al cordobés en Gormaz.

Muerto D. Ramiro (982) ocupó el trono de Leon Bermudo II, que se vió al borde del abismo acometido por el terrible Almanzor.

Afligido Bermudo por tantos desastres y atacado de cruelísima gota, murió en 999, dejando en el trono á su hijo de edad de cinco años.

Los disturbios que ocurrieron en Castilla; la menor edad de D. Alfonso V el Noble, y las guerras del rey de Navarra, D. Sancho el Magno, ocupado con las conquistas de Sobrarve, Ribagorza y Boyl, impidieron que los cristianos se aprovecharan de la debilidad y de las discordias ocurridas en el Califato de Córdoba despues de la muerte de Almanzor.

Llegado D. Alfonso á los quince años de su edad, y comenzando á reinar por sí solo, reedificó á Leon arruinada por Almanzor; convocó en 1020 un Concilio y Córtes, invadió á Portugal y sitió á Viseo. Prolongándose el asedio, quiso reconocer los muros, desde los cuales le arrojaron un dardo que le hirió de muerte. Recogido por los sitiadores el cadáver de su rey, se volvieron con él á Leon.

Bermudo III, hijo de D. Alfonso V, entró á reinar (1027) á la muerte de su padre, bajo la tutela de su cuñado Sancho el Mayor, rey de Navarra.

Llegado Bermudo á la mayor edad, sostuvo empe-

ñadas guerras con D. Sancho en las que fué aquél vencido y obligado á refugiarse en Galicia.

Ajustada la paz entre ambos monarcas, la hermana de D. Bermudo casó con D. Fernando, hijo de Don Sancho de Navarra.

D. Sancho murió luego, dejando divididos los Estados entre sus cuatro hijos, de los cuales D. Fernando obtuvo á Castilla, D. García la Navarra, D. Ramiro á Aragon y D. Gonzalo el Sobrarve y Ribagorza.

Ofendido García III, rey de Navarra, de esta particion que creia en su perjuicio, despojó de su herencia de Aragon á D. Ramiro y atacó á D. Fernando. Este propuso la paz al navarro por mediacion de Santo Domingo de Silos y de San Iñigo, abad de Oña; paz que aquél rechazó con altanería. Empeñada la guerra, quedó prisionero D. Garcia, que encerrado en la fortaleza de Cea, de ella pudo fugarse, y, reuniendo á los suyos, ambos hermanos se encontraron en el valle de Atapuerca donde murió D. García atravesado por una lanza.

Casado D. Fernando con doña Sancha, heredera del reino de Leon, reunió los antiguos reinos de Asturias y Leon al novísimo de Castilla.





LECCION XVIII

EL REINO DE NAVARRA HASTA SU FIN EN TIEMPO DE D. FERNANDO
EL CATÓLICO.

El origen del noble reino de Navarra se pierde en la noche de los tiempos.

Carlo-Magno ocupó este país arrasando á Pamplona, lucha que castigaron los heroicos navarros y vascos derrotando en Roncesvalles al ilustre Carlomagno, como más adelante los primeros vencieron á Ludovico Pio.

Estos montañeses indomables, fijándose en el invicto Iñigo Arista, convinieron en elegirle rey bajo ciertas condiciones, aunque tampoco consta el año en que tuvo lugar este suceso.

La soberanía continuó en la familia de este caudillo hasta que se extinguió su raza.

Don García Iñiguez y Fortun Garcés, inmediatos sucesores de Iñigo Arista, sostuvieron crueles guerras con los árabes, á quienes el último derrotó, cuando regresaban de invadir la Francia.

En tiempo del sucesor de Fortun Garcés, San-

cho I, Barcelona cayó en poder de los francos y los mahometanos sitiaron á Pamplona.

Sancho III, el Mayor (1000), hijo de D. García el Trémulo, sostuvo los derechos de su mujer, hermana de D. García asesinado por los Velas, al condado de Castilla, que unió á Navarra, dilatando sus Estados por Francia, Leon, Vizcaya y Aragon, mereciendo el sobrenombre de Grande.

A la muerte de este ilustre príncipe fueron divididos sus Estados, quedándose únicamente con Navarra su hijo D. García IV, que murió en la batalla de Atapuerca.

Sancho IV (1057) guerreó contra el régulo de Zaragoza y se negó con invencible firmeza á abolir en sus Estados el oficio muzárabe.

Asesinado Sancho IV por su hermano D. Ramon (1076), los nobles navarros, antes que someterse al yugo del usurpador, se unieron á D. Sancho I de Aragon, á cuya monarquía permanecieron unidos hasta la muerte de D. Alonso el Batallador, en cuyo tiempo (1034), los navarros eligieron á D. García Ramirez IV, que guerreó con barceloneses y castellanos: su hijo Sancho mereció el nombre de Sábio: D. Sancho el Fuerte fué el último de la casa de Navarra y tomó parte en la gloriosísima batalla de las Navas de Tolosa.

Muerto sin sucesion este príncipe, dejó sus Estados á don Jáime el Conquistador, rey de Aragon; despues de cuyo reinado, los navarros eligieron á Teobaldo, conde de Champaña.

A la casa de Champaña (1234 á 1284) pertenecen Teobaldo I y II, Enrique I y Juan I; á la de Francia (1284 á 1322) Felipe el Hermoso, casado con Juana I, Cárlos I y doña Juana, hijos de Juana I.

Casada Juana con Felipe de Evreux, pertenecen á

esta dinastía Carlos II el Malo y Carlos III el Noble, que casó á su hija doña Blanca con D. Juan, rey de Aragón, y á la de Aragón D. Juan I de Navarra casado con doña Blanca.

Del matrimonio de D. Juan y doña Blanca nacieron tres hijos: el príncipe de Viana D. Carlos, doña Blanca, repudiada por D. Enrique IV de Castilla y doña Leonor.

Muerta la esposa de D. Juan I, pertenecia la corona al príncipe de Viana; éste, en guerra con su padre, murió desastrosamente, dejando en su testamento heredero de sus derechos á su hermana doña Blanca, que el cruel don Juan I entregó á Gaston de Foix, marido de doña Leonor, su segunda hija, el cual recluyó á esta infeliz princesa en la fortaleza de Ortex, donde murió envenenada, no sin dejar en Roncesvalles sus protestas y nombrar su sucesor en el reino de Navarra á D. Enrique IV de Castilla.

Al morir D. Juan I, logró al fin reinar su hija doña Leonor, á la cual heredó Francisco Febo, de la casa de Foix, y á éste su hermana Catalina, casada con Juan de Albrit, destronados por D. Fernando el Católico, que incorporó la Navarra al reino de Castilla (1512).

Juana de Albrit, nieta de Catalina, casó con Antonio de Borbon, ocasion de que la Navarra bearnesa, cuya capital fué Pau, se incorporara á la corona de Francia en tiempo de Enrique IV de Borbon (1572) hijo de Antonio.

Por esta razon los reyes de Francia ostentan el título de reyes de Navarra.

LECCION XIX

REINO DE ARAGON.

D. Sancho el Grande dividió sus Estados entre sus cuatro hijos, correspondiendo Aragon á Ramiro, que á los cuatro años heredó los Estados de Sobrarbe y de Ribagorza, patrimonio de su hermano D. Gonzalo.

Navarra y Aragon se unieron (1076) bajo Sancho Ramirez I, que ensanchó sus Estados con la conquista de Monzon, y murió en el asedio de Huesca, ciudad que al cabo arrebató á los infieles D. Pedro I.

Habiendo muerto D. Pedro sin sucesion, entró á reinar su hermano D. Alfonso.

El infeliz matrimonio de este príncipe con doña Urraca, heredera de Castilla, que debió haber anticipado la reconquista, fué por el contrario causa de males sin cuento y de luchas entre ambos Estados.

D. Alfonso llevó á cabo una maravillosa expedicion á los Estados mahometanos de Andalucia, de la que regresó victorioso, aumentado su ejército con miles de muzárabes que estableció en sus Estados.

Alfonso I, conocido con el nombre de el Batalla-

dor, vivió setenta años, reinó treinta, se apoderó de Zaragoza que hizo cabeza de su reino, ganó á los infieles vetinueve batallas campales y murió (1134) en el sitio de Fraga, instituyendo herederos de su reino á los Templarios.

Las Córtes de Monzon, desentendiéndose del extraño capricho de D. Alfonso, elevaron á su hermano D. Ramiro II, que la Historia conoce con el sobrenombre de el Monge por serlo profeso en el monasterio de Sahagun.

Este príncipe, que despues de obtener dispensa del papa Inocencio II casó con doña Inés de Poitiers, de la que tuvo á doña Petronila, disgustado del gobierno, abdicó el reino en su hija, concertó el matrimonio de ésta con Ramon Berenguer, conde de Barcelona, y se retiró á Huesca.

Así quedaron unidos Aragon y Cataluña para no separarse jamás.

Esta union, la conquista de Lérida, Tortosa, Montalban y Teruel, arrebatadas á los mahometanos, la adquisicion del Rosellon y otros feudos franceses, y la creacion de una marina respetable, que llenan el reinado de Ramon Berenguer y de su hijo Pedro II, elevan á gran esplendor la monarquía aragonesa.

Pedro II el Católico tomó parte en la batalla de las Navas de Tolosa, persiguió á los herejes Valdenses, y, sin embargo, defensor de la herejia de los albigenses, murió en Muret (1213) peleando contra Simon de Monforte.

D. Jáime I el Conquistador engrandeció las glorias de Aragon apoderándose de las Baleares, del reino de Valencia y parte del de Murcia, que arrebató á los infieles.

D. Pedro III (1276), hijo del Conquistador, heredó los Estados de su padre, con excepcion de la Isla de

Mallorca que el Conquistador dió á su segundo hijo D. Jáime, y se apoderó de Sicilia, que arrebató á la casa de Anjou, mediante las llamadas Vísperas Sicilianas, suceso que fué causa de grandes disturbios y desgracias en Aragon.

En guerra con Francia por la posesion de Sicilia, y con Castilla por favorecer, contra D. Sancho IV el Bravo, las pretensiones de los infantes de la Cerda, pudo, sin embargo, Alfonso III el Liberal (1285), conquistar á los moros las Islas Baleares.

Jaime II el Justiciero (1291), hermano de D. Alfonso, dejando á su otro hermano D. Fadrique la gobernacion de Sicilia, casó con doña Blanca, hijo de Carlos de Anjou, rey de Nápoles; pero como pactara ceder al suegro aquella isla, D. Fadrique se hizo proclamar rey de la misma, hecho que sancionó el papa Bonifacio VIII.

Estos sucesos fueron causa de una guerra de las más gloriosas para España, pues los catalanes y aragoneses que se habian alistado bajo las banderas de don Fadrique, llamados en auxilio de Andrónico, emperador de Constantinopla, viéndose maltratados por éste, tras de haberlo salvado, volvieron sus armas contra el pérfido griego y pusieron el imperio al borde del abismo.

En tiempo de D. Jáime II la isla de Cerdeña entró á formar parte de los Estados de Aragon, causa de las empeñadas guerras con la república de Génova, que llenaron el reinado de Alfonso IV el Benigno.

Pedro IV, apellidado por unos el Ceremonioso, y por otros el Cruel, reinó despues de su hermano (1330). Empeñado este monarca en que, contra lo dispuesto por las leyes del reino, le sucediera su hija doña Constanza, la Hermandad de la Union, capitaneada, primero por el infante D. Jáime y despues por D. Fernando, se alzó contra el rey.

Trascurridos dos años de cruelísima guerra, la Union fué derrotada, condenados á muerte sus principales caudillos y suprimida la Hermandad.

Muerto D. Juan I, que habia reinado pacíficamente, le sucedió su hermano D. Martin que tampoco dejó hijos y fué el último de la dinastía barcelonesa que habia imperado en Aragon por espacio de doscientos sesenta y tres años.

Seis fueron los pretendientes al trono que se presentaron, apoyados por distintos monarcas.

Entónces fué cuando, para evitar grandes males, se convino en nombrar nueve compromisarios, tres respectivamente por Aragon, Barcelona y Valencia, que, resolviendo como jueces, adjudicarian la corona á quien correspondiera de derecho.

Los compromisarios, reunidos en el castillo de Caspe, se decidieron (1412), despues de tres meses de empeñadas deliberaciones, por el infante D. Fernando, hijo segundo del monarca de Castilla, D. Juan I, y de doña Leonor que lo era de D. Pedro IV de Aragon.

D. Fernando (el de Antequera) sólo reinó cuatro años; tras él imperó su hijo Alfonso V.

Este príncipe aumentó sus Estados con el reino de Nápoles, fué ardiente protector de las letras y de las artes, y mereció el titulo de Magnánimo con que se le distingue.

Al morir Alfonso V dejó el reino de Nápoles á su hijo natural D. Fernando, y el de Aragon á su hermano don Juan II de Navarra, al cual heredó D. Fernando el Católico (1379), que por su casamiento con doña Isabel I, unió, para feliz término y remate de la reconquista, las coronas de Castilla y de Aragon.

LECCION XX

CONDADO DE BARCELONA.

Las conquistas de Carlo-Magno y de Ludovico Pio en los países situados entre el Ebro y los Pirineos, produjeron la Marca Hispánica que erigió Ludovico en ducado, del que fué capital Barcelona.

Cárlos el Calvo partió este Estado en dos condados, de los que hizo cabezas respectivamente á Narbona y á Barcelona.

Los primeros condes de Barcelona fueron vasallos del monarca francés, hasta que los catalanes se declararon independientes (874) proclamando á Wifredo el Velloso, vencedor de los francos y de los árabes. A Wifredo heredaron sucesivamente Borrell I (898) y Suniario (912), y á éste Borrell II y Miron, sus hijos, que reinaron juntos (917), hasta que por muerte del segundo quedó el primero como único conde.

En tiempo de Borrell II, aconteció la terrible invasión de Almanzor que se apoderó de Barcelona.

Después de haber recobrado la capital de sus Estados, murió Borrell, dejando el condado de Barcelona

á D. Ramon Borrell III, y el de Urgel á D. Armengol, sus hijos.

D. Berenguer Ramon I, el Curvo (1118) vivió contrariado por su madre Ermesinda, empeñada en tenerlo en perpétua tutela.

En tiempo de Ramon Berenguer I el Viejo (1125), se publicaron los célebres Usajes de Cataluña, y lo heredaron sus dos hijos, D. Berenguer Ramon I y don Ramon Berenguer II, que reinaron á la vez.

En guerra ambos hermanos, el primero fué asesinado por el segundo, que no pudo alcanzar el fruto del fratricidio, pues los catalanes aclamaron á D. Ramon Berenguer III, hijo del difunto, el cual, por su casamiento con doña Dulce, adquirió el condado de Provenza, y obligó á que le pagaran tributo á los reyes infieles de Tortosa y de Lérida.

A su muerte (1131), heredó sus Estados su hijo don Ramon Berenguer IV, que casándose con Petronila, hija de Ramiro II de Aragon, unió á Aragon y Cataluña.

Los Condes de Castilla.—Parece ser que en los primeros tiempos de la Reconquista, varios guerreros valerosos, anticipándose á los monarcas asturianos, luchaban por su cuenta contra los moros, adelantando las fronteras cristianas, y que los reyes de Astúrias los dejaban en la posesion de los terrenos conquistados, con título de condes ó gobernadores, bajo su dependencia.

La existencia de estos condes, que eran varios, puede contarse ya bajo D. Fruela I, debiendo sospecharse que el de Búrgos ejercía cierta superioridad sobre los demás.

La muerte de algunos de estos magnates en la cita de Tejares fué causa de que los castellanos establecieran el gobierno de los Jueces (922), de los cuales

fueron los primeros Nuño Rasura y Lain Calvo, forma de autoridad que debió ser poco duradera, pues en 930 aparece ya Fernan-Gonzalez como conde de Castilla.

Muerto Fernan-Gonzalez, le sucedió su hijo García Fernandez al que sucesivamente heredaron Sancho García y García II, asesinado por los Velas, y doña Elvira, casada con el rey de Navarra, D. Sancho el Mayor, que tomó posesion de estos Estados en nombre de su mujer.

A esta señora heredó su hijo D. Fernando I, que unió los Estados de Castilla, Leon y Astúrias, por su casamiento con doña Sancha, hermana de Bermudo III, rey de Leon (1037).

LECCION XXI

CASTILLA Y LEON REUNIDOS.

(VARIOS: Crónicas publicadas por la Real Academia de la Historia.)

Con Fernando I y doña Sancha (1037), comienza en Castilla la dinastía de la casa de Navarra.

Antes de morir D. Fernando (1065), reunió las Córtes del reino, dando Castilla á D. Sancho, Leon á D. Alfonso, Galicia á D. García, dejando á doña Urraca la soberanía de la ciudad de Zamora, y á doña Elvira la de Toro.

Muertos sus padres y no dispuesto D. Sancho II el Fuerte (1065) á respetar la voluntad de D. Fernando, acometió á su hermano D. Alfonso de Leon, que, vencido en Llantada y Volpejar, fué preso y conducido á Búrgos y de aquí á Sahagun, para hacerse monje; pero por fortuna éste pudo huir y refugiarse bajo la proteccion del rey moro de Toledo.

En seguida, D. Sancho desposeyó de sus Estados de Galicia á D. García.

Hecho esto, se dirigió D. Sancho sobre Zamora

para apoderarse del patrimonio de su hermana doña Urraca, en cuya ciudad halló inesperada resistencia y donde un desertor, Vellido Dolfos, bajo pretexto de mostrarle cierta parte de la muralla desde la cual podria penetrar en la ciudad, le asesinó vilmente (1072).

Noticioso D. Alfonso de la muerte de D. Sancho, recobró sus Estados de Leon, y no se apoderó de Castilla sino despues de haber jurado en Santa Gadea, en manos del Cid, no haber tenido parte en el asesinato de su hermano.

Muerto el rey de Toledo, protector de Alfonso VI, y su hijo y sucesor Hixem, resolvió apoderarse de estos Estados, como lo consiguió, despues de un obstinado sitio (1082); victoria que le valió el título de *Conquistador*. El reinado de este monarca es el de la España caballeresca, pues que durante él florecieron el Cid Rodrigo Diaz de Vivar y otros inolvidables caudillos y próceres extranjeros, como los condes de Borgoña y de Tolosa, que atraidos por la fama del Conquistador, corrieron á alistarse bajo sus banderas.

Alfonso VI imaginó apoderarse pacíficamente del reino de Sevilla, á cuyo efecto se casó con Zaida, hija de Aben-Abed su monarca.

Temblando los infieles españoles ante tanta prosperidad y semejantes propósitos, vuelven sus ojos al Africa, donde Juzef-ben-Taxin regia un poderoso imperio que habia engrandecido en España durante sus expediciones. Gobernaba por entónces estos Estados Alí, que movido por las súplicas de los moros españoles, y por su propio interés, desembarcó en España al frente de sus almoravides.

Impedido Alfonso VI por sus achaques, puso al frente de sus tropas al jóven D. Sancho, su hijo único, bajo la direccion de su ayo, el conde de Cabra, y

de otros seis condes, soldados todos de gran nombradía.

Los dos ejércitos se encontraron en los campos de Uclés (1108), donde venció Ali, con muerte del jóven D. Sancho, del de Cabra y de los otros seis condes (batalla de los *Siete Condes*).

Alfonso VI murió en Toledo (1109), dejando sus Estados de Castilla y de Leon á su hija doña Urraca.

Casada la heredera del trono castellano con Alfonso I, rey de Aragon, este enlace, que debia haber anticipado la reconquista, fué, por el contrario, causa de gravísimos males, pues desavenidos ambos esposos, doña Urraca, abandonando la córte de Aragon, se refugió en Castilla y alzados en armas ambos reinos, Alfonso I alcanzó una señalada victoria en los campos de La Espina junto á Sepúlveda; pero, rehechos los castellanos, derrotaron á D. Alfonso. Estas luchas terminaron con la declaracion de nulidad del matrimonio de los dos altaneros cónyuges.

Estuvo unida doña Urraca en primeras nupcias con el conde D. Ramon de Borgoña; de ellas procedió D. Alfonso VII, que entró á reinar en Castilla, y resuelto á pelear contra los moros, conquistó á Calatrava, Andújar, Baeza y Almería.

D. Alfonso convocó Córtes en Leon, donde se hizo coronar emperador (1135), á cuya ceremonia asistió D. García rey de Navarra, como su feudatario.



LECCION XXII

CASTILLA DESDE D. SANCHO III Á D. ALFONSO XI.

En 1157, al morir el emperador D. Alfonso, heredó la corona de Castilla D. Sancho III el Deseado, y la de Leon D. Fernando II.

El reinado de D. Sancho duró por espacio de doce meses.

Alfonso VIII tenia tres años de edad cuando sucedió á su padre, amenazado por la ambicion desatentada de dos poderosas facciones, los Laras y los Castros, que se disputaban la tutela del rey niño, y por la codicia del monarca leonés, D. Fernando II, que pretendia gobernar en Castilla.

Confiada la educacion del rey á los Castros, los Laras se apoderaron de él y ardió empeñada la guerra civil hasta 1170 en que, D. Alfonso, ántes de transcurrir el tiempo legal, pues que contaba sólo once años y no cumplidos, fué declarado mayor de edad.

D. Alfonso VIII, únese á Alfonso II de Aragon contra D. Sancho de Navarra que le habia usurpado algunos pueblos de la Rioja, arrebatá á los árabes la

ciudad de Cuenca y levanta el vasallaje á su amigo el aragonés.

Luchaban en tanto en España, en guerra implacable, almoravides y almohades, y dominando al cabo los segundos, reuniendo sus fuerzas y con grandes auxilios africanos, marcharon contra Alfonso VIII, al que encontraron en los campos de Alarcos.

Abandonado el castellano por los monarcas de Galicia, de Aragon y de Navarra, sufrió una terrible derrota.

Noticioso D. Alfonso de que el almohade hacia inmensos preparativos en Africa para acabar de un solo golpe con el Cristianismo, impetró el auxilio de los príncipes sus correligionarios y obtuvo del papa Inocencio III la concesion de una cruzada que predicó el ilustre arzobispo de Toledo D. Rodrigo Ximenez de Rada, recorriendo la Italia, Francia y Alemania.

Reunido en Toledo el ejército de los cruzados, del cual formaban parte todos los reyes de España, excepto el de Leon, encontróse con el musulman en las Navas de Tolosa, al pié de Sierra Morena, valladar de Andalucia, en 16 de Julio de 1212.

Alfonso VIII obtuvo en las Navas una memorable victoria que postró para siempre el poder de los infieles, y que solemniza la Iglesia con la gran festividad titulada el *Triunfo de la Santa Cruz*.

El rey de Castilla sobrevivió poco á esta inmortal victoria; sucedióle (1214) su hijo D. Enrique I, bajo la tutela de doña Berenguela, su hermana.

El rey niño acabó desgraciadamente (6 de Junio de 1217) del golpe de una teja que cayó sobre su cabeza, estando jugando con otros jóvenes señores, en las casas del obispo de Palencia.

D. Fernando III entró á reinar (1217) en Castilla

por renuncia de su madre Doña Berenguela, y en Leon por muerte de su padre D. Alfonso.

Unido D. Fernando III á D. Jáime el Conquistador, ámbos esclarecidos monarcas se propusieron acabar con la dominacion musulmana.

Al efecto, habiendo conquistado varias plazas el ilustre caudillo D. Alvaro Perez de Castro, estas victorias pusieron á D. Fernando frente á Córdoba, de la cual se apoderó por fuerza de armas.

La pérdida de Córdoba, capital política y religiosa de los musulmanes, fué para éstos un golpe mortal.

Léjos, sin embargo, de cesar en sus eternas querellas, léjos de reunir los restos de sus fuerzas formando un centro de suma resistencia, los infieles se fraccionaron y se dividieron aún más.

Mahomed Alhamar, generoso jóven nacido en Arjona, concibió el proyecto de agrupar cerca de sí los restos del imperio musulman, y, al efecto, fundó el reino de Granada.

Pero los infieles, desacordados siempre, crearon diferentes reinos (*taifas*) y obligaron á Alhamar á concertar con don Fernando III una paz vergonzosa, en la que aquél hizo homenaje de su nuevo Estado, obligándose á pagar tributo al cristiano; le entregó la fortaleza y ciudad de Jaen, *llave y defendimiento de estos reinos*, y, lo que fué para él más doloroso, se comprometió á ayudarle con sus fuerzas en la conquista de Sevilla.

Legislador, encomendó Fernando III á su hijo la reforma de las leyes que él no pudo llevar á cabo; protector de las letras, fundó y dotó la célebre Universidad Salmaticense; amigo de las artes, engrandeció la catedral de Toledo; ilustre guerrero, ensanchó los dominios cristianos; espejo de todas las virtudes, merece que la Iglesia le cuente en el número de sus Santos.

Cuando Fernando III meditaba llevar la guerra al Africa, Dios lo llamó á mejor vida (1252), en Sevilla, donde se conservan sus reliquias.

A D. Fernando III sucedió su hijo Alfonso X, durante cuyo reinado, aterrados los muzlines con las derrotas anteriores, permanecieron sumisos, devorados por intestinas querellas.

— Este monarca mereció el título de *Sábio*, con el que es conocido, pues fué notabilísimo historiador, legislador, astrónomo, filósofo, poeta y moralista.

D. Alfonso tuvo la desgracia de suceder á D. Fernando con el que pocos monarcas pueden ser comparados.

Así se le acusa injustamente por haber gastado grandes sumas en su empeño de adquirir para España la dignidad imperial; de sus expensas en dar impulso á las ciencias y á las letras; del espíritu turbulento de los grandes, soliviantados con algunas de las disposiciones contenidas en el inmortal *Código de las Siete Partidas*, que conturbaron los reinados sucesivos; porque la Historia suele decir con frecuencia: *post hoc, ergo per hoc*.

Durante el reinado de D. Sancho IV ocurrieron en Castilla grandes disturbios.

Muerto D. Fernando, hijo mayor de Alfonso X, durante cierta ausencia de su padre, se encargó de la direccion de los negocios el infante D. Sancho, que aprovechó la ocasion para conciliarse voluntades, hasta el punto de que, á la vuelta del rey, muchos le instaron vivamente que declarara á D. Sancho inmediato heredero de sus Estados.

Consultado el Consejo, resolvió éste que era mejor el derecho del vivo que el de los hermanos del muerto, por lo cual D. Sancho fué jurado como sucesor á la corona en las Córtes de Segovia.

Los infantes de la Cerda, hijos de D. Fernando, no conformes con este hecho, encontraron protectores en el rey de Aragon, que los habia acogido en sus Estados; en el de Francia obligado á sostener sus derechos por ser la madre de los infantes hija de San Luis, y en no pocos hidalgos castellanos amigos de desórdenes y revueltas; á todo lo cual se agregaba, como fuente de desórdenes, la pretension de D. Juan á la ciudad de Sevilla. Llegaron las cosas á punto de que el infante D. Juan, con auxilio del marroquí, sitió la ciudad de Tarifa, defendida por D. Alonso Perez de Guzman (*el Bueno*). Prolongándose el asedio, logró apoderarse D. Juan de un niño, hijo de D. Alonso, que presentó al padre, intimándole que lo mataria si no le rendia la plaza. Arrebatado D. Alonso, arrojó desde la muralla su puñal, y D. Juan consumó su amenaza, sin que se rindiera el ánimo del defensor de Tarifa.

En medio de estas turbulencias trascurrió el reinado del valeroso D. Sancho, que murió (1295), dejando á su hijo D. Fernando de edad de nueve años.

Doña María de Molina, madre, regente del reino y tutora de D. Fernando IV, al ver el reino encendido en guerras y parcialidades, confió al infante D. Enrique el gobierno del Estado, reservándose ella la educacion de su hijo.

Los infantes de la Cerda renovaron entónces sus pretensiones, resueltamente apoyados por Francia, Aragon, Portugal y el infante D. Juan, proclamando á D. Alfonso en Sahagun, é invadiendo los Estados de Castilla.

La prudentísima doña María casó á su hijo con doña Constanza, hija del rey de Portugal; concedió á D. Juan la vuelta á sus Estados de Leon; á D. Fernando de la Cerda el título de Infante de Castilla, y á su

hermano, el pretendiente D. Alfonso, una crecida renta; con lo que aplacó un tanto los ánimos.

Declarado D. Fernando IV mayor de edad, conquistó á los moros la plaza de Gibraltar, aunque con muerte de Guzman el Bueno.

Cuéntase, aunque sin fundamento, que habiendo hecho precipitar el rey desde la peña de Mártos á los dos hermanos Carvajales, en castigo de un delito que sin fundamento se les atribuía, éstos citaron al rey para ante el tribunal de Dios, en el término de treinta días, plazo en que murió D. Fernando IV, que por tal motivo, dicen, es conocido con el sobrenombre de el *Emplazado*.

LECCION XXIII

REYES DE CASTILLA Y DE LEON DESDE D. FERNANDO IV HASTA
DOÑA ISABEL I.

(D. A. BENAVIDES: Notas á la Crónica de D. Enrique IV. — ¡JUAN DE OLID?: Relacion de los fechos del señor D. Miguel Lúcas, Condestable de Castilla.—F. SALAS Y A. FERNANDEZ-GUERRA: Discursos ante la Academia de la Historia.)

Un año y veintiseis dias de edad contaba D. Alfonso XI, cuando la muerte de su padre D. Fernando lo llamó á la herencia de las coronas de Castilla y de Leon.

Dos partidos principales aspiraban á la tutela del rey niño y á la gobernacion del Estado: el de don Pedro, tío de D. Juan, y doña Constanza, madre del rey, al que se unieron más adelante, por muerte de doña Constanza, los infantes de la Cerda, D. Felipe, hijo de doña María y los Laras.

Conferida la tutela y el gobierno á los infantes don Pedro y D. Juan, al morir éstos infelizmente en una accion contra los moros en la vega de Granada, re-

nacieron los pretendientes, y los facciosos, capitaneados por D. Juan Manuel, D. Felipe, D. Juan el Tuerto y D. Fernando de la Cerda, fueron autores de un largo período de desorden que subió de punto con la muerte de doña María de Molina.

Llegado por fin el rey á los catorce años, se hizo declarar mayor de edad.

D. Juan Manuel y D. Juan el Tuerto renovaron su amistad, que procuró el monarca anular casándose con la hija del primero, y dando muerte al segundo en las mismas puertas de su palacio de Toro. Llamado D. Juan Manuel para que tomara parte en la guerra, y no presentándose, el rey contestó á esta rebeldía repudiando á su hija y casándose con doña María de Portugal.

Por consiguiente, no hubo ya esperanza de avenencia, haciéndose los rebeldes y el rey implacable y cruelísima guerra.

Exasperado D. Alfonso por la pérdida de Gibraltar, que habian ganado los moros, ocupado él en estas revueltas sin tregua, hizo guerra de exterminio á los rebeldes, hasta el punto de que, aterrados éstos, impetraran su piedad, y no en vano, pues, fueron perdonados por el noble D. Alfonso.

Hecho esto, el rey volvió sus ojos á la envalentada morisma que sitiaba la plaza de Tarifa.

Encontráronse ambos ejércitos, el de los benimerines y granadinos y el castellano y portugués, cerca del rio Salado (1340), en donde D. Alfonso consiguió una completa victoria á la cual siguió la toma de Algeciras.

Tal fué la nombradía que dieron á D. Alfonso estas hazañas y su noble generosidad, que las tres provincias de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, fiadas en su lealtad, le eligieron por su señor feudal, bajo ciertas

condiciones, que el leal D. Alfonso juró guardar por sí y en nombre de sus sucesores.

Las Siete Partidas, cuyas disposiciones vieron la luz como consejo en tiempo de D. Sancho el Bravo, excitando tantas rebeldías, fueron sancionadas definitivamente como leyes en las Cortes de Alcalá (1348) y pacíficamente acogidas; que tal es siempre el fruto de los gobiernos sábios y fuertes.

Excede á toda ponderacion la dificultad de escribir con ánimo desapasionado, no ya la historia, sino el rápido boceto, borrajado en pocas docenas de líneas, de un reinado como el de D. Pedro, del cual apenas nos queda más que la crónica de Lopez Ayala, acaparador de riquezas y de empleos, más atento á conservarlas adulando al vencedor que á hacer justicia al muerto, su primer protector, cuyas mentiras y calumnias toman carta de verdad y se agigantan bajo la dinastía triunfante del fratricida.

No intentaremos, pues, resolver el enmarañado pleito acerca de si D. Pedro ha de ser llamado el *Justiciero* ó el *Cruel*.

Sin embargo, como rayos de luz en la negra noche de la calumnia que oscurece este reinado, aparece el favoritismo de la manceba de D. Alfonso XI, mientras vivió su régio amante; el engrandecimiento de los bastardos hijos del rey, y el menosprecio del legítimo; el robo de pacíficos mercaderes llevado á cabo por los bastardos; los saqueos del tesoro real y en las tierras de Zamora y de Toro; el generoso perdón concedido una y muchas veces por D. Pedro á sus inicuos hermanos á quienes confió además la defensa de importantes plazas, los cuales no vacilan en besar la mano de la reina viuda que hizo morir á su propia madre; la entrega de doña María de Padilla á la ardiente pasión de D. Pedro por los mismos tutores y

guardadores de esta hermosísima doncella, que sueñan convertirla en fuerte columna de inacabable favoritismo; su forzado casamiento con la desventurada doña Blanca; el acuerdo de su madre con los enemigos eternos de D. Pedro; el cruel ultraje hecho, dentro del mismo alcazar real, á doña Juana Manuel, prometida del rey; ver á doña María de Portugal madre del monarca, en el campo rebelde, porque en él militaba Martin Alfonso Tello.

¡Que mucho que, á la postre, el leon castellano, encrespada la melena, amenazadoras las garras, centelleantes los ojos y revolviéndolos á todas partes, sin saber donde acudir en la mortal lucha de la dignidad real ultrajada con la ingratitud, aplastara á alguno de sus enemigos implacables!

D. Pedro, durante su agitadísimo reinado, habia comprendido, á precio de dolorosísimas experiencias, que el cáncer devorador de Castilla estaba en la anarquía feudal; que su eficaz remedio era poner coto á las mercedes y desmembramiento de la autoridad soberana, aumentándola á toda costa; en destruir la prepotencia de los grandes; en mantener en justicia al pueblo, desarrollando en él el espíritu comercial, agricultor é industrial.

Combatió, pues, la tiranía del monopolio; fomentó la marina; alivió de gabelas injustas á los pueblos; concedió á judíos y mudejares el derecho de nombrar sus propios jueces; estableció la manera de residenciar anualmente á adelantados, merinos y escribanos; para todo lo cual él mismo recibia en audiencia pública, dos veces cada semana.

¿Fué acaso D. Pedro I más arrebatado, más violento, más incontinente que su padre?

¿Hemos de conceder al uno el dictado de *Justiciero* y al otro el de *Cruel*, sólo porque éste cayó, muerto

traidoramente en Montiel, herido por el puñal de su hermano bastardo?

¿Es que la Historia no ha de tener más que ultraje para el vencido y aplausos para el vencedor?

Muerto D. Pedro no ascendió en paz D. Enrique II el *Bastardo* (1369) al trono de su hermano; disputáronle la corona el portugués D. Fernando, biznieto de D. Sancho el Bravo; el duque de Alencaster, casado con doña Constanza, hija de D. Pedro y de doña María de Padilla, é inquietaron sus Estados el rey de Aragón, el de Navarra y el moro de Granada.

D. Enrique, al recompensar espléndidamente á los que le habian auxiliado en derrocar del trono á su hermano, dejó exhausta é inerte la monarquía en manos de los grandes señores.

D. Juan I sucedió á su padre (1379), y sostuvo guerras contra el duque de Alencaster, que renovó sus pretensiones á la corona de Castilla, unido al rey de Portugal.

El heredero de Enrique II contrajo matrimonio con doña Beatriz, hija del portugués, acordándose que si éste fallecía sin dejar hijo varon le sucedería en el trono doña Beatriz; pero reservándose el gobierno del Estado la reina viuda su madre, hasta que doña Beatriz tuviera un hijo ó hija mayor de catorce años.

Muerto á los pocos meses el rey de Portugal, como no dejara hijos, D. Juan quiso hacer valer los derechos de su mujer, cuyo cumplimiento le fué negado.

Invadió, pues, el Portugal; pero una epidemia, que diezmo su ejército, le hizo abandonar la empresa, que renovó despues (1385), siendo completamente derrotado su ejército en Aljubarrota.

Alentado el duque de Alencaster con estos desastres, renovó sus pretensiones á la corona, con las que

tuvo que transigir D. Juan , casando á su hijo el infante heredero D. Enrique , con Catalina , hija del duque de Alencaster.

D. Juan falleció á los treinta y tres años de su edad , por consecuencia de la caída de un caballo (1390).

La menor edad de D. Enrique III el Doliente , fué no poco agitada por los ambiciosos.

En las Córtes de Búrgos (1393) manifestó el rey su firme resolución de gobernar por sí solo , y al efecto contrató paces con los moros granadinos , introdujo grandes economías , dando él mismo el ejemplo en su casa , y anuló no pocas de las mercedes de su predecesor Enrique II.

La falta de salud del rey fué causa de que , con su temprana muerte (1406) , se destruyeran en flor tan risueñas esperanzas.

Veintidos meses de edad contaba D. Juan II cuando ascendió al trono bajo la tutela de su madre doña Catalina y de su tío el infante D. Fernando , que rigieron con mano firme el Estado , haciéndose cargo doña Catalina de gobernar Castilla la Vieja y D. Fernando , la Nueva y la Andalucía , donde consiguió importantes victorias y ganó la plaza de Antequera que le dió sobrenombre.

Llamado D. Fernando á reinar en Aragon , y muerta su madre , quedó D. Juan rodeado de ambiciosos que agitaron su reinado.

Llénase la vida de este príncipe con la privanza de D. Alvaro de Luna su compañero de la niñez.

Las armas cristianas vencieron en tiempo de don Juan á los moros granadinos en la batalla de la Higuera ; pero á nada más pudo acudir el favorito que á dominar á los grandes. Venciólos el rey en Olmedo , donde aprisionó á muchos , aunque quedando herido el infante D. Enrique.

D. Alvaro, para afianzar su poder, casó al rey con doña Isabel de Portugal, suceso que, en vez de fortalecer su privanza, fué causa de su ruina.

El favorito fué preso de orden del monarca, juzgado atropelladamente y degollado en Valladolid.

D. Juan II, devorado de tristeza, murió (1454) á los tres meses de ocurrir este suceso.

En el reinado de D. Enrique IV crecieron más y más los escándalos y los desórdenes.

Alzada en armas la nobleza, se negó á reconocer como heredera de la corona á doña Juana, afirmando la impotencia del rey y que la infanta era hija de don Beltran de la Cueva.

Los sublevados alzaron en las cercanías de Avila un tablado, y sobre él despojaron de las insignias reales á una estatua que representaba al monarca, al cual declararon incapacitado para gobernar, proclamaron al infante D. Alfonso y lucharon con las tropas reales en Olmedo, cuya victoria quedó indecisa.

Muerto el infante D. Alfonso, los rebeldes propusieron la corona á doña Isabel, que se negó resueltamente á aceptarla en vida de su hermano.

LECCION XXIV

PORTUGAL HASTA ALFONSO V.

A la caída del Imperio Romano pasó la antigua Lusitania por los mismos trances que España, asolada por los bárbaros.

Ya dijimos que Alfonso VI de Castilla y de León casó á su hija doña Teresa (1095) con Enrique de Borgoña, dándole en dote las tierras que había conquistado y pudiera conquistar en Portugal, con título de conde feudatario.

De este matrimonio nació Alfonso Enriquez, que ganó á los moros la memorabilísima batalla de Ourique y en ella el título de Conquistador, siendo proclamado rey en el mismo campo de batalla; elección que confirmaron las Cortes de Lamego (1145). Durante su largo reinado, este príncipe conquistó á los mahometanos, entre otras ciudades, á Lisboa, Santarén, Évora y Badajoz.

Sancho I (1185), se apoderó del Alentejo: Alfonso II vió sus Estados puestos en entredicho por el Papa: Sancho II hizo con su conducta que el Pontífice Ino-

cencio IV lo depusiera en el Concilio de Leon de Francia: Alfonso III (1279), fué un excelente príncipe que ensancho sus dominios con la conquista de los Algarbes: D. Dionisio imitó á su padre y fundó la célebre Universidad de Coimbra. Casado este monarca con Santa Isabel, tuvo un hijo que le hizo cruda guerra, á pesar de las lágrimas de su madre y de los ruegos del Soberano Pontífice.

El turbulento D. Alfonso IV el Bravo, sucedió á su padre. Este príncipe declaró la guerra y confiscó los bienes á su hermano D. Alfonso Sanchez y mandó matar á doña Inés de Castro, casada en secreto con su hijo D. Pedro.

D. Pedro I, á quien unos llaman *Cruel*, y *Justiciero* otros, al heredar á su padre, castigó cruelmente á cuantos intervinieron en la muerte de su mujer, vindicó la memoria de esta señora y arregló los gastos del Estado haciendo grandes economías.

Su hijo D. Fernando (1367) fué el último rey de la casa de Borgoña.

Con arreglo á lo estipulado al casarse doña Beatriz, hija de D. Fernando, con D. Juan I de Castilla, reclamó éste, al morir D. Fernando, la herencia de su esposa; negativa que fué causa de la batalla de Aljubarrota y de la proclamacion del Maestre de Avis D. Juan, hijo bastardo de Pedro I.

D. Juan I dirigió sus armas al Africa, donde conquistó á Ceuta y dejó sus Estados (1433) á su hijo don Duarte.

Alfonso V (1438), llevó á cabo tres expediciones al Africa: en la primera conquistó á Alcázar Ceguer, sufriendo grandes pérdidas, entre ellas la del infante D. Enrique: en la segunda padeció gran descalabro, y en la tercera se apoderó de Arcila y de Tánger.

Casado con doña Juana la Beltraneja, disputó la corona de Castilla á doña Isabel I y fué vencido en la batalla de Toro.

Este príncipe abdicó la corona y se encaminó á la Tierra Santa.

Dotado Portugal de extensas costas y limitado por los Estados españoles, puso sus ojos en Africa, donde llevó á cabo no pocas expediciones, en las que perfeccionó su marina.

Comprendiendo los verdaderos intereses de su país el infante D. Enrique, establecido en las cercanías del cabo de San Vicente, excitaba á los suyos y los mandaba al Océano para acometer grandes empresas.

En 1418 los portugueses descubrieron la isla de Madera: en los reinados de D. Duarte y D. Alfonso V, concedieron los Papas á los portugueses el señorío de cuanto descubrieran desde el cabo Bojador á las Indias Orientales.

Así, llegaron á Cabo Nuñez en 1432, reconoció Cabral las Azores (1442 á 1450), llegaron á Cabo Blanco en 1440, á Cabo Verde en 1447, y pasando el Ecuador, doblaron el Cabo de Buena Esperanza en 1486, preparando así el gigantesco vireinato de las Indias Orientales.



LECCION XXV

LOS DANESSES Y LOS NORMANDOS.

Alfredo no se hizo amar de sus súbditos en los primeros tiempos de su reinado (871).

Habiendo tenido ocasion, en dos viajes que hizo á Roma, de apreciar una civilizacion más adelantada, despreciaba las usos y costumbres anglo-sajonas, que quiso reformar con poco acuerdo.

Así, cuando los daneses atacaron sus Estados, vióse abandonado de todos, salvando difícilmente su vida en las fronteras de Cornwall, donde, acogiéndose á la choza de un pastor, ganó su sustento á precio de los servicios más humildes.

Esta existencia solitaria, el espectáculo de la naturaleza, tan elocuente en los países montañosos, fortalecieron su alma enriqueciéndola con la más preciosa de las ciencias: el conocimiento de sí mismo y de sus defectos.

Por medio de algunos antiguos amigos á quienes encontró al cabo de algunos meses, tuvo cabal noticia del estado de la patria, oprimida por los daneses,

en la que se suspiraba por la restauracion. Poniéndose, pues, al frente de algunos, se estableció en un islote situado entre las lagunas que forman la confluencia de los rios Tone y Parret, desde la cual, como el halcon desde su nido inaccesible, caia sobre los daneses.

Reuniendo así á su alrededor los espíritus más varoniles, logró al fin librar á su patria de las dominaciones extranjeras, á costa de cincuenta y seis batallas.

En los escasos intervalos que le dejaba la guerra dedicábase Alfredo á extender en su país, que habia caido en la más grosera barbarie, las luces de la civilizacion.

Al efecto, se rodeó de hombres doctos; dotó establecimientos de enseñanza; compuso libros de instruccion; hizo traducir al idioma vulgar los que le parecieron más útiles; protegió las artes y el comercio; engrandeció la marina; repobló el país; mandó explorar los mares del Norte; renovó la organizacion teutónica de la isla dividiéndola en distritos, centenas y decenas de familias, y reformó la religion y las costumbres.

Así pudo gloriarse este principe de haber dejado en los caminos, pendientes de los árboles, brazaletes de oro, sin que nadie osara tocarlos.

La nacion agradecida atribuyó á Alfredo el Grande todas las mejoras legislativas, como á Arturo todas las proezas militares; hecho que acontece en todos los tiempos y países con los tipos ideales.

Alfredo dejó el trono (900) á su hijo Eduardo, el cual, despues de luchar con el pretendiente Etelredo y con los daneses, fué heredado por Athlestan.

Edmundo, su hermano y sucesor, socorrió á Malcom I, rey de Escocia, por lo que éste principe le reconoció como su señor feudal.

Después de Edmundo, reinaron (946 á 955) Edredo y Eduwico; tras de éste, el reformador y pacífico Edgar (957 á 975), y después Eduardo II, dirigido por San Dustan. Elfrida, madrastra del rey, que por su licenciosa conducta había sido castigada, hizo asesinar á este monarca en una partida de caza, para elevar á su hijo Etelredo II (978), bajo cuyo débil reinado recobraron los daneses su nativa osadía invadiendo el país y recibiendo en cambio dinero de manos del cobarde Etelredo, por lo que, aún más altivos los piratas, desembarcaron á las órdenes de Suenon, rey de Dinamarca, y de Olao de Noruega, que hicieron huir á Etelredo.

La indignación de los naturales contra los piratas que ultrajando la religión y las costumbres se entregaban á los mayores actos de ferocidad, exaltó de tal manera á los anglo-sajones que, levantándose en masa, degollaron á los daneses sin respetar á los decrepitos ni á los niños de pecho.

Reuniendo Suenon una gran escuadra, asoló el país y se tituló rey.

Tan dura y tan violenta fué la dominación de los invasores, que los ingleses pusieron sus ojos en Etelredo, fugitivo en Normandía, bajo la protección del duque Ricardo, su cuñado.

Habiendo desembarcó este príncipe, acudió contra él Canuto, heredero de Suenon. Pero muerto aquél, le sucedió su hijo Edmundo, que fué asesinado, quedando Canuto en posesión de toda la isla.

Canuto (1017), se concilió el amor general, inspirándose en las virtudes propias del Cristianismo. Así trató de igual manera á sajones y daneses; restableció las costumbres anglo-sajonas, y reformó la legislación, respetando, sin embargo, las leyes propias de cada Estado, y fué tan inaccesible á la adulación,

que, habiéndole llamado uno de sus cortesanos árbitro del Océano, se sentó á la orilla del mar mientras crecía la marea, para demostrarle que las olas no le respetaban.

Habiendo muerto Canuto, sus hijos se involucraron en guerras fratricidas, que terminaron con la elevación de Eduardo III (1041), hijo de Etelredo.

Educado el nuevo rey en Normandía, quiso establecer en Inglaterra las costumbres normandas, preparando así la conquista del país por sus antiguos favorecedores.

Eduardo III murió recomendando á los suyos que eligieran á Haroldo, hijo del conde Godwin.

Guillermo, duque de Normandía, reuniendo un ejército de sesenta mil hombres escogidos, desembarcó en Sussex, y propuso á Haroldo someter la cuestión al arbitraje del Papa, ó al de Dios en un duelo.

Rechazadas ambas proposiciones, lucharon normandos y anglo-sajones en los campos de Hastings, donde fueron éstos derrotados, con muerte de Haroldo y de sus principales caudillos.

El vencedor, léjos de procurar la unificación de vencedores y vencidos, hizo cruda guerra á éstos.

Al efecto, proscribió la escritura y el idioma de los isleños; restableció el aborrecido tributo de los daneses; promulgó la tiránica ley del cobre-fuego; tan sólo permitió el ejercicio de la caza á sus groseros barones feudales; dividió los primitivos alodios en sesenta mil y quince baronías, de las cuales dió veintiocho mil quince al clero, y treinta y dos mil á sus normandos con título de feudos hereditarios; prohibió el culto de los santos de raza anglo-sajona, cuyos sepulcros fueron violados y aventadas sus cenizas.

LECCION XVI

LOS NORMANDOS EN ITALIA.

Carlo-Magno habia adivinado, ántes de morir, el terrible azote con que el Norte amenazaba á Europa, con los normandos ú hombres del Norte.

Con efecto, miéntras se hallaba el héroe Carlovingio en la Galia Narbonense, algunos piratas normandos lanzaron audazmente sus esquifes hasta el puerto; pero sabedores de que él estaba allí, se reembarcaron al punto.

Cárlos, apoyado en el balcon á cuyo pié se extendia la inmensa llanura del mar, permaneció silencioso dejando correr sus lágrimas; en seguida, dirigiéndose á sus atónitos jefes les dijo: *¿Sabeis por qué he llorado? No es porque tema á esos piratas; sino porque me aflige la consideracion de que hallándome aún con vida se hayan atrevido á abordar estas playas; porque preveo cuantos males causarán á mis hijos y á sus pueblos.*

Con efecto, estos terribles piratas, originarios de las costas de la Noruega y de la Jutlandia, se hicieron temibles á Europa, en los siglos IX y X, con sus

audaces expediciones, por medio de las cuales echaron en Kief y Nowgorod los fundamentos del imperio ruso; se establecieron en Inglaterra; atacaron á España, donde fueron rechazados en tiempo de Ramiro I y Abderraman II, y se establecieron en Francia, en la desembocadura del Loira (838), logrando más adelante (912) enseñorearse del territorio á que dieron el nombre de Normandía y al que agregaron la Bretaña.

Pero para no anticipar los acontecimientos, ántes de seguir adelante nos ocuparemos del estado de Italia en esta época.

Ya hemos hablado de esta península en cuanto se relaciona con el imperio de Carlo-Magno: ahora nos toca tratar de otros centros de poder que en ella existían por estos tiempos.

Venecia, Génova, Florencia, Pisa, los principados de Luca, Mántua, Parma y Regio, el gran ducado lombardo de Benevento, la Pulla y la Calabria que poseían los griegos y no pocas ciudades marítimas, como Nápoles, Gaeta y Amalfi, que se habían erigido en repúblicas y constituían Estados independientes.

Los sarracenos aglabitas de Africa, señores de Sicilia desde el año 827, llamados por la república de Nápoles contra los lombardos, y luego por las facciones del ducado de Benevento, apoderáronse de Bári, de Tarento y de Cumas, asolando por espacio de más de un siglo las ciudades griegas y lombardas y las cercanías de Roma, se establecieron en la Calabria, anunciando la creacion de un imperio poderoso en la Italia Meridional; establecimiento que vino á malograr un suceso, al parecer insignificante, como tan vulgar, en esta época de extraordinarias aventuras.

Cuarenta peregrinos normandos que habían salido de su patria para ir á Jerusalem en los primeros años del siglo XI, al regresar á su patria en naves de

Amalfi, abordaron á Salerno, cuando esta ciudad, sitiada por los sarracenos, acababa de capitular mediante el pago de un fuerte rescate.

Los peregrinos que hallaron á los salernitanos ocupados en reunir el precio de su rescate, y á los invasores tranquilos y seguros en su campamento, reprocharon á los primeros su cobardía, excitáronlos á que volvieran á empuñar las armas y les ofrecieron pelear en su auxilio.

Cerrada la noche, normandos y salernitanos cayeron sobre el campamento de los enemigos, les obligaron á reembarcarse y, enriquecidos con el despojo de los bárbaros y el reconocimiento de los italianos, regresaron á su patria contando maravillas.

Excitados por el ejemplo, el normando Drengot, sus cuatro hermanos y algunos fieles servidores, pasaron á Italia y entraron al servicio de Melo, que despues de obtener algunas victorias sobre los griegos, fué al fin vencido (1019) en los campos de Cannas.

Llamados despues en socorro de Nápoles, sitiada por el príncipe de Cápua, fueron legitimados en la posesion del castillo y territorio de Aversa, de que se habian apoderado, por el duque de Nápoles, que erigió este distrito en condado (1026) á favor de Rainulfo, hermano de Drengot.

Este fué el origen del reino de las Sicilias.

Trascurrido escaso tiempo de estos sucesos, llegaron á Italia Guillermo Fierabrás, Drogon y Humfredo, tres hijos de Tancredo de Hauteville, y con favor de sus paisanos de Aversa, auxiliaron á los griegos contra los árabes, dando muerte Guillermo al general sarraceno.

El bizantino, ingrato para con sus amigos, rehusó partir con ellos el botin fruto de la victoria, por lo que los normandos, á pesar de no contar más que con

quinientos infantes y setecientos caballos. derrotaron á los sesenta mil hombres que componian el ejército griego.

Así fundaron los normandos en la Pulla una república feudal de que fueron sucesivamente jefes Guillermo, Drogon (1046) y Humfredo (1047 á 1057).

Una liga de los griegos, del emperador Enrique III y del papa Leon IX, fué deshecha por Roberto Guiscardo, hermano de Humfredo y por Ricardo, conde de Aversa.

A Humfredo sucedió Roberto Guiscardo que se hizo declarar duque de Pulla, de Calabria y de Sicilia, por el papa Nicolás II.

Por este tiempo estaba ocupada la isla de Sicilia por multitud de emires árabes que no reconocian la autoridad de los soberanos de Africa y que habian dividido la isla en pequeños principados.

Rogero, tambien hijo de Tancredo, desembarcó en Sicilia, se apoderó de Mesina y luego de Palermo, con auxilio de Roberto Guiscardo y los pisanos. Rogero se enseñoreó de toda la isla despues de treinta años de combates (1061 á 1090) y tomó el título de gran conde de Sicilia.

Roberto Guiscardo, señor de Nápoles, se apoderó de Salerno, de Otranto, de Tarento y de los Estados griegos de la Italia Meridional.

Hecho esto, pensando derribar el imperio de Oriente, se embarcó Roberto en Durazzo, de cuya ciudad se apoderó; llegando hasta Tesalónica.

Temblaba la cobarde Constantinopla ante los invasores, cuando Roberto se vió obligado á defender sus propios Estados atacados por el emperador de Alemania.

Otra vez más volvió á invadir la Grecia el valiente Roberto, matando trece mil bizantinos en un com-

bate naval, cuando le sorprendió la muerte en Cefalonia, á los setenta años de su edad (1085).

A Roberto Guiscardo heredó su hijo Rogerio, conquistador de Sicilia (1085 á 1101); á éste, Guillermo su nieto, y á Guillermo, Rogerio II (1127), que reunió á sus posesiones de Sicilia la Pulla y la Calabria y se tituló *rey de la Italia Meridional y de Sicilia*. En guerra Rogerio II con el príncipe de Cápua, fué auxiliado éste por Lotario, emperador de Alemania, y perdió todos los países de la Italia Meridional, refugiándose en Sicilia.

Habiéndose rehecho Rogerio, atacó á los sarracenos en la misma Africa, y á seguida al imperio griego, saqueando á Atenas, Tebas y Corinto, y por último, sus normandos, por medio de un tratado con el emperador de Constantinopla, adquirieron la posesion de las ciudades griegas en Italia.

Muerto Rogerio II, entraron sucesivamente á reinar Guillermo I (1154) y Guillermo II el Bueno (1166), con cuya muerte quedó extinguida la línea legitima de Tancredo de Hauteville.

Casada Constanza, hija de Rogerio II, con Enrique VI, emperador de Alemania, éste quiso hacer valer sus derechos al reino de las Dos Sicilias (1189).

Los isleños y los italianos opusieron al emperador á Tancredo, nieto legítimo de Rogerio, que por espacio de cuatro años luchó contra los alemanes, hasta que, por último, vencido Tancredo y muerto el nuevo pretendiente Guillermo III, el reino de las Dos Sicilias formó parte de los dominios de la casa de Suabia.

LECCION XVII

ALEMANIA DESDE CONRADO I Á ENRIQUE III.

A la muerte de Luis V el Niño, convenidos los señores alemanes, ofrecieron la corona á Oton el Ilustre, que la rehusó, aconsejándoles que eligieran á Conrado de Franconia, conde del Bajo Hesse.

Conrado murió sin poder reducir la Lorena á su obediencia, ni contener á los húngaros que se habian adelantado hasta Fulda y la Alsacia.

Enrique I el Cazador debió este sobrenombre á que cuando Everardo, hermano de Conrado, fué á presentarle las insignias imperiales (919), lo encontró con el halcon en la mano.

Este príncipe sometió la Lorena, derrotó á los húngaros, conquistó á los bohemios la ciudad de Praga, obligó al rey de los Jutos á abolir la idolatría y los sacrificios humanos, y murió (936) á las sesenta años de su edad.

Electo Oton el Grande en la Dieta de Aquisgran, sometió á los grandes vasallos descontentos, y habiendo solicitado su auxilio contra el duque de Istria

y ofrecidole en cambio su mano la princesa Adelaida, que reinaba en Lombardía, en tres expediciones que Oton hizo á Italia adquirió aquel reino y el título de emperador para Alemania, cuya investidura recibió del papa Juan XII con el protectorado.

Oton II (972 á 983) luchó con vario éxito contra los señores alemanes enemigos de la unidad del imperio y contra los francos, sarracenos y griegos.

Oton III ascendió al imperio de edad de seis años bajo la tutela de su madre Teofania y del arzobispo de Bolonia y fué discipulo del famoso Gerberto, pasmo de su edad, que ascendió al Pontificado con nombre de Silvestre II .

Este reinado fué presa de grandes agitaciones, producidas por las guerras de los grandes feudatarios y por las invasiones de eslavos y dinamarqueses.

Afanoso por restablecer su autoridad en Italia, sitió en la Mole Adriana á Crescencio nombrado cónsul por los alborotadores romanos, se apoderó de él y le hizo cortar la cabeza con doce de sus principales oficiales.

Oton III murió de edad de ventidos años.

Enrique II, duque de Baviera, ocupó el imperio (1002) y, como sus predecesores, luchó con los príncipes feudatarios, con el lombardo Harduino, con Belslao, rey de Polonia á quien quitó la Bohemia, y por sus virtudes fué colocado en el número de los Santos.

Este emperador fué el último de la casa de Sajonia, á la cual vino á suceder en el imperio la de Franconia, en la persona de Conrado II.

Conrado el Sáfico (1024), pasó á Italia, donde, despues de sojuzgar al duque de Aquitania, fué coronado emperador y recibió el homenaje de los señores de Benevento, de Cápua y de Bári. Vuelto á Alemania venció al conde Wolf y á Ernesto de Suabia, conquistó

la Polonia y la Bohemia y alcanzó victorias en Italia.

A la muerte de Conrado (1039) fué proclamado Enrique III, apellidado el Negro.

Enrique sostuvo diversas guerras con el duque de Bohemia, en una de las cuales fué vencido en los espesos bosques que separaban entónces la Bohemia de la Baviera; pero al año siguiente el duque se vió obligado á prestarle juramento de fidelidad en Ratisbona. Unido al margrave de Austria derrotó á los húngaros.

En la nueva guerra (1044) contra aquellos reinos, logró Enrique restablecer en el trono á su protegido Pedro.

Atento á las cuestiones de Italia, pudo reducir á los rebeldes lombardos é intervenir con su influencia en la eleccion de los pontífices Clemente II, Dámaso II, Leon IX y Víctor II.

LECCION XVIII

ALEMANIA. — ENRIQUE IV Y SAN GREGORIO VII.

Hemos visto á los emperadores recibiendo de manos de los Pontífices la investidura de su alto poder, mezclándose en cambio en los asuntos de Italia, é interviniendo en la eleccion de los Papas; á los fieles enriqueciendo á la Iglesia con inmensas propiedades territoriales; á los reyes concediendo al Clero grandes privilegios; á los segundones de las casas ilustres aspirando á los primeros cargos eclesiásticos, conducidos por miras mundanas, rodeándose de ambiciosos á quienes concedian los puestos inferiores, y, por consecuencia de todo, la eleccion de los Pontífices cohibida por los poderosas voluntades láicas; á altos dignatarios eclesiásticos convertidos en duros guerreros; y, por último, la simonía, el concubinato y la degradacion de las costumbres de los clérigos y legos.

Preciso era, pues, devolver al Papa la integridad de su sagrado poder; contener á los emperadores en su ambicion; acabar con la compra-venta de los cargos eclesiásticos; restituir al clero su pristina pureza;

que el pan que pertenecía á los pobres no se gastara en lujos y liviandades; que cada cual se contuviera dentro de los límites de lo prudente y de lo justo.

Ahora bien; el que emprendiera la árdua empresa de romper el triple nudo de la riqueza, de la familia, de la autoridad con que el Clero se hallaba enlazado á la sociedad; el que intentara despojar á los reyes de los privilegios que los engrandecian, debia estar adornado de una virtud á toda prueba, de una voluntad inquebrantable, de un carácter enérgico, de las virtudes propias de los mártires.

En más de una ocasion hemos afirmado la intervencion de la Providencia en los sucesos humanos, ley demostrada por la experiencia: así vemos, que á los grandes males sociales jamás falta ni faltará el oportuno remedio y medicina, hasta el terrible momento en que la voluntad Suprema resuelva que todo lo humano caiga y se derrumbe.

Así, del seno mismo de aquel pueblo vejado y oprimido por reyes y señores, iba á surgir, como tantas otras veces, el gigantesco médico destinado á sajar y á cauterizar las terribles llagas de aquella sociedad corrompida.

En el célebre monasterio de Cluni florecia el monje Hildebrando, hijo de un pobre carpintero de Saona, notable por su erudicion sagrada y profana, por sus irreprochables costumbres, por su corazon recto, por su entendimiento, tardo en la decision porque caminaba en sus resoluciones con la calma grave del que sabe que ha de ir muy léjos, á través de un camino áspero y difícil.

Elevado Hildebrando por su virtud y su ciencia al consejo de los Sumos Pontífices, fué preparando su obra.

En los Pontificados de Leon IX y de Víctor II, no

pocos obispos y arzobispos simoniacos fueron depuestos; Estéban IX prohibió el matrimonio de los sacerdotes; Nicolás II quitó al emperador y al pueblo el derecho de intervenir en las elecciones pontificias que confió á un concilio de cardenales obispos y cardenales clérigos.

Muerto Alejandro II, á quien él mismo habia sostenido contra el antipapa Cadolao, obispo de Parma, fué electo Hildebrando, que tomó el nombre de Gregorio VII

Elevado ya á la silla de San Pedro, el nuevo Papa renovó los decretos de sus predecesores inspirados por él, y un concilio celebrado en Roma (1074) condenó la simonía, proscribió el concubinato de los sacerdotes, y otro, celebrado en el siguiente año, declaró que la investidura de los bienes eclesiásticos no pertenecía á los seglares.

Imperaba entónces en Alemania Enrique IV.

Las grandes cualidades de que sin duda la Providencia adornó á este príncipe, torcidas por una educacion viciosa, lo habian prontamente sumido en la tiranía y en los vicios, así públicos como privados.

Fueron ya tantas y tan justas las quejas contra Enrique IV, que el Papa, usando de un derecho entónces unánimemente reconocido, mandó que éste se presentara en Roma para justificarse ante el Concilio.

Léjos de obedecer á esta intimacion, contestó con una grosera epístola mandando á Gregorio VII que compareciera ante él para ser juzgado.

Dada lectura en el Concilio de esta insolente misiva, unánimes los Padres declararon excomulgado al emperador, y el Papa le destituyó de sus Estados, relevó á sus súbditos del juramento de fidelidad, suspendió á los obispos reunidos en Vorms, y ordenó que dos legados pasaran á Italia y á Alemania para ejecutar sus órdenes.

Estos decretos fueron acogidos con inmensa alegría por todos los oprimidos: por su parte, los señores se reunieron en Tribur para deponer al tirano.

A los grandes señores estaba reunido el pueblo en esta cuestión, cansado de ver que la hacienda de la Iglesia, patrimonio de los pobres, se gastaba en prodigalidades y que por tanto hacia suya la causa de Gregorio VII.

Más razonable el emperador ante la inminencia del peligro, se convino en la tregua de un año, durante la cual había de obtener la bendición del Papa ó someterse á la decisión de la Dieta de Augsburgo. En tanto encaminóse á Italia, acompañado de un hijo y de su buena esposa Berta á la que tanto había ultrajado.

Encontrábase Gregorio VII en el castillo de Canossa, propio de la condesa Matilde, y conociendo que, no la convicción, sino la fuerza, llevaban al emperador á Italia, negóse á recibirlo para evitar mayores males á la cristiandad, remitiéndolo para la anunciada Dieta de Augsburgo. Pero no queriendo después que su negativa se interpretara por soberbia, lo admitió á su presencia, rompió el lazo terrible del anatema y lo restableció en la Comunión de nuestra Santa Madre la Iglesia.

En esta solemne entrevista el Papa tomó la hostia consagrada, apelando al Juicio de Dios si otra vez se hacía el emperador reo de los delitos que se le imputaban, y, después de comer la mitad de ella, dió la otra mitad á Enrique para que hiciera otro tanto si no se sentía culpado.

El emperador no se atrevió á un acto que hubiera resuelto todas las cuestiones y no quiso aceptar el Juicio de Dios.

Sabiendo todos en Alemania é Italia que el empe-

rador mentia, consideraron su sumision como bajeza, lo menospreciaron, y él, ciego siempre, se arrojó resueltamente en brazos de los enemigos de la Iglesia.

Los señores alemanes congregados en Forchein, depusieron al emperador como contumaz, y nombraron en su lugar á Rodulfo, duque de Suabia.

El emperador reunió un conciliábulo, depuso nuevamente al Papa, hizo elegir á Guiberto con nombre de Clemente II, y ápercibiendo sus tropas, luchó con varia fortuna, hasta que, muerto Rodulfo, marchó á Roma con su anti-papa, por el que se hizo consagrar emperador.

Para que el triunfo del mal no fuera completo, quiso la Providencia que por aquellos dias, retirándose Roberto Guiscardo el normando del sitio de Durazzo, para socorrer la Apulia que habia invadido Enrique, llegara á Roma y salvara á Gregorio VII, sitiado en el castillo de Sant Angelo, llevándolo al de Letrán, desde el cual el Pontífice excomulgó al emperador y al anti-papa.

Despues, Gregorio VII murió en la ciudad de Salerno, exclamando: *He amado la justicia y he odiado la iniquidad, por eso muero en el destierro.*

La verdad y la justicia son inmortales: así que la causa de la independenciam de la Iglesia no acabó con la vida del Pontífice ni Enrique IV vivió tranquilo; ántes bien experimentó el terrible dolor de ver que su propio hijo Conrado se le sublevara, que, despues de la muerte de éste, se rebelara igualmente Enrique, su otro hijo, ante el que se vió forzado á huir.

Cuando Enrique IV se preparaba para luchar contra el rebelde, le sorprendió la muerte en Lieja á los setenta y seis años de su edad y cincuenta de reinado.

Enrique V renovó en un principio las pretensiones de su predecesor; pero, al fin, excomulgado por el Pa-

pa y viéndose amenazado de igual fin que su padre, poniéndose de acuerdo con los barones confederados, firmó en Wurzburg la paz y celebró otra con el Papa.

La Dieta de Worms (1122) confirmó el Concordato por el cual el emperador, absuelto de la excomunion, renunció al pretendido derecho de la investidura del anillo y el báculo; dejó á la Iglesia la libertad de eleccion y prometió devolver las regalías usurpadas al estallar la guerra. Por su parte, el Papa consintió en que los prelados de Alemania fueran elegidos en presencia del emperador, aunque sin violencia ni simonía; que despues de la eleccion aceptasen del imperio las temporalidades, mediante el cetro, y le prestasen los servicios que le eran debidos.

El primer Concilio general de Letran confirmó en el año siguiente estas decisiones, y desde entónces perteneció al cónclave de cardenales el derecho de elegir los Soberanos Pontífices.

LECCION XXIX

FRANCIA DESDE HUGO CAPETO Á SAN LUIS.

Hugo Capeto, así apellidado porque como abad lego del monasterio de San Martín ostentaba la famosa capa de este Santo, fué el fundador de la dinastía de los Capetos (987).

Organizado el sistema feudal en Francia, hallábase Hugo Capeto, al comenzar su reinado, rodeado de los señores sus iguales, pudiendo únicamente disponer de su ducado de Francia, cuya capital era París.

En estas circunstancias, propúsose el nuevo rey emancipar la corona de la tutela de los feudatarios, engrandecidos en los miserables tiempos de los últimos Carlovingios; reconstituir la clase de hombres libres que había sucumbido con la autoridad real; comenzar, en fin, la lucha que había de terminar con la ruina del poder feudal y el engrandecimiento de la monarquía.

Roberto y Enrique (996 á 1060), sucesores de Hugo, se distinguieron por su piedad; Felipe se hizo detestable por su tiranía.

El reinado de Luis VI el Gordo (1108), se resume en sus guerras con Inglaterra y en el engradecimiento del poder real á costa de los señores feudales: Luis VII el Joven (1137) tomó parte en la segunda Cruzada y repudió á la princesa Leonor, cuyos Estados, por su union con Enrique II de Inglaterra, fueron á engrandecer el poder de este príncipe en Francia. Sin embargo, prosiguió la política de su padre concediendo carta de emancipacion á las ciudades.

En tiempo de Felipe II Augusto, decayó más y más el poder feudal.

Este príncipe citó ante el tribunal de los Pares al rey de Inglaterra, Juan Sintierra, por haber dado muerte á su sobrino Arturo, y, no compareciendo el inglés, lo hizo condenar á muerte y á la pérdida de todos sus señoríos y feudos en Francia.

Alemania, Inglaterra, Flandes y Lorena, declararon la guerra á Felipe Augusto que, apoyándose en las milicias de los Comunes, derrotó á los coaligados en Bovines (1214), ganando con esta victoria el primer lugar entre los reyes de su siglo.

A Luis VIII sucedió Luis IX.

Durante la menor edad de este monarca creyeron los grandes señores que habia llegado el momento de reponerse de los quebrantos sufridos en los reinados anteriores; pero doña Blanca de Castilla, hija de Alfonso VIII, madre del rey, disolvió la Liga, en cuya ocasion mostráronse los Comunes muy leales á la causa del trono.

Llegado Luis á la mayor edad, se formó contra él otra *Liga* de los grandes vasallos, apoyada por Enrique III de Inglaterra, la cual deshizo el Santo rey, ganando las batallas de Taillebourg y de Saintes, despues de las cuales se mostró con los rebeldes clemente y generoso.

Luis IX reformó la legislación publicando el código de leyes conocido con el nombre de *Establecimientos de San Luis*, y por último, fiel á los principios cristianos que le había inspirado su madre doña Blanca, fué, como su primo D. Fernando III el Santo, modelo de reyes y de príncipes, cuyas diferencias compuso muchas veces, como las que sobrevinieron entre el emperador Federico II y el pontífice Gregorio IX.

San Luis tomó parte en las dos últimas *Cruzadas* y murió frente á Túnez en 25 de Agosto de 1270.

LECCION XXX

IMPERIO GRIEGO DESDE NICEFORO Á ALEJO I.

El ingrato Nicéforo, derrotado por Harum-al-Raschid, pereció con su ejército peleando contra Crum, rey de los búlgaros; Miguel Curopalata, traicionado por Leon el Armenio, fué vencido en Andrinópolis y se retiró (814) á un convento para evitar la efusion de sangre. Leon renovó la herejía de los *iconoclastas* y fué asesinado por los parciales de Miguel el Tartamudo. Este, condenado á ser quemado vivo, en vez de conducido á la hoguera, fué elevado al trono. Un solo rasgo basta para pintar el carácter de este ignorante y bárbaro emperador. Cuando llegó á noticia de Miguel que lo árabes se habian apoderado de Sicilia, dijo á Ireneo, su ministro: *Me alegro que te hayan aliviado del cargo de tener que administrar esa isla lejana.* A lo que el ministro contestó: *Con dos ú tres de estos alivios, tampoco vos tendreis la incomodidad de administrar el imperio.* Teófilo, hijo de Miguel, valeroso y espléndido, opuesto á su padre en todo, al tener noticia de que el califa Motasem se habia apoderado de Amorio, en el Asia Menor, falleció presa de tristeza invencible.

Miguel el *Beodo*, digno de su sobrenombre, fué muerto por Basilio que enriqueció el Erario á fuerza de economías; alcanzó grandes victorias sobre los enemigos del imperio; fué cruel con sus contrarios, y dió principio al código de leyes publicado por Constantino, en cuarenta libros, con el título de *Basilicas*.

Leon el *Filósofo*, que sustituyó (886) á Basilio, se distinguió por su lascivia y su cobardía: Constantino VII, Porfirogénito, se vió obligado á asociarse á Romano I (916) y á los tres hijos de éste, Cristóbal, Estéban y Constantino VIII, de los cuales, el último, encerró á su padre y hermanos en un monasterio.

Constantino VII, que era artista, literato, músico y poeta, mientras se consagraba á sus aficiones, dejó que su mujer Elena mancillara el imperio.

Teofana, hija de un tabernero y mujer de su hijo Romano, hizo que éste envenenara á su padre.

Romano II vivió entregado á la molicie, y, al morir, fueron proclamados sus dos hijos, que aún estaban en la infancia, Basilio II y Constantino IX.

Nicéforo Focas, notable general de Romano II en en las guerras contra los árabes, casándose con la infame Teofana, destronó á los dos emperadores niños; conquistó á los árabes la isla de Chipre, la Cilicia y la Siria; llegó con sus armas victoriosas hasta la inmortal ciudad de Nísibe, y fué degollado de órden de Teofana que elevó al imperio á su amante Juan Zimisce, el cual hizo olvidar el origen de su poder con su amor á la justicia y sus increíbles victorias contra rusos y árabes, y murió envenenado por su chambelan Basilio.

Entónces fueron llamados al imperio los dos hijos de Romano II, (Basilio II y Constantino IX) que aumentaron los dominios del imperio, destruyendo el primero el reino de los *cázaros*.

Muertos los dos emperadores, Zoe, hija de Constantino, se casó con Romano III, pero cansada de él y enamorada de Miguel el Paflagonio, lo hizo ahogar en el baño. Enfermo Miguel, renuncia la púrpura en su sobrino Miguel el *Calafate*, así llamado por el oficio de su padre, que excitó por su ingratitude y sus vicios el furor popular, hasta el punto de que, abandonando el palacio al estallar un motin, se refugió en un corvento de donde lo arrancaron y le sacaron los ojos, proclamando á Zoe y á su hermana Teodora.

La sexagenaria y liviana Zoe dió su mano á Constantino Monomaco (X), que fué destronado por Teodora, con la cual acabó la descendencia de Basilio el Macedonio.

Despues de pasar rápidamente por el imperio Miguel Estratiotico, vistió la púrpura Isaac Comneno (1057) que la abdicó, á los dos años, en Constantino XI, á quien sucedieron sus tres hijos, Miguel, Andrónico y Constantino, bajo la tutela de su madre Eudoxia que se casó con Romano Diógenes, el cual fué proclamado emperador (Romano IV). Vencido este emperador por Alp-Arslan, los griegos proclamaron á Miguel Paropinacio y arrancaron los ojos á Romano que se retiró á un monasterio. A Miguel sucedió Nicéforo Botoniates, y á éste, Alejo Comneno.

Cuando este emperador ascendió al trono, hallábase el imperio combatido por todas partes y amenazado de inminente ruina, no sólo por los enemigos exteriores, sino por los interiores, entre los que se contaban las herejias, eterno cáncer de Bizancio. Eran, entre éstas, más de notar, la de los *Bogomilos*, sucesores de los *Paulicianos* y la del médico Basilio, especie de *misticismo* que ha reaparecido en nuestros dias, y, además, la hidra de los *iconoclastas*.

En tales circunstancias fué elevado al patriarcado

de Constantinopla San Ignacio, hijo del emperador Miguel I.

Cuando César Bardas, implacable enemigo del patriarca, se apoderó de la voluntad de Miguel III, San Ignacio fué perseguido, y elevado el legó Focio á la cabeza de la Iglesia de Oriente.

Focio notificó su eleccion al papa Nicolás I, que, en un Concilio celebrado en Roma, declaró nula la eleccion del intruso.

Irritado el emperador, negó la competencia del Pontífice, y Focio por su parte excomulgó al *obispo de Roma*.

A Miguel III sucedió Basilio el Macedonio (867) que depuso á Focio y restituyó en su Sede á San Ignacio.

Adriano II, heredero de Nicolás en el Pontificado, reunió un Concilio en el cual fueron quemadas las actas del conciliábulo de Constantinopla y degradado Focio; acuerdos que fueron confirmados en el VIII Concilio general.

Trascurrido algun tiempo, á fuerza de astucias y de bajas adulaciones, logró Focio atraerse la voluntad del emperador, de tal manera, que á la muerte de San Ignacio lo volvió al patriarcado.

Focio abjuró de sus errores ante un Sínodo; el emperador pidió la confirmacion del nombramiento, y el papa Juan VIII envió sus legados para proceder con conocimiento de causa, los cuales encontraron á Focio pertinaz en su herejía, por lo que el Soberano Pontífice anatematizó á todo el que no lo tuviera por excomulgado.

Leon el *Filósofo* depuso al intruso patriarca, poniendo en su lugar á su propio hermano Estéban.

La armonía entre las dos Iglesias se conservó hasta los tiempos de Miguel Cerulario, en que el obispo de

Trani insultó á Iglesia Latina; replicó el papa Leon IX y se agigantó la querella.

Los legados pontificios colocaron sobre el altar de Santa Sofia la condenacion de Focio, sacudieron el polvo de sus piés, y exclamaron: *Mire el Señor y juzgue.*

Desde entónces quedaron definitivamente separadas las Iglesias Latina y Griega.

UNDECIMA ÉPOCA



LAS CRUZADAS. LOS MUNICIPIOS. (1096 Á 1270).

LECCION XXXI

LAS CRUZADAS.—PRIMERA, SEGUNDA, TERCERA, CUARTA Y QUINTA
CRUZADA.

Siguiendo el curso de la Historia, en la segunda mitad de la Edad Media, vemos predominar el sentimiento religioso, que naturalmente se fijó, con grande amor, en las reliquias de los Santos y en los Lugares donde se habia realizado la Redencion del género humano.

En medio de este necesario cariño no podia quedar olvidado el *Sepulcro de Jesucristo*, y así es que desde los primeros tiempos de la Edad Cristiana, vemos acudir á él á los hijos del Evangelio, convirtiéndose estas peregrinaciones en una verdadera necesidad para el Occidente, pues que allí iban los fieles á engrandecer su espíritu y á cumplir las penitencias que se les habian impuesto para espisar sus pecados.

Pero, como ya hemos visto anteriormente, de entre la confusion política y religiosa del Asia habia salido un hombre que, haciendo servir á sus propósitos las pasiones más violentas, fundó una nueva religion y un nuevo imperio que amenazó en breve con sus

progresos á la Europa, cayendo al cabo Jerusalem en manos de Omar. Sin embargo, mientras vivió este califa, era tolerable la suerte de los cristianos en la Tierra Santa; pero, á su muerte, sufrieron todo género de padecimientos, sin que á pesar de ello se entibiara el ardor por las peregrinaciones.

La invasion de los turcos, dando al Oriente nuevos dueños, habia de dar tambien á los cristianos de la Tierra Santa nuevos opresores. Mas esa inmensa muchedumbre de enemigos de la Cruz no encontraba indiferente á la Europa. Ecos del dolor universal San Gregorio VII y Victor III, hicieron oír la voz de las Cruzadas; pero el primero de estos Pontífices gastó los esfuerzos de su elevado génio en sus luchas con Enrique IV, y el segundo armó algunos osados marinos de Pisa, Génova y otras diversas ciudades italianas, que, si bien llevaron á cabo atrevidas empresas, sólo consiguieron prevenir á los infieles y hacer más dura la servidumbre de los cristianos en Siria.

En el año de 1093, Pedro, un simple ermitaño, que habia buscado primero satisfacciones para su espíritu turbulento en el estrépito de las armas, despues en el mundo, y por último, en la soledad, cumpliendo las necesidades de su alma, ávida siempre de emociones, y siguiendo el espíritu de la época, que empujaba á los cristianos hácia el Oriente, visitó á los Santos Lugares, de que eran dueños los mahometanos, apoderados de Jerusalem, conquistada por Omar.

A la vista del Calvario y del Sepulcro de Jesucristo se sobrecitó su imaginacion, gimiendo de dolor al contemplar los padecimientos de sus hermanos.

Pedro y el Patriarca lloraron juntos las desgracias de Sion. El postrero dió á aquél cartas, en que imploraba el socorro del Papa y de los príncipes cristianos, y el primero, desde la Palestina, se dirigió á Italia y

con su imaginacion meridional pintó á Urbano II lo que habia visto y lo que habia sentido en la Ciudad Santa.

Desde allí, el Ermitaño recorrió la Europa comunicando de ciudad en ciudad y de provincia en provincia su santo celo por librar la Palestina del yugo de sus opresores.

Así fué que al Concilio de Plasencia asistió innumerable muchedumbre de fieles, y luego en el de Cramonte fué acogida con lágrimas la elocuencia de Pedro el Ermitaño, retumbando el *Dios lo quiere*, como un inmenso trueno, tomando la muchedumbre de manos de la Iglesia el estandarte de la libertad cristiana, y poniendo todos sobre sus vestidos la enseña de la humanidad rescatada, para luchar con la nacion que del Este de Asia habia llegado á dar nuevo aliento á los debilitados secuaces del Profeta, haciendo que el Oriente renovara sus eternas amenazas.

El ejército del pueblo, la muchedumbre, sin esperar la llegada del tiempo convenido, á las órdenes de Pedro y de Gualberto, emprendió el camino, y pereció en Hungría y en el Asia Menor.

El ejército de los caballeros, mandado por Godofredo de Buillon, se apoderó de Nicea, de Edesa, de Antioquía y de Jerusalem, que fué tomada por asalto (1099) despues de cuarenta dias de sitio. Godofredo fué el primer rey de la Jerusalem.

El gran movimiento ocasionado por la primera Cruzada, heló de espanto á los sectarios del Islam, prontos ya á invadir á la Europa desde el Asia anterior y la Siria, alumbrando la historia de estos tiempos con el brillo de inauditas hazañas.

Fué causa de la segunda Cruzada la caida de Edesa en poder de los infieles, y tuvo por jefes á Luis VII de Francia, y á Conrado III, emperador de Alemania.

En ella, excitados intereses mundanos con las

grandezas obtenidas por los héroes de la primera, apenas hallaremos más que desastres, volviéndose todo contra los expedicionarios.

La indisciplina, propia del feudalismo, acrecentada por las rivalidades y la sed de riquezas; la disolución que llevó á las filas de los Cruzados el excesivo número de mujeres que los habian acompañado; la sobrada confianza del heróico Luis VII; la vanidad y escaso talento del emperador Conrado, produjeron la ruina de esta empresa que sobresale el melancólico dolor del gran San Bernardo, que la habia predicado contra los presentimientos del abad Sugerio. El de Clarabal piensa en medio de la responsabilidad de tan desastroso éxito, que el universo ha sido prematuramente juzgado, que el Creador del mundo se ha despojado de sus misericordias.

Vencido y prisionero Guido de Lusignan en la sangrienta batalla de Tiberiades, Jerusalem cayó en poder de Saladino (1187).

Predicó la tercera Cruzada Guillermo de Tiro, y se pusieron al frente de ella el emperador de Alemania, Federico Barbaroja, Felipe Augusto, rey de Francia, y Ricardo Corazon de Leon, rey de Inglaterra.

La tercera Cruzada comienza con una inmensa catástrofe en la Sicilia campestre, cuando el Cydno, en cuyas aguas estuvo á punto de encontrar la muerte Alejandro el Grande, arrojó ante los consternados soldados de la Cruz el cadáver de Federico Barbaroja, cuyo nombre y cuyas hazañas habian espantado al Asia. Posteriormente esta empresa se resume en el heróico valor del rey de Inglaterra, Ricardo Corazon de Leon; en la nobleza y generosidad de Saladino, bien pocas veces desmentida; en la conquista de Tolemaida; en la ruina de Ascalon, y en la fundacion del reino de Chipre.

En la cuarta Cruzada, en vez de aprovecharse los cristianos del desorden producido entre sus contrarios por la muerte de Saladino, vemos que á la voz del mismo Pontífice que habia empujado hácia la Tierra Santa á Federico I, á Ricardo Corazon de Leon y á Felipe Augusto, marcharon á Oriente dos ejércitos á las órdenes de los duques de Sajonia y de Brabante, del obispo de Maguncia y del conde del Limbourg, y que despues emprendió el camino de Oriente el emperador Enrique VI. Pero los primeros á su llegada encontraron oposicion á la guerra por parte de los cristianos establecidos en Siria, que querian fuese respetada la tregua; y el emperador se aprovechó de todos los medios que la cristiandad habia puesto en sus manos, para promover una lucha impía en Nápoles y en Sicilia; viéndose entónces el extraño espectáculo de una Cruzada dirigida por un príncipe excomulgado, y á los soldados de la Cruz, vencedores, huyendo de sus enemigos vencidos.

En las precedentes empresas dominaba el sentimiento religioso sobre el político; en la cuarta Cruzada, las miras políticas se sobreponen á las religiosas. El emperador ofrecia dinero á todo el que le siguiese hasta el fin de la guerra; por eso vemos estrellarse todos los esfuerzos del imperio germánico contra un despreciable fuerte situado en el Líbano, á pocas millas de Tiro, y á los vencidos de Thoron en el campo cristiano, para entregar la fortaleza pidiendo sólo la libertad y la vida, volviéndose sin hallar con quien entenderse entre sus enemigos, que no habian vacilado en presentar ante los infieles el extraño espectáculo de sus miserias.

La quinta Cruzada venga á los latinos de la perfidia bizantina. Pasma, en verdad, ver al pequeño ejército de los cristianos marchando contra un país en el

que, realmente, con nadie contaban, que les podia oponer innumerables defensores, y que lleva á cabo asombrosas hazañas, plantando sus estandartes en los muros de Bizancio, que es entregada á todos los horrores de la guerra.

Pero esta empresa se realizó á pesar de las protestas de los legados y del anatema del Papa, que, contra su voluntad, transigió al cabo con el éxito de la guerra, comprendiendo que la ciudad de Constantino, en vez de facilitar el paso para los Santos Lugares, era un nuevo obstáculo al espíritu decadente de las Cruzadas que en vano luchaba en Siria y en tantos paises contra los enemigos del Cristianismo; que se añadía en punto de atencion con el imperio nuevamente fundado en el Bósforo de Tracia.

Fué consecuencia de esta Cruzada la fundacion del Imperio latino en Constantinopla.

Miéntas el resto de los Cruzados, en el saco de Constantinopla, vengaba la falsía de los orientales con la destruccion de las maravillas del arte antiguo; cuando á las escenas de desolacion y de sangre, se sucedian hasta las burlas más refinadas; cuando los Cruzados recorrian las calles, mofándose de los degenerados griegos, á quienes escarnecian llamándolos nacion de copiantes y de escribientes, los venecianos, únicos que sacaron fruto de esta expedicion enriquecian á su patria con las obras maestras del arte, y extendiendo su crédito, libres del feudalismo, conservaban cuidadosamente los paises interesantes á su comercio y á su futura grandeza. Pero el esplendor de la Reina del Adriático, y el efimero imperio latino, y la dominacion de los Cruzados en la Grecia ¿compensaban el sacrificio hecho por el resto de Europa, de sus tesoros y de sus más esforzados hijos?

LECCION XXXII

LAS CRUZADAS.—SEXTA, SÉTIMA Y OCTAVA CRUZADA.

Cuando el gran pontífice Inocencio III intentaba reanimar la cristiandad con sus incansables predicaciones, le sorprendió la muerte, y entró á sucederle Honorio, cuyo primer pensamiento fué para la cautiva Sion, para excitar y promover la sexta Cruzada; pero sin resultado. Andrés II se volvió muy en breve á sus Estados de Hungría, y la toma de Damietta y el heroico valor de los occidentales, en quienes se renovaba la antigua fé, quedaron impotentes ante el canal de Aschmon y las inundaciones del Nilo.

Posteriormente, Federico II emprendió el camino de Jerusalem, que abandonó bien pronto, renovándose entónces el tristísimo espectáculo de una guerra entre la Santa Sede y el jefe del Imperio; salvándose milagrosamente las colonias cristianas por la lucha entre los descendientes de Saladino y Malek Adel.

Despues, asombróse de indignacion el mundo cristiano cuando Federico se apoderó de la Ciudad Santa de los turcomanos, los restos de los carismitas se es-

dejando el culto del Islam frente al sepulcro del Salvador; conducta que habian adivinado los fieles cuando, á pesar de las brillantes promesas del emperador, el pueblo, desconfiado y triste, escuchaba en silencio al príncipe excomulgado á quien seguian á lo léjos los heroicos soldados del Temple y de San Juan.

De aquí en adelante, divididos los soldados de la Cruz, y á la vez en lucha con los musulmanes en Asia y en España, en Francia contra los Albigenes, en Prusia contra los idólatras, en Alemania contra el imperio, sus esfuerzos no podian ser decisivos, viniendo por tanto á caer en el abandono las empresas á Ultramar.

Despues, un rey, modelo de justicia, de sencillez, de resignacion y de nobleza, despierta el interés de las Cruzadas, que alumbra con los tranquilos resplandores de su diadema de Santo.

Al comenzar la centuria décimatercera, desde la mesa central del Asia que rodea la triple cadena del Altay, del Himalaya y de los montes de la China, los tártaros mogoles atravesaron el Volga, esparciéndose como un torrente debastador y destruyendo los países bañados por el Vístula y el Danubio, sembrando el espanto en Italia y en Alemania.

En vano se quiso oponer contra esta invasion una Cruzada; en vano se enviaron embajadores á aquellas bárbaras tribus; en vano se ensayó cerca de ellas la pacífica predicacion de los hijos de San Francisco y de Santo Domingo; á pesar del comun peligro, nadie salió al encuentro de los invasores, y la Iglesia no pudo hacer más que añadir una deprecacion en las letanías.

Cuando aquellos pueblos conquistaron los países fundados sobre las ruinas de los Seldjiucidas, entre el Oxo y el Caspio, desde el Korassan hasta el territorio

parcieron por el Asia y la Siria, y llamados por el sultán del Cairo, Jerusalem fué presa de estos conquistadores, que exterminaron al pueblo fiel.

Tantas desgracias, sin embargo, no hallaron eco en Europa; el espantado Occidente habria olvidado á los cristianos de la Palestina, si Luis IX de Francia no se hubiera puesto á la cabeza de la sétima Cruzada proclamada por la Iglesia.

Pero despues de las victorias conseguidas sobre los musulmanes, tras la toma de Damietta, los triunfos alcanzados en Mansourah, debilitaron más y más á los cristianos, diezmados por el hambre y las enfermedades, terminando con la cautividad de San Luis, con un inmenso desastre ante la asombrada Europa, que todo lo esperaba de los primeros felicísimos sucesos de esta expedicion.

En ninguna Cruzada se habian tomado medidas más á propósito para asegurar el buen resultado, y en ninguna acontecieron más desastres: ningun príncipe cristiano fué tan reverenciado de los suyos como San Luis, pero en ninguna de las empresas á Ultramar se vieron tantos escándalos, en ninguna subió la corrupcion á tan alto grado como en el campamento de Damietta.

Si esta expedicion hubiese sido coronada por el éxito, el Egipto se habria convertido en una colonia cristiana, pues que el santo Rey llevaba consigo gran multitud de artesanos y labradores, con los que acometió en bien de la religion, aunque sin ruido ni aparato, la misma empresa que nuestros padres han visto ensayar en las orillas del Nilo, pero intentándolo aquél en nombre del Cristianismo, que era la política de los tiempos de San Luis. Y sin embargo, de tamañas desventuras que la Francia supo sufrir sola, esta nacion se libró entónces de figurar en las guerras del

Sacerdocio y el Imperio, y San Luis volvió engrandecido del Egipto, purificado por la desgracia, consagrándose á la prosperidad de su pueblo que hizo causa comun con las heróicas desdichas del piadoso Rey.

De aquí en adelante la historia de los cristianos en Oriente no es más que la narracion de continuados desastres. Las relaciones de los cruzados se concretaron á narrar las guerras entre venecianos, pisanos y genoveses que habian llevado á la Tierra Santa sus enemistades y sus celos: á las luchas entre caballeros del Temple y los Hospitalarios, que renovaron con más ardor que nunca sus rivalidades.

Nazaret, Cesárea, Jaffa y Antioquia cayeron en poder del feroz Bibars. El espíritu de los cristianos en las primeras Cruzadas habia pasado ya á los musulmanes; en todas las mezquitas predicábase la guerra contra los cristianos; los pueblos infieles pagaban el tributo del diezmo, apellidado *tributo de Dios*.

El imperio latino acabó en medio de una breve existencia que se resume en la historia de su agonía. Para mostrar á cuán profunda degradacion habia llegado aquel estado de cosas, diremos que solo se sabe de las postreras escenas de este misterioso drama, que los griegos se apoderaron de Bizancio entrando por una cloaca en la ciudad de Constantino.

Otra vez vióse en Occidente al Emperador griego demandando el amparo de los Cruzados, al mismo tiempo que el Arzobispo de Tiro y los Grandes Maestres de las Ordenes pedian socorro para la Tierra Santa.

Sin embargo, la Europa permanecia sorda á estos clamores, porque cerradas las puertas de Sion á los fieles, habian cesado las peregrinaciones, y con ellas el entusiasmo por las guerras santas que eran su consecuencia. Pedro el Ermitaño no podia ya comunicar

al Occidente las emociones que habia sentido ante el profanado Sepulcro del Salvador, y por otra parte el nombre de las Cruzadas se habia desprestigiado dándosele á miserables empresas políticas.

Solo un monarca existia en Europa empeñado nuevamente en la causa cristiana: pero en la octava Cruzada San Luis tuvo que comprometerse á pagar los gastos de la guerra, tomando á sueldo los espedicionarios.

Hízose, pues, el último esfuerzo, concurriendo á esta empresa gran número de guerreros de Cataluña y Aragon, de Castilla y Portugal, de los pueblos todos de nuestra Península que, lo mismo en las primeras que en la postrera expedicion, habian derramado en el Oriente su noble sangre, á pesar de la heroica y larga Cruzada que tenia lugar en su propia tierra, hasta el punto de que los Pontífices en distintas ocasiones se vieron obligados á mandarles volver á la Península, donde obtenian los mismos perdones y gracias concedidas á los demás Cruzados, sin que ninguno osara infamar ó calumniar á los que por tales motivos abandonasen la Tierra Santa.

La expedicion de Luis IX se dirigió contra los países donde floreció Cartago.

Pero la ardiente Libia, enemiga siempre de los pueblos europeos, opuso al valor heroico de los cruzados los rigores de su abrasado clima y sus fiebres contagiosas, que diezmaron las tropas de San Luis, el cual, en vez de los laureles del conquistador, alcanzó en Africa la santa palma del mártir.

Al espirar aquel cristiano monarca, velóse el ángel de las Cruzadas, elevándose al cielo con el alma purísima del hijo de doña Blanca de Castilla, astro que alumbraba con sus santos y tranquilos resplandores los últimos tiempos de la Edad Media.

Al juzgar esta tristísima Cruzada, no olvidemos nosotros, los que pretendemos llevar á todas partes la civilizaci3n, que si se hubieran realizado los deseos de San Luis, habrian retoñado en la Libia los gérmenes del Evangelio, y el Africa bárbara hubiera vuelto á florecer á impulso de la misma religion que produjo á Tertuliano, á San Cipriano y á San Agustín.

Despues de esto, todo fué infecundo. Inútiles fueron los esfuerzos del hijo de Enrique III y los del mismo Tibaldo, Pontífice con el nombre de Gregorio X, que al recibir la noticia de su elevacion habia dicho á los cristianos de Siria estas palabras de David: «Si yo te olvido, Jerusalem, séquese mi mano derecha; si tu memoria se borra de mi corazon, péguese mi lengua al paladar;» todo fué infecundo. Trípoli, Tolemada, Sidon, Beyrut, las ciudades cristianas de las costas de la Siria, vieron tremolar sobre sus muros el estandarte del Profeta, y á sus pobladores degollados ó conducidos entre cadenas á Egipto.

LECCION XXXIII

CONSIDERACIONES SOBRE LAS CRUZADAS.—LAS ÓRDENES MILITARES.

(CÉSAR CANTÚ: Historia Universal.)

Aun cuando es varia en cada nacion de Europa la influencia de las Cruzadas y distintos sus resultados, ni una sola de ellas dejó de sentir la saludable influencia de las expediciones á Ultramar. Sin embargo, brilla el heroismo de la nacion inglesa en el caballeresco Ricardo: las guerras santas hicieron una misma cosa de la nacion francesa y de sus reyes, destruyendo el feudalismo: en medio de los desórdenes y de los trastornos que asolaban la Alemania durante las Cruzadas, es muy difícil determinar la influencia que estas tuvieron en el imperio germánico; pero la Confederacion aprovechó seguramente el ejemplo yendo á combatir al paganismo en las riberas del Vístula, del Pregel y del Niemen: las ventajas alcanzadas por Italia se trazan en el maravilloso cuadro que entónces presentaron con sus naves, con su co-

mercio, con sus colonias, Pisa, Génova, Venecia: Nápoles y Sicilia, en medio de sus desgracias, recibieron reyes de Aragon, de Alemania, de Francia y de Hungría, y con ellos otros hábitos y otras costumbres: España, que era entonces la Siria de los Musulmanes, pudo continuar la guerra contra los infieles, pues que las Cruzadas detuvieron á los Sarracenos de Egipto y de Siria, de la misma manera que nuestras guerras con los moros dieron respiro á los cristianos de Occidente para que pudieran pasar los mares. ¡Heróico destino concedido siempre á nuestra patria, colocada como el escudo de Europa, destino que cumplió entonces, como cuando el Gran Capitan de nuestro siglo amenazaba en todas partes á las espantadas naciones! Al emprender sus expediciones, muchos Cruzados se detuvieron en nuestro pais para pelear contra los enemigos del nombre cristiano; ellas produjeron las órdenes de Caballería, hundieron á los contrarios de la Cruz en las Navas de Tolosa y crearon el reino de Portugal.

Y descendiendo ya á otro género de consideraciones ¡con cuánto plácer no oiría entonces el siervo ligado á la propiedad, la voz nueva y extraña que le llamaba á libertad á *su Dios*, sin que pudiera oponerse su dueño, y vería caer en las cercas feudales que formaban su único horizonte, y se hallaría hospedado con amor en el castillo del magnate, y atravesaría libremente el desfiladero, y salvaría el puente guardado ayer por el guerrero que exigía tributos al pobre viandante! ¡Cuán consoladora debía ser para él la voz de los Caballeros Hospitalarios que llamaban á los enfermos *Señores nuestros*, y con qué melancólica y sublime extrañeza no vería el leproso al gran Maestro de San Lázaro besando humildemente sus asquerosas heridas!

A su vuelta por la Tierra Santa, el villano regenerado, que tambien tenia su historia léjos del estrecho dominio señorial, que se sentia elevado y nacido á una nueva vida, ¡con cuánta animacion referiria á su asombrada familia los prodigios de la Palestina, sus penalidades por Jesucristo, el último adios de sus hermanos moribundos, sus emociones en Nazaret y en el Calvario! ¡Con qué heroismo libró en hombros á su Señor á través de los desiertos de la Siria ó de los desfiladeros de la Cilicia! Ciertamente que entónces brotaria el orgullo, ó más bien un sentimiento de dignidad desconócido en todos los corazones, y al levantar los ojos hacia el Cruzado, la familia veria en su jefe un poco más que al hombre nacido únicamente para regar con su sudor el campo ajeno. Entónces germinó entre todos la idea de que los villanos eran tambien hombres y que podian ir y venir de una á otra parte y tomar esposa á su gusto y disponer del fruto de su trabajo.

Las expediciones á Ultramar multiplicaron las relaciones humanas, acercaron pueblos distantes y que no se conocian, estrecharon los lazos de amistad y redoblaron la actividad y la noble emulacion en los hombres. ¡Cuánto ganó la geografía con estas expediciones! Rectificáronse los conocimientos prácticos que á la vez se aumentaron y se propagaron; determinóse la figura de las costas, la posicion de los cabos, la extension de las islas; fijáronse los escollos y los puertos, haciéndose los viajes más fáciles y menos frecuentes los naufragios. Las construcciones navales cambiaron en la forma y ganaron en la solidez, y la emulacion consiguiente á tantos pueblos unidos en una misma expedicion comun, mejoró el arte de arbolar los buques. Abiertas nuevas vias al comercio y aseguradas las antiguas, aquél tomó un vuelo des-

conocido. A la vista de los tejidos de Damasco, establécense multitud de telares en Sicilia, en Luca, en Módena, en Milan: imítanse en Venecia los vidrios de Tiro y extiéndense por Europa los molinos de viento tan usados en el Asia Menor: perfecciónase la industria de bruñir el acero: el esmalte, los grabados, la orfebrería y el arte del platero cobran mayor importancia.

Los Cruzados ven en Italia y en Grecia los restos de la civilizacion antigua, é importan á Europa nuevos gérmenes de cultura: los latinos toman de los árabes desconocidas ideas para la filosofía, para los romances, para la novela: el arte de curar, sinó adquirió nuevos sistemas, importó medicamentos que enriquecieron la farmacopea: introdújose entónces el uso de los guarismos árabes: cultivóse con provecho la astronomía con las ideas nuevas que adquirieron los Cruzados en el Asia, en las vastas llanuras, cuna de esa ciencia: aclimatáronse la caña de azúcar, la morera, no pocas plantas tintóreas, hermosas flores y sabrosas frutas.

Mejoróse el arte de la guerra: adquirió superioridad la infantería sobre la caballería, en daño del poder feudal: no se fió ya á la casualidad el aprovisionamiento de un ejército, su trasporte á través de países áridos y enemigos; y con el ejemplo de las máquinas incendiarias empleadas por sus contrarios, los Cruzados aceleraron el descubrimiento ó el uso de la pólvora, preparando así el triunfo de la táctica sobre el ímpetu ciego de las muchedumbres, del arte sobre la guerra.

Pasma ciertamente que los mismos que leen, sin conmoverse más que de entusiasmo por lo pasado, las escenas de sangre, la desolacion y la matanza en las guerras médicas, en las ambiciosas luchas de los ro-

manos, en las expediciones del gran conquistador de nuestros tiempos, sin tener más palabras de admiración para Alejandro, Julio César y Napoleon, pesen conmovidos la sangre derramada por los occidentales en esa grande empresa del Cristianismo; empresa en la que sólo les animaba el deseo de propagar la luz del Evangelio, á quien tanto debe la causa de la civilización y del progreso humano, sin que les arredrase la segura idea de blanquear con sus huesos los caminos que conducen al Asia y al Africa, presas de la barbárie.

Por otra parte, es preciso confesar que en los horrores de las Cruzadas hay tambien su gran parte de exageracion. Muchas veces los escritores cristianos ó los predicadores, para explicarse el éxito contrario de las empresas de la Cruz, acudían á la desmoralización de los fieles, á su falta de fé, á su crueldad, á sus extrañas locuras que excitaban la cólera del Señor, encargándose entónces la sátira ó la indignacion religiosa de buscar colores cada vez más sombríos, para trazar el cuadro de las abominaciones de los Cruzados *que habian llenado la medida de la cólera del Omnipotente, haciendo que Dios juzgara al universo antes de tiempo, á pesar de su infinita misericordia.*

Es extraño, en verdad, que esos mismos que en las tradiciones del politeísmo quieren hallar siempre un sentido simbólico y civilizador, que se empeñan en ver perpétuamente en la fábula el mitho, explicándolo todo históricamente; que los mismos que acaso no escarnecen los prodigios de Tito Livio y de Polibio, se mofen de los milagros de las Cruzadas, de esa fé exuberante que inspiró tanta resignacion en medio de tantos desastres; que suavizó la ferocidad feudal; que hizo á los cronistas emplear la voz latina *familia* para designar una reunion de Cruzados; no sientan ad-



miracion profunda al tocar los efectos del encuentro de la Santa Lanza en el ejército cristiano, hambriento, desesperado, cercado por todas partes de enemigos y que, sin embargo, á la sola vista del *Hierro Sagrado*, arrolla y aniquila á la multitud innumerable de los infieles.

Las Cruzadas no se completaron, y por lo mismo no pueden ser juzgadas en absoluto; pero es incuestionable que, sin las expediciones á Ultramar, la idea del individualismo que habia introducido en el mundo romano el elemento germánico, no habria producido tan pronto sus frutos: que aquellas empresas, esencialmente amigas de la civilizacion, juntaron sin confundirlas la individualidad de las personas y de los pueblos, sustituyendo á la antigua concentracion de la pátria romana, la pátria cristiana, el vinculo libre y expansivo de las costumbres europeas.

Preciso es tambien no olvidar, que apoderados de Bizancio los guerreros de la Cruz, se pusieron en contacto con la antigua cultura, que retardaron el momento de la caida de Constantinopla en poder de los bárbaros, preparándose dignamente para recoger más adelante los restos del clasicismo refugiado en la ciudad de Constantinopla.

Los que miran las Cruzadas como un gran crimen, niegan á los pueblos el derecho de la defensa, que es tambien el derecho de la agresion: ¿pues qué, no tenían las naciones europeas el poder y la obligacion de rechazar á sus enemigos que lo destruian todo, amenazándolos desde el Este y desde el Sur?

Sin las Cruzadas que llevaron la guerra á las orillas del Nilo y del Jordan, ¿quién hubiera detenido á los árabes en España, á los sectarios de Mahoma que habian mojado sus piés en *Nuestro Mar*, que dominaban en las costas de la Siria y del Asia Anterior, que

traspasaban el Hemus, que á pesar de aquellas expediciones dominaron más adelante en la Grecia?

Sin las Cruzadas, los nacientes pueblos europeos, reunidos y fortificados por ellas al grito de *Dios lo quiere*, hubieran sido sorprendidos en el aislamiento del feudalismo, en medio del individualismo germánico, y los grandes centros de la cultura moderna sufrirían hoy la misma suerte que las comarcas del Africa y del Asia bajo la religion de la fuerza y de la esclavitud, que sólo puede preparar al hombre para la invasion y para la conquista, con escasos intervalos de una cultura que aparece para morir en breve; cultura en que hay más de deslumbrador que de real y verdadero.

Las Cruzadas fueron origen de la institucion de las Ordenes Militares.

Para defender á los peregrinos, creáronse en Jerusalem las órdenes de los Hospitalarios, de los Templarios y la de los caballeros Teutónicos. Los Hospitalarios (1100) de San Juan de Jerusalem y hoy de Malta, permanecieron en la Palestina hasta la conquista de Saladino; luego se establecieron en Rodas y despues en Malta.

Los Templarios fueron instituidos por Balduino, y suprimidos por Felipe IV de Francia y Clemente V.

El Orden Teutónico, fundacion de ciertos caballeros de Bremen y de Lubbek, fué aprobado por Celestino III, y engrandecido en Prusia por el emperador Federico II.

España, que sostenia su Cruzada siete veces secular, ostenta análogas instituciones. A fines del reinado de D. Alfonso VII el Emperador, tuvo origen la Orden de Alcántara, ántes llamada de San Julian de Pereiro, por el sitio en que la fundaron (1136) dos salamanquinos, D. Suero y D. Gomez. Protegióla don

Fernando II de Leon, la aprobó Alejandro III, y la agregó Julio I á la monástica del Cister.

Calatrava debe su origen á los monjes cistercienses Fray Raimundo, abad de Fitero, y Fray Diego Velazquez, que se ofrecieron á D. Sancho III de Castilla (1158) para encargarse de la defensa de Calatrava, amenazada por los musulmanes. El papa Alejandro III sancionó esta Orden (1161), y el mismo Alejandro III confirmó la de Santiago (1175).

La de Montesa se fundó en el reino de Valencia por D. Jáime III de Aragon (1317). Todas ellas tienen, como sus análogas de la Tierra Santa, gloriosa historia en la heróica empresa de la Reconquista.

LECCION XXXIV

ALEMANIA DESDE LOTARIO II Á FEDERICO III.—LA CONFEDERACION
HELVÉTICA.

A la muerte de Enrique V, último de la casa de Franconia, sobrevino una elección borrascosa (1125), en que triunfó Lotario II, duque de Sajonia.

Lotario pasó á Italia y sostuvo al Papa Inocencio II contra el antipapa Anacleto II.

A la muerte de Lotario (1137), Enrique de Baviera y Conrado de Franconia, lucharon por el imperio, venciendo el último, en cuya ocasión se oyeron por vez primera los nombres de *Guelfos* y *Gibelinos*, partidos que tan funestos habían de ser para Italia y Alemania.

A Conrado III sucedió Federico de Suabia (Barbarroja) (1152).

Aprovechando las guerras entre el sacerdocio y el imperio, muchas ciudades lombardas como Pavia, Milán, Pádua, Cremona y Verona, se habían constituido en democracias, celosas entre sí, donde los Papas y los Emperadores contaban con facciones, que al apoyar á los unos ó á los otros, sólo pensaban en hacerse mútua guerra.

Reflejo de la situación de la Lombardia era Roma,

donde la facción de Arnaldo de Brescia, discípulo de Abelardo, se había constituido en República. Federico Barbarroja pasó á Italia auxiliando al Pontífice Eugenio III, y en dos expediciones venció á los rebeldes lombardos y á los partidarios de Arnaldo de Brescia, que fué quemado vivo.

Enrique VI casó con Constanza, heredera del trono de las Dos Sicilias, y al morir (1197) dejó el imperio á su hijo Federico, niño de corta edad, que ocupó el imperio contra sus rivales, sostenido por el inmortal Pontífice Inocencio III, su tutor.

Federico II tomó parte en las Cruzadas y asoló las ciudades lombardas.

Estas luchas obligaron al Papa Inocencio IV, sucesor de Gregorio IX, á refugiarse en Lion, donde convocó un Concilio que excomulgó á Federico, el cual murió entre estas guerras (1250). Durante las mismas se formó la gran cooperación de las Anseaticas, entre las que se distinguían Lubbek, Hamburgo, Bremen y Dantzic.

Conrado IV, hijo de Federico II, murió envenenado por su hermano natural, Manfredo, usurpador del reino de las Dos Sicilias, dejando un hijo de corta edad encomendado al Papa Inocencio IV (1254). Guillermo de Holanda, sucesor de Conrado, murió á los dos años.

Divididos entónces los electores fueron simultáneamente nombrados Alfonso X de Castilla y Ricardo de Cornwall, hijo de Juan Sintierra.

Esta doble elección y los desórdenes subsiguientes, fueron causa del período conocido con el nombre de el *Grande Interregno*, en medio del cual aconteció un trágico suceso que conmovió á la Europa.

Manfredo había usurpado la Sicilia, con pretexto de conservarla para su sobrino Conradino, hijo de Conrado IV.

El papa Urbano IV, reivindicando los derechos de la Santa Sede sobre aquel reino, excomulgó á Manfredo y dió la corona á Cárlos de Anjou, hermano de San Luis de Francia, que dió muerte á Manfredo.

Conradino disputó el trono á Cárlos, que, despues de haberlo vencido, manchó su victoria haciendo ejecutar en un cadalso al desgraciado príncipe y á su amigo Federico de Austria.

El Grande Interregno terminó con la eleccion de Rodolfo I, de la casa de Habsburgo, que siguió una política contraria á la de Hohenstaufen en las cuestiones de Italia. Rodolfo murió (1291) sin lograr que le sucediera su hijo Alberto, lo que alcanzó éste despues de dar muerte al electo conde de Nasau.

Alberto I sostuvo diversas guerras sin éxito, y fué causa, con sus pretensiones, de la formacion de la Liga Helvética.

Con efecto, muerto el intendente Gessler por Guillermo Tell (1307), Alberto quiso sojuzgar á los suizos, y murió asesinado al pasar el rio Rus.

Enrique VII renovó las pretensiones de los emperadores en Italia, y con ayuda de los Gibelinos, se apoderó de Milan y de Roma, muriendo cuando acometia á Nápoles (1313).

Luchando Luis V de Baviera, y Federico, duque de Austria, venció el primero, que invadió la Italia sosteniendo al antipapa Nicolás V contra Juan XXII. En medio de estas luchas falleció Luis V dejando en posesion de la soberanía á Cárlos IV, nieto de Enrique VII, en cuyo tiempo se publicó la famosa *Bula de Oro*.

Wenceslao heredó á su padre Cárlos IV, y fué depuesto en la Dieta de Francfort, que dió el imperio á Federico de Brunswik, y despues á Roberto, conde Palatino (1410).

El Imperio y la Iglesia se encontraron entónces en situacion análoga, pues en la una se disputaban la Alemania tres emperadores y en la otra tres papas.

Wenceslao, despues de un reinado por extremo borrascoso, renunció en su hermano Segismundo.

Citado ante el Concilio de Constanza (1414) el hereje Juan Hus, no compareció, y fué quemado vivo con su amigo Jerónimo de Praga. Estas ejecuciones exaltaron de tal suerte á los partidarios de ambos herejes, que empuñando las armas en Bohemia á las órdenes de Juan de Trosnou (Ziska, el Tuerto) batieron á los imperiales. Despues de cuatro años de terrible lucha, muerto Trosnou, se dividieron los herejes en distintas sectas sobre las que dominó al cabo la de los taboritas mandados por el cruelísimo Procopio.

Preciso fué, para apagar este incendio, la predicacion de una Cruzada.

A Segismundo sucedieron Alberto II (1417) y á éste, Federico III, duque de Austria, con el que comenzó el engrandecimiento de esta casa que tan alto poder habia de alcanzar más adelante.

Dijimos que Alberto I, queriendo sojuzgar á los suizos, fué muerto al pasar el rio Rus.

Leopoldo I fué vencido por aquellos heróicos montañeses en Morgarten (1315) y, en virtud de estos hechos, se formó la Confederacion Suiza.

Renovada la guerra con los suizos en tiempo de Leopoldo III, encuéntranse las tropas de éste con los sublevados en Sempach, cerca de Lucerna, donde sufrieron los imperiales una gran derrota, á la que siguió, dos años despues, la victoria de Naefels (1388) ganada por los suizos contra el Austria, que hubo al fin de reconocer la independenciam de la Confederacion Helvética.

LECCION XXXV

LOS ESTADOS ITALIANOS.

Las luchas de los emperadores, empeñados en sostener su dominacion en Italia, casi puede decirse que acabaron al morir Federico Barbarroja, como los reinados de Cárlos IV y Wenceslao anularon la influencia del imperio en la península italiana; pero á aquellas luchas ardientes sucedió la de los diversos centros de poblacion, rivales entre sí.

Las ciudades situadas en el interior, como Milan, Ferrara, Luca, Florencia y Siena, debieron su engrandecimiento á su riqueza territorial ó al progreso de sus industrias; las marítimas, como Nápoles, Gaeta y Amalfi á la actividad de su comercio. Venecia, Génova y Pisa se convirtieron en verdaderas potencias durante las Cruzadas.

Por consecuencia de las guerras entre el sacerdocio y el imperio, y más que todo, por el espíritu profundamente religioso que caracteriza á la Edad Media, llegó á ser Roma centro de la política europea.

Felipe IV de Francia, acalorado enemigo del Sumo Pontifice Bonifacio VIII, pudo lograr á la muerte de éste que fuera elegido Bertrando de Got, arzobispo de Burdeos (1305), el cual trasladó la Santa Sede á Aviñon, medida, sobre todo, dictada por el estado de profunda agitacion en que se encontraba Roma, donde luchaban irreconciliables Güelfos y Gibelinos, dirigidos éstos por los Colona y aquéllos por los Orsini.

Terciando en estas interminables querellas y agravando situacion tan desesperada, á la voz de Nicolás Rienci (1345) alzóse la demagogia romana, cuyo meneguado héroe constituyó una vanidosa autocracia teatral, que desapareció en breve, como desaparecieron siempre los pasajeros ídolos de las inconstantes y celosas muchedumbres, víctima de un motin popular, en el mismo Capitolio, donde el demagogo, despues agente del legado Albornoz, habia convocado á los representantes de los Comunes italianos y á los barones, reyes, emperadores y papas.

En el espacio de setenta años (1106 á 1370) que la Santa Sede permaneció en Aviñon, vióse ocupada por siete Pontífices, hasta que Gregorio XI la reinstaló en Roma.

A la muerte de Gregorio XI, fué electo Urbano VI; eleccion que contrariaron algunos cardenales que nombraron á Clemente VII, doble eleccion generadora del *Gran Cisma de Occidente*, que dividió á la cristiandad en dos grandes partidos, hasta que, en 1409, reunidos en Pisa los cardenales y prelados de ambas obediencias, depusieron á Gregorio XII y Benedicto XIII, y eligieron á Alejandro V, y despues á Juan XXIII, en tanto que protestaban los depuestos.

El Concilio de Constanza colocó la tiara en la cabeza de Martino V; pero la calma no se restableció hasta la eleccion de Nicolás V.

Hemos visto que por consecuencia de la derrota de Manfredo, y de la muerte del desgraciado Conradino, quedó Cárlos Anjou árbitro del reino de las Dos Sicilias.

Juan de Prócida, caballero napolitano refugiado en los Estados de Pedro III de Aragon, marido de Constanza, hija de Manfredo, resuelto á librar á su patria, fué el alma de la terrible conjuracion que dió por resultado las *Visperas Sicilianas*.

Con efecto; al toque de visperas del lunes de Pascua, 30 de Marzo de 1282, los sicilianos mataron á más de ocho mil franceses y proclamaron á Pedro III, rey de Aragon; hecho que fué causa de prolongada lucha entre los aragoneses dueños de Sicilia, y los angevinos de Nápoles empeñados en recobrar la isla, hasta el reinado de Juana II.

Inquietada esta señora por Luis de Anjou, pidió y obtuvo el auxilio de Alfonso V de Aragon, instituyendo á éste en cambio heredero de sus Estados.

Ingrata y voluble Juana, revocó la adopcion, que volvió á restablecer y á derogar, dejando á la postre el trono á Renato, hermano de Luis de Anjou.

Alfonso V se apoderó de Nápoles (1299), reuniendo así la triple corona de Aragon, Nápoles y Sicilia.

Asegurada la independendencia de Milan por el tratado de Constanza (1183) lucharon en ella los Visconti y los Torriani.

Juan Galeas Visconti, duque de Milan y vicario imperial por el débil Wenceslao, extendió su autoridad sobre la Lombardia, apoyado por los condotieros, los cuales se hicieron tan temibles, que Felipe María Visconti tuvo que casar á su hija con Francisco Sforzia, jefe de éstos, que se hizo proclamar duque de Milan, contra Alfonso V de Aragon y I de Nápoles.

Emancipada Florencia del poder de las familias

patricias, se engrandeció con la cesion que los genoveses le hicieron del puerto de Liorna (1421) que hizo fácil la salida de los productos de su industria, elevándose á una gran cultura, bajo el gobierno de los Médicis.

Venecia prosperó rápidamente gracias á las Cruzadas y en ellas alcanzaron tan incontrastable fuerza el Consejo de los Diez y los inquisidores de Estado, que castigaron la conjuracion del Dux Marino Faliero, ejecutándolo con sus principales amigos.

Venecia y Génova, que habian llegado á la cumbre del poder, eran dos potencias marítimas y comerciales que habian de luchar al cabo por el predominio del mar. Restablecido el imperio griego y cerrados para Venecia los puertos de la Siria, peleó encarnizadamente con Génova; pero despues de sufrir dos grandes derrotas tuvo que contratar una paz desventajosa (1299), tras de la cual aún dominaba en el Archipiélago, como Génova en el mar Negro.

Al caer Constantinopla en poder de los turcos otomanos (1453), arruinóse el inmenso poder de estas dos famosas repúblicas.

LECCION XXXVI

INGLATERRA DESDE GUILLERMO EL CONQUISTADOR HASTA
EDUARDO II.

Al morir Guillermo el Conquistador dejó sus Estados del continente á su hijo mayor Roberto de Normandía, y la corona de Inglaterra á su otro hijo Guillermo II el Rojo (1087).

Sublevados los barones en favor de Roberto, Guillermo castigó á los rebeldes y á los galeses y escoceses.

Aspirando Roberto á inmortalizar su nombre en las Cruzadas, empeñó el ducado á su hermano en diez mil marcos de plata.

Muerto Guillermo II (1100) sin hijos, y ausente Roberto en la Palestina, fué proclamado Enrique I, hijo tercero del Conquistador, que á la vuelta de su hermano fué vencido por éste. Enrique I murió dejando la corona á su hija Matilde, casada con Godofredo Plantagenet.

Oponiéndose los barones á que los mandara una mujer, elevaron á Estéban de Blois que pronto fué vencido y hecho prisionero por Matilde.

Después de varios sucesos ocupó el trono de Inglaterra Enrique II (1154) Plantagenet, hijo de Matilde.

Altanero y dominante este rey y pensando sojuzgar al clero, habiendo vacado la metropolitana de Cantorbery, dió esta mitra á su favorito Tomás Beket.

Al contrario de lo que el monarca esperaba, Tomás desplegó grande energía en la defensa de los derechos de la Iglesia, en cuyo conflicto con el rey fué asesinado al pié de los altares.

Enrique II conquistó á Irlanda y subyugó la Escocia; pero habiéndose rebelado sus cuatro hijos con el consejo de su madre Leonor de Guyena y los auxilios de Felipe Augusto, lucharon ambos ejércitos y fué la victoria del rey, muriendo en la pelea dos de sus rebeldes hijos.

Ricardo Corazon de Leon, que sucedió á su padre (1189), tomó parte en las Cruzadas, y á la vuelta fué arrojado por una tempestad á las costas del Adriático. Apoderado de él su grande enemigo el duque de Austria, no consiguió la libertad sino á precio de un fuerte rescate.

Poco tiempo después, el héroe de la tercera Cruzada murió oscuramente combatiendo el castillo de Chaluz (1199) en el Lemosin.

Juan Sintierra ocupó el trono asesinando á Arturo de Bretaña, legítimo heredero de la corona, y su sobrino; lo que excitó contra él las iras de todos los corazones generosos.

En estas circunstancias, los barones obligaron al rey á que confirmara las franquicias concedidas en las Cartas de Enrique I y de Estéban de Blois, lo que hubo de hacer, asegurando al clero su libertad y á los barones sus franquicias, sancionando la *Gran Carta*.

Juan Sintierra murió en un acceso de furor (1216).

Durante la menor edad de Enrique III creció el poder de los grandes señores amenguando la autoridad del rey, hasta el punto de que la nobleza inferior se puso del lado del monarca.

Crecieron más y más las revueltas, hasta que viniendo ambos partidos á las manos, el rey y su familia quedaron prisioneros del conde de Leicester en Lewes. Temeroso el conde de que lo abandonaran los barones, buscando el apoyo del pueblo, convocó el Parlamento, al que asistieron por vez primera representantes de las ciudades y de las campiñas. Pero el jóven Eduardo, hijo de Enrique III, venció y dió muerte á Leicester en Evesham.

Eduardo I colocó en el trono de Escocia á Juan Baillot, contra Roberto Bruce, á quien sostenia Felipe IV el Hermoso. No contento Roberto, fué vencido con sus escoses, hasta que, por último, ganó la corona el conde de Carrik, nieto de Roberto Bruce, en el siguiente reinado.

Eduardo II (1307) vivió supeditado á sus favoritos Gabeston y Spencer, y fué tan débil en la guerra como en el gobierno.

Los barones, sublevados contra él, le hicieron abdicar la corona y le encerraron en el castillo de Berkeley, donde murió asesinado.

DUODÉCIMA ÉPOCA



CAIDA DEL IMPERIO DE ORIENTE (DE 1270 A 1453).

LECCION XXXVII

FRANCIA DESDE FELIPE III HASTA CÁRLOS IV.

A San Luis sucedió en el trono de Francia Felipe III el Atrevido, y á éste Felipe IV el Hermoso (1285).

Habiendo causado daños en las costas de Francia ciertos marineros ingleses, y no obteniendo Felipe reparacion, citó á Eduardo I de Inglaterra ante el tribunal de los Pares. No habiendo comparecido el inglés, lo declaró reo de lesa majestad, y perdidos cuantos dominios tenia en Francia, miéntras el condestable de Nesle invadia la Guyena y él disponia un desembarco de sus tropas en Inglaterra á la vez que los ejércitos franceses invadian los Países Bajos en los cuales se apoderaban de las plazas más importantes.

En medio de estas guerras, el papa Bonifacio VIII intimó la paz á los contendientes en bien de la cristiandad, á lo que contestó Felipe con insolente altanería.

Para sostener estas guerras acudió el rey de Francia á todo género de vejaciones, multiplicó los impuestos, alteró el valor de la moneda, despojó á los

judíos, puso trabas al comercio y oprimió á la nobleza y al pueblo.

Queriendo hacer otro tanto con el clero, encontró frente á sí al enérgico Bonifacio VIII, incansable defensor de las inmunidades eclesiásticas.

Habiendo comisionado el Pontífice al obispo de Pamiers para que presentara sus reclamaciones al rey de Francia, éste mandó arrestarlo.

Bonifacio puso á la Francia en entredicho, y por su parte Felipe convocó los Estados Generales, llamando al clero, á la nobleza y al tercer Estado, que por vez primera iba á presentarse en la escena política (1302).

Los Estados, inspirados por leguleyos como Nogaret y Flotte, agentes del monarca, declararon que nunca permitiría la Francia más superior que Dios y el rey, es decir, el depotismo absoluto del poder real. Por consecuencia, vedóse al clero que asistiera al anunciado Concilio de Roma.

Preparándose Felipe el Hermoso contra el Papa, transigió las cuestiones pendientes, cedió la disputada Guyena al inglés, y Nogaret publicó una infame proclama contra el Papa y marchó á Roma, donde maltrató á Bonifacio, que murió ultrajado de obra y de palabra por los agentes de Felipe.

A la muerte del Pontífice, la Santa Sede fué trasladada á Aviñon.

La insaciable avaricia de Felipe IV se fijó entónces en la Orden del Temple.

Eran tantos los beneficios prestados por los Templarios á la cristiandad, que habian reunido en sus manos riquezas inmensas. Los más de sus freires eran franceses, como generalmente lo era el Gran Maestre, y ocupaban en París la tercera parte de la ciudad (barrio del Temple).

No eran, sin embargo, motivos solos de ambicion los que impulsaban en esta ocasion á Felipe IV.

Odiaba el rey á los templarios porque se habian negado á recibirle en su Orden; porque no habian querido suscribir la protesta contra Bonifacio VIII, y sobre todo, los aborrecia porque en una conmocion popular le habian salvado la vida.

Ordenó, pues, á sus satélites que excitaran contra ellos la ira popular; propósito de que fué uno de los instrumentos el prior de Tolosa Sechino de Flexian, que condenado por los caballeros á prision perpétua, pudo huir y sembró por todas partes la calumnia.

Al efecto se repartieron anónimos envenenando la historia de los templarios; se habló de sus orgías, de sus liviandades, de sus impías ceremonias en las iniciaciones, de su gnosticismo, de su paganismo, de su gran ídolo oculto á todas las miradas; hasta de las extrañas figuras esculturales grabadas en los capiteles y en los frisos de sus templos.

Cuando la calumnia se atrevió á hablar más alto, el caballeresco Jacobo de Molay, Gran Maestre de la Orden, pidió que se procediera á una informacion judicial y conferenció con el rey, el cual, cuando ménos se esperaba, lo hizo prender con cuantos caballeros se hallaban en Francia, y se apoderó de sus bienes.

Arrancáronse confesiones de delitos á algunos caballeros, lo cual se explica recordando que los más crueles tormentos se empleaban muchas veces contra un solo individuo, hasta el punto de que alguno mostraba los huesos de los talones al descubierto, desde que el fuego consumió la carne que los cubria.

Por de pronto, y para sembrar el espanto en cuantos aún se atrevian á testificar en favor de los encarcelados, fueron quemados á fuego lento cincuenta y cuatro caballeros y á seguida otros nueve,

en tanto que el astuto Nogaret aterraba á Clemente V, asegurándole que si intervenia en favor de los caballeros, el cadáver de Bonifacio VIII seria desenterrado y quemado, con escándalo de la cristiandad.

El Gran Maestre y otros tres caballeros más eran ya los únicos que sobrevivian en las cárceles, y habiendo confesado los cuatro sus delitos (ya sabemos por qué medios) tres comisionados del Papa fueron á comunicarles sentencia de reclusion perpétua. Molay y uno de los caballeros protestaron ante ellos la inocencia de la Orden, por lo cual fueron quemados vivos.

Afirmase que, en los últimos momentos, Felipe de Molay citó al rey para ante el tribunal de Dios.

Felipe el Hermoso se apoderó definitivamente de los inmensos caudales de que eran dueños en Francia los Templarios y fijó su residencia en el Temple, de donde, cumplidos cinco siglos, habia de salir uno de sus descendientes para el patíbulo.

Tras de Felipe IV reinaron sucesivamente sus tres hijos, Luis X, Felipe V y Cárlos IV (1314 á 1328), último descendiente directo de Hugo Capeto.

LECCION XXXVIII

FRANCIA É INGLATERRA.—GUERRA DE LOS CIENTO AÑOS.—GUERRA DE LAS DOS ROSAS.

Muerto Carlos IV, con arreglo á la ley Sállica, entró á reinar Felipe VI, primero de la casa de Valois. Eduardo III de Inglaterra, pariente más cercano del difunto rey, aunque por línea femenina, alegó derecho preferente á la corona de Francia, lo cual dió lugar á la guerra de los Cien Años.

Comenzada ésta, obtuvieron los franceses algunas victorias terrestres, pero fueron vencidos en el combate naval de Eclusa (1340).

Ocupados ambos monarcas en sus propios Estados, volvió despues á renovarse la guerra encontrándose en Crescy. Eduardo contaba con treinta y dos mil hombres, y como Felipe VI estaba al frente de fuerzas mucho más considerables, atacó al inglés con tan poca precaucion, que sufrió una terrible derrota, quedando él mismo herido en el trance.

Despues de esta memorable victoria, Eduardo III se apoderó de la importante plaza de Calais.

Fué el reinado de Felipe VI una rehabilitacion del feudalismo, reanimado con estos desórdenes.

Su hijo y heredero Juan el Bueno, vió su reino agitado por las disensiones de la alta nobleza y por las intrigas de Cárlos el Malo, rey de Navarra.

Recorrian los ingleses el Poitou á las órdenes del príncipe Negro, hijo de Eduardo III, y para contenerlos, Juan fué contra ellos, encontrándolos cerca de Poitiers (1356), donde, cometiendo las mismas faltas que su padre en Crescy, fué completamente derrotado, hecho prisionero con su hijo menor, y ámbos conducidos á Inglaterra.

Durante la prision del rey, ejerció la regencia su hijo mayor Cárlos.

Agraváronse estas desgracias con los desórdenes producidos en París por Estéban Marcel y en las provincias por la sedicion de la Jaqueria, en que las clases inferiores, armadas, recorrieron los pueblos matando á los ricos, incendiando poblaciones y asolando castillos y fortalezas.

Muerto en Inglaterra Juan el Bueno (1364), entró á reinar su hijo Cárlos V, apellidado el Sábio, que dirigió sus fuerzas contra Cárlos el Malo, perpétuo agitador de las desdichas de la Francia; derrotó en la Rochela, por medio de la marina castellana, á la inglesa y al ejército enemigo sus tropas, que dirigia el afamado condestable Duguesclin. Por consecuencia de estas victorias sólo quedaron á los ingleses en Francia las ciudades de Calais, Burdeos y Bayona.

Durante la menor edad de Cárlos VI el Bien Amado (1380), ocurrieron grandes desórdenes en París, que no se calmaron hasta que se vigorizó la autoridad monárquica en la gran victoria alcanzada por las tropas reales sobre los flamencos en Rosebeeq (1382).

Llegado Cárlos VI á la mayor edad, se rodeó de

los buenos consejeros de su padre, y todo anunciaba un reinado próspero y feliz, cuando, al atravesar el bosque de Mans, se puso delante de su caballo un desconocido de aspecto siniestro, el cual produjo tan honda impresion al rey, que perdió la razon (1391), sumiendo á la Francia en espantosa anarquía.

Los Estados Generales dieron la tutela del rey y la regencia al duque de Orleans, que la hubo de compartir con los de Berry y de Borgoña.

Rivales el de Orleans y el de Borgoña, fueron cabeza de los dos grandes partidos de armañaques y borgoñones, contándose en el primero la clase media y en el segundo las superiores y el pueblo bajo.

La reina Isabel de Baviera, que aborrecia al duque de Orleans, se unió al de Borgoña, que dió muerte á aquél en las calles de París, apoderándose de la direccion de los negocios.

El jóven Cárlos, heredero de Orleans, casado con la hija del conde de Armañac, unido á los de Berry y de Borbon, se alió á los ingleses, excitando la indignacion del público, que, capitaneado por el carnicero Caboche, degolló en París á los afectos al partido de los armañaques, sucesos de que el duque de Orleans tomó sangrientas represalias.

En semejante situacion, desembarcó en Normandía Enrique V de Inglaterra, derrotando en Azincourt al condestable Albret.

El pueblo de París, que atribuia esta derrota á los armañaques, dió muerte al condestable y á otros muchos de este partido.

Triunfando el duque de Borgoña, fué atraido para una conferencia al puente de Montereau, donde lo mató Tannegui Duchatel.

Irritados los armañaques con este acontecimiento, declararon al Delfin Cárlos privado de todos los dere-

chos y obligaron al desgraciado Carlos VI á dar en matrimonio su hija Catalina á Enrique V de Inglaterra, instituyendo á éste, por el tratado de Troyes, heredero del reino de Francia y regente del reino durante la vida de Carlos VI.

Dos años despues de este tratado murieron Carlos VI en París (1422) y Enrique V en Vincennes. Los ingleses y borgoñones, léjos de aprovechar estas circunstancias con un golpe decisivo, dejaron pasar cuatro años, hasta que el duque de Bedford, regente de Francia por el rey de Inglaterra, reuniendo sus tropas, sitió la plaza de Orleans.

Hallábase Carlos VII punto menos que desesperado, cuando Juana de Arc (la Doncella de Orleans) hija de un aldeano de Vancoleurs, se presentó á él pidiéndole ponerse al frente de las tropas y salvarlas, como en efecto lo hizo, obligando á los ingleses, al cabo de dos meses, á levantar el asedio y haciendo prisioneros á Suffolk y Talbot, principales caudillos ingleses.

Carlos VII fué consagrado en Reims; la Doncella quiso retirarse; pero cediendo á las instancias del monarca, fué hecha prisionera por los borgoñones, que la entregaron á los ingleses, los cuales mancillaron su nombre haciéndola quemar en Ruan por hechicera (1431). De aquí en adelante todo fué prosperidades para Carlos, no quedando á los ingleses en el continente más que la plaza de Calais.

Carlos VII mereció el sobrenombre de el Victorioso, bajo el que es conocido.

Durante estos acontecimientos, no era más feliz el estado interior de Inglaterra.

Eduardo III, que sucedió en el trono (1327) á Eduardo II, venció á los escoceses y pretendió, como ya hemos dicho, la corona de Francia, cuya guerra

le obligó á imponer crecidos tributos en su país que le acarrearón grande impopularidad.

Ricardo II, hijo del príncipe Negro, ocupó el trono (1377) por muerte de su abuelo Eduardo III, bajo la tutela de sus tíos los duques de Lancaster, de York y Gloucester. Irritado el pueblo con los crecientes tributos, y excitado por las doctrinas anárquicas de los discípulos de Wiclef, promovió una insurrección que vencieron los regentes.

Estos desórdenes fueron dominados por el rey, hasta que poniéndose al frente de un ejército poderoso el duque de Lancaster, convocó al Parlamento que declaró la destitución del monarca. Prisionero Ricardo, murió encerrado en un castillo (1399).

Enrique IV, primero de la casa de Lancaster, reinó en medio de grandes conmociones.

Enrique V vió su reino agitado por la herejía político-religiosa de los Lollards, que pretendían borrar toda distinción social, y bajo pretexto de fraternidad evangélica, ansiaban establecer la igualdad absoluta.

Enrique triunfó de los primeros en Azincourt y murió (1422) dejando á su hijo Enrique VI, de edad de ocho meses, la herencia de la corona de Inglaterra y sus pretensiones á la de Francia, por su madre Catalina, hija de Carlos VI, que á los ocho años fué coronado en París.

Ricardo, duque de York, puesto al frente de la facción popular, disputó la corona á Enrique VI, alegando sus derechos como descendiente del hijo segundo de Eduardo III.

Los partidarios de la casa de Lancaster se distinguían en estas contiendas por una rosa encarnada, como los de York ostentaban una rosa blanca.

Muerto Ricardo en Wakefield, triunfa la rosa blanca con Eduardo IV de York, que afirma su poder con

las victorias de Towton, de Exham, de Barnet y de Tewkesbury.

Eduardo V fué destronado por Ricardo III, que á su vez fué vencido y muerto en la batalla de Bosworth (1485) por Enrique Tudor, último descendiente varon de la familia de Lancaster, el cual, casándose con Isabel, hija de Eduardo IV, confundió los derechos de las casas de York y de Lancaster, dando fin á la guerra de las Dos Rosas, que duró por espacio de treinta años, que costó la vida á ochenta príncipes y acabó con la nobleza inglesa.

LECCION XXXIX

EL IMPERIO OTOMANO. — RUINA DEL IMPERIO DE ORIENTE.

(CÉSAR CANTÚ: Historia Universal.)

El imperio de Othman, engrandecido sobre las ruinas del califato de Bagdad y del Imperio de Oriente, tomó mayores proporciones bajo Orkan y Amurates I (1360).

Bayaceto I hizo sufrir á los cristianos la terrible derrota de Nicópolis (1393), y bloqueó á Constantino-
pla, cuya poblacion degradada hubiera sucumbido sin la llegada de Tamerlan (Timur-Lenk), que despues de haber sembrado de sangre y de ruinas el Asia, marchaba en busca del otomano.

Ambos rivales se encontraron en Ancira, donde Bayaceto fué vencido y hecho prisionero.

Léjos de aprovecharse Manuel Paleólogo, emperador de Oriente, de los desórdenes que sobrevinieron entre los hijos de Bayaceto, dió tiempo para que Mahomet I, deshaciéndose de todos sus hermanos, recogiera por completo la herencia de su padre.

A Mahomet I sucedió Amurates II que, despues de apoderarse de Tesalónica, se encaminó á Hungría y acordó paces con los cristianos, que éstos rompieron mandados por Ladislao I rey de Hungría y de Polonia, el cual pereció en la batalla de Varna (1444). y venció á Juan Huniades, vaivoda de la Transilvania, en los campos de Merles (1448).

En tanto, Juan III Paleólogo, (segun algunos, VIII), cediendo las ciudades del litoral y pagando un fuerte tributo, prolongaba la miserable vida del imperio.

A Amurates sucedió su hijo Mahomet II, príncipe dotado de una grande instruccion, valeroso, cruel y enemigo implacable del nombre cristiano.

Juan III, despues de haber recorrido la Italia en demanda de recursos, y tras de grandes conatos de union de la Iglesia griega á la latina en el Concilio de Florencia (1439), murió dejando la corona á Constantino XII (1448), destinado á ser el héroe desventurado del Bajo Imperio.

Con efecto, en el mes de Abril de 1453, Mahomet se presentó ante los muros de Constantinopla al frente de un ejército de trescientos mil hombres y trescientas naves, cuando Constantino no contaba más que con cuatro mil novecientos setenta romanos y dos mil genoveses y venecianos para defender una ciudad de diez y seis millas de circuito, coronada por débiles muros construidos para resistir las catapultas, pero inútiles contra las enormes piezas de artillería de sitio fundidas bajo la direccion del húnguro Orban.

No pudiendo Mahomet forzar la cadena del puerto, trasladó á él en una noche, por tierra, ochenta galeas y abrió grandes brechas en los muros de la ciudad, donde, si escaseaban las municiones y los demás medios de defensa, hervian las discordias religiosas y políticas.

Solo Constantino XII, auxiliado por el genovés Juan Giustiniani que mandaba la plaza, mostraba el sereno valor y la previsorá prudencia, patrimonio de los grandes héroes.

Mahomet, consultados los oráculos, y hallando que el día 29 de Mayo era el favorable para el asalto, preparó á los suyos con ayunos y abluciones, prometió extraordinarias recompensas á los animosos, amenazó con la muerte á los débiles y se preparó para el asalto.

En tanto, los escasos defensores de Constantinopla, llevaban en procesion á la Vírgen, recibian el Viático y juraban morir con la patria.

El ataque comenzó á la una de la madrugada, y á las ocho, gran parte de la ciudad se hallaba en poder de Mahomet.

En situacion tan desesperada, Constantino, que peleaba á caballo al frente de los suyos, arrojándose en medio de los turcos, no tardó en hallar heróica muerte.

Huyeron entónces cuantos sobrevivian, y los turcos, dueños de la ciudad, se entregaron al degüello y al saqueo.

Una poblacion entera, en que la esclavitud habia confundido y nivelado las clases, llenaba el aire con sus alaridos; y más de setenta mil, entre ricos, pobres, vírgenes, matronas, monjas y sacerdotes, fueron llevados á los bajeles turcos, vendidos y abandonados á la brutalidad del vencedor. Los buques italianos, despues de haber dado pruebas de valor y de caridad, se pusieron en salvo, conduciendo á su bordo á algunos de aquellos infelices que suplicaban desde la orilla. Multitud de estátuas, de cuadros y de lienzos fueron derribados, quemados y pisoteados, é igual suerte cupo á las bibliotecas donde se conservaba intacto el depósito del saber antiguo.

La cabeza del heróico emperador , cuyo infortunio es más glorioso que los triunfos de muchos, fué clavada en la columna de pórfido erigida por el primer Constantino á su madre Santa Elena.

Tres dias despues hizo Mahouet II su entrada triunfal en Constantinopla.

CUARTO PERÍODO

HISTORIA DE LA EDAD MODERNA

(DESDE LA TOMA DE CONSTANTINOPLA POR LOS TURCOS, EN 1453, HASTA EL
PRINCIPIO DE LA REVOLUCION FRANCESA DE 1793.)

DÉCIMATERCERA ÉPOCA



LOS DESCUBRIMIENTOS. (1453 Á 1517).

LECCION XL

LAS GRANDES NACIONALIDADES.—LA IMPRENTA, LA PÓLVORA,
LA BRÚJULA.

Distingue á la Edad Moderna el afan de constituirse las naciones, encerrándose en límites geográficos marcados por la misma naturaleza, formando grandes agrupaciones y centros de resistencia contra la ambicion de vecinos poderosos.

Así, fijándonos sólo en Europa, hallaremos en la Península ibérica, á los pequeños Estados mahometanos y cristianos de la Edad Media, suceder dos naciones, España y Portugal, con repetidos ensayos de formar una sóla, defendida por el Mediterráneo, los Pirineos y el Océano: á la Francia fijar sus límites en los Pirineos, el Océano y el Mediterráneo y luchar siempre por asegurar sus linderos septentrionales: á Italia, donde quieren unos fundar una gran nacion encerrada entre los Alpes y los mares Adriático, Mediterráneo y Tirreno; olvidando á Roma, Sede y cabeza del orbe católico, que ha de ser independiente y que no puede serlo estando enclavada dentro de un

Estado, sea cualquiera su forma de gobierno, como lo demuestran los setenta años de Aviñon; Roma, con sus admirables templos, con sus riquezas artísticas, propias de la cristiandad católica, que no puede ser de ellas despojada, donde el catolicismo debe vivir libre de las amenazas de los agitadores políticos; mientras otros quieren resucitar las antiguas nacionalidades, logrando aquella tan apetecida unidad con cierta especie de federacion, bajo la autoridad moral de los Sumos Pontífices: á Suiza, defendiendo su independencia al abrigo de sus montañas y de su neutralidad: á Holanda, patrimonio de la raza valerosa que la hizo surgir con sus diques de entre las olas del embravecido Océano: á Bélgica, frontera neutral entre las rivalidades de la Prusia y la Francia: á Prusia, con inciertos límites é impaciente ambicion: á las Islas Británicas, reuniéndose y formando un imperio incontrastable: á Suecia, Noruega y Dinamarca, entre sus embravecidos mares y sus grandes rios: á Rusia, gigante inmenso, encarcelado en el continente, sin costas, y, por consiguiente, sin industria y sin comercio, que sólo logra asomar la amenazadora cabeza á través del Océano Glacial bañando sus piés en el mar Negro, que da vida al cadáver del Imperio otomano, con su eterna ánsia de apoderarse de Constantinopla.

Caracterizan á la Edad Moderna los grandes descubrimientos; la invencion, ó más bien la aplicacion de descubrimientos antiguos, como la imprenta, la pólvora, la brújula.

¿Deberáse la invencion de la imprenta á Juan Gutenberg ó sólo la perfeccion de descubrimientos de los chinos? ¿Qué hubiera sido de esta invencion, sin la perfeccion de la industria del papel, sin la aplicacion de los metales á la fundicion de los caracteres movibles, sin la tinta aceitosa?

¿Es la pólvora, inmenso agente de la industria y de la guerra, invencion de los indios que los árabes propagaron, ó se debe al monje aleman Schwartz que la encontró por acaso?

La brújula, que permitió á las naves apartarse de las costas haciendo posibles los viajes lejanos, fué inventada por los franceses, como éstos afirman, por Flavio Guioja, ciudadano de Amalfi, como los italianos quieren, ó era ya conocida y aplicada en la más remota antigüedad por los chinos?

¿A quién toca la gloria de la aplicacion del vapor como prepotente fuerza? ¿A los españoles ó á los ingleses? ¿A quién la industria de los anteojos? ¿A Salviano de Armato? ¿A Alejandro Spina?

¿A quién la invencion de los globos aereostáticos? ¿A quién su definitiva direccion, cuando se logre? ¿Se deberá á uno solo ó á muchos?

La gloria de la aplicacion del vapor como fuerza motriz, ¿toca al que, viendo hervir el agua contenida en una vasija y agitarse la tapa que la cubria, ni aun paró mientes en la causa de este movimiento? ¿Corresponde la navegacion aereostática al que vió que la hoja caida del árbol se sostenia en el aire y era conducida por el viento á largas distancias?

¡Cuán pocas veces cae la manzana cerca de Newton!

Pero, al cabo, un observador repara, por ejemplo, en la hoja del árbol, é imagina algo de que se rie la multitud; luego sobreviene otro que imagina otra cosa más, y así, de proyecto en proyecto y de invento en invento, se llega á la navegacion aereostática.

Ahora bien, si los contemporáneos de este descubrimiento quieren escribir su historia, deberán fijar para ello el árbol genealógico de los hombres por medio de los cuales se haya llegado á tan portentoso

resultado; en el cual, si han de ser justos, no podrán prescindir de consignar los nombres de los que escarnecieron sus coetaneos, de los que son hoy objeto de burla y de mofa para nosotros, de los que dilapidaron su fortuna propia y la ajena en costosos ensayos, espirando abandonados en los hospitales ó en las casas de orates; de los que, armados de este ó del otro aparato, se despeñaron lanzándose al aire desde grandes alturas.

Lo que sí puede asegurarse, como nueva prueba de la intervencion de la Providencia en las cosas humanas, es que los grandes descubrimientos llegan siempre en el momento mismo en que el hombre necesita de ellos; así, la imprenta se desarrolla en los precisos dias en que se difunde el gusto del clasicismo y el amor al estudio con la caída de Constantino-*pla* y la subsiguiente emigracion de los hombres de letras: aplicáanse el vapor y la electricidad en el instante en que nuestra nerviosa sociedad ansía viajar con rapidez vertiginosa y satisfacer su delirante curiosidad: el carbon de piedra se explota, cuando los combustibles conocidos no pueden satisfacer las necesidades de la industria: el petróleo (tal vez el fuego griego), cuando las grasas animales y los aceites no bastan para las necesidades de la alimentacion, de las máquinas y el alumbrado.

¿Qué acontecerá, por ejemplo, cuando se consuman los incalculables depósitos de hulla que guarda en su seno la Naturaleza?

La Providencia, como siempre, la Providencia se encargará entónces de suministrar los medios de satisfacer las necesidades humanas.



LECCION XLI

HISTORIA DE RUSIA Y DINAMARCA.

Entre los diversos Estados fundados por los bárbaros que siguieron á Atila en sus expediciones, debemos mencionar dos: uno en Kiew, y otro por dos jefes hunos que se establecieron en Nowogorod. Varias tribus que poblaban las orillas del Volga, se trasladaron al Danubio y fundaron la Bulgaria.

Rurik, pirata noruego que se habia establecido en Nowogorod, llamado por los naturales, es tenido por el fundador del Imperio Ruso.

Los descendientes de éste, vencedores unas veces, vencidos otras, se vieron atacados por los tártaros mongoles (1224), que dominaron el país, hasta que, en tiempo de Juan III (1462), éste recobró su independendencia.

Juan III dominó á los tártaros que se habian dividido bajo la autoridad de los Kanes de Astracan, de Kasan, de Crimea, etc. Fué venturoso el mando de Basilio IV: Juan IV, fué conquistador, quiso civilizar á su país, mereció el sobrenombre de el Terrible, y

dejó dos hijos, Fedor y Dimitry, de los cuales éste fué asesinado, y aquél, último de la sangre de Rurik (1598) que á su vez fué anulado por su tío Boris Gudonof.

Tras de varias revoluciones, fué electo Miguel Federovitz (1613), tronco de la dinastia Romanow, originaria de Prusia.

A Miguel III, sucedieron Alejo, Fedor III y Pedro (1689).

Pedro I se propuso engrandecer á su patria por medio de la civilizacion, á cuyo efecto creó un ejército regular, abrió caminos, canales y puertos, se preparó con el conocimiento de varios idiomas, y cuando ya se creyó á sí mismo suficientemente instruido, se encaminó al extranjero para estudiar prácticamente los progresos de las naciones más adelantadas.

A este efecto visitó la Alemania, Inglaterra y Holanda. En Saardan ingresó en el gremio de los carpinteros de ribera para aprender el arte de las construcciones navales; en Inglaterra las manufacturas, y en Alemania la organizacion de los ejércitos.

Cuando pensaba continuar en sus expediciones, una revolucion de los strelitzes le obligó á regresar á sus Estados, donde disolvió esta terrible milicia y prosiguió en su mision civilizadora.

Organizado ya su ejército, quiso probarlo en los campos de batalla, á cuyo efecto tomó parte en la liga de Polonia y de Dinamarca contra Cárlos XII de Suecia, que derrotó vergonzosamente á su ejército cerca de Narva (1700), derota que compensó Pedro con varias conquistas.

Pedro I, comó todos los grandes hombres, poseia el arte de conocer á las personas que podian serle útiles; así, se unió (1711) á Catalina, hija de padres oscuros, mujer de un soldado, con la que hizo un segundo viaje á Europa, excitando la admiracion de

todos con su grandeza y con sus extravagancias, y concedió su favor al pastelero Mentcicof, gran diplomático y general.

Provocado por Carlos XII, aniquiló al ejército sueco en Pultawa (1709) y obligó á Carlos á refugiarse en Bender.

En la guerra que sostuvo contra Turquía en las riberas del Pruth, hallábase encerrado y sin esperanza de salvacion, cuando su mujer, Catalina, ganó con dinero al visir, que dejó al czar ponerse en salvo, ajustando con él la paz (1711).

Pedro I conquistó la Livonia, la Estonia y la Finlandia; triunfó de los suecos en el mar (1715); embelleció á San Petersburgo, capital de su imperio que él mismo habia fundado; adquirió la Hungría y la Carelia; extendió su dominacion hasta el mar Negro y el Caspio; se hizo reconocer emperador de todas las Rusias; decidió que cada emperador tendria el derecho de nombrar su sucesor, y murió (1725) á la edad de cincuenta y dos años y cuarenta y tres de reinado.

A Pedro I sucedió su viuda Catalina, y á ésta Pedro II, que murió jóven, extinguiéndose con él la descendencia masculina de los Romanow. Despues imperó Ana (1730); tras de ésta el niño Juan VI, y más tarde (1741), Isabel, sobrina de Pedro el Grande, que compartió el trono con su marido Pedro Holstein (Pedro III) á quien más adelante hizo degollar.

En 1762 ocupó el imperio Catalina II, que engrandeció la Rusia á costa de la Polónia y de la Turquía, restableciendo el mar Negro como límite de sus Estados. Esta célebre czarina murió en 1796.

Suecia, Noruega y Dinamarca se hacen notables en el siglo IX de la era cristiana, en que los daneses eran ya señores de la Noruega, por sus célebres expediciones piráticas en casi todos los países europeos.

En el siglo X reinaba en Suecia Olof y en Noruega y Dinamarca, Magno el Bueno; en el siglo XIV unióse Noruega y Suecia bajo Magno VIII, y así permanecieron hasta que, despues de varios sucesos, se concertaron los tres Estados por medio de la union de Calmar (1388) bajo Margarita de Valdemar, apellidada la Semíramis del Norte, union que se rompió á la muerte de Margarita (1412) permaneciendo unidas Dinamarca y Noruega bajo Cristian I y separándose Suecia bajo Cárlos VIII.

Fugitivo Cárlos y retirado en Alemania, vióse devorada Suecia por la anarquía hasta que Gustavo I Wasa fué colocado en el trono (1523). Muerto Gustavo I reinaron sucesivamente los hermanos Erico XIX y Juan III, Sigismundo, hijo de éste, depuesto por Cárlos IX, y su hijo Gustavo Adolfo II (1611), que aumentó la Suecia con territorios rusos y polacos, tomó parte en la guerra de los Treinta Años como jefe del partido protestante, y murió en la batalla de Lutzen (1632); dejando el trono á su hija Cristina que continuó afortunadamente la guerra contra Dinamarca y los imperiales y engrandeció la Suecia con sus adquisiciones en el tratado de Westfalia (1648).

Cristina, á la edad de diez y ocho años, abdicó la corona y abandonó sus Estados, muriendo en Roma despues de abjurar el protestantismo.

Al terminar los reinados de Cárlos Gustavo y de Cárlos XI, sus hijos, ocupó el trono Cárlos XII, héroe impetuoso, que despues de vencer á los dinamarqueses, polacos y rusos, fué derrotado en Pultawa y muerto en Frederiskshall (1718) á la edad de treinta y seis años.

Ulrica Leonor, hija de Cárlos XII, compartió el trono con su marido Federico I, en cuyo tiempo sufrió la Suecia grandes desmembraciones.

No teniendo hijos Ulrica, por intrigas de Rusia,

influyente en Suecia, fué electo Adolfo Federico, antecesor de Gustavo III, que murió (1792) en medio de grandes agitaciones.

Dinamarca, confundida unas veces con la Suecia y la Noruega, independiente otras, fué gobernada por los reyes Cristian I, Juan II (1513), Cristian II, Federico I y Cristian III, en cuyo tiempo la Noruega se unió á Dinamarca (1559).

Federico II aseguró el derecho de pasaje en el estrecho del Sund, aún hoy objeto de grandes cuestiones (1588): Cristian IV fué desgraciado en la guerra de los Treinta Años, y Federico III contrató con los suecos una paz humillante. Entre sus sucesores se distinguió Cristian V.

Las discordias suscitadas por las dos ramas de la familia real, en tiempo de Federico IV, dieron lugar á una sangrienta guerra, en la que, sin embargo, obtuvo ventajas, aprovechándose de las desgracias de Carlos XII de Suecia.

La Dinamarca vivió próspera y feliz bajo los reinados de Cristian VI (1730) y Federico V (1746), gran protector de los estudios arqueológicos y de los literatos y hombres de ciencia, entre los que, para acordarnos de pocos, sólo citaremos á Klopstok, á Michaelis y á Niebuhr.

Cristian VII (1786) vivió sometido á Struensee, reformador peligroso, arrogante, ligero y vil; Federico VI (1786) introdujo prudentes reformas.

LECCION XLII

POLONIA.—HUNGRÍA Y BOHEMIA.

Entre las diferentes razas bárbaras que invadieron el Imperio Romano de Occidente, se distinguieron la escítica y la sarmática ó eslava, que despues de grandes movimientos y emigraciones en el Norte del imperio, se establecieron en las orillas del Báltico con los nombres de prusianos, lituanios, livonios, estonios y finneses; en el Sur, en las márgenes del Danubio, con los de servios, bosnios, croatas y esclavones, y hácia el Oeste, con los de leckos ó polacos, bohemios, moravos y otros, como los pomeranios.

Debilitadas las tribus escíticas que se habian hecho tan temibles con el nombre de ávaros, formaron á fines del siglo VII un nuevo pueblo con el de ougurs ó húngaros, á la vez que las razas sármatas dieron origen á los grandes ducados de Polonia y de Bohemia.

En tiempo de Micislao I, los polacos, abandonando la idolatría, abrazaron el Cristianismo. Boleslao I hizo varias conquistas y elevó la Polonia á reino, que declaró electivo.

Este Estado siguió engrandeciéndose bajo los sucesores de Boleslao.

Boleslao III dividió la Polonia en Estados feudales que adjudicó á sus hijos, hecho que fué causa de grandes disturbios y guerras.

Invadida la Polonia por los prusianos y livonios, los polacos llamaron en su auxilio á los caballeros teutónicos (1237), concediéndoles los territorios que conquistaran.

Casimiro el Grande tuvo que luchar con los caballeros establecidos en el país y murió heredándolo Luis, rey de Hungría (1370), cuya hija Eduvigis, por su casamiento con Jagellon (Ladislao II) unió la Lituania á la Polonia y aumentó aún más su territorio, cuando en el reinado de Ladislao III, la Dieta de Hungría le eligió rey de este país.

Húngaros y polacos fueron vencidos por Amurates junto á Varna, donde perecieron Ladislao III y la flor de su ejército (1444).

Bajo Casimiro IV los caballeros teutónicos fueron vencidos, celebrándose el trato de Thorn en virtud del cual la Prusia occidental se incorporó á la Polonia, quedando la oriental por la Orden, aunque á título de feudo de los reyes polacos.

Juan Alberto y Alejandro, hijos de Casimiro, vieron invadidos sus Estados por turcos y tártaros.

Sigismundo I y Sigismundo Augusto fueron afortunados en sus guerras; pero al morir éste, último de la línea masculina de los Jagellones, la Polonia quedó convertida en Estado aristocrático con un jefe electivo.

Así, fué electo (1572) Enrique de Valois, hermano de Carlos IX de Francia, que abandonó la Polonia (1575) para mandar en su país natal. Despues de Enrique reinaron Estéban Batory, Sigismundo Wasa, Ladislao Wasa y Juan Casimiro.

Este monarca sostuvo guerras contra los cosacos de la Ucrania, las cuales pararon en que, desesperados éstos, se sometieron á Rusia, dejando á la Polonia sin fronteras por la parte oriental.

En guerra Polonia con la Rusia y la Suecia, tuvo que ceder gran parte de su territorio, y por el tratado de Velaú perdió la supremacía feudal sobre la Prusia oriental.

Affigido Juan Casimiro, último de los Wasa, por tantas desgracias y por el orgullo de la nobleza polaca, abdicó la corona (1668). Miguel cedió territorios y fué feudatario de los tártaros. Juan Sobieski venció á los turcos cerca de Viena, salvando al Austria y á la Europa (1783), y Federico Augusto II fué vencido por Cárlos XII de Suecia, que puso en su lugar á Estanislao Leczinski (1704).

A la muerte de Augusto II sucedió en el trono Augusto III, y cuando éste se espiró (1763), la czarina Catalina hizo marchar cuarenta mil rusos sobre Varsovia, que impusieron á Estanislao Augusto Poniatowski (1764). Diez años de guerra y la primera division de la Polonia (1773), entre la Rusia, el Austria y la Prusia, fueron las consecuencias de este hecho.

Los polacos reformaron, aunque tarde, su funesta Constitucion; pero el partido adicto á las antiguas leyes invocó (1792) el auxilio de Catalina de Rusia que declaró la guerra á la Dieta. En su virtud se procedió á la segunda reparticion de la Polonia, que quedó reducida al territorio comprendido entre el Vístula y el Bog.

Pasado algun tiempo, Kosciusko, con otros jefes del partido nacional, promovió una insurreccion que fué vencida por la Rusia (1795) que compartió con Prusia y Austria los últimos restos de la Polonia.

Hungria.—Avecindados los húngaros en la Dacia,

no fueron conocidos como nacion hasta el siglo IX, en que, convertidos al Cristianismo, los gobernó Arpad. Extinguida esta familia (1290) en Andrés III, ofrecieron la corona al rey de Bohemia.

Despues de varias guerras y vicisitudes, fué electo rey de Hungría (1437) Alberto II, emperador de Austria, á quien sucedió Ladislao el Póstumo, bajo la tutela del célebre Juan Huniades á quien luego hizo decapitar.

Muerto Ladislao, los húngaros colocaron en el trono á Matías Corvino, hijo de Huniades, que venció á Federico III, á los turcos, austriacos y polacos, fundó la célebre Universidad de Buda, y reformó la legislacion publicando el *Decretum majus*.

Heredó á Matías, Ladislao VII, que murió peleando contra Soliman el Grande (1526).

A este desgraciado suceso siguió una época de desastres, durante la cual pasó la Hungría, sufriendo algunas desmembraciones, á la casa de Austria.

Bohemia.—Cansado este pais de las terribles depredaciones de los Husitas, se sometió á Ladislao el Póstumo, hijo del emperador Alberto II (1447).

Jorge Podiebrad, gobernador durante la menor edad del rey, ocupó el trono á la muerte de éste (1458).

Por último, casado Fernando de Austria con la hija del Póstumo, adquirió la casa imperial este reino.

LECCION XLIII

EL IMPERIO DE ORIENTE DESDE ALEJO I.—EL IMPERIO OTOMANO
DESDE MAHOMET II.

A la muerte de Alejo I (1118), ocuparon el imperio Juan II Comneno, príncipe valiente y generoso; Manuel, á quien los aduladores convirtieron en tirano, Alejo II, bajo la regencia de su madre María, que murió desposeido por el cruel Andronico, último de los Comnenos. Gobernando éste tiránicamente, pereció entre crueles tormentos á manos del pueblo indignado (1185), que proclamó á Isaac Angelo, príncipe afeminado é inepto á quien despojó del imperio y encerró en una prision su hermano Alejo III, despues de privarlo de la vista.

Habiendo logrado escaparse Alejo, hijo de Isaac, preso con su padre, se presentó á los cruzados, poniéndose bajo su amparo.

Proclamado emperador Alejo IV, los cruzados se apoderaron de Constantinopla (1203) y libraron de su prision á Isaac Angelo que volvió á reinar asociado á su hijo.

Excitado el pueblo por Murzuflo contra los dos emperadores, ahorca á Alejo IV, muere Isaac, y Murzuflo es proclamado con el nombre de Alejo V.

Los cristianos juran vengar á su protegido y marchan al asalto de Constantinopla, Murzuflo huye, el pueblo alza á Teodoro Lascaris, yerno de Alejo III, que procura reanimar á los griegos; pero abandonado de todos, se vé en la necesidad de implorar la piedad de los latinos.

Los cruzados se apoderaron de Constantinopla, donde eligieron emperador á Balduino, conde de Flandes, primero de los emperadores latinos que, despues de un reinado infeliz, pereció misteriosamente á manos de los búlgaros: sucedióle su hermano Enrique.

En tanto, Juan Ducas, sucesor de Teodoro Lascaris, que habia fundado el imperio de Nicea, venció en varios encuentros á los latinos y puso sitio por tres veces á Constantinopla. Despues de éste, imperaron Teodoro Lascaris II y Juan IV, á quien despojó Miguel Paleólogo, que declaró la guerra á Balduino II emperador latino de Constantinopla, apoderándose los orientales de esta ciudad, sin encontrar la menor resistencia.

A Miguel, fundador de la dinastía de los Paleólogos, desgraciado por las cuestiones religiosas en que se vió envuelto, heredó Andronico II que en guerra con los turcos, llamó en su auxilio á catalanes y aragoneses, los cuales, mandados por Roger de Flor, despues de haber salvado el imperio con su heroismo, desatendidos por Andronico, volvieron sus armas contra él, poniendo el imperio á punto de perderse. Andronico se asoció á su hijo Manuel; fué desposeido por su nieto Andronico III (1328), como éste por Juan Paleólogo, miéntras los turcos avanzaban, cada vez más amenazadores, sobre Constantinopla.

El Imperio de Oriente estaba entonces limitado á un extremo de la Tracia, con cincuenta millas de longitud y treinta de anchura, perimetro reducido

que fué preciso dividir entre Juan Paleólogo, que quedó en la capital y su hijo Andronico, que fué señor del resto, fijándose en Selimbria.

A la muerte de Juan, en 1391, Manuel, su otro hijo, que se hallaba en Prusia, se apoderó de Constantinopla y dejó el reino (1399) á Juan II Paleólogo, para visitar la Europa en demanda de socorros.

Recobrando el poder á su vuelta, dividió el imperio entre sus siete hijos, tocando á Juan III (según otros, VIII) la ciudad de Constantinopla (1425).

Ya hemos referido cómo la capital del antiguo Imperio de Oriente cayó en poder de Mahomet II imperando el desgraciado Constantino XII, heredero de Juan III.

Después de la victoria de Mahomet II, quedó Constantinopla convertida en capital del Imperio Otomano.

Mahomet, conquistó las islas del Archipiélago arrebató á los Paleólogos sus Estados de Morea; acabó con el imperio de Trevisonda; quitó á los genoveses y venecianos sus establecimientos del mar Negro; batió á los turcomanos, é incorporó al imperio más de trescientas ciudades; pero no pudo humillar el valor de Juan Huniades en Belgrado, ni conquistar la isla de Rodas defendida por los Templarios, y murió (1481) cuando marchaba contra los mamelucos de Egipto.

Mahomet II dejó dos hijos, Bayaceto II y Zizim, de los que, el primero ocupó el imperio después de vencer al segundo, y conquistó la Caramania; despojó á Venecia de muchas de sus posesiones en el Mediterráneo; fué vencido por los mamelucos; arrasó la Hungría meridional, y acabó destronado por los genizaros que elevaron á Selim I, su hijo menor (1512). Este, después de dar muerte á su padre y á sus hermanos, se apoderó del Diabekir, del Kurdistan y de Egipto.

Soliman el Magnífico, ocupó el imperio en 1520. Este inolvidable príncipe, después de reparar las injusticias de su padre y de regularizar la administración de sus Estados, sitió á Rodas (1522), de cuya isla se apoderó después de seis meses de heroica resistencia dirigida por el Gran Maestre Villiers; conquistó á Belgrado; venció á los cristianos en la batalla de Mohacz; sitió á Viena que sufrió veinte asaltos en veinte días, y se retiró, tras de haber perdido ochenta mil hombres, temeroso del emperador y rey de España Carlos I que se adelantaba á su encuentro (1532); ocupó gran parte de la Georgia; conquistó á Bagdad, arrebató á los venecianos sus últimas posesiones del mar Egeo; sus escuadras se hicieron temibles en el Mediterráneo y murió (1566) en un acceso de furor ante la inesperada resistencia que le oponía una pequeña ciudad húngara defendida por mil quinientos hombres, contra cien mil que él mandaba.

En tiempo de Selim II, príncipe entregado á la disolución y encerrado en el Serrallo, uno de sus visires se apoderó de Chipre, victoria que pagó el turco harto cara con la derrota que sufrió su escuadra, en las aguas del golfo de Lepanto, por la cristiana que mandaba D. Juan de Austria, hermano de Felipe II de España (10 de Octubre de 1571), derrota que postró para siempre el poder marítimo de Turquía.

Intrigas de mujeres, gobierno de favoritos indignos, molición, conjuraciones, femeniles revueltas, dentro del Serrallo: afuera, conspiraciones, motines y asesinatos por los genízaros, la soldadesca y la plebe desenfrenada; hé aquí el sombrío cuadro que, por punto general, ofrece el Imperio Otomano bajo los degradados sucesores de Mahomet II y de Soliman el Magnífico.

LECCION XLIV

EL IMPERIO DE AUSTRIA DESDE FEDERICO III.—LA CONFEDERACION HELVÉTICA.

Federico III y su hijo y sucesor Maximiliano I, son particularmente notables por las mudanzas que introdujeron en la Constitucion germánica, siendo entre todas la más importante la que dividió el imperio en Círculos.

Con efecto, hasta fines del siglo XV, habia residido la soberanía en la Dieta General, compuesta de tres Cámaras, la de los grandes electores, la de los señores eclesiásticos y seculares y la de las ciudades. Al comenzar el siglo XVI el emperador dividió el imperio en seis Círculos (1500) y despues (1512) en diez. Reunidos en cada Círculo los Estados que comprendia, formaban una confederacion especial, con un príncipe á la cabeza.

Así quedó constituida la Alemania en una asociacion de Estados federados.

Desde el siglo XV reclamaban los pueblos alemanes la creacion de una jurisdicción suprema para

todos los negocios de interés general, y en 1495, al comenzar su reinado Maximiliano I, en la Dieta de Worms, se estableció la Cámara Imperial, especialmente encargada de conservar la paz pública, cuyo tribunal estuvo constituido por un presidente y seis asesores presentados por los Estados Generales y nombrados por el emperador. Esta Cámara tenía el derecho de juzgar sin apelacion.

Más adelante, el Consejo Aulico se fué abrogando las atribuciones de la Cámara Imperial.

¡Cuánto distaban estas instituciones de los Jueces Francos, que juzgaban en secreto y que hacian ejecutar sus sentencias de muerte sin notificarlas á los condenados!

Maximiliano reglamentó la instruccion pública; estableció correos en Alemania; creó ejércitos permanentes, y reformó la táctica militar.

En tiempo de este emperador cayó en desuso la division de las ciudades en libres é imperiales; las del Mediodía formaron una Confederacion subdividida en dos Círculos: el del Rhin y el de Suavia; las del Norte formaron otra Confederacion, que alcanzó gran celebridad con el nombre de *Ansa Teutónica*.

Al acabar el siglo XV, esta Liga tenía una regeneracion en Lubek, poseía una grande y temida escuadra y un ejército, influía poderosamente sobre las ciudades en que tenía establecidas factorías, y, dueña del paso del Sund, impuso su voluntad á los pueblos del Báltico.

La conquista de Nowogorod por los rusos; la sumision de Brujas al Austria; las desavenencias de la ciudad de Lubek con Dinamarca; la competencia con el comercio de Lóndres; los progresos del comercio y de la industria en todos los pueblos, y la seguridad de las relaciones que hicieron innecesaria la intervencion de los especuladores teutónicos, fueron las principa-

les causas de la decadencia de la Liga Anseatica en el siglo XVI.

Pocos príncipes han engrandecido á su familia como Maximiliano I.

Por su casamiento con María, hija de Cárlos el Temerario, heredó los Países Bajos y Flandes, á los que añadió despues el Franco-Condado; por su enlace en segundas nupcias con Blanca, hermana del duque de Milan, adquirió parte de la Alta Italia y una fuerte suma de dinero; por el casamiento de su hijo el archiduque D. Felipe con la heredera de los Reyes Católicos, aportó á su casa la España, Nápoles, Sicilia y las Américas; casado su nieto Fernando con la hija de Ladislao, rey de Hungría y de Bohemia, se incorporaron estos reinos á la casa de Austria, preparando así el incomparable imperio y reinado del gran Cárlos V de Alemania y I de España.

La Liga Helvética, fué, entre tanto, adquiriendo cada vez mayores condiciones de estabilidad.

La derrota de Cárlos el Temerario en Morat consolidó la fama de los suizos, fuertes con la reunion sucesiva (1431 á 1513) de los cantones de Appencell, de Friburgo, de Soleure, de Bale, de Schaffousa, que completaron la Confederacion de los trece cantones, dándole un lugar distinguido entre las potencias de Europa, que desearon á porfia tener á sueldo en sus ejércitos á estos montañeses leales y valientes.



LECCION XLV

FRANCIA.—LUIS XI.—CÁRLOS VIII Y LUIS XII.

Luis, heredero de la corona de Francia, conspiró contra su padre amargando los últimos días de la vida de Carlos VII el Victorioso que murió (1461) debilitado por la falta de alimento, que no quería tomar, receloso de que su hijo había resuelto envenenarlo.

Refugiado el Delfin en los Estados de Felipe el Bueno, duque de Borgoña, cuando vencido por su padre tuvo que huir de Francia, profesó odio implacable al duque de Charolais, despues Carlos el Temerario, hijo de su bienhechor.

Mal caballero, cuando se veia en situacion dificil, prometia á sus enemigos victoriosos cuanto le pedian, porque no vacilaba en romper los más solemnes pactos, faltando á la fé jurada.

Impaciente por reinar y no habiéndolo logrado sino cuando ya iba á cumplir los cuarenta años, llegó á las alturas del trono devorado de rencores, y así, fué cruel, sarcástico y vengativo.

Y sin embargo, protegió la fortuna, pues aparecía en los momentos precisos de la decadencia del feudalismo y del engrandecimiento del poder real, que procuró sin reparar en los medios.

Una de las primeras medidas de Luis XI, al ocupar el trono, fué deshacerse de los ministros de su padre á quienes odiaba por su fidelidad á Carlos VII, y rodearse de agentes de baja esfera que no vacilaran en ser ejecutores de su voluntad.

Conocido el carácter del nuevo monarca, sus primeras disposiciones fueron acogidas con la llamada *Liga del Bien Público*, que dirigió el conde de Charolais y de que formaban parte el duque de Berry, hermano del rey, y los de Borgoña, Bretaña y Borbon, á la que siguió una guerra de dos años que terminó con los tratados de Conflans y de San Máuro, que el rey no cumplió.

La muerte libró á Luis de sus más peligrosos enemigos; de su hermano Carlos, que falleció envenenado de su orden, y de Carlos el Temerario, duque de Borgoña, que murió en el sitio de Nancy (1477) derrotado por el de Lorena.

Luis XI se rodeó de gentes abyectas como Oliveros de Daim que habia sido su barbero, un lacayo le servia de heraldo, se complacia en tener el alcance de su voz al ejecutor de la justicia y profesaba la aterradora máxima de que *donde hay provecho hay gloria*. Para retratar de cuerpo entero el alcance de su justicia, bastará decir que, procesado Jacobo de Armagnac, duque de Nemours, habiéndolo condenado á perder la cabeza, ordenó que los hijos de este desventurado estuvieran debajo del tablado durante la ejecucion, para que, como horrible bautismo, cayera sobre ellos la sangre de su padre.

Los últimos años de este príncipe, engrandecedor

del poder personal de los monarcas, trascurrieron entre atroces remordimientos.

Retirado en el inaccesible castillo de Plessis-les-Tours, rodeado de guardias, cadenas, trampas y horcas, atacado de apoplejia, vióse dominado por su médico Jacobo Cotier. Habiendo llegado á oidos del moribundo los prodigios y milagros de San Francisco de Paula, le hizo presentarse en París desde la Calabria. Luis se echó á los piés del fundador de los Mínimos, pidiéndole entre lágrimas y sollozos que lo curara.

Llorando sus faltas y devorado de crueles remordimientos, murió Luis XI en 30 de Agosto de 1483.

El reinado de Cárlos VIII se reduce á la guerra con el duque de Orleans y á su expedicion á Italia, anheloso de conquistar el reino de Nápoles, propósito que no pudo lograr.

Extinguida la línea directa de los Valois, subió al trono el duque de Orleans con el nombre de Luis XII (1498).

Este príncipe pasó á Lombardía, se apoderó del Milanesado y venció é hizo prisionero á Ludovico el Moro, que fué trasladado á Francia, donde murió al cabo de diez años.

Ambicionando Luis, como su predecesor, el reino de Nápoles y temiendo ser contrariado por el rey de España, concertóse con él, y al efecto, franceses y españoles invadieron aquellos Estados; pero anhelando Luis quedarse con la Capitanata y la Basilicata, el Gran Capitan derrotó á los franceses en Ceriñola y Garellano (1503) y dió á Fernando el Católico el reino de Nápoles.

Habiendo los venecianos despojado de parte de sus Estados á la Santa Sede, concertáronse el emperador Maximiliano, el rey de España y el de Francia,

que alegaban respectivamente derechos sobre territorios de la república.

La Liga de Cambray (1508) no fué más que la natural consecuencia de la política egoísta de Venecia, que no pensando mas que en su engrandecimiento, habia amontonado contra ella ódios seculares.

Arruinado el tesoro veneciano por la pérdida del monopolio del comercio de la India y por las guerras con Carlos VIII, era víctima en aquellos momentos de accidentes que, agravando su malestar, fueron para ella como funestos augurios de esta lucha.

Incendiado en Brescia el depósito de la pólvora, quedó reducida á escombros la ciudadela; perdiéronse en un naufragio diez mil ducados con que Venecia auxiliaba á Rávena, y un incendio devoró los archivos; pero sobreponiéndose á todo la Señoría, sostuvo la guerra, en que, á pesar de sus esfuerzos, los franceses alcanzaron la decisiva victoria de Agnadello, en premio de lo cual cada uno de los aliados obtuvo cuanto quiso.

Concluida esta guerra, se organizó la Liga Santa, con el doble objeto de impedir el cisma y restituir la ciudad de Bolonia á la Sede Apostólica.

Después de grandes batallas y no pocos desastres para Italia, terminó la Liga (1514), renunciando el rey de Francia al conciliábulo de Pisa, abandonándose la Navarra á D. Fernando el Católico, dándose á Maximiliano Esforcia el Milanesado, con excepcion de los ducados de Parma y Plasencia que se agregaron á los Estados de la Iglesia.

Luis XII murió en medio de estos conciertos.

LECCION XLVI

ESPAÑA.—LOS REYES CATÓLICOS.—DOÑA JUANA.—EL CARDENAL
JIMENEZ DE CISNEROS.

Muerto Enrique IV de Castilla, su hermana doña Isabel, casada con D. Fernando, heredero de Aragon y de Sicilia, es proclamada en Segovia, á la vez que el rey de Portugal, desposado con doña Juana la Beltraneja, invade á España con poderosa hueste, el cual, despues de varios sucesos, fué vencido en Toro (1476) y obligado á abandonar su empresa.

Este felicísimo suceso, que unia en ambos cónyuges las coronas de Castilla y Leon á las de Aragon y Sicilia, dejaba adivinar que habia llegado el momento de que concluyera la dominacion de los musulmanes en España.

Pero ántes, procediendo ambos monarcas con su habitual prudencia, procuraron dotar á sus Estados de paz duradera.

A este fin, y para oponerse al poder de los grandes señores, recrudecido durante la debilidad de los anteriores reinados, crearon la Santa Hermandad (1476), que puso á sus órdenes una milicia permanen-

te. Habiendo cesado con el feliz término de la reconquista la razon de la independencia de las Ordenes militares, que habian llegado á convertirse en peligro para la monarquía, lograron que en ellos recayera, primero la administracion de los maestrazgos, en tiempo de Alejandro VI, y luego los maestrazgos mismos á perpetuidad, por bula de Adriano IV.

Siendo la verdadera unidad política hija de la unidad religiosa, é infestada España por la pravedad de la raza judáica, ocasionada á promover motines con su insaciable avaricia, é hirviendo la Península en agarenos recién sometidos que inquietaban á los cristianos, fundaron el Tribunal de la Inquisicion (1478).

Arreglados así los asuntos interiores en ambas monarquías, se prepararon los Reyes Católicos para dar digno remate á la siete veces secular guerra de la Reconquista.

Del inmenso poder de los moros en España sólo quedaba el reino granadino, al cual habian sido arrebatadas, una á una, ciudades y pueblos, hasta que, por último, los Reyes Católicos se presentaron ante Granada (1491), último asilo de los infieles.

Las gentes más valerosas de los pueblos recién conquistados por los cristianos se habian ido acogiendo á Granada, que contaba entónces con una poblacion exuberante, aunque dividida por inextinguibles rencores y discordias.

Después de ocho meses de asedio, se rindió Granada en el día 2 de Enero de 1492.

A la entrega de la ciudad habian precedido capitulaciones en que se prometia á los vencidos el libre ejercicio de su culto.

En el mismo año de la toma de Granada, Cristóbal Colon, tratado con menosprecio por los reyes de Por-

tugal y de Inglaterra, y cariñosamente acogido por doña Isabel, con auxilios de esta señora, saliendo del puerto de Palos de Moguer (1492), en lucha incesante con las olas, y cuando ya sus compañeros se entregaban á la desesperacion, descubre las Lucayas; y encaminándose hácia el Sur, á Santo Domingo y Cuba; en un segundo viaje aporta á las Caribes, (1493), la Dominica, Guadalupe, Puerto-Rico y Jamáica; y en el tercero (1496) á la isla de la Trinidad, donde, al observar en la contrapuesta costa la desembocadura del gran río Orinoco, comprendió que habia pisado un continente que no podia ser el Asia; que habia descubierto un Nuevo Mundo.

Los Reyes Católicos engrandecieron aún más sus Estados con la conquista del reino de Nápoles, que realizó el Gran Capitan.

Doña Isabel murió en Medina del Campo (1504), nombrando heredera de sus Estados á su hija doña Juana, y muerta ésta, á D. Carlos, su nieto, ejerciendo la regencia su marido D. Fernando, hasta que don Carlos llegara á la edad de veinte años.

Fallecido D. Felipe el Hermoso, marido de doña Juana, á los nueve meses de su llegada á España, y vista la incapacidad de la reina, se formó un consejo de regencia provisional, compuesto de siete próceres, que presidia el arzobispo de Toledo, D. Fr. Francisco Jimenez de Cisneros.

Confirmado por las Córtes en la regencia, D. Fernando el Católico, despues de castigar (1506) á algunos espíritus turbulentos, se dedicó á desarrollar su política en el exterior.

En su consecuencia, tomó parte en la Liga de Cambray; se apoderó del reino de Navarra; auxilió los descubrimientos en el Nuevo Mundo; apoyó al cardenal Cisneros en la conquista de Orán; debeló á Bujia y á

Trípoli, é hizo tributarios suyos á los reyes de Tán-ger y de Túnez.

Al morir D. Fernando (1516) dejó encomendada la regencia, en los asuntos de Castilla, al cardenal Jimenez de Cisneros, y en los de Aragon, á su hijo natural el arzobispo de Zaragoza.

El Cardenal, que ya alcanzaba la edad de ochenta años, rigió con mano firme y segura los destinos de España hasta la llegada de D. Carlos I (1517).

No es posible encontrar en la Historia quien, como doña Isabel, asumiera todas las virtudes reales, y cuantas pueden engrandecer á la madre y á la esposa. Infatigable en la guerra, pronta en el consejo, generosa en el perdon, de incomparable alteza de pensamientos, fué cariñosísima madre é irreprochable esposa, atenta á los más nímios cuidados del hogar.

Profanacion, verdadera profanacion seria compararla con las que algunos consideran como las más grandes reinas: con Isabel de Inglaterra, con Cristina de Suecia, por ejemplo.

Doña Isabel y su esposo D. Fernando, auxiliados por el cardenal Jimenez de Cisneros, engrandecieron la autoridad real; pero sin poder ser comparados con ningun otro monarca de Europa, con Felipe IV y Luis XI de Francia, con Enrique VIII de Inglaterra, con Juan II de Portugal, que se propusieron idéntico fin, pero sin reparar en los medios. Tampoco puede ser comparado, sin ultraje de la justicia, el integérrimo Jimenez de Cisneros, con el cardenal de Francia, ministro de Luis XIII, con el astuto y artero Richelieu.

Y sin embargo, hay quien pretende mancillar la memoria de los Reyes Católicos, recordando para ello que en su tiempo se estableció la Inquisicion, sin tener en cuenta, haciendo ya caso omiso de las calumnias del mal español Llorente, que la Inquisicion fué,

desde luego, el tribunal más popular en España: que á él, y sólo á él, debemos habernos librado más adelante de los horrores de las guerras religiosas que asolaron á Europa: que si en la Inquisicion se atormentaba, otro tanto se hacia en los tribunales ordinarios, donde este medio de prueba parecia justo, y que ella fué el primero de los tribunales en abolirlo: que en la Inquisicion se usaban procedimientos tenidos hoy por progresos modernos, yendo ella aún más allá en su legislacion que la legislacion de hoy (1835), por estar en el Santo Oficio prohibido ejecutar, sin consulta de la superioridad, auto que produjera estado: que ántes de que en nuestros mismos dias se haya mandado (1870) que la calificacion del delito toca al fiscal ó á la parte actora, tenia la Inquisicion establecidos los Calificadores, absolutamente extraños á ella.

Tambien hay quien tache de *fanático y oscurantista* al cardenal Jimenez de Cisneros, imputándole el hecho de la *bárbara quema* de los códices arábigos de Granada.

Esta acusacion, siempre destruida y sin cesar renovada por la mala fé de envidiosos escritores extranjeros, ó por la ignorancia de algunos de los propios, merece ser combatida, una vez más, aunque con pocas palabras.

La tolerancia observada por nuestros padres para con los moriscos habia producido frutos amargos, como los produce siempre la transacion con el mal.

Dentro de Granada vivian gentes cuyo implacable fanatismo se mostraba cada un dia con los muchos cristianos que amanecian asesinados y con los rostros desollados en la plaza de Bibarambla y en otros parajes públicos de la ciudad. Preciso fué, pues, atacar el mal en sus fuentes, y más en aquella edad en que se creia que *el mayor bien á que puede aspirar un país es la*

unidad en la fé religiosa, como legitima generadora de la unidad política; en aquellos dias que las fustas berberiscas, contando con inteligencias y noticias seguras, al amparo de las accidentadas costas andaluzas, caian sobre los pueblos y alquerías inermes, y, apesar de la más exquisita vigilancia, saqueaban, robaban y mataban cuanto se ponía al alcance de la mano de tan cruelísimos piratas.

De otra parte, la civilizacion arábica, tan escasa en libros de verdadero valer, pese á la moderna monomania muzlimica ya desacreditada, aunque tan reciente, abundaba en opúsculos y tratados que prolongaban á maravilla la supersticion y, por consiguiente, el ódio de los moriscos, los cuales era preciso quitar de las manos á sus desdichados dueños, en aquellas edades en que el Estado, velando por la sana alimentacion de los espíritus, procuraba, como ineludible, deber que los malos libros no corrieran libremente, envenenando las almas.

Con efecto, diez y ocho años despues de la reconquista, se mandó por Doña Juana (20 de Junio de 1511) que dejando en poder de sus respectivos dueños los códices arábigos que trataran de Medicina, de Filosofía ó de Historia, se destruyeran los que de supersticiones sólo se ocuparan.

No pocos moriscos, que de buena fé habian abrazado el cristianismo, se apresuraron á entregar todos sus libros con verdadero placer, los cuales fueron es-purgados: otros conservaron en sus casas los que exceptuaba el decreto, presentando los que el mismo condenaba. Por tal manera fueron públicamente quemados los dañosos, cuyo número llegó escasamente á cinco mil, segun afirman escritores contemporáneos, dignos de crédito y de fé.

De los códices que conservaron los moriscos no

hay para qué hablar; unos parecen, escondidos entre los techos y paredes de las casas que cada día se hunden y arruinan en el Albaicín; otros fueron destruidos por sus dueños; muchos se custodian en las bibliotecas extranjeras, y no pocos se guardan por los marroquíes, como alhajas de familia y recuerdo de sus predecesores que emigraron al Africa.

Los que se salvaron del espurgo hecho por entendidos arabistas, fueron depositados en la Capilla Real; otros enriquecieron la biblioteca de la Universidad y Colegio Complutense; otros constiieron el riquísimo núcleo de la del Escorial (Marca H. IV. 10), y otros pararon en diversas colecciones, como la de la Compañía de Jesús.

Ahora, si se nos pregunta por algun apasionado, dónde está ese riquísimo tesoro de la literatura arábigo-hispana, contestaremos que gran número de los libros depositados en la Real Capilla se emplearon en rescatar cautivos; que los donados al colegio de San Ildefonso de Alcalá, se emplearon en la fabricacion de cartuchos durante la primera guerra carlista; que en San Lorenzo del Escorial se conservan los que á su biblioteca fueron donados, exceptuando los muchos que perecieron abrasados en el voracísimo incendio de 1671. Por los de la librería de los Jesuitas no hay para qué preguntar, pues esta coleccion, que, segun el índice hecho por los inolvidables Padres Mohedanos, sumaba al verificarse la expulsion veintinueve mil cuatrocientos ochenta y tres volúmenes, á los pocos años no contaba más que con siete mil.

¡Fanático y oscurantista, el que á costa de inmensos esfuerzos publicó la Biblia Poliglota, el generoso fundador de la inmortal Universidad Complutense, del ilustre Colegio Mayor de San Ildefonso de Alcalá de Henares!

LECCION XLVII

PORTUGAL DESDE D. JUAN II AL CARDENAL D. ENRIQUE.

D. Juan II (1481) sucedió en el trono de Portugal á su padre Alfonso V.

Rivalizando D. Juan con su inmediato pariente el duque de Braganza, jefe de la aristocracia lusitana, queriendo sobreponerse á ella y abatir el poder de los nobles, procesando al duque, lo mandó al cadalso.

Despues de este hecho, llevado á cabo con espanto y asombro de los grandes de Portugal, la madre del duque de Braganza se retiró con sus demás hijos, en medio del mayor dolor, á una de sus fortalezas.

Entre los hermanos del de Braganza, se contaba el duque de Viseo, mancebo que se habia atraido la voluntad de todos por las altas prendas de su carácter que excitaron la envidia y la mala voluntad del rey.

No atreviéndose D. Juan II á atacar de frente al duque de Viseo, lo llamó á su córte con cariñosas palabras. Presa de tristes presentimientos su noble madre, quiso retenerlo á su lado, á lo que él se negó to-

mando animosamente el camino en busca del rey. Aún quiso insistir la atribulada madre viendo que al salir tropezaba el caballo que montaba su hijo, lo que tuvo por de funesto augurio; pero éste, prosiguiendo alentado su viaje, se presentó á D. Juan, que lo recibió con halagüeñas palabras dejándolo á breve rato solo en la habitacion bajo pretexto de un asunto inesperado.

Solo ya el duque de Viseo, aparecieron ante él varios asesinos que el rey tenia apercebidos para que lo mataran. Hablóles el duque; les reprochó su accion y las armas cayeron de las manos de aquellos hombres. Tal era el predominio que sobre todos ejercian las nobles prendas con que la Providencia habia dotado al triste mancebo.

Visto esto por D. Juan II, que escuchaba detrás de una cortina en una habitacion inmediata, saliendo súbitamente y abandonando su sagrado carácter de juez, no vaciló en aceptar el de verdugo, y armado de un puñal hizo rodar traidoramente, muerto á sus piés, á su primo el noble duque de Viseo.

¶ Tal era el hombre á quien la Historia distingue con los títulos de Magno y Perfecto!

D. Juan fué en Portugal el engrandecedor del poder absoluto de los reyes.

Una série de felices sucesos vino á engrandecer el reino bajo la autoridad de este principe, menospreciador de Cristóbal Colon, á pesar de que el infante don Enrique habia infundido en los portugueses el amor por los viajes ultramarinos y los descubrimientos.

D. Juan II fundó en el puerto de Mina (Africa) una fortaleza y una iglesia, con la que aseguró la estabilidad en sus posesiones.

Avanzando aún más al Sur del cabo de Lopez y del de Santa Catalina, se internó Diego Cano por el rio Zahiro ó Congo, donde tuvo noticia del poderoso

reino de Bonza, ciudad situada en la margen derecha del rio Lelunda, despues San Salvador, que tiene sus fuentes en los montes del Sol.

De las relaciones de Cano y de los negros que éste llevó consigo á Portugal dedujo D. Juan II que habian parecido los rastros del famoso Preste Juan, y empeñado en encontrar á este héroe de los cuentos populares, mandó á Pedro de Covilhan y á Alonso de Paíva que penetrasen en la India por tierra.

Covilhan dió las primeras noticias de la isla de la Luna (Madagascar), y aseguró al rey que, navegando por la costa occidental de Africa, dirigiéndose al Sur, llegarían al fin de este continente, y que, cuando lo doblaran, tendrían á la siniestra las costas de Africa, donde, avanzando aún más, encontrarían á Sofala y la isla de la Luna.

Para realizar estas noticias y convertirlas en realidad, mandó D. Juan una escuadra á las órdenes de Bartolomé Diaz que, despues de sufrir terribles contradicciones, encontrándose aún más allá de la bahía de Lorenzo Marquez, no comprendió que habia doblado el extremo Sur del Africa (1486).

Hecho esto, el intrépido marino regresó á Lisboa, donde dió cuenta á D. Juan de las terribles tempestades que habia sufrido al doblar el Cabo, al cual habia dado por ello el nombre de las Tormentas, que el rey cambió por el de Buena Esperanza.

Muerto D. Juan II (1495) con el vivo dolor de ver espirar miserablemente á su hijo y heredero, le sucedió en el trono D. Manuel, hermano de aquel duque de Viseo á quien aquel monarca habia muerto con sus propias manos.

Resuelto por Bartolomé Diaz el gran problema de la figura del Africa, faltaba quien se lanzara á través de mares tan peligrosos para avanzar aún más en las

exploraciones; empresa que D. Manuel confió con tres naves y setenta hombres á Vasco de Gama.

Este osado y experto marino tomó rumbo para las islas de Cabo Verde (1497), y, dejandolas atrás, encaminándose resueltamente hácia el Sur, fondeó en la bahía de Santa Elena, desde donde llegó en tres dias al cabo de Buena Esperanza, y desde aquí á Mozambique, á Mombaza y Melinda, en la costa de Zanguebar, donde encontró naves de la India, y desde Melinda, en veintitres dias, á Calicut en la costa de Malabar.

Terminadas estas osadas empresas, Vasco de Gama regresó á Portugal, donde dió cuenta de sus descubrimientos al rey D. Manuel el Afortunado.

Excitados por tal éxito los portugueses, prosiguieron sus expediciones, descubriendo Costa Cabral (1500) el Brasil, en la América del Sur, apoderándose aquéllos, no muchos años despues, de las Maldivias, de Ceilan y de Sumatra, y fundando la ciudad de Macao, á veinte leguas de Canton, en las orillas del mar de la China.

Aunque anticipemos hechos que pertenecen al reinado de los sucesores de D. Manuel, para completar la historia sumarisima de las posesiones portuguesas en la India, seria preciso detenerse en el feliz gobierno de Francisco de Almeida, primero de sus vireyes: de Francisco de Alburquerque, conquistador, que se apoderó de Ormuz y de Goa á la falda occidental de la cordillera del Gahates, donde estableció la sede del vireinato, y por último de Malaca: de Juan de Castro, vencedor del belicoso rey de Cambay, (1558), que espiró en los brazos del Apóstol de las Indias San Francisco Javier: de Juan de Ataide que, rodeado por todas parte de enemigos, murió sin perder una sola pulgada de terreno, segun habia prometido.

Este gigantesco imperio, que, en manos de Portugal, no podía conservarse, falto de socorros, se hundió por último al verificarse la conquista de aquel Estado por el rey de España D. Felipe II.

A Manuel el Afortunado sucedió (1521) su hijo Juan III, en cuyo tiempo comenzaron á decaer las colonias portuguesas.

Don Sebastian ocupó el trono lusitano.

Muley Mohamed, emperador de Marruecos, pidió auxilio á este jóven monarca contra Abd-el-Malek, que con ayuda de Soliman, sultan de los turcos, pretendia arrebatarle sus Estados. Don Sebastian, príncipe caballeresco, voló en auxilio del marroquí y fué vencido en Alcázar-Quivir donde igualmente perecieron el emperador africano y el pretendiente Abd-el-Malek.

Por tal desgracia vino la corona de Portugal á ceñir las sienes del cardenal D. Enrique, de edad de setenta años, el cual protegió las letras y las artes, fundó varios establecimientos de enseñanza en Lisboa y Coimbra, y la célebre Universidad de Évora.

A la muerte del cardenal, D. Antonio, prior de Ocrato y nieto bastardo de D. Manuel, pretendió la corona; pero en vano, pues D. Felipe II, rey de España, á quien de derecho pertenecía, como hijo de doña Isabel, hija mayor de D. Manuel el Afortunado, envió al duque de Alba, que, venciendo á los partidarios de D. Antonio, en Alcántara (1580), se apoderó de Lisboa, y en menos de dos meses hizo que las armas cayeran de las manos de cuantos se oponian al rey de España.

DÉCIMACUARTA ÉPOCA.

LA REFORMA, (DE 1517 HASTA LA PAZ DE WESTFALIA EN 1648).

LECCION XLVIII

HISTORIA DE INGLATERRA DESDE EDUARDO VI HASTA JACOBO I.

Enrique VII, con quien ocupó el trono de Inglaterra la casa de Tudor (1485), profesó odio implacable á los amigos antiguos y fieles partidarios de la familia de Isabel, su mujer, hija de Eduardo IV, y fué un príncipe avaro, rencoroso y déspota.

Su hijo Enrique comenzó á reinar á la edad de diez y ocho años y, consagrado enteramente á los placeres, depositó su confianza en Tomás Wolsey, á quien desde la más humilde condicion, elevó á arzobispo de York, á cardenal y á canciller.

Aficionado el rey á la Teología, escribió un opúsculo contra Martin Lutero que le valió groseras réplicas del colérico reformador, y que el Papa le diera el título de *Defensor de la fé*.

Casado con Catalina de Aragon, tia del emperador Carlos V, y prometida á su hermano Arturo, bien pronto se cansó de la fidelidad conyugal á la que faltó en repetidos devaneos, hasta que, formalmente apasionado de Ana de Boleyn, afectó escrúpulos tar-

dios de no haber solicitado ántes de su casamiento la dispensa de Su Santidad y supuso que los abortos de su bella y virtuosa mujer y la muerte de cinco hijos, eran castigo del cielo por su incestuoso matrimonio.

Deseando obtener del Papa la nulidad de su enlace, encontró cierta oposicion por parte del cardenal, que al fin no pudo prescindir de acudir con la súplica á Su Santidad, que confió el negocio al mismo Wolsey, nombrándolo su delegado. Negándose entónces el prelado á la pretension del rey, éste le retiró su favor, y lo despojó de sus inmensas riquezas.

Enrique depositó su confianza en el ilustre Tomás Moro, que al cabo fué tambien enemigo del divorcio.

El pueblo, que amaba á Catalina y que temia la guerra con España, lo desaprobaba tambien, al paso que las universidades, á quienes consultó Enrique, variaban en sus dictámenes. Pero éste, aconsejado por Tomás Cromwell, cortó el nudo, declarándose jefe supremo de la Iglesia anglicana y exterminando con violencias y suplicios á quienes como á tal no lo reconocian.

Tomás Cromwell, elevado al arzobispado de Cantorbery, pronunció la sentencia de divorcio, y el rey pudo ya satisfacer su pasion casándose con Ana Boleyn.

El Papa anuló el divorcio, y excomulgó á Enrique, que, en cambio, persiguió con la muerte á cuantos contrariaban su voluntad.

Tomás Moro y el octogenario obispo de Rochester, que se habian opuesto al divorcio y al juramento del clero, fueron condenados á prision perpétua. Habiendo concedido el Papa el capelo al obispo, exclamó Enrique cuando lo supo: *¡Ah! yo haré que no encuentre caba*za donde ponérselo; y con efecto, lo llevó al patíbulo, en el que no tardó en seguirle el espiritual Moro, que

contestó á su buena mujer al suplicarle que se salvara, accediendo á los deseos del tirano, con estas palabras dignas de servir de norma á los hombres en las ocasiones extremas: *Luisa mia, ¿cuánto tiempo podré vivir aún? ¿Diez, veinte años? ¿Y qué es esto para cambiarlo por toda una eternidad?*

Enrique, pues, se lanzó resueltamente en el camino de la herejía, no por convencimiento, sino para satisfacer innobles pasiones, y la encauzó para engrandecer su despotismo y el poder de la aristocracia. Pero como seguía titulándose *Defensor de la fé*, castigaba á los partidarios de Lutero como á herejes, y á los que negaban su supremacía en materias de religión, como reos del delito de lesa majestad.

Los procesos y los tribunales eran trabas inútiles para el bárbaro déspota de Inglaterra; así, por medio del bill de Convicción, la Cámara pronunció, sin forma de procedimiento, setenta y dos mil sentencias capitales durante su reinado.

Bien pronto, cansado el rey, envió al patíbulo á Ana Boleyn, y se casó con Juana Seymour, que, muriendo al dar á luz al niño Eduardo, se libró de las manos del verdugo; unióse á Ana de Cleveris, y la repudió para casarse con Catalina Howard, que desde el tálamo régio fué al cadalso; luego con Catalina Parr, que con gran trabajo escapó de la misma pena.

Al fin la Providencia libró á la tierra de mónstruo tan abominable.

Sucedióle Eduardo VI, hijo de Juana de Seymour de edad de nueve años, bajo la direccion del Protector Eduardo Seymour, duque de Somerset, el cual se dedicó á propagar el luteranismo en Inglaterra, y murió á manos del verdugo, sucediéndole en el poder el duque de Northumberland, que sospechando que la vida del rey sería muy corta, fijó sus ojos en el trono,

é hizo declarar heredera de la corona á Juana Grey, á la que casó con su hijo lord Dudley.

Pero, á pesar de todas las precauciones del duque, cuando murió Eduardo, al cumplir los nueve años de su reinado, (1553), pronto ocupó el trono María Tudor, hija de Enrique VIII y de Catalina de Aragon, que restableció el catolicismo.

Casada María con Felipe II de España, siguió la política católica de este monarca, y murió en 27 de Noviembre de 1558, no sin que los enemigos del catolicismo, que apellidan *Grande* á su hermana y sucesora Isabel, hayan intentado mancillar su memoria dándole el dictado de *Sanguinaria*.

Isabel, heredera de María, estableció definitivamente la Iglesia anglicana, segun los dogmas de Calvino, pero con la antigua jerarquía eclesiástica y el gobierno de los obispos.

Espantan los medios de que se valió Isabel para hacer guerra al catolicismo y afirmar más y más el despotismo real.

Si, como los católicos sostenian, era nulo el divorcio de Enrique VIII y Catalina de Aragon, Isabel, hija adulterina, detentaba el trono de Inglaterra, que pertenecia á María Stuard, reina de Escocia, cabeza y esperanza del partido católico en Inglaterra, como Isabel lo era del protestante.

Entre estas dos mujeres estalló, pues, ódio sin tregua, que excitaba aún más en Isabel la belleza de María.

La incontrastable Isabel rodeó á su prima de asechanzas: excitó al partido protestante contra la reina de Escocia; azuzó al intransigente Knox: dió calor á las esperanzas del conde Murray, hermano natural de María; y ella, mujer impura, sembró de calumnias la vida privada de su hermosa enemiga, que tampoco cuidaba mucho de conservar intacta su reputacion.

Estallando al fin en Escocia una conjuración importante, se apoderaron sus enemigos de María, y ésta se vió obligada á abdicar la corona en su hijo Jacobo, renuncia que revocó cuando pudo recobrar la libertad. Pero vencida de nuevo, se refugió cerca de su prima Isabel, que habia recibido su anillo con muy corteses instancias y ofrecimientos.

La vengativa Isabel, dueña ya de la que tanto odiaba, ni concedió una entrevista que le pedia la reina de Escocia, ni permitió á ésta pasar á Francia, ni regresar á sus Estados, y, contra toda justicia y razon, la sujetó á un escandaloso proceso.

Rodeada por todas partes de asechanzas, se encerró á María en una prision insalubre, cuya custodia se confió á los más ardientes presbiterianos; y, por último, se la condenó á muerte, que sufrió (1587) la desgraciada reina de Escocia con muy cristiana y dulce resignacion, abandonada de todos y rodeada de enemigos, que amargaron las últimas horas de su triste vida.

Europa supo con indignacion el final de esta tragedia, que temia, pero que no esperaba.

Jacobo VI mostróse horrorizado; el monarca francés reveló su ira; Sixto V publicó una bula de excomunion contra Isabel, y Felipe II armó la *Invencible*, que por fortuna de la desnaturalizada reina de Inglaterra, destruyeron las tempestades.

Esta mujer licenciosa y cruel, vanidosa de una hermosura que no poseia, murió á la edad de setenta años, dejando la corona á Jacobo VI de Escocia, hijo de la desventurada María Stuard.

LECCION XLIX

CÁRLOS I DE ESPAÑA Y V DE ALEMANIA.

En 1517, D. Carlos, que habia nacido en Gante, en el año de 1500, salió de los Países Bajos para tomar posesion de los Estados de España, que desde la muerte de Fernando V habia gobernado el cardenal Jimenez de Cisneros.

La llegada en la comitiva del nuevo rey de ciertos extranjeros, excitó la mala voluntad de los celosos españoles, poco amigos de tolerar la altanería de gentes extrañas, que alardeaban su amistad y favor con el jóven príncipe, preparando así con su imprudencia, disgustos y protestas.

D. Carlos reunió en Valladolid las Córtes de Castilla, verificando la ceremonia de su coronacion en la célebre iglesia de San Pablo (1518), y haciendo lo mismo con las de Aragon, visitó á Zaragoza.

A poco, la muerte del emperador Maximiliano, su abuelo, llamó al rey de España á tomar posesion de la herencia de la casa de Austria.

En competencia por el imperio el rey de Francia Francisco I y D. Carlos, habiendo hecho renuncia de él Federico, elector de Sajonia, á quien sus colegas lo ofrecieron, por consejo de éste, fué electo el rey de España.

Herido en su orgullo por esta preferencia el monarca francés, fué desde entónces enemigo personal é irreconciliable del rey de España.

Para subvenir á los crecidos gastos que estos sucesos le imponian, convocó D. Carlos Córtes para la ciudad de Santiago, lo que produjo hondo descontento en las ciudades de Castilla y de Leon que venian en el uso del privilegio de que en ellas se reunieran estas célebres asambleas. Oponiéndose á las pretensiones del rey los procuradores de varias ciudades, vivamente irritado D. Carlos, trasladó las Córtes á la Coruña, donde obtuvo el servicio de doscientos millones de maravedís, aunque insistiendo los procuradores en su deseo de que los cargos públicos, así civiles como militares y eclesiásticos, se dieran únicamente á españoles y que españoles fueran tambien las personas á quienes el rey confiriera la direccion del gobierno durante sus ausencias.

El emperador, despues de confiar los asuntos de Castilla y Leon al cardenal Adriano de Utrecht asociado del Presidente y Chancillería de Valladolid, de nombrar Justicia de Aragon á D. Juan de Lanuza; vi-rey de Valencia á Don Diego de Mendoza, y jefe de sus ejércitos á D. Antonio de Fonseca, se embarcó para Alemania el 16 de Mayo de 1520.

A la vuelta de los procuradores á sus casas, algunos fueron ahorcados por el pueblo, irritado con la docilidad de sus representantes; siendo esta la señal de una terrible sublevacion, que, bajo pretexto de defender los derechos del comun de vecinos, cundió

rápida-mente por Castilla y parte de Andalucía, y de la cual participaron no pocos individuos de la alta nobleza, irritada con el insoportable orgullo y las exacciones de los extranjeros.

La guerra de las Comunidades tuvo diferentes jefes, siendo de entre todos el más notable, Juan de Padilla, regidor de Toledo.

Los sublevados obtuvieron, por de pronto, algunos felices sucesos, y apoderándose de la madre del emperador, á su nombre, ordenaron la prision del Presidente y Oidores de la Chancillería de Valladolid y representaron al monarca insistiendo en sus reclamaciones.

Noticioso D. Carlos de estas novedades, mandó que D. Fadrique Enriquez, almirante de Castilla y el condestable D. Iñigo de Velasco compartieran el gobierno con el cardenal Adriano, al mismo tiempo que escribió afectuosas cartas á los principales caudillos de la nobleza.

Estas misivas produjeron su natural efecto al coincidir con el carácter y tendencias socialistas que iba tomando el movimiento de las Comunidades, muy especialmente en Valencia (guerra de las Germanías) y en Mallorca.

Aconteció, pues, lo que no podía menos de acontecer; comuneros y realistas se encontraron en los campos de Villalar, donde éstos fueron vencidos (1521), pagando con sus vidas, en el cadalso, los principales jefes.

Doña Juana Pacheco, viuda del regidor Padilla, quiso prolongar la guerra resistiéndose en Toledo; pero al cabo, se rindió la imperial ciudad y ella salvó la vida con la fuga.

El emperador, recién llegado de Alemania, acabó de apaciguar los ánimos.

El profundo rencor de Francisco I habia de producir amargos frutos.

Aprovechándose el monarca francés de la guerra de las Comunidades (1521), prometiendo socorros á los sublevados, invadió la Navarra, para restituirla á Juan de Albrit. Por de pronto, Pamplona fué sorprendida por el francés, que al fin se vió forzado á repasar los Pirineos, con grandes pérdidas. Defendiendo la fortaleza de Pamplona, en esta guerra, fué herido San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús.

El emperador, para que esta leccion fuera más ruda, provoca en Italia la restitution del ducado de Milan á Francisco Esforcia, donde el general francés Lautrec fué vencido por Próspero Colonna y obligado á abandonar el ducado de Milan: varios ejércitos imperiales, invadiendo la frontera septentrional de los Estados de Francisco I, atacan infructuosamente á Tournai y á Mecieres: Enrique VIII de Inglaterra desembarca en Francia, penetra en la Picardía y amenaza á París: unidos los españoles é italianos mandados por el marqués de Pescara, el condestable de Borbon y el conde de Launoy, se encuentran en Biagrasso con el presuntuoso general francés Bonnivet, que es derrotado con muerte de Bayardo (1524). El condestable, siguiendo el alcance de los fugitivos franceses, invade la Provenza y sitia á Marsella.

Francisco I, haciendo un inmenso esfuerzo, atraviesa los Alpes, penetra en Italia, y marcha sobre Pavía, defendida por Antonio de Leiva y los españoles, que convirtiéndose en agresores, atacan á los franceses, y matando más de diez mil, aprisionan al rey Francisco con los más ilustres guerreros y cortesanos de Francia (1525).

Cuéntase, que al dar noticia Francisco á su madre

Luisa de Saboya, lo hizo con estas significativas palabras: *Señora, todo se ha perdido menos el honor.*

El desdichado rey fué conducido á la fortaleza de Pizzighitone y de aquí á Madrid, donde acometido de profunda tristeza, firmó al año siguiente el tratado conocido con el nombre que ostenta la córte de España, por el cual cedió la Borgoña y otros Estados, renunció á toda pretension al Milanésado y á Nápoles, á todo derecho á Flandes y el Artois, y se comprometió á devolver sus bienes al condestable de Borbon.

Firmado este tratado, recobró la libertad el rey de Francia, dejando en rehenes á sus dos hijos, el Delfin y el duque de Orleans, en la línea del Bidasoa.

Léjos de ser fiel al tratado, en cuanto Francisco recobró la libertad, formó parte de la *Liga Santa*, que constituian el Papa Clemente VII, los príncipes italianos y el rey de Inglaterra, asustados de la preponderancia de Carlos V.

Viendo el emperador que eran inútiles sus esfuerzos para separar al Papa de la Liga, puso en marcha un ejército á las órdenes del condestable de Borbon, que despues de recorrer victorioso la Italia, asaltó y saqueó á Roma, ante cuyos muros pereció el malaventurado caudillo (1527).

Defendia á Nápoles, sitiada por los franceses, el virey Hugo de Moncada, el cual, á pesar del heroismo de los defensores, atacada la ciudad por fuerzas superiores en número, se hubiera visto al cabo obligado á rendirse, sin el socorro de Andrés Doria, que acudiendo en auxilio de la plaza, obligó á los franceses á levantar el asedio.

Reuniendo Francisco I sus últimos recursos, hizo marchar un ejército á Italia á las órdenes del mariscal Lautrec, para librar á Clemente VII; pero la muerte

del mariscal y las enfermedades hicieron que los franceses se retiraran precipitadamente.

En tal situacion, comenzaron las negociaciones para la paz, que concertaron Luisa de Saboya, madre de Francisco, y Margarita de Austria, tia del emperador. Estipulóse en ella, dejar la Borgoña á la Francia, dar dos millones de escudos de oro por el rescate de los dos príncipes franceses; que Francisco renunciara á Flandes y el Artois; reconociera la independencia de Génova; consintiera la restitucion del ducado de Milan á Francisco Esforcia, y se diera Florencia á Alejandro de Médicis.

Esta paz es conocida con el nombre de paz de Cambray, por la ciudad en que se contrató, y de las Damas, por las señoras que la concertaron (1529).

LECCION L

D. CÁRLOS Y FRANCISCO I. (CONTINUACION).

Los dos hermanos Horuc y Haradin, famosísimos piratas de la isla de Lesbos, entraron al servicio del sultan de Túnez y fueron el terror de los cristianos con sus depredaciones y sus muy atrevidas empresas en el Mediterráneo.

Horuc murió peleando contra los españoles que defendían á Orán, y Haradin, despues del asesinato del Dey de Argel, se apoderó de este reino y del de Tremecen, que puso bajo la proteccion de Soliman el Magnífico, con cuyo auxilio se apoderó de Túnez, despojando á Muley-Hassan, que se refugió cerca del emperador Cárlos V.

Las súplicas de este príncipe, y las instancias de la cristiandad que asediaba á D. Cárlos para que, destruyendo aquellos nidos de piratas, devolviera la paz á los pueblos ribereños del Mediterráneo, decidieron al emperador, que reuniendo sus fuerzas, se embarcó en Barcelona (1535) y llegando al puerto de Túnez, despues de romper la enorme cadena que lo guardaba,

se apoderó de él y de las naves del terrible Barbarroja (Haradin) que tuvo que abandonar la plaza al frente de cincuenta mil hombres, circunstancia que aprovecharon los cautivos cristianos, que subiendo á la ciudadela, volvieron contra él los cañones y lo obligaron á huir á Bona, herido en la cabeza.

Los imperiales, apoderándose definitivamente de Túnez, mataron treinta mil personas, hicieron diez mil esclavos, y se enriquecieron con grandes despojos en el saqueo de la ciudad.

Cárlos V restableció en el trono á Muley-Hassan, como feudatario suyo, y dió libertad á veinte mil cautivos cristianos que regresando á sus patrias respectivas, fueron pregoneros del poder del príncipe más grande de la cristiandad.

La paz entre Francisco y el emperador no podia ser más que una tregua que aprovechó el primero buscando á todo trance aliados y fuerzas: así, instó por su amistad y auxilio á Enrique VIII de Inglaterra: pidió al Papa la mano de Catalina de Médicis para su hijo segundo: favoreció la Liga de Esmalcalda, y no vaciló en aliarse á Soliman el Magnífico, enemigo del nombre cristiano.

Muerto el duque de Milan, sin hijos, el emperador se apoderó de sus Estados, y como feudo vacante, los incorporó al imperio.

Francisco, por su parte, protestando que su renuncia al Milanesado, hecha en la paz de Cambray, era sólo personal en Francisco Esforcia, y alegando el supuesto agravio del asesinato de dos representantes suyos, de orden del marqués del Vasto, gobernador de Milan, despojó á Cárlos, duque de Saboya.

Esta guerra no produjo resultados definitivos, pues Francisco tuvo necesidad de abandonar la Saboya, y los imperiales que desistieron del sitio de Marsella.

En su consecuencia, y por indicacion del papa Paulo III, se firmó la tregua de Niza (1538) que dejó las cosas como estaban al comenzar la guerra.

Hecho esto, Don Cárlos convocó las Córtes de Castilla en Toledo, para exigir tributos, encontrando fuerte oposicion, especialmente por parte del estado noble. Obtenido un cuantioso donativo de las ciudades, desde entónces, no volvió á llamar para las Córtes á la grandeza ni al clero.

Sublevada Gante, con ocasion del pago de ciertos impuestos, el emperador, con miedo de muchos y asombro de todos, atravesó los Estados de su irreconciliable enemigo, con un salvo-conducto, para reprimir á los alzados.

De Gante, el emperador pasó á Alemania, celebró en Ratisbona la Dieta general del imperio, y de aquí marchó á Italia para apresurar la expedicion contra Argel (1541), que obtuvo mal éxito, pues las tempestades destruyeron la escuadra. Otro hubiera sido ciertamente el resultado sin la precipitacion con que le obligaba á proceder la enemistad de Francisco I, que no le dió tiempo para esperar la ocasion propicia para la navegacion.

La tregua de diez años concertada en Niza, quedó al fin rota, convencido Francisco de que el emperador jamás cederia el ducado de Milan ni á él ni á sus hijos.

Con escándalo de la cristiandad vióse entónces al rey Cristianísimo aliado con los turcos y el pirata Barbarroja. Así, mientras tres ejércitos atacaban al emperador, uno en Perpiñan, en el Artois otro, y el último en el Luxemburgo, las escuadras turcas asolaban el Mediterráneo, talaban y saqueaban los pueblos de las costas y se atrevian á sitiar á Niza.

Los ingleses y los alemanes, por su parte, invadieron la Francia y marcharon sobre París.

Amenazado Francisco I de perder sus propios Estados, despues de ganar la batalla de Ceriñola, que dirigió el duque de Enghien (1544), firmó la paz de Crespy, por la que renunció á sus pretensiones á Sicilia y al dominio directo sobre Flandes y el Artois; se obligó á restituir sus conquistas en Saboya; concertó el casamiento del duque de Orleans, su segundo hijo, con una hija del emperador ó de su hermano Fernando, aportando al casamiento, en el primer caso, los Países Bajos, y en el segundo, el ducado de Milan.

El desgraciado Francisco I murió en Rambillet, despues de veintiocho años de luchas imposibles con el emperador Carlos V. Sucedióle Enrique II (1547), y, como falleciera el duque de Orleans, dejando sin efecto el más importante artículo de la paz de Crespy, se renovó la guerra.

Para esta nueva lucha sirvió de ocasion y pretexto el asesinato de Pedro Luis Farnesio, duque de Parma.

Unido Enrique II con los protestantes alemanes, invadió la Lorena y se apoderó de las ciudades de Metz, Toul y Verdun. En estas contiendas se distinguió el duque de Guisa defendiendo á Metz, y pelearon en Renti imperiales y franceses sin éxito decisivo.

Hallándose el emperador en la cumbre de su gloria, pero cansado de tantas luchas y combates, y mordido por el tormento de la gota, quiso prepararse para mejor gloria y más perdurable vida.

Ya habia dado á su hijo D. Felipe el gobierno de Nápoles y de Milan, y ahora (1555), realizando su propósito, en un Congreso reunido en Bruselas, abdicó la corona de España y de los Países Bajos en favor de aquél, dándole á la vez muy santos consejos, y á más renunció la dignidad imperial y los Estados de Alemania en su hermano D. Fernando (1556).

A pesar de ser D. Carlos extranjero por el nacimiento, llegó á amar tanto el noble carácter español, que eligió nuestra patria para lugar de su tumba.

Al desembarcar en el puerto de Laredo, en la provincia de Santander, postróse y besó la tierra diciendo: *Salve, madre comun de todos los mortales, á tí vuelvo, desnudo y pobre, del mismo modo que salí del vientre de mi madre. Ruegote que recibas este mortal despojo que te dedico para siempre y permite que descanse en tu seno, hasta aquel día que pondrá fin á todas las cosas humanas.*

Tras de esto, besando un crucifijo que acostumbraba llevar al pecho, dió gracias á Dios que le habia concedido llegar con felicidad al colmo de sus deseos.

Despues, se retiró al monasterio de Yuste, en Extremadura, donde aún vivió por espacio de dos años, consagrado á ejercicios de piedad y á trabajos corporales.

Así murió uno de los más grandes hombres (1558), verdadero gigante que se levantó sobre la multitud, á pesar de las envidias de tantos y tantos á quienes venció en todas partes y en todo.

Los mismos que pretenden deprimir á Carlos I, doliéndose de las desgracias del rey de Francia, su irreconciliable enemigo, que dan á éste unánimes, el título de caballero que él pretendia llevar, olvidan que Francisco I no vaciló en sacrificar á sus aliados de Italia, por atender á su propio provecho, al acordar la paz de las Damas: que falto del conocimiento de los hombres, vivió sujeto á miserables intrigas de mujeres, confiando el mando de sus ejércitos á cortesanos ineptos, y alejando de su córte, á fuerza de desengaños, al gran marino Andrés Doria, al inolvidable condestable de Borbon y al célebre príncipe de Orange: que hacen caso omiso de que el rey de armas Borgoña, mandado por Carlos V á

Francia para concertar el duelo á que el mismo Francisco lo habia provocado, fué detenido en la frontera y dificultado el lance, bajo fútiles pretextos; que por vengarse Francisco I de su aborrecido rival, no vaciló en alentar á los protestantes y en aliarse con el turco.

Ya que no podamos aceptar para *el rey galante* el título de *primer caballero de la Francia*, que él así propio se daba, lo compadecemos por haber encontrado enfrente á Cárlos V, monarca entusiasta de la realidad y de la gloria, conocedor profundo de los hombres, amigo de los literatos y de los artistas, valiente, fastuoso, fiel á sus deberes, profundamente religioso.

Unos cuantos rasgos demostrarán estas afirmaciones.

Preguntado por los diputados, al volver á Barcelona despues de haber recibido la investidura del imperio, cómo queria ser recibido, contestó: *De la misma manera que ántes; tanto da ser conde de Barcelona, como emperador de romanos.* Era D. Cárlos, apasionado de Tucídides, de Felipe de Comines y de Guicciardini, por lo que, criticándolo un dia ciertos cortesanos, les dijo: *En un abrir y cerrar de ojos puedo hacer cien grandes como vosotros; pero solo Dios puede hacer un Guicciardini.* Habiéndose caido al Ticiano el pincel, se lo presentó diciéndole: *El Ticiano debe ser servido por César: Es la tercera vez que me haceis inmortal*, añadió, aludiendo á que por tercera vez lo habia retratado. Al embarcarse para Argel, como arreciara deshecho el temporal, le dijo Andrés Doria tratando de disuarlirle: *Si zarpamos, todos pereceremos*, á lo que contestó el emperador: *Sí; pero vos, despues de sesenta años de vida, yo despues de veintidos de imperio.*

Pero ¿cómo exigir que hagan justicia á Cárlos V los hombres á quienes él humilló en todas partes, así en la política como en los campos de batalla?

LECCON LI

LA REFORMA RELIGIOSA.

(CÉSAR CANTÚ: Historia Universal.)

El espíritu pagano introducido en Europa por los fugitivos del Bajo Imperio, al caer Constantinopla en poder de los turcos otomanos; la satánica soberbia de un incorregible fraile agustino, y el deseo de despojar á la Iglesia de los inmensos caudales que habia acumulado en sus manos la piedad de los fieles, fueron las causas generadoras de la mal llamada Reforma.

Confesaremos de buen grado que los cambios de los tiempos, la ignorancia y la perversidad de los hombres, habian producido entónces la necesidad de introducir reformas en algunos puntos referentes á lo que es vario y mudable en la disciplina y en las costumbres; acaso de decidir ó de aclarar algun punto dudoso ú oscuro en materias que pudieran interesar á la fé; lo cual, sin duda hubiera hecho la misma Iglesia, como tantas otras veces, por medio de sus Concilios; pero no es posible admitir que haya, fuera

de ella , quien pueda ni resolver el monumento , ni la forma en que esto pueda hacerse , ni alterar nada en su milagrosa organizacion , ni en lo que pudiera llamarse accidental , ni mucho menos en los puntos esenciales , piedras angulares de ese maravilloso edificio.

No sucedió así , por desgracia.

Ocupaba la Silla de San Pedro Leon X , que , como perteneciente á la familia de los Médicis , era entusiasta amigo de las artes y de las letras y espléndido protector de los que las profesaban.

Conmovido el ánimo generoso del Pontífice con los sufrimientos de los cristianos ; oprimidos por los turcos , y anhelando levantar en Roma un templo , soberbio monumento de las artes , concedió indulgencias para , con el producto de las limosnas , atender á estos nobles objetos.

El arzobispo de Maguncia creyó deber tomar medidas para asegurar que el producto de las bulas iba á emplearse en el fin para que se destinaban , y lo hizo así , aleccionado por la experiencia , recordando que del ingreso de la indulgencia , predicada seis años ántes , para costear una armada contra los turcos , se habian apoderado el elector de Sajonia y el emperador.

Al efecto dió la comision al dominico Juan Tetzl que recorrió la Sajonia , usando de maneras que aprovecharon los impios , ridiculizando al fraile , más fervoroso que prudente.

Irritados ciertos agustinos de que la comision se hubiera confiado á un dominico , encontraron un eco de sus miserables celos , un arma cuyo terrible alcance ni áun pudieron sospechar.

Este era Martin Lutero.

Nació el futuro heresiarca en Eisleben , y faltó

de recursos para dedicarse al estudio, cantaba salmos por las casas para ganarse la subsistencia, hasta que, compadecida de él una viuda de Eisenach, lo sacó de tan miserable estado, proporcionándole casa y habitación.

La caída de un rayo cerca de él produjo tan honda impresion en el estudiante, que profesó en la Orden de San Agustín, donde su ardiente misticismo le atrajo el amor de su superior, que le proporcionó una cátedra de Teología en la Universidad de Witemberg, donde, desechando al fin el misticismo, se lanzó á la sociedad y á la vida.

Habiendo sobrevenido, no mucho tiempo despues, ciertas cuestiones en su Orden, fué comisionado para que marchara á Roma.

Aún alardeaba Fray Martin de místico y de rigorista. Así, visitó los templos, adoró las reliquias y subió de rodillas la Escala Santa; pero, en el espléndido, tibio y perfumado cielo de Italia, no vió más que el tiempo lluvioso; en la naturaleza productiva y rica de mantenimientos, el vino áspero; en los edificios suntuosos, la mezquina habitación donde vivia; en los templos, museos del arte, los clérigos *que dirian quince misas mientras él una*; en la córte papal, poblada de artistas inmortales, el excesivo precio que costarian aquellos esplendores.

A su vuelta de Italia ridiculizó á Juan Tetzels, y en la festividad de todos los Santos presentó *cuarenta y cinco tésis* contra el abuso de las indulgencias.

Oponiéndose á estas tésis, aparecieron otras, especialmente escritas por dominicos; Juan Eck publicó contra Lutero sus *Obeliscos*, á que contestó él con los *Asteriscos*. La imprenta circuló rápidamente las tésis, los libros y los sermones de los unos y de los otros, y la llama tomó al punto gigantescas proporciones de

incendio, cuestionándose ya la autoridad del Papa y su competencia en asuntos de fé.

Generalmente se pinta á Lutero como un hombre leal, exaltado por la soberbia y la cólera, que procedió sin cálculo alguno, cuando si vemos la carta de sumision humilde que escribió al Papa y las palabras infames que acerca del Vicario de Jesucristo decia en los mismos instantes á Spalático, y su constante baja-jeza en pró de los intereses de los grandes electores alemanes, que eran como el lecho de Procusto de sus tan mudables doctrinas, preciso es renegar de su ponderada lealtad.

El emperador Maximiliano puso en conocimiento de Leon X la gravedad del caso, y el cardenal de Vio procuró disuadir á Lutero, aunque sin lograr de él su sumision, por lo que publicó un edicto en que el Papa lo declaraba hereje.

Aún esperaba el generoso Leon X atraer á la oveja convertida en ferocísimo lobo, por lo que mandó al elector de Sajonia la Rosa de òro, por medio del canónigo Cárlos de Miltitz que fué recibido con frialdad y sólo pudo recabar de Lutero una carta y un manifiesto de promesas y protestas, envueltas en salvedades.

Juan Eck, el más famoso dialectico de Alemania, provocó á Lutero para una controversia pública, que éste aceptó, teniendo por campeon, en la doctrina del libre albedrío, á Carlostadt, y discutiendo él mismo sobre el origen divino del poder papal.

Los heresiarcas fueron vencidos; pero el escándalo estaba ya dado, y Lutero desesperado, se lanzó resueltamente por el camino de la herejía.

Aún insistia el Papa en los medios de atraccion, cuando fray Martin publicó su *Libertad Cristiana*, por lo que fulminó sentencia definitiva de condenacion contra él y sus parciales.

El Sumo Pontífice pidió que la Dieta de Worms condenara á Lutero, la cual asumió á sí el asunto, mandando que se presentara ante ella el innovador.

Por su parte, el elector de Sajonia mandó que nada se resolviera sin oír ántes á Lutero, y le expidió un salvo-conducto, provisto del cual se puso en marcha.

El viaje del heresiarca fué un verdadero triunfo: acompañábase un heraldo imperial; lo recibió el Maestro de ceremonias, y, por temor de una explosion de sus parciales, hubo necesidad de introducirlo en la asamblea por una puerta secreta.

Cárlos V al verlo, con su fisonomía tosca, su boca plegada por una sonrisa de vulgar orgullo y su estatura pequeña, exclamó: *Este hombre no me hará á mí hereje.*

Tranquilo Lutero por su seguridad personal, se negó á retractarse.

Sospechando el elector de Sajonia que el emperador resolveria la cuestion con alguna airada providencia, y temiendo, sobre todo, á la vanidad y á la imprudencia de Lutero, lo retuvo en su castillo con la más profunda reserva.

Entónces, proclamada la omnipotencia del criterio individual, cada cual tuvo su opinion; los agustinos desertaron de sus cláustros y todo fueron excesos y desórdenes.

Lutero, saliendo al cabo de su isla de Patmos, como él mismo decia, se dedicó á predicar para contener aquellas revueltas y tomó el camino de Orlemon, donde Carlostadt se hallaba, *para confundir á aquel Satandás.*

Carlostadt, amotinó al pueblo contra el maestro, al que apedrearon y cubrieron de lodo: fué á buscarle despues á la hosteria del Oso Negro, y en este concilio de los nuevos apóstoles, todos se colmaron de inju-

rias. Lutero ofreció á Carlostadt un florin por que escribiera en contra de sus mismas opiniones; éste lo aceptó; mandaron llevar licores, brindaron uno á la salud del otro, y, al separarse, se dijeron: *Ojalá que te vea enrodado.—Permita Dios que te rompas la cabeza ántes de salir de la ciudad.*

Los clérigos turbulentos, los frailes mal avenidos con sus deberes y con la severidad del claustro, arrojando los hábitos y las cogullas, aceptaron la Reforma en cuanto les daba libertad para la vida licenciosa.

LECCON LII

MARTIN LUTERO (CONCLUSION).

Como acontece siempre, así en el extranjero como en España, en los antiguos como en los modernísimos tiempos, para su vergüenzay general menosprecio y desdoro, estas miserables comedias paran, y así es natural, en casamientos y liviandes: así, Lutero se casó con la monja Catalina Bohren y recibió del elector el donativo de su convento vacío.

Para el grosero reformador nada hubo ya digno de respeto. Del sarcástico y erudito Erasmo, á quien tanto habia adulado, al ver que lo contradecía, dijo: que aplastarlo era lo mismo que aplastar á una chinche: llamó Payaso al duque de Brunswik; á Carlos V, béstia alemana; el más abyecto de los asnos y puerco de Santo Tomás, á Enrique VIII de Inglaterra; á Juan Eck, teologastro y sofista despreciable; á la Universidad de París, á la que ántes habia apellidado madre de la ciencia y de la sana teología, récua de asnos parisienses.

¡Así paga siempre el diablo á quien bien le sirve!

Proclamado por él el libre exámen y el criterio individual, no se quejaba con razon cuando decia: «El diablo anda entre nosotros y me envia todos los dias nuevos visitantes que llaman á mi puerta: uno no quiere el bautismo, otro rechaza la Eucaristia, un tercero enseña que Dios creará un nuevo mundo ántes que llegue el juicio final; quien quiere que Cristo no sea Dios; quien esto, quien aquello: en una palabra, hay tantas creencias como cabezas; y apenas hay imbécil que no se crea visitado por Dios y profeta.»

Las últimas clases sociales, con su terrible lógica, sacaron pronto las consecuencias legítimas y finales de las premisas sentadas por el maestro.

La cuestion social asomó su espantable cabeza, estallando la guerra entre los pobres y los ricos, los nobles y los plebeyos, los ciudadanos y los villanos.

El pueblo ultrajó á los magistrados; vilipendió á los nobles haciéndoles cambiar de nombres y de trajes, y los habitantes de las aldeas entraron en las ciudades llevándolo todo á sangre y fuego.

Nicolás Storek dió vida al iluminismo de los anabaptistas; Pfeiffer excitaba al pueblo de Franconia, prometiéndole el despojo de los ricos; Tomás Münzer, imitando en sus discursos el golpear de los martillos sobre el yunque, y mandando que no se secara la sangre sobre las hojas de las espadas, sublevó á los mineros de Mansfeld, derribó palacios y templos, incendió aldeas y ciudades, predicó la comunidad de bienes, mató sin respetar sexo ni edad, resuelto á *no dejar con vida á ninguno de los que vivian en el ocio.*

Lutero entónces excitó á los grandes señores para que mataran sin piedad á aquellos *perros*, y, en su

consecuencia, el suelo de Alemania quedó sembrado de ruinas y encharcado por rios de sangre.

En vista de tal situacion, Cárlos V convocó la Dieta del Imperio, lo cual se tuvo como primer indicio de que iba á llegar al terreno de las resoluciones enérgicas, por lo que los católicos se concertaron en Dessau y los protestantes en Torgau.

Reunidos los Estados en Spira, se acordó que por entónces cada cual continuara en el camino emprendido, pero que se impidieran los progresos de la Reforma; acuerdo del cual protestaron los partidarios de Lutero, por lo que tomaron el nombre de Protestantes.

Entre tanto, creciendo la osadía de los turcos, que se habian atrevido á sitiar á Viena, para buscar remedio á tanto males, se convocó la *Dieta de Augsburgo*.

En ella presentaron los protestantes su *Confesion*, en la que, asustados Melanchton del desórden de la sociedad y de la tirania de los principes, hizo que Lutero, una vez más, acomodándose á las circunstancias; modificara muchas tésis que hasta allí habia defendido; pero no fué posible la avenencia, pues, á pesar de todos los deseos, ni entónces ni jamás pudieron conciliarse la luz y la sombra.

Los disidentes, previendo que era ya inminente la lucha material, se coaligaron en Esmalcalda, á la vez que los católicos tambien aunaron sus fuerzas.

Sin embargo, como la situacion estaba preñada de peligros, no sólo de parte de los socialistas que quemaban los libros y las obras de arte, que cargaban los cañones con inapreciables manuscritos, que proclamaban la poligamia y la comunidad de bienes, sino del turco, que habia invadido la Hungría, se firmó el *Interim* que garantizaba la libertad religiosa y disgustó á católicos y protestantes.

Al cabo, el tan anunciado Concilio se reunió en Trento convocado por el papa Paulo III.

Los primeros decretos del Sínodo, que declararon canónicos los libros de las Santas Escrituras y de igual fuerza éstos que la Tradición; que sancionaron que la Iglesia es único juez para resolver asuntos de fé, y los siguientes condenando la doctrina de los protestantes sobre la Eucaristía, la Confesion, el Purgatorio y las Indulgencias; y la bula del Papa depouiendo al arzobispo de Colonia, y ya en paz el emperador con el turco y el francés, hicieron comprender á todos que habia llegado la hora de acudir á las armas.

El elector de Sajonia y el landgrave de Hesse juntaron por su parte un ejército poderoso, y por la suya D. Cárlos invadió la Sajonia, y en las orillas del Elba, frente á Muhlberg, atacó á los protestantes, los cuales sufrieron tan terrible derrota (1547), que tal vez se hubiera hundido para siempre la herejía, si Enrique II, heredero de Francisco I en la corona de Francia, en su odio á Cárlos V, no hubiera distraído las fuerzas de éste uniéndose á los protestantes.

Este suceso y otras múltiples contrariedades decidieron al emperador á autorizar el tratado de Passau, en virtud del cual fueron puestos en libertad los electores de Sajonia y de Hesse, y se estableció que nadie fuera molestado por sus creencias religiosas.

Tres años despues se firmó en Augsburgo la paz religiosa, cuyas principales bases fueron: conceder la libertad de cultos á los protestantes; darles el derecho de formar parte de la Cámara Imperial, y conservar la posesion de los bienes eclesiásticos adquiridos durante estas revueltas.

Al mismo tiempo que se sucedian estos acontecimientos, la Reforma se habia ido extendiendo por

Europa, produciendo en todas partes desórdenes y guerras.

Ulrico Zwinglio, cura de Glaris, atacó desde luego todos los dogmas de la religion católica, pero dando á su herejía un carácter democrático, como Lutero se lo habia dado aristocrático.

Dividiéronse entónces los cantones en dos bandos: Uri, Switz y Unterwald, cuna de la libertad helvética, permanecieron fieles á la verdadera fé, miéntras otros siguieron al heresiarca.

Los católicos constituian la *Liga para defender la religion* y los protestantes la *Confraternidad cristiana*.

Despues de las querellas, guerras y disturbios inseparables de la Reforma, los dos bandos vinieron á las manos en Cappel, donde murió Zwinglio.

Consecuencia de esta batalla fué que, equilibradas las fuerzas de ambas facciones, aprendieron á respetarse, y así permanecen todavía, divididos los Cantones en católicos, reformados y mixtos.

Calvino extendió en Ginebra la herejía, convirtiendo á esta ciudad en centro de las conjuraciones democráticas.

Igualmente propagaron otros esta peste, en el Norte de Europa y en el Mediodía y el Oriente.

España se libró del contagio merced al celo inquebrantable de los reyes de la casa de Austria.

Martin Lutero murió devorado de mortales angustias.

Ahora bien, ¿cuál fué la influencia de Lutero y de sus colegas y sectarios en la política, en la llamada independencia de la razon humana, en las ciencias y en las artes?

En política careció de carácter la Reforma, que fué señorial en Alemania, democrática en Suiza y Ginebra; léjos de sostener la independencia del criterio

humano, opusieron los reformadores credo á credo y mataron por medio de bárbaros suplicios á los disidentes; en ciencias, hicieron muchas de sus sectas guerra implacable á los libros; las artes le debieron que no pocos monumentos fueran despedazados por el neo-iconoclasticismo de no pocos de los suyos.

Desde entónces marcha la sociedad ébria y vacilante sin encontrar punto de reposo.



LECCION LIII

CRISTÓBAL COLON.—SU PRIMER VIAJE.

(ROBERTSON: Historia de América.—
MUÑOZ: Historia del Nuevo-Mundo.—
ROSELLY DE LORGUES: Historia de
Cristóbal Colon.—ANDRÉS BERNALDEZ:
Historia de los Reyes Católicos.—
FERNANDO COLON: Vida del Almirante.
—GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO: His-
toria de las Indias.—HERRERA: His-
toria General).

En la imposibilidad de escribir la detallada historia de los viajes, descubrimientos y conquistas de los españoles en América, nos contentaremos con reseñar sumarísimamente las expediciones de Colon, de Cortés y de Pizarro; tres portentosas empresas que, inspiradas todas ellas en el catolicismo, tienen, sin embargo, cada una un tinte especial y como característico. Así, vemos en Colon la epopeya católica; en Cortés el poema caballeresco; en los Pizarros el drama trágico, donde se dan la mano y se adunan el sentimiento religioso y la crueldad, el espíritu caballeresco y la traicion, el valor que traspasa los linderos de la

temeridad, y la arteria y la astucia, todo junto y mezclado en nefando consorcio.

Ya en los principios del siglo XV, los reyes de Castilla habian despertado el amor á los viajes y á los descubrimientos protegiendo la conquista y poblacion europea de las Islas Canarias frecuentadas en el siglo XIV por navegantes españoles y franceses; espíritu que adquirió su mayor impulso en Portugal, merced á los esfuerzos del infante D. Enrique, hijo de don Juan I.

Este prócer de inolvidable memoria, edificó un palacio en la altura de una ensenada del cabo Sacro, donde se consagró al estudio de las Matemáticas y de la Astronomía, y atrayendo cerca de sí con crecidas recompensas á los marinos más expertos, convirtió su casa en un colegio naval cuyo consejo hidrográfico presidia Jáime, cosmógrafo mallorquin célebre por sus cartas y por haber perfeccionado la aguja de marear y empleado el astrolabio.

Por dos veces hizo el infante (1419) que ciertos navegantes doblaran el cabo Non, centinela de las regiones inhabitadas, terror de la familia mareante, pues detrás de sus altísimos peñascos, siempre cubiertos de mugiente espuma, se extendia lo desconocido vagando en la inmensidad.

En 1420, de orden de D. Enrique, Juan Gonzalez y Nuño Tristan doblaron el temido cabo Non, en cuya empresa una recia tormenta les hizo dar en la isla de Porto Santo, encuentro á que siguió el descubrimiento de la cercana isla de Madera.

Tres años despues los portugueses avanzaron más allá del cabo Bojador; no tardó en ser reconocido el cabo Verde, ni en que Cadamosto y Nole llegaran á las islas que llevan el nombre de este cabo, ni en ser visitado el promontorio Rojo.

La muerte de D. Enrique, aunque arrebató á los descubridores su principal protector, no fué parte para que dejara de ser la córte de Portugal el centro del progreso marítimo y Lisboa la ciudad predilecta de pilotos y navegantes.

Mientras que así se dedicaban los portugueses al descubrimiento de la costas occidentales de Africa, el revelador del Nuevo Mundo vagaba por países extraños, madurando su gigantesco pensamiento.

Era aquel Cristóbal Colon, nacido en Génova, de una familia noble aunque empobrecida, cuyo padre ejercía la oscura industria de cardador y tejedor de paños.

Cristóbal fué mandado por su padre á la edad de nueve años á estudiar en Pavia, ciudad que muy en breve abandonó, irresistiblemente atraído por su destino á los viajes y á las expediciones marítimas.

A los catorce años ya formaba parte el adolescente Cristóbal de la dotacion de un buque, recorriendo el Mediterráneo infestado de corsarios griegos, turcos y berberiscos, recibiendo en cierto combate una herida.

En 1459 era oficial en la flota mandada por Colombo.

Embarcado más adelante en un crucero, combatiendo á una nave veneciana, incendiáronse los dos barcos, y amigos y enemigos se lanzaron al mar para no ser presa de las llamas.

Aunque el lugar del siniestro distaba diez leguas de la costa de Portugal, que era la más vecina, pudo Colon ganarla auxiliado de un remo que la Providencia puso al alcance de sus manos.

Sostenido el naufrago por la caridad pública, llegó á Lisboa, donde fué acogido por su hermano segundo Bartolomé, que vivía en esta ciudad, dedicado á construir esferas é instrumentos náuticos y á dibujar car-

tas para los marinos, al que auxilió con mano experta en sus trabajos.

En esta ciudad se casó Colon con la huérfana de Bartolomé Mognis de Perestrello, empobrecido en su empresa de colonizar á Porto Santo, en cuya árida isla nació D. Diego, fruto de este enlace.

Cristóbal Colon visitó en esta época la isla de la Madera y las Azores, y en la costa de Oro, la célebre fortaleza de San Jorge de la Mina.

Observándolo todo, y estudiándolo todo, iba Colon recogiendo en todas partes hechos que confirmaban el incomparable pensamiento que habia de inmortalizar su nombre. Así supo con creciente interés que en las playas de Porto Santo habian arrojado las olas del mar, impulsadas por el Oeste, un trozo de madera primorosamente labrado; vió en poder de Alfonso V cañas de colosal tamaño que las mareas habian depositado en la playa de las Azores; supo que á Fayal habian aportado descomunales pinos de especie desconocida; que en las orillas de la isla de las Flores habian aparecido dos cadáveres cuyas facciones diferian de las de los habitantes de las Azores, y de lábios del Marino Martin Vicente recogió la noticia de que navegando á larga distancia de Europa, hácia Occidente, adquirió un trozo de madera labrada que la brisa de aquel punto cardinal impelia delante de su nave.

Por tales medios iba madurando Colon su pensamiento de descubrir las tierras que presagiaba existian hácia el Occidente.

En 1476, resuelto ya el problema en su mente, pasó Colon á Génova, donde fué rechazado su proyecto, así como en Venecia, á donde se encaminó despues.

Desairado en ambas repúblicas, le hallamos en Febrero de 1477 navegando más allá de Islandia, cuya empresa abandonó para regresar á Lisboa, noti-

cioso de que habia ascendido al trono de Portugal don Juan II, que ansiaba emular las glorias del infante D. Enrique.

Tuvo Colon varias entrevistas con el nuevo monarca, que sometió los planes del extranjero á una y otra junta de sábios, los cuales rechazaron la empresa.

Resolvióse, sin embargo, apoderarse de los planos de Colon y con ellos mandar calladamente á un experto navegante, á cuyo fin se comunicó al genovés que los depositara en manos de la comision científica, y miéntras aquél esperaba los resultados, lleno de confianza, salió una carabela que, aparentando partir para las islas de Cabo Verde, hizo rumbo á Occidente en demanda de los países desconocidos, guiándose por los papeles de Colon.

Atemorizados los expedicionarios ante la inmensidad del Océano y espantados de una terrible borrasca, regresaron al cabo, y sin poder contenerse, se mofaron de los proyectos del extranjero.

Herido Colon en lo más vivo ante semejante falsía realizó calladamente cuanto pertenecía á su mujer, que ya habia muerto, huyó de Portugal (1484), llevándose consigo á su hijo, y visitó en Génova á su anciano padre.

Entónces se encaminó á España para ofrecer su empresa á los Reyes Católicos.

Agotados los menguados recursos de Colon con los gastos de viajes tan dilatados, y ya en España, llegó, llevando de la mano á su hijo, á la portería del convento de Santa María de la Rábida, situado en la cumbre de un cerro bañado por las olas del Océano, á media legua de Palos, en la actual provincia de Huelva.

Regia el convento de la Rábida Fr. Juan Perez de

Marchena, que tras de una breve conversacion con el desconocido, poniéndose al alcance de la altura de sus pensamientos, se convirtió en su más decidido amigo y protector.

De esta manera, en un pobre convento de franciscanos, se explicaron por el génio y se acogieron por el entusiasmo ideas y conceptos unánimemente rechazados por los sábios.

Tras algunos dias de descanso, provisto de una carta del P. Marchena para el confesor de la reina, y dejando su hijo al cuidado de su nuevo amigo, emprendió Colon el camino de Córdoba, donde la córte se encontraba.

No comprendido el extranjero por el confesor de la reina, encontró dulces consuelos en el amor de doña Beatriz Enriquez, con la que se casó y de la que tuvo á su hijo Fernando.

LECCION LIV

CRISTÓBAL COLON.—SU PRIMER VIAJE. (CONTINUACION).

Sin desesperar Colon por tanta contrariedad, logró al fin ser escuchado por el gran cardenal D. Pedro Gonzalez de Mendoza, que obtuvo para él una audiencia de SS. AA., por los que fué benévolamente acogido, aunque sometiendo la cuestion, como era natural, al dictámen de una junta de sábios que al efecto se convocó para Salamanca, y se verificó en Noviembre de 1486, en el colegio de Estudios Mayores establecido en el convento de San Estéban, de la órden de Santo Domingo.

En las sesiones que al efecto se celebraron, como el proyecto de Colon chocaba en absoluto con las ideas entónces corrientes en materias geográficas, á pesar de la defensa del dominico fray Diego Deza y de otros maestros de la Universidad Salmantina, nada se resolvió, y la córte abandonó á Salamanca en 26 de Enero de 1487 para emprender la guerra contra los moros de Málaga.

Desde entónces, aunque ocupados los reyes en las

guerras contra los infieles, no dejaron de conferenciar con Colon, pagándole al efecto los gastos de viaje; acompañando así á la córte, visitando á Sevilla y á Zaragoza y recibiendo dinero, entre otras ocasiones, en 18 de Agosto de 1487, nueve dias despues de la conquista de Málaga.

El asedio de la ciudad de Baza vino de nuevo á contrariar las esperanzas de Colon, que ciñó la espada y tomó parte en las operaciones militares contra esta fortísima plaza que detuvo á los cristianos por espacio de largos meses.

El casamiento de la infanta doña Isabel con el heredero de la corona de Portugal y sus interminables fiestas; el acuerdo definitivo de la Junta de Salamanca y la campaña contra Granada, hubieran desesperado á quien no tuviese la ardiente fé de Colon, que se limitó á proponer la empresa á los duques de Medina-Sidonia y de Medinaceli, el último de los cuales se preparaba á secundarlo cuando recibió orden de la reina para que Colon se presentara en la córte.

Llegado á la presencia de la magnánima doña Isabel, ésta lo confió á D. Alonso de Quintanilla, recibéndole en varias ocasiones y asegurándole siempre que al concluir la guerra de Granada lo auxiliaria.

Mas era esta empresa tan larga y difícil, que el genovés decidió acudir al rey de Francia; pero como pensara llevar al lado de su mujer doña Beatriz á su hijo D. Diego, ántes de abandonar á España, partió para el monasterio de la Rábida.

Fray Juan Perez, al recibir á su desolado amigo, despues de una ausencia de seis años, logró detenerle confiando en una carta que escribió á la reina que á la sazón se encontraba en el real de Santa Fé, á la que S. A. contestó ordenando al P. Marchena que se pusiera en camino para el campamento, del cual re-

gresó con orden de que se entregaran á Colon veinte mil maravedís, y éste, así socorrido, emprendió su camino para Santa Fé, donde quedó confiado al Contador mayor Alonso de Quintanilla.

Rendida al fin la ciudad de Granada en 2 de Enero de 1492, y aceptado el pensamiento de Colon, se exigieron á éste las condiciones bajo las cuales realizaria su empresa; condiciones que expuestas ante una junta presidida por el confesor de la reina, parecieron tan exorbitantes, que quedaron rotas las negociaciones, y como el genovés acabara de recibir respuesta favorable del rey Cristianísimo, dando fin y remate á sus esperanzas en España, emprendió el camino de Córdoba.

En tanto D. Luis de Santangel, Contador de Aragon, y despues Alonso de Quintanilla, se presentaron á la reina haciéndole presente la pérdida que iba á sufrir España; por lo que, conmovido el ánimo de la gran princesa, ofreció empeñar sus joyas para la realizacion del proyecto, á lo que se opuso Santangel prometiendo adelantar los fondos necesarios con el tesoro de Aragon.

Colon fué alcanzado por un oficial de guardias á la entrada del puente de Pinos.

Mas, á pesar de la firme resolucion de doña Isabel, hasta el 17 de Abril de 1492 no pudieron firmarse las capitulaciones de Santa Fé, en virtud de las cuales se concedian á Colon los títulos de grande Almirante del Océano y de Virey y Gobernador de las islas y tierra firme que descubriera; dignidades que se trasmitirian á sus herederos, á las cuales la nóbilísima reina añadió en 8 de Mayo la gracia de nombrar á su hijo don Diego paje de D. Juan, príncipe de Astúrias.

Habiéndose escogido el puerto de Palos para que de él saliera la expedicion, encaminóse Colon á Córdoba y al convento de la Rábida.

Notificada la orden del armamento en la parroquia de S. Jorge de Palos, á pesar de concederse grandes inmunidades y privilegios á cuantos tomaran parte en la empresa, todos quedaron espantados al pensar que se trataba nada menos que de surcar la *Mar Tenebrosa*, sembrada de tradiciones horribles; donde, segun el Nubiense, se encontraba poca claridad en la atmósfera y grandes corrientes de aguas oscuras; donde se estrellaban las corrientes pelágicas, sembradas de hervideros, poblados de horribles monstruos; donde los árabes fijaban la crispada mano de Satanás saliendo de los abismos, para sumergir la nave que surcara sus ondas; donde el tradicional pájaro Roc esperaba á los bajeles para arrebatarlos entre sus gigantescas garras.

Trascurria, pues, el tiempo sin que nadie quisiera tomar parte en la expedicion; por lo que la reina mandó á Juan de Peñasola (20 de Junio) con órdenes aún más apremiantes, el cual sólo pudo conseguir embargar la carabela *Pinta* á pesar de las exhortaciones del P. Marchena.

Pero todas las dificultades quedaron vencidas cuando, puestos en contacto Colon y el rico armador y experto marino Martin Alonso Pinzon, por mediacion del incansable guardian de la Rábida, corrió la noticia de que Martin tomaba parte personal en la empresa. Palos ofreció entónces la carraca *Gallega*, que trocó su nombre por el de *Santa Maria*, que, con la *Niña*, completaron las tres carabelas pedidas.

Reuniéronse al fin las tripulaciones en las tres naves, para esperar el viento favorable del Este, despues de haber marchado procesionalmente al convento de la Rábida, donde oyeron misa y recibieron la sagrada Comunion de manos del P. Fray Juan Perez.

El viernes 3 de Agosto de 1492, soplando el viento deseado, embarcándose Colon en la *Santa María*, mandó izar el pabellon de la expedicion, que lucia la imágen de Jesucristo Crucificado, y en las de la *Pinta* y la *Niña* el de la empresa, que ostentaba una cruz verde y las iniciales de los reyes, y dió la señal de la partida en nombre de Jesucristo; hecho lo cual se entró en su cámara y comenzó su diario con estas palabras: *In nómine Domini nostri Jesu-Christi.*

Esta invocacion y los propósitos de Colon en favor de España, son la clave del mal disimulado ódio de los escritores protestantes hácia el inmortal descubridor del Nuevo Mundo.



LECCION LV

PRIMER VIAJE DE CRISTÓBAL COLON.—DESCUBRIMIENTOS.

Segun ya hemos dicho, Colon mandaba la Capitana que montaba 66 hombres; Martin Alonso Pinzon regia la *Pinta* con 30 tripulantes, y la *Niña*, Vicente Yañez con 24 de dotacion, que sumaban un total de 120 personas.

Despues de trocar en la Gran Canaria el timon de la *Pinta*, de cambiar las velas de la *Niña* y de renovar los víveres y el agua, permanecieron las naves detenidas por una calma chicha enfrente de la Gomera, noticioso Colon de que tres carabelas enviadas por el irritado monarca de Portugal le esperaban cerca de la isla de Hierro para cerrarle el paso.

Salvados estos peligros, avanzaban las tres pequeñas naves españolas impelidas por el viento, llenando el ánimo de Colon de alegría celestial y sembrando la duda y el espanto en las tripulaciones que veian cambiarse la claridad del dia y el color de las aguas, descender el horizonte y desaparecer las constelaciones que se cambiaban por otras desconocidas, y des-

aparecer la perfecta regularidad de la brújula, su única guía en aquel inmenso Océano sin orillas.

Pocos dias despues los espíritus se tranquilizaron un tanto ante el espectáculo de una golondrina de mar y un junco que pasaron junto á la *Niña*; más adelante reanimaron aún á las tripulaciones lo suave de la temperatura, la transparencia del mar y la multitud de hierbas que parecian acabadas de arrancar de los peñascos; dias despues alegráronse con la pesca de un cangrejo enredado entre algas y la presencia de los atunes, á que se siguió la vista de alcatraces y de un playero y la multitud de hierbas que daban al Océano el aspecto de un verde prado; causa de alegría que se convirtió pronto en verdadero terror, pues las plantas comenzaban á espesarse tanto que era posible que, aumentándose más, enclavaran las naves sin poder pasar adelante ni retroceder.

El 22 de Setiembre comenzaron las hierbas á desaparecer y se vieron gaviotas y otras aves, indicios que no calmaron á la tripulacion, asustada con la constancia del viento que los impelia al Oeste, constancia que les hacia entrever el riesgo de jamás poder volver á la ansiada patria.

El 25, al ponerse el sol, Martin Alonso, engañado por las apariencias, gritó *tierra*, desde la popa de la *Pinta*; engaño que animando todos los corazones, produjo despues grande excitacion de desaliento.

Al amanecer del 1.º de Octubre, el oficial de guardia anunció entre el pavor de todos que se habian caminado 678 leguas al Oeste, cuando Colon sabia que eran realmente 707 las andadas.

En tanto, aunque cada vez crecian las señales de la proximidad de la tierra, era tal la exasperacion de los ánimos, que los tripulantes se unieron de comun

acuerdo para obligar á Colon á virar en redondo ó arrojarlo al mar si á ello se negaba.

Martin Alonso Pinzon se unió al cabo á los descontentos con sus dos hermanos; así, en la noche del 10 de Octubre, la *Pinta* y la *Niña* abordaron á la Capitana, y todos armados saltaron sobre la *Santa María* é intimaron á Colon que retrocediera á España.

Colon pudo milagrosamente imponerse á los suyos, disipándose la conjuracion ántes que la noche.

Al siguiente dia crecieron aún más las señales de próxima tierra; cada vez el viento era más balsámico, y las gaviotas más frecuentes; pasaron cerca de las carabelas cañas verdes, maderas labradas, un manojo de hierbas terrestres y la rama de un árbol cargada de bayas rojas.

Al anochecer, despues que hubieron las tripulaciones rezado el *Salve Regina*, reuniéndolos á todos, les dirigió Colon una tierna plática, en la que, recordándoles las mercedes que el Señor les habia otorgado en tan largo y temeroso viaje, les anunció que la tierra estaba inmediata, que durante aquella noche llegarían al ansiado término de su empresa, y ordenó que se pasara en vela y en oracion.

Como á las diez, el almirante subió á cubierta para examinar el oscuro horizonte, y, viendo á lo lejos una luz, llamó primero á Pedro Gutierrez y Rodrigo Sanchez, que confirmaron la observacion.

Devoraban las tripulaciones el espacio cuando resonó el cañon y la voz de ¡tierra! en la *Pinta*.

A esta mágica palabra Colon y las tripulaciones cayeron de rodillas entonando el *Te-Deum*.

El relój de la Capitana señalaba entónces las dos de la madrugada.

A la incierta luz de la aurora comenzó á destacarse ante los expedicionarios, habituados á la eterna

monotonía del Océano, una tierra cubierta de soberbias florestas, entre las cuales brillaba á los primeros reflejos del sol el limpio cristal de un lago.

Era la encantadora isla de Guanahani, centro de la primera línea de las Lucayas.

Colon y los capitanes de la la *Pinta* y la *Niña*, seguidos del estado mayor, desembarcaron en aquella tierra mágica, plantando el estandarte de la cruz y posesionándose de ella en nombre de la Corona de Castilla, dándole el nombre de San Salvador.

Acudiendo poco á poco los naturales, hasta entónces escondidos, y viéndose tratar por Colon con su bondad acostumbrada, no se cansaban de mirar y de palpar á los reciénvenidos, que consideraban como enviados del cielo.

Al despuntar el alba del siguiente día, embarcados en piraguas hechas de un solo tronco de árbol, rodeaban los indígenas á los tres buques, trocando los productos de su tierra por baratijas insignificantes.

Eran los isleños de estatura elevada, de color aceitunado, barbílampiños, de poblada cabellera recortada por la frente y suelta sobre las espaldas; carecían de toda vestidura con que cubrir sus carnes pintadas de diversos colores; desconocían el uso del hierro, y consistían sus armas en palos endurecidos al fuego con una punta de pedernal ó un diente de caiman en uno de los extremos.

Colon, despues de reconocer la isla y de retener á siete indígenas para llevarlos á Castilla, y, despues de convertidos al Cristianismo, devolverlos á su patria, se dió á la vela, asombrándose de la multitud de bellas islas que ante sus ojos se presentaban, segun avanzaban las naves.

Así, descubrió sucesivamente la Concepcion, la Isabela, Fernandina, las de Arena y, por último, Cuba

que avistó al anochecer del 27 de Octubre de (1492).

Preciso es renunciar á describir el efecto producido por la reina de las Antillas en el ánimo de Colon y de los navegantes de las tres carabelas. Ante aquella tierra maravillosa, ante sus portentosas flores, ante su ambiente saturado de balsámicos perfumes que recorrian pájaros de deslumbrante plumaje, exclamó Colon que *aquella era la isla más hermosa que jamás vieron los mortales.*

Habiendo saltado Colon en tierra puso á esta isla el nombre de Juana, en memoria del infante D. Juan, y más adelante penetró con la armada en el rio Mares, al que regresó visitadas las costas cercanas.

Reconocido el interior, fueron recibidos los españoles por los indigenas como gentes celestiales.

Las casas donde estos sencillos isleños habitaban eran á modo de pabellones, cubiertas con hojas de palmas; en ellas algunos muebles ostentaban figuras y cabezas talladas en madera; excepto pocas mujeres, todos vivian en completa desnudez; los campos hallábanse bien cultivados y adornados de vistosos jardines; los hombres fumaban tabaco, uso que por vez primera se observó; cultivaban con grande esmero el algodón, de que eran las hamacas, las redes y otros diversos tejidos; eran sus costumbres suaves y sencillas, y las armas semejantes á las otras vistas en las vecinas islas.

Después de haber recorrido parte de las costas, en la noche del 22 desapareció Martin Alonso Pinzon, con la *Pinta*, movido de la ambicion de encontrar países abundantes en oro.

Visitado parte del litoral de Cuba, descubrió el Almirante la isla de Quisqueya, de Bohio ó de Haiti, que con estos varios nombres era conocida, entrando el 6 de Diciembre (1492) por una ensenada que puso

bajo la invocacion de la Vírgen, apellidando San Nicolás al puerto y al cabo que la limitaban al Norte: Colon apellidó á esta isla la *Española*.

No sin vencer grandes dificultades, entró el Almirante en relaciones con los indígenas y recibió en 18 de Diciembre la visita del cacique de la parte de la isla en que se encontraba, prosiguiendo al dia siguiente el reconocimiento del país y siendo ya recibidos en todas partes con grande agasajo de indios y caciques que á porfía ofrecian oro y víveres á los españoles, tenidos aquí, como en Cuba, por séres sobrenaturales.



LECCION LVI

PRIMER VIAJE DE CRISTÓBAL COLON. (CONCLUSION).

El 24 de Diciembre, con el objeto de visitar á Guacanagari, poderoso señor de la parte Noroeste, movióse la armada, en cuya noche dió la *Santa Maria* en un bagío de que no pudo sacarse la nave, cuyos restos salvaron los naturales. En este paraje edificó Colon un puerto, aprovechando los restos del buque destruzado, primera colonia hispano-americana, á la que dió el nombre de Navidad, dotándola de treinta y nueve hombres y por capitan ó gobernador á Diego de Arana.

Encomendando á todos que sembraran las semillas aportadas de Europa; que guardaran la obediencia debida á sus jefes; que indagaran los criaderos del oro; que trataran bien á los naturales; que respetaran á las mujeres; que se condujeran, en fin, como verdaderos cristianos, reembarcóse para reconocer las costas hácia el Este, encontrando á poco á la *Pinta*, cuyo capitan procuró disculparse con fútiles excusas.

Pero la ambicion y las rivalidades de los Pinzones, el mal estado de los buques y el deseo de dar cuenta á Doña Isabel del resultado de su navegacion, para volver con nuevos auxilios, decidieron á Colon á emprender sin más dilaciones la vuelta de Castilla.

Prosiguiendo, sin embargo, en su navegacion, tropezó con una raza belicosa (los ciguayenos), que expuesta á las invasiones de sus vecinos los caníbales, habia contraido costumbres guerreras.

Ansiaba el Almirante sojuzgar á estos temibles comedores de carne humana, cuando levantándose viento favorable para volver á España, puso hácia ésta las proas en nombre de la Santisima Trinidad.

En este viaje acometieron á las dos tristes carabelas tempestades terribles, en medio de las cuales se separaron, hasta que el lunes 18 de Febrero de 1493, consiguió la *Niña* tomar puerto en Santa Maria, la más al Sur de las Azores, perteneciente á Portugal.

De ella pudo salir no sin hallarse á punto de ser víctima de la traicion de los portugueses.

Terribles tempestades volvieron á atacar á la *Niña* que milagrosamente se libró del furor del Océano.

La frágil nave se salvó, distinguiendo los tripulantes, al amanecer del 4 de Marzo, el elevado promontorio de Cintra, logrando entrar en el fondeadero de Rastrello.

En él quisieron humillarlo los portugueses y en él recibió al fin un mensaje de D. Juan II suplicándole que lo visitara en su retiro de Valparaiso, donde, á par de recibir grandes honores, corrió Colon los mayores riesgos, pues no faltó quien propusiera al rey su muerte, en el Consejo celebrado bajo la presidencia del monarca.

El viérnes 15 de Marzo, llegó la *Niña* al puerto de Palos, donde fué recibida con indescriptible alegría.

Pocas horas despues arribaba la *Pinta*, de la que huyó en un bote, río abajo, Martin Alonso Pinzon, que, salvo de las anteriores tempestades en el golfo de Vizcaya, no dudando de la pérdida de la *Niña*, habia escrito á los reyes atribuyéndose el honor de los descubrimientos, y que, al divisar en salvo la carabela del Almirante, adivinó que estaba perdido.

Tras de cumplir las promesas hechas en la mar; tras de disfrutar de la comun alegría y de permanecer siete dias en la Rábida, al lado de su grande amigo Fray Juan Perez de Marchena, se trasladó Colon á Sevilla, donde recibió carta de los reyes invitándole á pasar á Barcelona, ciudad donde se encontraba la córte.

El viaje del Almirante desde Palos á la ciudad condal fué un verdadero triunfo, pues las gentes acudían en tropel para aclamar al héroe y contemplar su extraña comitiva.

El 15 de Abril fué recibido Colon por los reyes en la Sala de ceremonias del alcázar, donde lo aguardaban con el príncipe D. Juan.

Imposible seria, áun á la imaginacion más privilegiada, trazar el cuadro de lo que aconteció en Barcelona al recorrer sus calles la mágica bandera que habia atravesado la *Mar Tenebrosa*, iluminada por el sol de las Antillas, conducida ahora por un piloto, escoltada por los marineros de la *Niña*; ver á otros cargados con ramas y árboles nunca imaginados; á algunos exponiendo extraños frutos, coronas, brazaletes, máscaras y cinturones de oro, penachos de deslumbrantes plumas, mazas, arcos, flechas, espadas de madera petrificada, animales muertos ó vivos; más de cuarenta loros agitándose y gritando en las perchas; siete indios adornados con pinturas blancas y encar-

nadas, al uso de su país, y á Colon rodeado de sus oficiales.

Al entrar la comitiva en la deslumbradora cámara régia, levantáronse los reyes, y doña Isabel, con las lágrimas en los ojos, no se sentó hasta que el Almirante se cubrió y tomó asiento de su orden.

Al terminar el revelador del Nuevo Mundo la historia de sus expediciones, todos cayeron de rodillas cantando el *Te Deum* que repitió el pueblo hasta en las más apartadas calles de la ciudad condal.

Los reyes, despues de colmar á Colon de mercedes, de privilegios y de honores, se marcharon de Barcelona, y Colon á Sevilla, donde se aprestaba gruesa armada, para encaminarse á las Antillas, provista de medios de colonizacion.

Al efecto, diéronse las instrucciones para el gobierno de las colonias; nombróse vicario apostólico al P. Boil, al que acompañaban doce frailes, y se estableció en Sevilla una oficina, origen del famoso Real Consejo de Indias, al frente de la cual se puso el arcediano D. Juan Fonseca.

Ya, desde el principio, Fonseca se mostró, con su espíritu pequeño, contradictor de Colon; mala voluntad que se habia de convertir pronto en hostilidad declarada.

Habia logrado tal crédito en el país la nueva expedicion, que muchos se presentaron pretendiendo tomar parte en ella, siendo necesario limitar el número á setecientas personas, amén de más de treientos aventureros que al marchar se escondieron entre la carga y en las bodegas de los buques.

Tres naos de gavia, entre las cuales, la mayor (*Marigalante*), que hacia veces de capitana, aguardaban á los expedicionarios en la bahía de Cádiz.

Antes del amanecer del miércoles 25 de Setiem-

bre de 1493, dióse á la vela la escuadra, con gran concierto y precauciones, atendida la sospechosa conducta del rey de Portugal.

Despues de un viaje próspero, navegadas ochocientas leguas, mandó Colon amainar las velas en la tarde del 2 de Noviembre, adivinando la cercanía de la tierra. En efecto, á la mañana siguiente, avistóse una isla en la mitad de la seccion de circulo que forman las pequeñas Antillas. Colon desembarcó en otra isla á que llamó Dominica, y en otra más cercana (*Marigalante*), en la que tomó posesion por Castilla de aquel archipiélago. A poco fué descubierta la Guadalupe, en la cual, con espanto de los expedicionarios, vieron éstos, entre las vituallas, cabezas y otros miembros de hombres recién muertos, cociéndose sus carnes con las de otros animales y los cascós de los cráneos sirviendo de vasijas.

Alzadas las velas, el 10 de Noviembre fueron descubiertas las islas de Monserrate, Santa María, la Rotunda, Santa María la Antigua, San Martin y Santa Cruz, donde los naturales dieron pruebas de ingenita ferocidad. En la tarde siguiente divisóse un archipiélago, la mayor de cuyas islas recibió el nombre de Santa Ursula y el resto el de las Once mil Vírgenes. Al Oeste de este archipiélago pareció la tan buscada isla Boriquen, patria de casi todos los infelices libertados del poder de los caribes que poblaban las anteriores islas. El Almirante dió á Boriquen el nombre de San Juan Bautista (Puerto-Rico).

En dos dias que la armada permaneci6 frente á esta bellisima isla, no se dejó ver habitante alguno; empero mostrábase la tierra muy cultivada y sembrada de amenísimos jardines. Segun afirmaban los indios intérpretes, los habitantes eran pacíficos, estaban sujetos á la autoridad de un rey, y eran bravos

flecheros, aguerridos por las continuas incursiones de los caribes.

No siendo posible detenerse más, salió la armada, en la madrugada del 22, y antes de anochecer, se avistó la Española, tocando en el golfo de Samaná (de las Flechas), fondeando el 25 en Monte Christi. En las cercanías del río del Oro desembarcó alguna gente que encontró dos hombres muertos, y al día siguiente otros dos, con señales ciertas de ser españoles. El 27 llegó la flota á cabo Santo: dispara algunos cañonazos y nadie responde.

¿Qué había pasado en la colonia de la Navidad durante la ausencia de Colon?

LECCION LVII

SEGUNDO VIAJE DE CRISTÓBAL COLON.

Entristecido el Almirante con tan funestos augurios, recibió á la media noche la visita de dos indígenas, uno de ellos primo de Guacanagari, los cuales le manifestaron que muchos de los españoles habian muerto, ya de enfermedades, ya en lucha entre ellos mismos, y que otros vivian en parajes apartados, con varias mujeres.

Igualmente le refirieron que los dos reyes, Caonabo y Mayreni habian acometido á Guacanagari, incendiándole sus cabañas é hiriéndole en una pierna.

Al desembarcar Colon, á la mañana siguiente, se presentó ante sus ojos un terrible espectáculo de desolacion. El fuerte de la Navidad ya no existia, y en su lugar sólo encontró restos de maderas incendiadas y fragmentos de vestidos y utensilios.

Habian sobrevenido entre los colonos querellas sobre el cambio del oro y sobre las mujeres; la insurreccion de los tenientes contra su capitan Arana; la separacion de no pocos y su marcha á los Estados de

Caonabo que los hizo degollar en el acto; la division de varios en pequeñísimos grupos asesinados por los indios; éstos, vejados, saqueados y violadas sus hijas y esposas. Diego de Arana, fiel, pero descuidado en el fuerte, habia sido muerto con los suyos por el feroz Caonabo, que, no contento aún, incendió y destrozó las propiedades de Guacanagari.

En vista de todo, el P. Boil instó por que se prendiera á este cacique, pretension que rechazó el Almirante, y que, hiriendo la vanidad de aquél, habia de ser generadora de grandes males.

Navegando hácia el Este, en los primeros dias de Diciembre, desembarcaron los españoles en paraje convenientemente elegido, donde el Almirante puso la primera piedra de la ciudad á que dió el nombre de Isabela.

Los colonos habian atravesado los mares movidos por la esperanza del oro; pero lo largo de la navegacion, la mala calidad de los comestibles embarcados, que el veedor Juan de Soria, protegido del arcediano Fonseca, habia dejado pasar, haciéndose cómplice de especulaciones indignas; la escasez de medicinas; la ruindad de los animales embarcados; todo hizo que decayera la salud de los españoles, ocupados en la edificacion de la nueva ciudad.

Vuelta gran parte de la flota á España, la nostalgia se apoderó de los expedicionarios, y Colon, despues de tomar ciertas medidas de precaucion, visitó la isla, en cuya expedicion admiró la vega Real y fundó á Santo Tomás, fuerte de que dejó encargado á Pedro Margarit, con un recio destacamento.

De vuelta á la Isabela, se vió forzado Colon á disminuir las raciones y á obligar á todos en el trabajo en la edificacion de la ciudad, sin distincion de clases; medidas que aumentaron el descontento.

En medio de estas mal encubiertas desavenencias, salió el Almirante en 24 de Abril de 1493 con tres carabelas, para proseguir los descubrimientos.

Después de recorrer la costa boreal de la Española, llegó á Cuba, que principió á visitar por la parte del Sur. Desde aquí se encamina á la Jamáica; vuelve á Cuba á mediados de Mayo; llega al cabo de Santa Cruz; reconoce el peligroso archipiélago llamado Jardin de la Reina y la isla de Pinos; vuelve á Jamáica; retrocede; visita á Amona, islote entre la Española y Puerto-Rico, y, enfermo y perdidas las fuerzas, regresa á la Isabela en 29 de Setiembre de 1494, donde encuentra á su hermano Bartolomé que habia llegado con tres carabelas y provisiones, á que se siguió la llegada de otras cuatro naves con refrescos, ropas y mercancías, y lo que fué parte mayor para el restablecimiento del Almirante, nuevas pruebas del cariñoso afecto de la Reina Católica.

Empero el P. Boil, faltando á los deberes de su ministerio, volviése á España con otros descontentos, en particular Margarit, que durante la ausencia de Colon habia puesto la isla á riesgo de perderse.

Con efecto, este caudillo, contradiciendo las instrucciones del Almirante, hizo con su conducta aborrecible el nombre español entre los indios, y abandonó su puesto sin dejar sucesor. Sin cabeza los soldados, recorren la isla entregándose á todo género de excesos, y los naturales, pasando del terror á la desesperacion, matan á cuantos españoles pueden. Caonabo y Macoriz los acaudillan acometiendo los fuertes y atreviéndose á pensar en apoderarse de la Isabela.

Repuesto Colon, restablece en parte el orden, castigando primero á Macoriz; manda á España al capitán Torres con cuatro naves cargadas de los prisioneros reducidos á esclavitud, con cierta cantidad de oro

y otros productos de la isla. Auxiliado del fiel Guacagari, acomete á los indios que lo esperaban en número de más de cien mil, los derrota y Caonabo deja libre la fortaleza de Santo Tomás que habia tenido asediada por espacio de treinta dias. A poco, valiéndose de una atrevida astucia, apodérase el capitán Ojeda de este feroz caudillo, que conduce prisionero á la Isabela, sucesos que completa el mismo Ojeda venciendo y aprisionando al hermano de Caonabo.

Pacificada la isla, impone Colon un tributo de capitacion que habian de satisfacer unos en oro y en algodón otros.

En tanto habian llegado á España el P. Boil, Margarit y otros descontentos, sembrando por todas partes calumnias contra el Almirante; por lo que, y para que depurara la verdad, fué nombrado, como Juez pesquisidor, Juan Aguado, que en cuanto llegó á la Española, léjos de cumplir con la imparcialidad de su cargo, trató desabridamente al mismo Almirante, y alentó á los descontentos y rebeldes, en tanto que se recibian noticias de ricas minas de oro en las cercanias del Hayna.

Disgustado el Almirante con la conducta de Aguado, resolvió venir á España para desvanecer las calumnias de sus enemigos, como lo hizo, dejando en la isla con título de Adelantado á su hermano Bartolomé, embarcándose con una buena cantidad de oro, treinta indios, entre ellos el cacique Caonabo y su hermano que fallecieron en el camino devorados de nostalgia, llegando á Cádiz el 11 de Junio de 1496.

Colon marchó á Búrgos, residencia entónces de la córte, rodeándose del aparato que la vez primera cuando llegó á Barcelona; produciendo en todos gran entusiasmo la vista de los insulares adornados con planchas, carátulas y otras alhajas; los ídolos, mues-

tras de colores finos, el palo del Brasil, las especerías, los ejemplares de metales, los granos de oro, algunos del tamaño de nueces, y la corona de Caonabo.

A pesar del renaciente entusiasmo y de la buena voluntad de los reyes, las circunstancias contrariaban los proyectos de Colon. La guerra con Francia, la redencion de Nápoles, la defensa del Rosellon, los proyectados casamientos del príncipe D. Juan y de su hermana, la fuerte escuadra que se apercibia para llevar á Flandes á la infanta y traerse á la princesa de retorno, concentraban todos los recursos y voluntades.

Cuando menguaron estos inconvenientes, se pensó ya en mandar nuevos colonos á las islas; pero era tal el efecto producido por las calumnias de Margarit y del P. Boil, de la enemistad de Fonseca á los colonos y de la mala salud de los que regresaban, que, negándose todos á formar parte de las dotaciones de los buques, fué preciso conceder grandes perdones á los sentenciados por delitos y faltas, con tal de servir por espacio de cierto tiempo en las Indias

Otro acontecimiento que hirió de muerte el gran corazon de la Reina Católica, fué el fin de la preciosa vida de su hijo el príncipe D. Juan, gérmen de tantas esperanzas, que acabó en 4 de Setiembre de 1497.



LECCION LVIII

TERCER VIAJE DE CRISTÓBAL COLON.—EL COMENDADOR BOBADILLA.

A la postre, vencidas todas las dificultades, entre las que no eran las menores las que oponía D. Juan de Fonseca, ya obispo de Badajoz, en 30 de Mayo de 1498, zarpó Colon del puerto de San Lúcar, con una nave de gavia y cinco carabelas; y deseando hacer nuevos descubrimientos y socorrer pronto á la Española, en las inmediaciones de la isla de Hierro, despachó tres carabelas, y él con las otras tres naves hizo rumbo hácia la Zona Tórrida en busca de las islas de Cabo Verde. Ya en Bella-Vista se inclinó al Noreste, y, despues de horribles sufrimientos, en la noche del 31 de Julio, descubrió las tres cumbres de la isla de la Trinidad. Prosiguiendo adelante en sus descubrimientos, despues de correr grandes riesgos en la Boca del Dragon, sin sospechar que habia descubierto un nuevo continente; despues de visitar buena parte de aquellas costas, donde tuvo noticia de criaderos de perlas y de oro, recorrió el golfo de Párria, del que salió milagrosamente; divisó las dos islas

del Compas y Asuncion ; llegó á la espléndida Margarita, y al triste islote de Cubagua. Más adelante hubiera seguido Colon, descubriendo las costas del nuevo continente; pero una terrible oftalmia que le tenia privado de la vista, y sus cuidados por los colonos de la Española, hicieron que se encaminara á esta isla, llegando á la pequeña Beata, donde abrazó á su hermano Bartolomé, que acudió á su encuentro, desde donde se trasladó á Santo Domingo que Bartolomé Colon habia fundado en la márgen izquierda del Ozama.

¿Qué habia ocurrido en la Española en los dos años y medio escasos que habia durado la ausencia del Almirante? (10 de Marzo de 1496 á 30 de Agosto de 1498.)

Faltos los colonos de socorros positivos, hambrientos, desesperados y reducidos á la mayor desnudez, quisieron visitar los Estados del rey de Jaragua, Behechio, cerca del cual se habia refugiado su hermana la bella é ilustre princesa Anacoana, viuda de Caonabo. Por mediacion de esta incomparable y cultísima señora concertó el Adelantado el pago de un tributo con los indios en frutos de la tierra, y fueron recibidos los suyos con grandes fiestas, cantares y bailes.

El Adelantado, para que los suyos pudieran provisionarse con menos dificultad, los dividió en secciones, y aquéllos, en vez de guardar el respeto y el amor que aquél les encargara, se entregaron á todo género de actos contrarios á la propiedad y al honor, llegando uno de ellos á ultrajar en el suyo á la esposa predilecta del gran cacique Guarionex.

Una terrible sublevacion de los indios siguió á estos criminales hechos; sublevacion que fué vencida por el Adelantado, que mostró su gerosidad y su justicia dando libertad á Guarionex que habia sido he-

cho prisionero, y castigando al lascivo español causa de estos tumultos; justicia que irritó más y más á los turbulentos colonos.

Creciendo aún el descontento, la hez de la colonia, irritada contra Bartolomé Colon, puso sus ojos en Francisco Roldan, antiguo familiar del Almirante á quien éste habia elevado á la Alcaldía mayor, que, unido al traidor Diego de Escobar, fué el alma de los descontentos, los cuales se entregaron á todo género de excesos.

En tal estado encontró Colon la isla á su vuelta de España.

El Almirante procuró conciliar todas la voluntades, concediéndolo todo á los rebeldes y ofreciéndoles el paso á España, en las cinco naves dispuestas á partir de la isla.

Cuando estas turbulencias parecian aplacarse por la inagotable bondad de Colon, llegó la noticia de que habian arribado al puerto de Yaquimo ciertas naves mandadas por Alonso de Ojeda con nuevos españoles; el cual, confiado en el favor del obispo Fonseca y violando los privilegios concedidos á Cristóbal Colon, volvía del golfo de Pária y de las Perlas, con oro y esclavos, excitando á los turbulentos á alzarse contra el Almirante.

Por fortuna, léjos de unirse Roldan al reciénvenido, luchó con él, y lo obligó á reembarcarse, recorriendo la isla su antigua tranquilidad tras la ejecucion de algunos de los mal contentos.

Pero la cólera y la saña de Fonseca contra Cristóbal Colon, como la gota de agua cayendo de continuo sobre la piedra, habia de producir sus efectos.

El judío Jimeno de Bribiesca, que habia insultado á Colon en el momento de partir para su segundo viaje, habia sido ascendido por aquél al empleo de paga-

dor de la marina. Así, cuantos españoles regresaban, pobres, enfermos y malcontentos, eran acogidos por el obispo y sus parciales, excitándolos más y más contra Colon; negábase á todos el pago de sus atrasos, y por tal manera se les encaminaba cólericos hácia Granada, para que expusieran á los reyes sus quejas contra el extranjero.

Fueron estas quejas tales y tan redobladas, que doña Isabel, pretendiendo hacer justicia, nombró al comendador D. Francisco Bobadilla que gozaba del afecto del obispo Fonseca y de gran reputacion en la córte (Decreto de 21 de Marzo de 1499), con comision especial de informar acerca de las turbulencias ocurridas en la Española; de proceder contra los que se hubieran levantado contra el Almirante; de reducirlos á prision; de secuestrar sus bienes, y de jugarlos con todo el rigor de las leyes (*Coleccion Diplomática*, número CXXVII); comision á que más adelante, creciendo las calumnias contra Colon, se agregaron nuevas facultades, en la hipótesis de que éste no obedeciera al comisionado (*Coleccion diplomática*, números CXXVIII y CXXIX).

Mientras esta nube se preparaba en España, renacia la paz en la isla, merced á las victorias alcanzadas sobre los indios y á la sumision de los rebeldes.

Ocupado el Almirante en el engrandecimiento del fuerte de la Concepcion, gobernaba en Santo Domingo su hermano D. Diego, cuando un lunes 23 de Agosto distinguiéronse desde la ciudad dos carabelas que pugnaban por ganar la embocadura del Ozama, las cuales conducian al comendador Bobadilla y su séquito.

Enviada una embarcacion para informarse, apoyándose el comendador en la borda, contestó con palabras arrogantes y amenazadoras.

Al desembarcar, mostró el recién llegado su ira contra el Almirante, y á poco penetró en la propia casa de éste y se apoderó de cuanto encontró en ella, incluso los papeles y notas del mismo, atrayéndose á la vez con grandes mercedes á los rebeldes.

Léjos de oponer resistencia Cristóbal Colon al arrogante comisionado, se dirigió inerte á Santo Domingo. Al tener noticia de la proximidad de su llegada, Bobadilla, seguro ya de que no encontraba resistencia, como temia, mandó prender á D. Diego Colon y encerrarlo en una carabela, sujeto con grillos. Cuando llegó el virey, rehusando su visita, hizo lo propio con él, sujetándolo en la fortaleza con los piés cargados de hierros.

No paró aquí la cristiana humildad del Almirante, que á todo se sometia, pues escribió á su hermano el Adelantado, que se hallaba en Jaragua, suplicándole que abandonando todo conato de resistencia, se presentara solo en Santo Domingo, como así lo hizo don Bartolomé, sufriendo la misma suerte que sus hermanos al penetrar en la ciudad, donde fué sujetado con grillos y conducido á otra carabela.

Entónces fué cuando el feroz Bobadilla, halagando á los rebeldes, amenazando á los débiles é intimidando á los adictos, comenzó la sumaria contra los tres hermanos, á los cuales insultaba desde los alrededores de sus respectivas prisiones.

Cuando estuvo bien tejido aquel enredo de villanas calumnias, Cristóbal Colon y sus hermanos fueron conducidos, siempre con grillos, á bordo de la carabela *Gorda* y entregados al capitán Alonso de Vallejo que, á pesar de ser protegido de Fonseca, en cuanto zarpó la nave, quiso quitar los hierros á Colon; favor á que éste se negó no queriendo que le fueran limados éstos, sino de orden de los reyes.

El viaje de la *Gorda* fué uno de los más prósperos que hasta entónces se habian verificado; pues habiendo salido la nave de Santo Domingo en primeros de Octubre, entraba en la bahía de Cádiz en 1.º de Noviembre.

Colon escribió una carta á doña Juana de Torres, nodriza del infante D. Juan, que se hallaba en Granada con la córte, dándole cuenta de los sucesos; carta que la nodriza puso en manos de la reina de Castilla, la cual, llena de indignacion, mandó instantáneamente un correo extraordinario con órden de poner en libertad á los tres hermanos, otra para Colon deplorando la barbarie de Bobadilla y una libranza de dos mil ducados en oro para que se trasladaran á la córte.

El 17 de Diciembre recibieron los reyes al virey y á sus dos hermanos, dándoles las más expresivas muestras de cariño, y pocos días despues, la reina recibió sola á Colon, derramando abundantes lágrimas al escuchar la relacion de las desventuras del inmortal descubridor de las Indias.

Bobadilla fué depuesto y nombrado en su lugar un gobernador interino, para que aplacara los ánimos en la Española, ántes del regreso de Colon, cargo que se confirió al comendador de Larez, D. Nicolás de Ovando, que salió al frente de una flota de treinta y dos velas.

LECCION LIX

CUARTO VIAJE DE CRISTÓBAL COLON.—SU REGRESO Á ESPAÑA.

(M. COLMEIRO: Los restos de Colon.)

Colon, hospedado por sus inquebrantables amigos de la Orden Seráfica, á la vez que se ocupaba en su *Coleccion de las profecias sobre la reconquista de Jerusalem g el descubaimiento de las Indias*, y en el estudio de las Santas Escrituras, ofrecia á la reina proseguir sus descubrimientos, durante el gobierno interino de D. Nicolás de Ovando.

En los encantados bosques de la Alhambra fué sin duda donde adivinó Colon que al mediar el continente por él descubierto, debia existir una solucion de continuidad (LOPEZ DE GOMARA, HERRERA, LAS CASAS, BENZONI, IRVING), el istmo de Panamá, tal como hoy imagina que quede Fernando de Leseps, el génio de las obras titánicas en las tiempos modernos.

Prendada doña Isabel de estos proyectos concedió á Colon los oportunos recursos.

El Almirante sólo exigia cuatro naves de poco ca-

lado, para dos años; tiempo que calculaba preciso para descubrir el estrecho, que, desde el Atlántico, lo habia de conducir al Pacífico, volviendo por el mar de Asia y las costas de Africa á España.

El virey salió, pues, de la bahía de Cádiz llevando en cuatro pequeñas embarcaciones (*Capitana, Santiago de Palos, Gallega y Vizcaina*), sin contar los oficiales de su casa y cuatro intérpretes, ciento cincuenta hombres, su hermano D. Bartolomé y su hijo D. Fernando; llegando felizmente á la Gran Canaria, de la que salió en la tarde del 25 de Mayo de 1502.

Felicísimo fué este viaje de Colon, que, queriendo cambiar la pesadísima *Gallega* por una de las treinta y dos naves con que debia volverse á España Antonio de Torres, despues de dejar en la Española á Ovando, prediciendo una terrible tempestad, al llegar á una legua de Santo Domingo, echó el ancla y mandó al capitán de la pesada nave para que formulara su deseo.

Prohibida á Colon su estancia en la Española, no creyéndose en la necesidad del cambio de buque, y serena y tranquila la atmósfera, negáronse sus peticiones al Almirante.

Rogó éste que á lo menos se detuviera la marcha de la escuadra por espacio de ocho dias, pues la tempestad iba á estallar; pero, convocados los oficiales de aquélla, todos se rieron del vaticinio del *falso profeta*.

Colon, en vista de todo, alzó anclas y se refugió en un ancon, preparándose para recibir la tormenta que con su prevision de experto marino veia avanzar con vuelo vertiginoso.

En tanto, aprovechando la licencia de Ovando, habianse embarcado en la flota de Antonio de Torres muchos hombres entre los que se encontraba Roldan y otros de los principales rebeldes á la autoridad del virey, todos hartos de oro y de sangre, que llevaban

consigo el fruto de sus depredaciones. Iban tambien con la escuadra el contumaz cacique Guarionex, cien mil pesos pertenecientes á los derechos de la Corona, la famosa pepita de oro valorada en tres mil trescientos pesos y tanta cantidad de oro como jamás se habia visto reunida.

Entre los expedicionarios se contaba el comendador Francisco Bobadilla, de funesta memoria, que destituido del gobierno, se consolaba de su desgracia con las grandes riquezas que habia acaparado en la isla.

La escuadra partió del Ozama impelida por una dulce brisa; mas, apénas andadas ocho leguas, el cielo y el mar quedaron inmóviles; la atmósfera tornóse pesada y sofocante; claros indicios, áun para los ménos expertos, del huracan predicho por Colon.

El golpe sucedió brevemente al amago; levantáronse las olas con increíble furia; el huracan empujó á las unás contra las otras naves; de éstas, unas se abrieron al choque arrojando revueltos y confundidos los tesoros y los hombres que encerraban; algunas, llevadas á mayor distancia, bajo paralelos lejanos, perecieron entre más prolongadas angustias.

De la famosa escuadra de Antonio de Torres, únicamente regresaron á la isla dos ó tres cascos maltruchos, con la gente más pobre, y un hidalgo, Rodrigo de Bastida, al que D. Francisco de Bobadilla habia perseguido cruelmente.

Solo una nave, la más pequeña y frágil, la *Aguja*, la que por lo mismo aportaba el caudal del Almirante, llegó á España.

En dia tan espantoso perecieron más de mil quinientos hombres, entre los que se hallaban el bárbaro Bobadilla, el que aprisionó con grillos, sin escucharlos, ni admitirles defensa, á los tres hermanos Colon,

Francisco Roldan y sus cómplices, rebeldes contra el virey y verdugos de los pobres indios; en él sucumbió el intratable cacique Guarionex que habia rechazado tenazmente el Evangelio.

En tanto se salvaba en Puerto Escondido la nave del Almirante.

¡Y aún habrá quien se atreva impiamente á negar la intervencion de la Providencia en los sucesos humanos!

Desde la Española tocó Colon en Jamáica y en los Jardines de la Reina, al Sur de Cuba, y de aquí gobernó resueltamente hácia el Sur, en busca de su imaginado estrecho, descubriendo la isla de Guanaja, centinela del golfo de Honduras, en cuyas cercanías sorprendió un gran barco que cargado de mercancías con varias mujeres y veinticinco hombres, venia de la península de Yucatan.

Enfermo Colon y combatido por recias tempestades, avanzaba por las costas de Guatemala, siempre buscando su imaginado estrecho, hasta que en 14 de Setiembre llegó al promontorio que señaló con el nombre de cabo de Gracias á Dios. Prosiguiendo las naves en la inquisicion de la costa, hallaron diferentes pueblos, especialmente uno (Costa Rica), en que vieron adivinos y nigrománticos que embalsamaban á los muertos, que adornaban los sepulcros con esculturas de animales y retratos de los finados, y otros muchos que lucian adornos de oro, echó el ancla en Puerto Bello. Al fin, prosiguiendo en la exploracion de la costa, llegó al Nombre de Dios, desde donde retrocedió á Porto Bello.

En pos de arrostrar grandes borrascas, miéntras agonizaba el Almirante, y despues de sufrir la cólera de muy recias tormentas, estuvieron los expedicionarios á punto de sucumbir ante una tromba marina,

de la que escaparon milagrosamente, y llegaron á Veragua, donde realizaron cambios de oro por bujeras europeas; lucharon con el feroz caudillo Quibian, y perdieron la *Gallega*; pero reconocieron el país más abundante entónces en criaderos de oro.

Persistiendo aún Colon en buscar el estrecho, gobernó al Este; pero, estando sus naves en tan mal estado, por efecto de las continuas tempestades, que tuvo que abandonar la *Vizcaina*; y aún llegó al cabo de San Blas y diez leguas más al Oeste.

Retrocediendo ya, en vista de la desesperada situacion de sus barcos, tocó en la Tortuga, en los Jardines de la Reina y en Macaca y en Cuba, desde donde las tempestades lo arrojaron á la costa Norte de la Jamáica.

Siéndole imposible continuar la navegacion, fueron varadas ambas naves, y allí vivieron los desdichados náufragos de los alimentos que les traian á cambio los naturales, donde faltando éstos y enfermo el Almirante, ocurrieron contra él gravísimas sediciones.

En situacion tan desesperada, el heroico Diego Mendez se comprometió á marchar á la Española en una frágil canoa, comprada á los indios, en demanda de socorros; ejemplo que siguió Bartolomé Fieschi, capitan de la *Vizcaina*, á los que acompañaron seis españoles y diez indios que llegaron milagrosamente á Cuba.

Mendez encontró á Ovando en Jaragua.

Ovando entretuvo al enviado del virey, con fútiles excusas, ocupado en los asuntos de Jaragua.

Muerto Behechio, rey de estos Estados, le habia sucedido en ellos su hermana Anacoana, mujer la más culta de la isla.

Por desgracia de esta princesa, habíanse quedado

al marcharse para España Roldan y sus cómplices, algunos de los más malvados; los que, para anticiparse á las quejas que de sus desmanes habían de llegar hasta el gobernador, le escribieron testificándole que los indios preparaban un terrible levantamiento.

Queriendo Ovando examinar los hechos por sus mismos ojos, tomó el camino de Jaragua, y, noticiosa de su llegada la célebre reina, invitó á los caciques que de su autoridad dependian, y todos salieron á recibir á Ovando con danzas y flores, alojándolo ostentosamente.

Preocupado el receloso gobernador con las calumnias de los bandidos de Roldan, convidó á los indios para que presenciaran los ejercicios de equitacion de los españoles.

Cuando Anacoana y sus indios inermes estuvieron reunidos, á una señal de Ovando, cayeron sobre ellos los españoles llevándolo todo á sangre y pereciendo abrasada la capital de Jaragua.

La ilustre Anacoana fué condenada á morir, víctima de un proceso infame.

En tanto que estos sucesos ocurrían en la Española, los náufragos de la Jamáica se hallaban en una situacion horrible. Cansados los indios, no les llevaban ya mantenimientos; el Almirante se encontraba gravísimamente enfermo, y casi todos sus compañeros se habian rebelado, acaudillados por Francisco de Porras, al que aprisionó D. Bartolomé Colon, matando en lucha personal á Juan Barba é hiriendo á otros.

Tal se encontraban las cosas en Jamáica, cuando Ovando, no pudiendo ya resistir más el clamor levantado en la Española, trascurrido más de un año de la llegada de Mendez y Fieschi, mandó una carabela,

que, con otra, armada por el primero, recogió á Colon y á los suyos.

Ovando rodeó de asechanzas en Santo Domingo al Almirante, que disgustado por esto y por la miseria en que la isla habia recaido, decidió su vuelta á España, para donde partió en 12 de Setiembre, llegando en 7 del siguiente mes (1504).



LECCION XL

MUERTE DE CRISTOBAL COLON.

Gravemente enfermo Colon, se trasladó de San Lucar á Sevilla, foco de sus enemigos, que comandaba el implacable Fonseca. En esta ciudad hospedóse en un meson, y allí, en su lecho, llegaban hasta él *noticias que le encrespaban los cabellos*. (Carta del Almirante á su hijo D. Diego).

Eclipsábase rápida la vida de la reina, victima de una terrible enfermedad.

Doña Isabel habia recibido al fiel Diego Mendez y sabido por él las matanzas de Jaragua; el abandono del Almirante por Ovando, y su fria crueldad en todo, indignándose su noble corazon con tales nuevas, como lo desmostró al presidente del Consejo de Justicia al hablarle de Ovando: *yo vos haré tomar una resolucion cual nunca fué tomada*.

Pero la protectora de Cristobal Colon, la más grande de las reinas, entregó su alma al Creador á las 12 de la mañana del 26 de Noviembre de 1504.

Colon escribió al rey por medio de su hijo D. Diego, que fué cariñosamente recibido; pero sin obtener contestacion, así como á otras que escribió más adelante.

Un tanto mejorado de sus dolencias, en Mayo de 1505, acompañado de su hermano el Adelantado, tomó Colon el camino de Segovia, residencia entónces de la córte, donde lo recibió cariñosamente don Fernando, pero sin resolver nada; conducta que observó constante el monarca.

Disculpaba esta indecision del rey la magnitud del negocio, que no era para resuelto por una interinidad, próxima como estaba á hacerse cargo de la corona de Castilla la propietaria y su hija doña Juana, casada con el archiduque D. Felipe.

En medio de estos sucesos se trasladó Colon con la córte á Valladolid.

Cuando doña Juana y D. Felipe desembarcaron en España, recibieron una carta de Colon que les entregó el Adelantado, al que acogieron con benevolencia, prometiéndole hacer justicia.

Empero la hora de la verdadera justicia se acercaba ya para el Almirante.

En 19 de Mayo de 1506, conociendo que se acercaba su última hora, despues de sancionar en forma legal su codicilo de 1505 y su testamento de 1501, escribió de su puño y letra una lista de nombres de amigos y de legados para los mismos; y habiendo concluido con las cosas del mundo, ya no pensó más que en Dios.

Al efecto, hizose vestir el hábito de la Orden Tercera de San Francisco, el mismo con el que su augusta protectora doña Isabel la Católica quiso devolver su alma al Creador, y pidió el Viático.

Esta grandiosa escena tenia lugar en el cuarto de

una posada de Valladolid, adornado con las cadenas que sujetaron los piés de Colon por órden del infame Bobadilla.

Agonizaba el gran virey en aquella triste mansion destinada á recoger su último aliento, ante sus dos hijos, sus oficiales y algunos Padres Franciscanos, clara la inteligencia y firme la voluntad en Dios, cuando pidió la Extremauncion que le fué administrada, repitiendo las oraciones y los responsos; pocos momentos despues, pronunciando las postreras palabras del Salvador, al morir en la Cruz, espiró.

Eran las doce de la mañana del dia de la Ascension, 20 de Mayo de 1506.

Unos pocos amigos leales y los frailes franciscos, condujeron el cadáver á la Catedral, donde, despues de celebrar un funeral modestísimo en Santa María de la Antigua, lo depositaron en el panteon del convento de la Observancia.

La muerte del descubridor de las Indias pasó desapercibida para todos, exclusivamente ocupados en el viaje de la reina doña Juana y de su esposo el archiduque; en el aborrecimiento entre éste y su suegro; en que la llama de la razon de la jóven reina, como que vacilaba, próxima á extinguirse; en las intrigas y partidos que traian dividida á la córte.

El Almirante, pues, quedó relegado al olvido, hasta que, en 1513, dispuso D. Fernando que los restos del grande hombre fueran conducidos á Sevilla y que por su alma se celebraran en la catedral honras ostentosas á costa de la Corona; hecho lo cual, fueron trasladados á la Cartuja de Santa María y depositados en la cripta que mandó labrar en la capilla del Santo Cristo, al pié del altar, D. Diego Lujan.

Despues, en 1536, los restos de Colon fueron trasladados á Santo Domingo y depositados en una bóve-

da, sita al lado del Evangelio, en la capilla mayor de la catedral.

Como dos siglos y medio más adelante, cuando en 1795 abandonamos la Española en manos de los franceses, nuestras autoridades, con grande solemnidad y cuidado, recogieron los restos del inmortal vi-rey, ántes de abandonar la isla, los embarcaron en el bergantín *Descubridor*, y trasbordados de éste al navío *San Lorenzo*, que los condujo á la Habana, fueron depositados en el lado derecho del presbiterio, despues de celebrarse en la basilica ostentosas honras.

¡Triste destino el del inolvidable descubridor del Nuevo Mundo, cuyos despojos parecen destinados á no descansar en paz!

Aun no ha faltado quien, en el año pasado de 1877, haya supuesto que habian parecido los restos del Almirante en la catedral de Santo Domingo, negando la certeza de su solemne traslacion á la Habana, y queriendo impiamente hasta sembrar la duda sobre sus despojos sagrados!

Ahora bien, Cristóbal Colon fué el héroe del catolicismo que inspiró todos sus pasos.

Si Colon buscaba oro, era como medio de realizar su eterno pensamiento de conquistar á los infieles el Sepulcro del Salvador: la religion lo acogió en Santa María de la Rábida, donde encontró á Fray Juan Perez de Marchena que lo recomendó á la reina Católica, sin cuyo auxilio la gloria del descubrimiento hubiera pertenecido al rey de Inglaterra, que más adelante acogió el pensamiento del inmortal genovés.

La ignominia de las contradicciones que sufrió Colon en sus empresas, pertenece toda entera á D. Juan de Fonseca y á sus amigos y dependientes, que, con su implacable ódio, contrarió los pensamientos del Almirante y excitó á sus enemigos; que alentó por

medio de sus dependientes las rebeldías de Roldan, la saña de Bobadilla, la rivalidad de Ovando, las ambiciones de todos.

Así, no se logró la conversión de los indios, tan dulces y fáciles de atraer, que profesaban una religión desprovista de dogmas claros y definidos, de símbolos y de tradiciones, que consistía en una fé grosera en el poder de los zemés, que bajo diversas formas equivalían á los fetiches de los negros y á los manitús de los pieles rojas, cuyos Bohutís (sacerdotes), á la vez médicos y nigrománticos, ni formaban un cuerpo independiente, ni tenían dotación ni privilegios de clase; religión que no podía en manera alguna sostenerse contra el catolicismo.

De esta manera realizáronse las constantes órdenes de la reina Católica en favor de los pobres indios, y las repetidísimas instrucciones de Colon en pró de estos desgraciados, insultados en el honor de sus mujeres, forzados en las minas á un trabajo, imposible en su débil organización, por Roldan y sus secuaces, por Robadilla y Ovando. Así, de los cinco reinos de Guacanagari, Guarionex, Caonabo, Behechio y Gualfacoa, sólo quedaron escombros y ruinas, trascurridos algunos años, entre los cuales quedó sepultada la poética y espiritual Anacoana.

Atesorado el Almirante de una fé inquebrantable en la Providencia divina, poseía á la vez gran fé en su destino, fuente incontrastable de fuerza en la adversidad y de poder para el olvido de las injurias; dotado de un incomparable poder de intuición, á él se debieron grandes descubrimientos científicos, siendo entre ellos los más notables. el de la influencia que ejerce la longitud en la declinación de la aguja imanada; la declinación de las líneas isotérmicas, siguiendo el trazado de las curvas, desde las costas occiden-

tales de Europa hasta las occidentales de América; la situación del banco de fucus flotante en el Atlántico, donde se acogen y se crían los peces destinados á servir al hombre de alimento; la dirección general de la corriente de los mares tropicales; la causa de la configuración del archipiélago de las Antillas; la elevación del Ecuador y el aplanamiento de los polos, y el equilibrio continental de nuestro planeta.

Cristóbal Colon, que apareció en el momento en que espiraba la Edad Media y comenzaba el Renacimiento, pertenece por entero á la fé católica que lo sostuvo siempre; á la religion que lo amparó en los primeros pasos de su gloriosa historia; que cerró sus ojos en el solitario meson de Valladolid.

Con razon, pues, ha dicho el ilustre P. Ventura de Ráulica:

COLON ES EL HOMBRE DE LA IGLESIA.



LECCION LXI

HERNAN CORTÉS.

(BERNAL DIAZ DEL CASTILLO, Historia de la Conquista de la Nueva España.—SOLÍS, Historia de la Conquista de Méjico).

Muerto el rey D. Fernando V, sosegadas las alteraciones y desavenencias que siguieron á este acontecimiento, prepararonse los espíritus en España y en América para mayores empresas.

Gobernaba la isla de Cuba en calidad de teniente de D. Diego Colon, segundo Almirante de las Indias, el capitán Diego Velazquez, con tan buena fortuna que habia terminado su conquista y poblacion.

Pensando en mayores empresas y descubrimientos se hallaban los ánimos en la isla, donde corrían noticias de muy ricas tierras que descubrir, especialmente desde el encuentro del gran barco mercader hallado por Colon en el golfo de Honduras, cuando llegaron á Cuba ciertos soldados licenciados por Pedro Arias Dávila, gobernador de Tierra Firme, y concer-

tados con otros compañeros, en número de diez, se pusieron á las órdenes de Francisco Hernandez de Córdoba para proseguir los descubrimientos.

Reunidos estos soldados, contando con el clérigo Alonso Gonzalez y con muy escasos mantenimientos y recursos, salieron de la Habana en 8 de Febrero de 1517, y se hicieron á la vela en el puerto que los indios llamaban de Jaruco, en tres naves que regían sendos pilotos, de los cuales era el principal Anton de Alaminos, natural de Palos; y ya en alta mar, navegaron á su ventura, hácia el Oeste.

A los ventiuñ dias de su salida de Cuba, descubrieron un pueblo al que dieron el nombre de Gran Cairõ, cuyos moradores les hicieron desembarcar con muestras de paz, dándoles luego crudísima guerra. Vencidos los indios, entraron los españoles en ciertos adoratorios, donde encontraron ídolos de barro de ambos sexos, con espantables figuras y en cínicas aptitudes, y en ciertas arcas, otros ídolos y alhajas que llevaron á las embarcaciones, con dos indios que cautivaron, y que, despues de bautizados, recibieron los nombres de Melchor y Julian.

Reembarcados los expedicionarios, descubrieren, quince dias despues, el pueblo de Campeche, donde hallaron diversos ídolos y rastros de recientes sacrificios humanos, y, más adelante, el pueblo llamado Potochan, donde los indios, peleando reciamente con los españoles, mataron más de cincuenta soldados, y cautivaron á dos, salvándose el resto milagrosamente en las naves, y con doce flechazos el principal caudillo, Francisco Hernandez de Córdoba.

Heridos todos los soldados menos uno, resolvieron volverse á Cuba, como lo ejecutaron, no sin grandes trabajos, despues de incendiar una de las tres naves, desembarcando en Cuba, donde, de allí á diez dias,

murió en Santi-Spiritus el infortunado Hernández de Córdoba.

A pesar de este contratiempo, corrieron tan acreditadas las noticias de los nuevos descubrimientos, que, á la fama de ellos, se juntaron doscientos hombres, entre soldados, pilotos y marineros, que en un bergantín y tres barcos menores, á las órdenes, el primero, de Juan de Grijalva, cabeza de la expedición, y los otros tres, respectivamente, á las de Pedro de Alvarado, Francisco de Montejo y Alonso de Avila, salieron del puerto de Matanzas, en 5 de Abril de 1518.

Decayendo algo las naves en su viaje, con relación al precedente viaje, descubrióse la isla de Cozumel; pero recobrada la anterior navegacion, doblada la punta de Cotoche, peleando victoriosamente en Champoton, desembarcaron en Boca de Términos y en la desembocadura del río á que dió nombre el cabo de la expedición. Prosiguiendo en su navegacion y haciendo nuevos descubrimientos, llegaron á la desembocadura del río que llamaron de Banderas, por las que agitaban ciertos indios, que desde las cercanías los llamaban.

Eran estos enviados de Moctezuma, emperador de Méjico, que, noticioso de la expedición de Hernández de Córdoba, habia dado orden á sus dependientes para que, si los extranjeros aportaban por aquellas costas, hicieran con ellos cambios y sondearan sus intenciones y propósitos; los cuales así lo hicieron, cambiando el valor de más de quince mil pesos, en diversas joyas, por baratijas europeas.

Prosiguiendo aún en los descubrimientos hallaron los españoles la isla de los Sacrificios y la que llamaron S. Juan de Ulúa, desde la cual Grijalva ordenó que Pedro de Alvarado fuese á Cuba en demanda de socorros para poblar.

Reembarcada la gente, descubrió á Tusta y á Tusta y á muchas otras poblaciones del territorio de Panuco.

Los expedicionarios decidieron volverse á Cuba para reforzarse y avanzar en sus descubrimientos, como lo hicieron, desembarcando en Santiago en 15 de Noviembre de 1518.

En todas partes habian encontrado los españoles idolos de repugnantes figuras, y pruebas indudables de horribles sacrificios humanos.

Con el oro que llevó á Cuba Pedro de Alvarado y el que aportó Grijalva, creció más y más la fama de los recientes descubrimientos.

Diego Velazquez aprestaba ya nueva armada cuya capitania le traia inquieto y caviloso; hasta que, al fin, decidió confiarla en Hernan-Cortés, hidalgo extremeño, aunque escaso de dineros, que á la sazón residia en Cuba y habia sido dos veces alcalde en Santiago de Boroco.

Hallábase Cortés en la villa de la Trinidad, haciendo los últimos esfuerzos para que saliera la expedicion, cuando, arrepentido Diego Velazquez, revocó el nombramiento hecho á favor de Cortés; acuerdo que el Alcalde Mayor, Francisco Verdugo, ni aún intentó ejecutar.

Desde la Trinidad se trasladaron los españoles á la Habana, donde tambien intentó Diego Velazquez despojar de la direccion de la empresa á Cortés.

Para evitar nuevos disturbios, salió éste con la armada para la isla de Cozumel, donde, hecho alarde de la gente, resultaron quinientos ocho soldados, con más ciento nueve, entre maestros, pilotos y marineros, treinta y dos ballesteros, trece escopeteros, diez y seis caballos, un tiro de bronce y cuatro falconetes.

En Cozumel principió Cortés á mostrar su celo re-

ligioso mandando derribar los ídolos de cierto templo que purificó, colocando en él una cruz y la imagen de Nuestra Señora y haciendo que allí se dijera misa ante los asombrados indios. En esta isla recogió á un Jerónimo de Aguilar, resto de varios españoles que cierta tempestad habia arrojado á aquellas costas; que los demás habian sido sacrificados por los indios, pues otro que aún vivia, casado ya y con familia, no quiso acudir al llamamiento de Cortés. Aguilar fué de gran provecho como intérprete.

Siguiendo el rumbo de los anteriores viajes, sostuvieron los españoles terribles batallas con los indios de Tabasco y de las provincias cercanas, con los que al cabo contrató paces Cortés, en cuya ocasion le presentaron veinte indias, entre las que se contaba la que más adelante se llamó Doña Marina, que tan importante papel representó en la conquista.

En Jueves Santo de 1519 llegaron las naves á San Juan de Ulúa, donde los españoles fueron recibidos por varios caudillos indios, en nombre del emperador mejicano; los cuales mandaron retratar, por medio de ciertos pintores que consigo traian, á Hernan Cortés y á sus principales capitanes, las naves y cuanto llamó su atencion, para enviarlo todo á Moctezuma.

Notable fué en esta ocasion que habiendo reparado los mejicanos en un casco que tenia cierto soldado, lo pidieron á Cortés, para mostrarlo á su señor, pues era semejante á otro que adornaba la cabeza del principal de sus dioses.

Aquí presentaron á Cortés ricos regalos de Moctezuma; hizo muchos cambios con los naturales, y recibió á ciertos indios enemigos de los mejicanos, á los que se atrajo con grandes halagos.

Temerosos los partidarios y amigos de Diego Velazquez de la poblado de la tierra, ansiaban volver á

Cuba; así lo manifestaron á su jefe con soberbias palabras, lo cual contradijeron otros, resolviendo poblar en aquellos parajes; á cuyo fin fué fundada la villa Rica de la Vera Cruz, nombrando á Cortés Capitan General y Justicia Mayor.

Hecho esto, los españoles se encaminaron á Quivistlan, y á ciertos pueblos sujetos á Zempoala, donde hallaron, como en todas partes, indios sacrificados y ofrecidos á los ídolos los corazones, que les sacaban abriéndoles el pecho con grandes cuchillos de piedra, y á las víctimas, sin brazos ni piernas que aprovechaban para comerlas en sus banquetes; aquí parecieron tambien los primeros libros de aquellos pueblos. En Zempoala fueron acogidos por su cacique que les mostró su rencor á los mejicanos. En Quivistlan recibió Cortés nuevas quejas contra los mejicanos, y mostró su habilidad ingénita, atrayéndose hábilmente la amistad de los naturales y el agradecimiento de Moctezuma.

Fuerte ya Cortés con la alianza de más de treinta pueblos, acordó trasladar la Vera Cruz á paraje más conveniente y engrandecerla, dedicándose todos á la edificacion de este pueblo, que creció rápidamente.

Comprendiendo Cortés que, miéntras las naves estuvieran en el puerto, no faltaria entre los suyos quien promoviera conspiraciones, anhelando volver á Cuba; con su proverbial habilidad, hizo que los mismos suyos le propusieran la heroica medida de destruir sus naves, lo que realizó Juan de Escalante, dando con ellas al través.

Hecho esto, decidieron los españoles encaminarse á Méjico, como lo hicieron, tomando el camino de Tlascalala, república enemiga de los mejicanos, con la cual queria Cortés contar como auxiliar.

Sin embargo, los tlascaltecas que conocian las re-

laciones del caudillo extranjero con los mejicanos, temerosos de alguna traicion, hicieron cruda guerra á los españoles, guerra en que éstos alcanzaron repetidas victorias, no sin correr gran riesgo de perderse.

Ajustadas al cabo las paces, los cristianos fueron cordialmente recibidos y agasajados en Tlascala, donde entraron solemnemente.



LECCION LXII

HERNAN-CORTÉS. (CONCLUSION).

A pesar de los consejos de los tlascaltecas y de otros amigos, que hablaban con espanto del incontestable poder de Moctezuma y de la fortaleza de su capital fundada sobre una gran laguna, Cortés, sin tomar consejo más que de su valor, decidió emprender el camino de esta ciudad, recibiendo durante su marcha contradictorias embajadas de Moctezuma que se oponía con buenas palabras á que los españoles pasaran á su córte.

El ejército con que Cortés contaba cuando salió de Zempoala lo formaban quinientos infantes, quince caballos y seis piezas de artillería, de los cuales dejó ciento cincuenta hombres y dos caballos, mandados por Juan de Escalante, en defensa de Vera Cruz.

Deducidas de estas fuerzas las pérdidas sufridas en los peligrosos encuentros con los tlascaltecas, quedaban los españoles reducidos á tan exíguo número, que la más vulgar prudencia ordenaba oír los

consejos de los indios amigos, que suplicaban á Cortés no emprendiera el camino de Méjico.

Sin embargo, el heróico español, contando sólo con su denuedo y con el auxilio de algunos tlascaltecas, no vaciló, y en 10 de Agosto de 1519, tomó el camino de Méjico, centro de un imperio poderoso que contaba por cientos los miles de guerreros, ciudad asentada sobre una laguna que podia ser fácilmente convertida en segura cárcel de sus atrevidos invasores; cuya grandeza queda demostrada con sólo indicar, como afirmó á Cortés el cacique de Zocotlan, que todos los años morian sacrificados en las aras de los dioses de Méjico, más de veinte mil hombres.

Los tlascaltecas aconsejaban á Cortés su marcha á Méjico por el camino de Guaxocingo y no por el de Cholula, ciudad habitada por gente sagaz y traidora, y territorio sagrado entre los mejicanos por tener dentro de sus muros más de cuatrocientos templos famosos.

Amigo Cortés de los partidos más resueltos, aunque aparentemente más peligrosos, tomó el camino de Cholula, donde fué recibido con grande ostentacion.

Pronto, sin embargo, se descubrió, por medio de Doña Marina, la traicion de los cholultecas, de acuerdo con Moctezuma. Constaba la ciudad y sus arrabales de más de cuarenta mil vecinos, entre los cuales se habian distribuido armas; las calles estaban cortadas por zanjas encubiertas y colocadas en ellas estacas puntiagudas; las azoteas cargadas de piedras, y veinte mil mejicanos, apostados en las cercanías, esperaban la señal para auxiliar á los de Cholula y exterminar á los españoles.

Descubierta la traicion, castigáronla los nuestros con muerte de más de seis mil cholultecas y mejicanos.

Hecho esto, continúa Cortés avanzando hácia Méjico, no sin burlar nuevas traiciones de Moctezuma, en cuya capital entraron los españoles en 8 de Noviembre de 1519, siendo espléndidamente recibidos por Moctezuma y alojados en ciertos magníficos palacios edificados por Axayaca, su padre.

Visitáronse mutuamente y con repetición Moctezuma y Cortés, y los españoles recorrieron la ciudad, sus templos y sus mercados (tlatelulco), asombrándose del poder de Méjico; de sus industrias; de la grandeza del adoratorio mayor; de lo espantable de sus dos principales ídolos; de la multitud de las mujeres del emperador, y del lujo de su casa; de la ostentación de su mesa, entre cuyas viandas se servían carnes de niños; de la multitud de sus dioses, no embargante el conocimiento de una deidad superior é innominada, creadora de todo; de los ostentosos regalos con que Moctezuma obsequiaba á Cortés y á los suyos.

En medio de estas prosperidades, prenetraron en Méjico dos tlascaltecas, disfrazados con traje de mejicanos, portadores de una carta en la que se daba á Cortés cuenta de que Qualpopoca, general de Moctezuma, habia tratado duramente á ciertos pueblos confederados de los españoles, los cuales habian pedido auxilio á Juan de Escalante, que castigó rudamente á los mejicanos, aunque muriendo él y otros siete soldados y quedando aprisionado otro cuya cabeza habia sido presentada á Moctezuma.

Hecha información por los españoles, se demostró el concierto y resolución de los mejicanos de romper los puentes de su ciudad, de encerrar así á los extranjeros dentro de ella y de hacerles cruda guerra.

Ya no era posible retroceder á Cortés; y así, con acuerdo de los suyos, dejando apercebido su aloja-

miento marchó al palacio de Moctezuma, acompañado de los capitanes Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Juan Velazquez de Leon, Francisco de Lugo y Alonso de Avila, y allí, parte con el consejo, parte con amenazas, obligó á aquél á que los siguiera á su alojamiento, donde permaneció preso en realidad, pero con apariencias de libre.

Moctezuma calmó en cuanto pudo la indignacion de los suyos, y para justificarse con Cortés llamó á Qualpopoca, á quien los españoles condenaron á pena de muerte con algunos de los suyos; sentencia que se ejecutó, con espanto de los mejicanos.

Ansiando Moctezuma que los españoles se retiraran de Méjico, reconoce la soberanía del emperador Carlos V, y reúne grandes riquezas que entrega á Cortés como tributo.

En este tiempo recibieronse tristes noticias de Vera Cruz.

Irritado Diego Velazquez contra lo que llamaba la rebeldía de Cortés, y auxiliado con la proteccion del arzobispo Fonseca, ardiente enemigo de éste, juntó diez y ocho naves y en ellas ochocientos infantes, ochenta caballos y diez ó doce piezas de artillería, que puso bajo las órdenes de Pánfilo de Narvaez, el cual, despues de un próspero viaje, se preparaba para desembarcar con los suyos en las costas de San Juan de Ulúa.

Sandoval, que habia sucedido en el mando de esta colonia á Escalante, léjos de ceder ante las intimaciones de Narvaez, conservó la Vera Cruz á buen recaudo y dió cuenta de todo á Cortés, cuyo ánimo nodesfalleció un punto ante tan tristes nuevas. Deseando, sin embargo, evitar escándalos entre los suyos y los indios, el heróico capitán propuso medios de conciliacion, que desechó Narvaez con altanero menosprecio.

Dejando entónces á Pedro de Alvarado, con ochenta soldados, sale Cortés de Méjico; cae sobre Zempoala, donde se alojaba Narvaez, lo derrota y aprisiona con sus principales caudillos, é incorpora los vencidos á su escasa tropa.

En medio de esta portentosa victoria, recibe Cortés la triste noticia del alzamiento de los mejicanos y del grande aprieto en que se encuentra Pedro de Alvarado; por lo que resuelve su vuelta á Méjico, auxiliado por dos mil tlascaltecas, en cuya ciudad entró sin resistencia el dia 24 de Junio de 1520.

Irritados los mejicanos con la debilidad de Moctezuma, y resueltos á hacer la guerra á los españoles, se apercibieron y concertaron para llevar á cabo su intento, durante una de sus más solemnes festividades religiosas, en que podrian reunirse sin excitar desconfianza. Poseyendo Pedro de Alvarado los hilos del complot, quiso anticiparse á los conjurados, sobre los que cayó con cincuenta soldados matando á muchos.

El pueblo, ignorante del complot, que se vió así maltratado, tomó las armas en el colmo de la ira.

Despues de alojado Cortés, á la mañana siguiente mandó á Diego de Ordax, con cuatrocientos españoles y tlascaltecas para hacer un reconocimiento, el cual regresó á poco, herido él mismo y los más de los suyos, dejando muertos ocho soldados.

Desde entónces no cesaron un momento los ataques al cuartel de los españoles, por ejércitos de indios, que á cada momento se renovaban, ni las salidas heroicas de los nuestros.

Moctezuma, ansiando siempre la retirada de Cortés, habla á los suyos, desde una azotea y es herido y muerto.

Era Moctezuma el undécimo de los emperadores

de Méjico; el segundo de este nombre, y habia reinado por espacio de diez y siete años.

Los mejicanos, habiendo elegido nuevo emperador al poderoso señor de Iztapalapa, renovaron la guerra con nuevo ardor, y aunque los españoles ejecutaron heroicas acciones, con muerte de innumerables indios y ruina de la ciudad, no les era ya posible, sitiados por hambre en el cuartel, sostenerse por más tiempo en Méjico.

Saliéronse, pues, de sus alojamientos sin ser sentidos, al mediar de una noche lluviosa, auxiliándose de un puente que labraron con maderas y ballestas, para pasar los canales, en vez de los puentes, rotos por los indios.

Salvábáse así el ejército, cuando al resbalar en el agua dos caballos, rodó la puente improvisada, y, cayendo unos sobre otros, acudieron los mejicanos, desde las casas y canoas, en número infinito, completando el desórden.

Aun despues de este desastre, los que lograron escapar de la laguna, fueron atacados en los pueblos cercanos.

Así llegaron los españoles á los llanos de Otumba, donde los esperaba todo el poder de Méjico, de Tezcucó, de Saltocan y de los demás pueblos sujetos á su señorío.

Trabada la áspera y desigual batalla, obtuvieron los cristianos señaladísima victoria, tras de la cual entraron en Tlascalá, donde fueron cariñosamente recibidos.

Habia llevado Cortés á Méjico, en socorro de Pedro de Alvarado, más de mil trescientos soldados, con noventa y siete de á caballo, ochenta ballesteros, otros tantos escopeteros y dos mil tlascaltecas, de los cuales sólo entraron en Tlascalá cuatrocientos cua-

renta infantes, veinte caballos, doce ballesteros y siete escopeteros, con pocos indios, heridos todos y maltrechos.

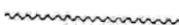
Reposados los españoles entre sus leales amigos, y auxiliados con algunos soldados que mandaba Diego Velazquez, en refuerzo de Narvaez, á quien suponía victorioso, y, con otros que Francisco de Garay enviaba á Panuco, y especialmente ayudado por sus amigos los tlascaltecas, fueron conquistando sucesivamente las ciudades mejicanas y atrayéndose á otros pueblos con su generosa conducta.

Enseñoreado Cortés de la ciudad de Tezcuco, hizo labrar trece bergantines para combatir á los mejicanos en la laguna, y despues de apoderarse de las poblaciones cercanas, no sin grandes riesgos y peligros, cercó á Méjico.

En tanto, habiendo muerto el señor de Iztapalapa que habia sucedido á Moctezuma, fué electo Guatimocin, mozo de veinticinco años, casado con una hija de aquel monarca, y esforzado sobre toda ponderacion.

Duró la empresa de Méjico por espacio de noventa y tres dias, sin que cesaran un momento las batallas, asaltos y escaramuzas, con trances diversos de muy grande peligro, en que peleaban los mejicanos con ánimo heróico; hasta que, reducido Guatimocin al último extremo, fué preso cuando huia á través de la laguna seguido de sus últimos amigos, suceso que aconteció en la tarde del 13 de Agosto de 1521.

Así acabó esta verdadera epopeya, una de las más brillantes páginas de la gloriosa historia de España.



LECCION LXIII

EL PERÚ. — LOS PIZARROS.

(GULLERMO H. PRESCOTT: Historia de la conquista del Perú.—GARCILASO DE LA VEGA: Historia general del Perú.)

Ya hemos dicho que Colon suponía la existencia de un paso para las Indias Orientales, entre la América del Norte y la del Sur, idea á que consagró su cuarto viaje; sin sospechar que dejaba atrás el punto en que existía, no el estrecho, sino el istmo que separaba ambas Américas; estrecho que fué objeto de las empresas marítimas en el siglo XV y en la primera mitad del siglo XVI.

El estrecho adivinado por Colon no existía donde él lo buscaba, ni pareció sino más adelante (1521), encontrado por naves españolas que dirigía Magallanes, en la parte más Sur de la América Meridional.

El espíritu navegante que despertaron en todas las naciones los descubrimientos de los españoles y portugueses, hizo que en menos de treinta años se

explorara el inmenso territorio comprendido desde el Labrador á la Tierra del Fuego: pero, áun despues de la conquista de Méjico, de estar visitada toda la costa oriental y colonizada la central de la América del Norte, no se habian despejado las nieblas tras de las cuales se escondian las doradas playas del Pacífico.

Al cabo, Vasco Nuñez de Balboa, escalando las ásperas montañas que separan ambas Américas, descubrió el Océano Pacífico, á cuyas playas descendió, y entrándose denodadamente en él hasta las rodillas, el escudo á la espalda, en una mano la bandera de Castilla y Leon y en la otra la espada, tomó posesion de él en nombre de los monarcas castellanos.

Este célebre caudillo, degollado más adelante por el gobernador de Tierra Firme, Pedrarias Dávila, pesaba un dia cierta cantidad de oro, cuando un jóven cacique, admirado del afan de los españoles, arrojando el metal al suelo con un violento golpe, afirmó que él conocia un país donde se comia y se bebia en platos y vasos de oro.

Avanzando en sus viajes, animado por esta noticia, fué cuando descubrió Balboa el Pacífico, y aún avanzó como veinte leguas más al Sur del golfo de San Miguel.

Por su parte, todos los esfuerzos de los gobernadores de Castilla del Oro (Tierra Firme), se dirigian especialmente hácia la América del Centro, hasta que, apoderándose de Veragua, Costa-Rica y Nicaragua, se encontraron en Honduras, con los heroicos capitanes de Cortés que avanzaban desde Guatemala.

Con esta ocasion, los aventureros de Castilla del Oro, pusieron sus ojos, con más empeño que nunca, en las costas del Pacífico, cuyas áureas tradiciones tenian soliviantados los ánimos en Panamá, ciudad donde se pusieron en contacto (1524) tres hombres,

llamados á descorrer el tupido velo que aún ocultaba la América Meridional.

Eran éstos, dos expósitos, dos soldados de fortuna; Francisco Pizarro y Diego de Almagro, y el opulento cura de Panamá, Hernando de Luque.

Convenidos los tres, Pizarro quedó encargado del mando de la expedición; Almagro, de armar y surtir los buques; Luque de proporcionar la mayor parte del dinero, obteniendo cada uno la cuarta parte de las ganancias que se alcanzaran, y la otra cuarta, Pedrarias, por la licencia que daba para la expedición, como gobernador de Tierra Firme.

En consonancia de este acuerdo, á mediados de Noviembre de 1524, salió Pizarro de Panamá, con cien hombres, en dos buques.

Combatidos por recias tempestades, los expedicionarios sólo descubrieron países desolados y solitarios, donde sufrieron todos los rigores del hambre, y sucumbieron, víctimas de aquel mal, más de veinte de ellos. En esta ocasión encontraron ciertos indios, por los que adquirieron noticias de un poderoso imperio situado al Sur.

Socorridos en tan triste situación, lanzáronse otra vez al mar; llegaron á Puerto Quemado, donde desembarcaron, y dieron con una población cuyos habitantes hicieron fuerte guerra á Pizarro, matando á algunos de los suyos y recibiendo él mismo siete heridas, á pesar de la fuerte armadura que lo cubría.

La victoria sobre los naturales fué completa; pero Pizarro resolvió regresar á Panamá para curar sus heridos y volver con nuevos recursos.

En tanto, Almagro había salido de Panamá en una pequeña carabela, con sesenta ó setenta hombres, siguiendo el rumbo de su compañero. Luchó en Puerto

Quemado con los indios á los que castigó rudamente, aunque perdiendo un ojo; prosiguió hasta la desembocadura del rio de San Juan; pero no encontrando ya las huellas de Pizarro, volvióse en su busca y se reunió á él en Chicamá, ricos ámbos de noticias y de muestras de oro.

Vencidas las dificultades que opuso el gobernador á una nueva empresa, compraron los tres socios dos buques, y, embarcados en ellos Pizarro y Almagro con ciento sesenta hombres y algunos caballos, salieron de Panamá, gobernando hácia el rio de San Juan, límite de los descubrimientos de Almagro, donde sorprendieron un pueblo, apoderándose en él de gran cantidad de oro.

Aquí resolvieron los aventureros que en una nave regresara Almagro á Panamá, para tentar con la presencia del oro á los habitantes de Tierra Firme y volver con nuevos expedicionarios y auxilios; que, con la otra nave marchara el sagaz piloto Bartolomé Ruiz, para descubrir en la costa, y que Pizarro se quedara en espera.

Navegando Ruiz, encontró una gran balsa india tripulada por hombres y mujeres dedicados al comercio, sorprendiéndose de la riqueza de las alhajas de oro y plata y de la esplendidez de los tejidos que consigo llevaban los indios, por medio de los cuales adquirió sorprendentes noticias sobre la riqueza del país. Siguiendo despues su rumbo, fué el primero que cruzó en el Pacífico la línea ecuatorial, y regresó á los parajes en donde habia dejado á Pizarro.

Hallábanse los desgraciados españoles en situación harto crítica, hambrientos, enfermos, mermados por las enfermedades y por las asechanzas de los astutos indios, cuando llegó Ruiz con las deslumbradoras noticias de las ricas comarcas descubiertas,

y, poco despues, Almagro con provisiones y un re-fuerzo de voluntarios.

Alentados así los españoles, prosiguieron su na-vegacion hácia el Sur, animados al ver como se me-joraba el aspecto de las costas, donde vieron pueblos numerosos, alguno de los cuales opuso tal cantidad de guerreros á su desembarco, que comprendiendo la escasez de sus fuerzas para empresa tan gigantesca, resolvieron que Almagro volviera á Panamá en busca de auxilios y que, en tanto, se quedara Pizarro en la pequeña isla del Gallo.

El descontento de los que se quedaron fué indes-criptible, y llegando sus quejas hasta el nuevo gober-nador D. Pedro de los Rios, se opuso éste á la proyec-tada empresa, mandando dos buques, á las ordenes de Tafur, á la isla del Gallo, para que se trajera á los tristes expedicionarios.

En semejantes circunstancias y ante tales órdenes, el heróico Pizarro, sacando delante de todos su puñal, trazó una línea en la arena, de Oriente á Occidente, y, volviéndose luego á los suyos, exclamó: *Camara-das y amigos, esta parte es la de la muerte, de los traba-jos, de las hambres, de la desnudez y de los desamparos; la otra la del gusto. Por aquí se va á Panamá á ser po-bres; por allí al Perú á ser ricos. Escoja el que fuera buen castellano lo que más le estuviere.* Dichas estas pa-labras, saltó él la raya. Trece solos imitaron la accion de Pizarro.

Ante semejante heroismo, que el mal éxito hubiera convertido en locura, embarcóse Tafur con los aven-tureros, y Pizarro y sus trece compañeros se trasla-daron á la isla Gorgona, acogándose á la proteccion del cielo.

Por espacio de siete meses permanecieron en esta situacion Pizarro y los suyos, hasta que, llegando un

buque enviado por Luque y Almagro, lejos de regresar á Panamá, se embarcaron en él, doblaron la línea equinoccial, navegaron en el golfo de Guayaquil, y llegaron á la bahía de Tumbez, desde donde descubrieron esta hermosa ciudad, cuyos habitantes visitaron la embarcacion de los españoles y los colmaron de obsequios y regalos. Dos cristianos que recorrieron la ciudad por orden de Pizarro, volvieron contando maravillas del lujo, del oro y de la plata que llenaba los templos, las casas y los jardines.

Reembarcado Pizarro, dobló el cabo Blanco y entró en Payta y en Santa, país de los sepulcros (huacas), siendo en todas partes cariñosamente recibido.

Hecho esto, volvió la proa al Norte; á la vuelta recogió en Tumbez al indio Felipillo, que tan funesto habia de ser al desventurado Atahuallpa, y despues de una ausencia de más de diez y ocho meses, desembarcó en Panamá.

Grande entusiasmo produjo en esta ciudad la vuelta de Pizarro á quien todos creían muerto, y más aún, las nuevas que trajo del rico imperio de los Incas. Sin embargo, el gobernador Rios permaneció firme en su oposicion á nuevas empresas, por lo que los tres asociados acordaron que Pizarro fuera á España en busca de la proteccion del mismo rey.

Cumpliendo con este acuerdo, en la primavera de 1528, salió Pizarro para Castilla llevando consigo algunos peruanos, dos ó tres llamas y preciosos tejidos de lana, muchos y ricos adornos y vasos de oro y plata, con otros testimonios de la verdad de sus maravillosos descubrimientos; llegando dichosamente á Sevilla á principios del estío de 1528, donde fué preso por un antiguo acreedor, aunque recobrando pronto la libertad de orden del emperador.

Este, que se hallaba entónces en el colmo de su

gloria, recibió al héroe con gran cariño, y próximo á partir á Italia para recibir la corona imperial de manos del Sumo Pontífice, ántes de salir para Toledo, lo recomendó muy especialmente al Consejo de Indias y á su esposa, la cual, tomándolo bajo su amparo, concluyó con él la capitulacion de 26 de Julio de 1529 que acordaba los grandes títulos y mercedes concedidos á Pizarro, que lo equiparaban á la autoridad de virey. Almagro obtuvo el nombramiento de comandante de Tumbez con renta y rango de hidalgo; Luque el obispado de la misma ciudad y el título de protector de los indios del Perú. Tampoco quedaron olvidados los trece hombres que acompañaron á Pizarro en su soledad.

Hecho esto, el héroe se dirigió á Trujillo, su patria, donde se le reunieron sus hermanos y algunos otros deudos y amigos, y de aquí á Sevilla, desde cuya ciudad, pasada la barra de Sanlucar, en Enero de 1530, en tres buques, emprendió la via de América.

En Nombre de Dios se avistaron los tres antiguos socios, manifestando su disgusto Almagro por no haber obtenido el título de Adelantado.

Apesar de todo, sólo pudieron reunirse ciento ochenta infantes y veintisiete caballos, que en tres buques salieron de Panamá en los primeros dias de Enero de 1531.



LECCION XLIV

EL PERÚ.—LOS PIZARROS. (CONTINUACION).

Llegado á San Mateo, desembarcando la gente, emprendió la marcha por tierra, y despues de sufrir todo género de trabajos, descansó en la provincia de Coaque, donde los suyos encontraron grandes riquezas que mandaron á Panamá como cebo á aquellos pobladores. Así prosiguió explorando la costa, sometándose á todo género de privaciones y enfermedades, y llegó á la pequeña isla de Puná, con algunos refuerzos que habia recibido.

Vencida la resistencia de estos isleños y con un crecido refuerzo á las órdenes de Hernando de Soto, futuro descubridor del Missisipi, desembarcó en Tumbes, no sin peligro de los suyos, que hallaron la ciudad despoblada.

En Tumbes recibió Pizarro la, para él, agradable nueva de que el imperio peruano estaba profundamente agitado por las contiendas entre Atahuallpa y Huascar, hijos del último monarca, que aspiraban al trono.

Despues de reconocer el país, fundó Pizarro la ciudad de San Miguel, al Sur de Tumbes, primera colonia de los españoles en el Perú.

Las noticias sobre el estado del imperio indio eran cada vez más importantes.

Vencedor Atahuallpa de su hermano Huascar, se hallaba entónces con su ejército como á diez ó doce dias de marcha de San Miguel.

En 24 de Setiembre de 1532, despues de recordar á los colonos que se condujeran humanamente con los indios, atrayéndose sus voluntades, salió Pizarro de San Miguel al frente de sus tropas, compuestas de ciento setenta y siete hombres, despues de dejar cincuenta en defensa de la nueva ciudad, y se internó audazmente en el corazon del país, en busca del campamento del Inca.

Avanzando Pizarro con los suyos, llegó al pié de la incomparable cordillera de los Andes, que atravesaron con ánimo resuelto, recibiendo frecuentes pruebas de que Atahuallpa se preparaba para exterminarlos.

Vencidas las asperísimas cumbres, entraron los españoles en Caxamalca (Casamarca), al caer de la tarde del 15 de Noviembre de 1532, ciudad que hallaron completamente desierta, y donde nadie salió á recibirlos.

En el acto mandó Pizarro á Soto y á su hermano Hernando, con treinta y cinco caballos, para que notificase al Inca su presencia y sondearan sus intenciones.

Este los recibió friamente en su gran campamento; oyó cuanto le dijeron sobre la embajada que le llevaba Pizarro de parte del emperador y sobre la fé que profesaban los españoles, permaneciendo mudo, hasta que, forzado por las instancias de Hernando Pizarro, dijo: *Decid á ese capitan que os envia acá, que...*

mañana... yo iré con algunos de estos principales míos á verme con él; que en tanto se aposente en las casas que hay en la plaza que son comunes á todos, y que no entren en ninguna hasta que yo vaya, que yo mandaré lo que se ha de hacer.

Estas severas palabras, el lujo de los jefes que rodeaban al Inca en respetuosísima actitud y el muy extraordinario número de sus tropas, hicieron que los españoles volvieran á Caxamalca tristemente impresionados; emoción de que participaron en la ciudad, cuando, después de anochecido, vieron encenderse los fuegos en las tiendas que formaban el campamento peruano, que cubría el declive de la montaña, y que, según un contemporáneo, *no parecían sino las estrellas del cielo.*

Pizarro reanimó el espíritu de los suyos, que sólo contaban con el auxilio de la Providencia; llamó á sus oficiales; les expuso lo extremo de la situación; dijoles que ya no era tiempo ni había posibilidad de retroceder, y que sólo la audacia podía salvarlos; les recordó la proverbial crueldad de Atahualpa, y entonces les expuso su pensamiento, que hubieran rechazado otros que no hubieran sido sus españoles; ni áun estos mismos, á tener otro, en que escoger, pues pelear en campo abierto con el Inca no ofrecía ni áun probabilidades de victoria; huir era ya imposible; esperar era tanto como aguardar la muerte. Ni había tiempo que perder, pues de un momento á otro debían volver las tropas que acababan de vencer en el Sur, ocasión de ser exterminados los españoles.

Inspirándose, pues, Pizarro en lo extremo de su situación, quiso asegurar su vida y la de los suyos con un golpe de mano que en cierta manera recordaba el de Cortés con Moctezuma.

Reunió, pues, á sus oficiales y les manifestó su re-

solucion de apoderarse de la persona del Inca, cuando, á otro dia viniera á visitarlos; único medio de paralizar las operaciones de su ejército, mudo de asombro ante semejante acto.

Prevenidos los españoles y cada cual en su puesto, amaneció el 16 de Noviembre de 1532.

Ya habia mediado el dia cuando el Inca se puso en movimiento con sus tropas, que dejó como á media milla de Caxamalca.

Poco faltaba para ponerse el sol cuando la comitiva del monarca indio comenzó á entrar en la ciudad. Sobresalia Atahuallpa en unas andas de oro macizo, rodeado de sus principales cortesanos, y cuando hubieron entrado en la inmensa plaza cinco ó seis mil de los suyos, el Inca mandó hacer alto, y dirigiendo á todas partes curiosas miradas, preguntó: *¿dónde están los extranjeros?*

En este momento se le presentó el P. Valverde, capellan de Pizarro, predicándole sobre la necesidad de someterse á la autoridad del César D. Carlos y de abjurar su religion, discurso á que contestó Atahuallpa con irritada altanería. El fraile puso en las manos del Inca la Biblia, que éste arrojó al suelo, asegurando con irritado ademan que tomaria satisfaccion cumplida del agravio que le habian inferido los extranjeros.

Pizarro agitó una bandera blanca; sonó un tiro en la fortaleza, que eran las señales convenidas; abriéronse las anchas puertas de los salones que desembocaban en la plaza donde estaban apercebidos los españoles, que, al grito de *¡Santiago y á ellos!* cayeron sobre los indios, desapercibidos y aterrados al sonar de los arcabuces.

Fué tal el terror de los indios, que cargando muchos sobre una tapia que limitaba la plaza por uno de

sus lados, abrieron en ella un portillo de más de cien varas, por el que se precipitaron al campo.

En tanto, los leales peruanos defendían al Inca con sus cuerpos, hasta el punto de que, creciendo las sombras de la noche y temiendo algunos de los españoles que se les escapara su presa, trataron de acabar de una vez matando á Atahuallpa, propósito que impidió Pizarro, gritando con voz estentórea: *El que estime en algo su vida, que se guarde de tocar al Inca*; extendiendo el brazo para protegerle y recibiendo en él una herida del arma que contra aquél se dirigía.

Al cabo se apoderaron los españoles de Atahuallpa, y sus tropas, mudas de terror, huyeron en todas direcciones.

El Inca ofreció á los españoles, en cambio de su libertad, llenar de oro la habitacion donde se encontraba hasta la altura á que sus manos alcanzaran, y al efecto, mandó emisarios á las ciudades de su imperio para recoger el precioso metal, y noticioso de que algunos españoles andaban en tratos con su hermano Huascar, hizo ahogar á éste en el rio de Andamarca.

Como empezaran á correr rumores de una próxima sublevacion de los indios, concertados con Atahuallpa, Pizarro mandó á su hermano Hernando con veinte caballos y pocos infantes para que recorrieran el país; el cual, despues de destruir el principal ídolo de los peruanos (Pachacamac), se atrevió á visitar en Xauxa al jefe de las tropas indias, que estaba acampado con más de treinta y cinco mil soldados.

Por este tiempo llegó Almagro á Caxamalca con ciento cincuenta infantes y cincuenta caballos, que dieron nuevo aliento á los españoles.

En tanto, seguía preso Atahuallpa, tratado con la mayor consideracion por los españoles, y aunque ha-

bian llegado inmensas cantidades de oro y de plata no alcanzaban á la suma ofrecida por el rescate del Inca. Preparándose los cristianos á proseguir sus conquistas, repartieron entre sí el botin.

Desgraciadamente, corrian cada vez más los rumores de que en Quito se reunian numerosas tropas para libertar al cautivo, rumores que corrian con mayor crédito entre los soldados de Almagro, ansiosos de aventuras. Ya no fué posible á Pizarro seguir negándose á la formacion del proceso contra Atahualpa.

El principal enemigo del Inca era el intérprete Felipillo, que, habiendo sido sorprendido en una intriga con cierta concubina del monarca, concibió contra él un ódio inextinguible, y como las declaraciones tenian que pasar por su interpretacion, hizo que apareciesen justificados, por confesion propia, los crímenes que contra él se imputaban.

En su consecuencia, el monarca peruano fué condenado á ser quemado en la gran plaza de Caxamalca; sentencia que fué conmutada por la de garrote, al recibir el indio las sagradas aguas del bautismo, en 29 de Agosto de 1533.

Al morir Atahualpa, aceptó de manos de Pizarro la borla imperial su hermano Toparca, el cual se encaminó hacia el Cuzco con el ejército de los conquistadores que ascendia ya á cerca de quinientos hombres; en cuyo camino hallaron ya pruebas materiales de la sublevacion del país.

Muerto Toparca, Pizarro colocó en su lugar al joven príncipe Manco y entró en el Cuzco, cuya riqueza y magnificencia dejaron mudos de asombro á los españoles.

Pizarro, dueño ya del Cuzco, fundó en el valle de Rimac la ciudad de los Reyes (Lima).

Así las cosas, Almagro emprendió la conquista de

Chile, circunstancia que aprovechó el Inca Manco fugándose de la capital, y convocando á los suyos, que pusieron sitio al Cuzco, defendido por Hernando Pizarro, en número de más de doscientos mil hombres.

En el prolongado asedio de esta ciudad murió Juan Pizarro, y dieron los indios grandes pruebas de valor; pero se dispersaron al llegar la estación de las siembras.



LECCION LXV

EL PERÚ.—LOS PIZARROS. (CONTINUACION).

(Proceso contra Diego de Almagro.
En el archivo del Sacro-Monte de Granada.)

En tanto, Almagro, empeñado en la expedición á Chile, sufrió todo género de penalidades, viéndose obligado á abandonar la empresa y regresar al Cuzco para sostener sus pretensiones al gobierno de esta ciudad contra los Pizarros, de la cual se apoderó por sorpresa, venciendo á seguida, por traición, en Abancay á las tropas de su contrario, mandadas por Alonso de Alvarado.

En este tiempo, reforzado Francisco Pizarro por los generosos auxilios de su paisano Hernan Cortés, salió de Lima al frente de cuatrocientos cincuenta hombres.

Pizarro intentó varios medios de conciliación con Almagro, á que éste se negó resueltamente. Despues se acordó la paz que fué rota, y, por fin, se declaró decididamente la guerra entre ambos caudillos. En-

fermo Almagro, confió la direccion de la lucha á su teniente Orgoñez. Hernando Pizarro estaba al frente de la faccion opuesta.

Los dos ejércitos se encontraron en Salinas, á menos de una legua del Cuzco, donde trabada la batalla (26 de Abril de 1538), fueron vencidos los de Almagro, y cautivo éste, que se habia refugiado en la fortaleza del Cuzco.

Juzgado el preso y sentenciado á la pena de muerte, fué ejecutado dentro de la prision, pereciendo así uno de los tres socios del inmortal descubrimiento y conquista de la América Meridional.

Despues de la victoria marchó Hernando Pizarro á Castilla, donde, á pesar de las inmensas riquezas que repartió entre todos, fué preso en la fortaleza de Medina del Campo.

El monarca español, para arreglar las cuestiones del Perú, para atender á las quejas de los desgraciados indios y acudir en la medida de lo justo á las pretensiones de los conquistadores, nombró con título ostensible de Comisionado Régio y con el eventual de Gobernador al licenciado Cristóbal Vaca de Castro.

Entretanto, señalado Gonzalo Pizarro para el gobierno de Quito, al principio de 1540 marchó á esta memorable expedicion con un ejército compuesto de trescientos cincuenta españoles y cuatro mil indios. Al atravesar los Andes sufrió horribles frios, tormentas, hambres y calores sofocantes, y al descender á las llanuras, lluvias torrenciales. Llegaron así á las márgenes del Nepo, y construyeron una nave en que se embarcó Orellana, que, por el rio de las Amazonas desembocó en el Océano. Los de Pizarro, viendo la imposibilidad de proseguir su viaje, regresaron á Quito, en medio de sufrimientos imponderables, no

salvándose ni la mitad de los indios, llegando sólo ochenta de los españoles, muchos de ellos víctimas de enfermedades incurables.

¡Qué de sucesos imprevistos habian ocurrido durante esta ausencia en la América del Sur!

Francisco Pizarro, despues de la ejecucion de Almagro, habia permitido que Diego, hijo de éste, permaneciera en Lima, despreciándolo, lo mismo que á los partidarios de su antiguo colega, los cuales tramaron una conjuracion dirigida por Juan de la Rada, de que Francisco tuvo aviso, y que menospreció tambien, contentándose con no salir de su casa en el dia en que le anunciaron que iba á estallar.

Alarmados los conjurados y demasiado tarde para retroceder, se lanzaron á la calle gritando *viva el rey! ¡muera el tirano!* y se entraron en la casa de Pizarro.

Sin tiempo para armarse, á pesar de su defensa heroica, cayó al suelo Francisco Pizarro herido en la garganta, y exclamando *¡Jesús!*, trazó con el dedo una cruz en el ensangrentado suelo, y espiró.

En seguida fué proclamada la autoridad del jóven Diego de Almagro y presos ó proscriptos los partidarios de los Pizarros.

En tanto, Vaca de Castro se habia dirigido á Quito, donde, recibido por el segundo de Gonzalo Pizarro, presentó su cédula, asumió el gobierno supremo y se encaminó al Sur.

Por su parte, al frente de sus tropas, salió Almagro del Cuzco, al mediar el estío de 1542, siguiendo la direccion de la costa.

Imposible de todo punto la conciliacion entre Almagro y Vaca de Castro, pues aquél habia avanzado demasiado en la rebeldía para volverse atrás, encontráronse ambos ejércitos en los llanos de Chupas, al

Oeste del Cuzco, donde, peleando ambos partidos con la furia indomable característica de las contiendas civiles, Vaca de Castro obtuvo completa victoria. El heroico Almagro, que logró refugiarse en el Cuzco, fué entregado por los mismos que él habia puesto al frente de la ciudad, y juzgado y condenado á muerte, que sufrió en la gran plaza de esta ciudad, desapareciendo con él la llamada faccion de Chile.

Pacificado el país, Vaca de Castro se consagró á organizarlo, atendiendo con especial cuidado á la poblacion india; creando escuelas para enseñarles la doctrina católica; tomando otras diversas medidas, encaminadas á aquel fin.

En España, habiendo vuelto de Alemania el emperador Carlos V, consagraba toda su atencion á aquel mismo objeto, convocando una reunion de juriscónsultos y teólogos en Valladolid, cuyas consecuencias fueron numerosas leyes para el gobierno de las colonias,

Declaróse en ellas la libertad de los indios, reconociéndose, sin embargo, el hecho de la esclavitud mientras vivieran los que á la fecha fueran señores de esclavos; preceptuóse que no pudieran poseer siervos los que habian tratado á los suyos con crueldad, los empleados públicos, los eclesiásticos, las comunidades religiosas, los que habian tomado parte en las sediciones anteriores; mandóse que no se forzara á trabajar á los indios, y que, cuando trabajaran, recibieran el premio de sus servicios; prevínose que se redujeran los excesivos repartimientos y que los propietarios que se hicieran culpables de abuso de sus esclavos perdieran el dominio sobre ellos.

Para poner en ejecucion estas leyes nombróse vi-rey, al que debia acompañar una Real Audiencia.

Fácil era adivinar que este código, sin ejemplo,

en las naciones europeas; que alteraba radicalmente los fundamentos de la propiedad; que convertia de un solo golpe en libres á naciones enteras de esclavos, no podia ejecutarse sin grandes conmociones y revueltas.

La noticia de las nuevas leyes fué acogida en todos los dominios españoles de América con profunda indignacion y todos pusieron sus ojos en Gonzalo Pizarro, como el único capaz de contrarestarlas.

Blasco Nuñez Vela, nombrado virey del Perú, llegó á Nombre de Dios á mediados de Enero de 1544.

Despues de recorrer el istmo de Panamá, dió muestras de sus propósitos mandando que trescientos indios del Perú que allí habian sido llevados por sus dueños, fueran puestos en libertad y restituidos á su país.

En su viaje hácia el Perú mostró el virey, con el ejemplo, su firme resolucion de ejecutar las nuevas leyes haciendo pagar á los indios que trasladaron su propio equipaje.

En su vista, asediado por las súplicas de los colonos, presentóse ya resueltamente Gonzalo Pizarro y entró en el Cuzco, donde fué recibido con grandes aclamaciones, organizando fuerzas y tomando el título de Capitan general.

Gonzalo Pizarro se vió abandonado de algunos de los suyos, hecho con que la Providencia le anunciaba el camino de perdicion que emprendia; pero su propia ambicion y los consejos de Carvajal, valentísimo soldado de su partido, le hicieron seguir adelante, reforzado por no pocas defecciones á la causa del inflexible virey, quien, léjos de oír los consejos de Vaca de Castro para que, imitando el ejemplo del inolvidable virey de Méjico, el gran Mendoza, suspendiera la ejecucion de las leyes y consultara á Es-

paña , léjos de ello , mandó prender al mismo Vaca de Castro.

En desacuerdo abierto el virey con la Audiencia, vino á acabar de desautorizarlo la muerte de Suarez de Carvajal.

Resuelto Blasco Nuñez á encaminarse desde Lima á Trujillo , opúsose la Audiencia , que dió un decreto mandando prenderlo , como se efectuó , en medio de un gran tumulto ; deponiéndolo de su empleo y suspendiendo las Ordenanzas.

Gonzalo Pizarro entró triunfalmente en Lima , con su ejército , en 28 de Octubre de 1544.

Habiendo recobrado la libertad Blasco Nuñez , se encaminó á San Miguel , donde levantó bandera , y pronto reunió tropas con las que salió en busca de Pizarro ; pero á instigaciones de los suyos , tuvo que emprender rápidas marchas , durante las cuales estuvo á punto de ser preso.

Por último , el 18 de Enero de 1546 encontráronse las tropas del virey y las de Gonzalo Pizarro á corta distancia de Quito , donde , trabada la pelea , éste alcanzó señaladísima victoria , mandando cortar la cabeza al virey en el mismo campo de batalla , la cual fué luego elevada en una pica.

Así cayó otra vez el Perú bajo el poder de los Pizarros.

Llegaron á España estas terribles nuevas en ocasión que , ausente de España el emperador , gobernaba el Estado su hijo el infante D. Felipe , el cual puso sus ojos para apagar estos tumultos en el clérigo Pedro de la Gasca , eruditísimo en las ciencias y que ya habia mostrado su alta capacidad en árduas empresas políticas y militares. El emperador confirmó el nombramiento , invistiendo á Gasca de las más omnímodas facultades.

El nuevo Presidente, á su llegada á América, tuvo noticia en el puerto de Santa Marta de la muerte del virey y del poder absoluto de Gonzalo Pizarro. Preocupado su ánimo desembarcó en Nombre de Dios, puerto vigilado por una fuerte guarnicion que mandaba Hernan Megía, á quien, mereciendo su entera confianza, habia encomendado Gonzalo este importante puerto del Perú.



LECCION LXVI

EL PERÚ.—LOS PIZARROS. (CONCLUSION).

Pedro de la Gasca, falto de séquito militar y de acompañamiento, pues así lo había exigido él mismo, pareció á Megia un clérigo insignificante, del cual no se podía esperar más que indulgencia y perdon.

Gasca manifestó, en efecto, al capitán de Pizarro que su misión era de conciliación y de paz; que estaba dispuesto á perdonar á todos y á revocar las Ordenanzas, y que, cumplido así el objeto de la revolución, seguir adelante sería luchar abiertamente con la Corona; palabras racionales á que se sometió resueltamente el pundonoroso oficial.

En seguida, Gasca se dirigió á Panamá, donde estaba la poderosa escuadra de Pizarro, compuesta de vendidos buques, á las órdenes del gobernador Hinojosa.

El enviado del rey fué cortesmente recibido en Panamá; sin excitar desconfianzas, mandó una afectuosa carta del emperador á Pizarro y otra suya en el

mismo sentido, interin se procuraba amigos en todas partes con su sencillez y sus afables maneras.

Ni Pizarro ni los suyos pudieron sospechar que bajo el exterior sencillo del clérigo La Gasca, se ocultaba un poder moral más fuerte que sus soldados forrados de acero; poder que, minando calladamente la opinion pública, iba socavando su autoridad, tanto más seguro, cuanto más inadvertido; como oculto veneno que reblandeciendo los cimientos de fortísima torre, hace que ésta impensadamente se derrumbe.

Lorenzo de Aldana, el obispo de Lima y otros caballeros, fueron encargados por Pizarro para que, pasando á España, obtuvieran de la córte la confirmacion del poder que éste se habia abrogado. Llevaron ántes los comisionados una carta para La Gasca, en que, á través de corteses palabras, se indicaba á éste que su tenacidad podria costarle la vida.

Presentado Aldana al Presidente, abandonó su comision y juró obediencia á la causa del rey, ejemplo que siguió Hinojosa con la escuadra.

La Gasca, despues de reunir recursos y soldados, remitió á Pizarro copia de sus poderes, á fin de que conociera que aún era tiempo de volver á la obediencia, ántes de que para él se cerraran inflexivamente las puertas del olvido.

Pizarro presentó á Carvajal y Cepeda la carta de La Gasca, y ámbos fueron de distinto parecer. Miéntas el primero, soldado adiestrado en las guerras de Italia, de carácter entero y resuelto, le aconsejó que aceptara el perdon ofrecido, el segundo fué de opinion contraria, pues que siendo juez de la Real Audiencia, habia abandonado miserablemente al virey Blasco Nuñez y creyó que para él no podia haber perdon.

Pizarro aceptó el consejo de Cepeda, declarándose

así en abierta y decidida rebelion contra la Corona.

La defeccion de Aldana y de Hinojosa tuvo ya muchos imitadores.

Gonzalo llegó en su rebeldía hasta levantar bandera con sus armas é iniciales y la corona encima; de borrar los sellos reales en los cuños, y de fundir moneda con sus cifras.

Sin embargo, el contagio de las deserciones siguió propagándose por todas partes: Centeno se apoderó del Cuzco, y los habitantes de Lima abrieron las puertas á Aldana.

Pero cuando Pizarro se preparaba para retirarse á Chile, encontrándose en las cercanías de Huariñas sus tropas y las de Centeno, aquél, despues de una cruel batalla, obtuvo señaladísima victoria, gracias á la habilidad del valiente Carvajal, que, sin embargo, manchó su fama con grandes crueldades sobre los vencidos.

No se desanimó por esto la Gasca, ántes bien, reuniendo sus fuerzas, se encaminó hácia el Cuzco y pasó con las tropas el Apurimac; ante cuya noticia, Gonzalo Pizarro salió del Cuzco con su ejército y se dirigió al valle de Xaquixaguana, donde esperó á sus contrarios.

Todavía La Gasca despachó un emisario á Pizarro, ofreciéndole el perdon del rey con tal de que depusiera las armas, perdon que Gonzalo rechazó locamente.

Al cabo, en la mañana del 8 de Abril de 1548, avistáronse ambos ejércitos.

Al irse á comenzar la batalla, Cepeda, el génio del mal de Pizarro, se pasó al enemigo á la vista de todos; ejemplo que siguieron Garcilaso de la Vega, padre del historiador, y otros muchos, pues ántes de que se disparara el primer tiro, una columna de arca-

buceros se unió al ejército del Presidente, al que imitó un escuadron de caballería.

Toda resistencia era ya imposible; unos, pues, huyeron, otros arrojaron las armas, otros se rindieron.

Pizarro, confundido ante este espectáculo, preguntó á Acosta, uno de los pocos que se habian quedado á su lado:

—*¿Qué haremos?*

—*Arremeter al enemigo y morir como romanos*, obtuvo por respuesta.

—*Mejor es morir como cristianos*, repuso aquél, y adelantándose algunos pasos, se rindió prisionero.

Carvajal, derribado por el caballo, fué preso por sus propios soldados.

Pizarro y Carvajal fueron juzgados, y como su crimen ni aún podia discutirse, ámbos quedaron prontamente condenados, el primero á ser decapitado y el segundo á ser arrastrado y descuartizado.

Nada pudo hacer cambiar al indomable Carvajal, á pesar de sus ochenta y cuatro años; el cual sufrió la muerte con su eterna sonrisa sarcástica y burlona.

Gonzalo Pizarro murió como soldado valiente y cristiano.

El Presidente, despues de recompensar á cuantos le habian auxiliado; de dictar disposiciones altamente favorables á los indios; de mejorar la administracion; de fomentar las rentas públicas; de pagar las deudas contraidas; tranquilo el país y terminada su obra, pensó ya en regresar á España.

Antes de partir, agradecidos los caciques indios, le ofrecieron una gran cantidad de plata que rehusó: los principales colonos le enviaron, despues de embarcado cincuenta mil castellanos de oro que igualmente rehusó; no obstante, lograron poner secretamente en su buque veinte mil castellanos, que una

vez en España, averiguando cuales eran los parientes más necesitados de los donantes, los distribuyó entre los mismos.

La Gasca entró en Sevilla, con un gran tesoro para la Corona, cumplida su difícilísima misión, al cabo de poco más de cuatro años de su salida de la misma ciudad.

Respetado y admirado de todos, murió pacíficamente en Valladolid á fines de Noviembre de 1567.

Terminado ya el rápido bosquejo de los descubrimientos y conquistas de los españoles en sus tres puntos capitales, el ánimo preocupado no puede menos de preguntarse, qué razas poblaron aquellas islas y ese vasto continente americano, y en qué tiempos se verificó este misterioso suceso.

Son importantes, como datos en esta, hasta hoy, insoluble cuestión, la tradición azteca de Quetzalcoatl; la peruana sobre los hombres blancos y barbudos que, saliendo de las orillas del lago de Titicaca, esparcieron las luces de la civilización en el Perú, demostrando que razas del Antiguo Mundo poblaron las regiones americanas.

Es un hecho incontrovertible que los piratas normandos tocaron en las costas Noreste del Nuevo Continente: que los escandinavos, en tiempos remotísimos lo visitaron, está fuera de duda por el encuentro de la famosa piedra rúnica hallada en la Groenlandia en 1826; como que un irlandés habitó allí en 982 y que por este tiempo se establecieron en los mismo parajes dos colonias europeas, y que, á fines del mismo siglo, misioneros enviados por Olao I, rey de Noruega, propagaron el cristianismo en la propia Groenlandia.

Concretando más la cuestión, podemos afirmar que el origen asiático de la población y cultura america-

na, es un hecho evidenciado por los monumentos artísticos y escritos que han parecido en el Nuevo Mundo; Mr. CHARENCEY (*le Mythe de Votan*) ha demostrado la procedencia asiática de las leyendas históricas de la nación azteca: D'EICHTAL (*Etudes sur les origines bouddhiques de la civilisation americaine*) atribuye á esta civilización un origen búdico: la terminación en STLAN, tan común en ciudades, ríos y parajes de ciertas regiones del Nuevo Continente, guarda gran similitud con otros análogos pérsicos. Este mismo origen se demuestra en los monumentos de Palenque (Yucatan) y en el templo de Xoxicalco, de carácter decididamente egipcio, como prueba D'ORBIGNI (*L'homme americaine*). Ciertos ídolos, bustos y relieves de piedras sacrificiales mejicanas, tienen procedencia indudablemente pérsica: la gran fortaleza del Cuzco ostenta un sello resueltamente pelásgico.

El origen oriental de los pueblos americanos no puede, pues, discutirse.

Ahora bien, ¿en qué tiempo fijo se verificó este suceso?

El eruditísimo americanista Mr. BRUNER DE BOURBOURG, (*Quatre lettres sur le Mexique*), reconoce que, aunque difíciles y tardías, hubo relaciones entre ambos Mundos. ¿Quién sabe si los esfuerzos de los sábios, si las disquisiciones de las Sociedades Americanistas obtendrán al cabo la solución definitiva de estos problemas pre-colombianos que hasta hoy no pueden satisfacerse?

Pero, viniendo ya á otro género de consideraciones, contra las calumnias de los extranjeros, repetidas por hombres preocupados ó poco celosos de la honra de su patria, haremos notar que el primer cuidado de Colon, de Cortés, de Pizarro y de todos los descubridores españoles, era plantar la Cruz y predicar la religión

y la civilizacion verdadera, y oponerse al canibalismo, y á la bestialidad en las tierras que descubrian: que nuestras Leyes de Indias respiran, qual ningun otro código, amor á los naturales de aquellas apartadas regiones, en lo qual se extremó Felipe II en la Ordenanza que consigna estas palabras: *Encargamos y mandamos á los de nuestro Consejo que con particular aficion y cuidado procuren el buen tratamiento de los indios, de manera que en sus personas y haciendas no se les haga mal tratamiento ni daño alguno, antes en todo sean tratados, mirados y favorecidos como vasallos nuestros, castigando con rigor á los que lo contrario hicieren: para que en esto los dichos indios... conozcan que haberlos puesto Dios debajo de nuestra proteccion ha sido por bien suyo.* El mismo monarca, en una Cédula, ordenó que los naturales no trabajaran dentro de las minas, pues *S. M. quiere más la conservacion de la vida de un indio que todos los tesoros de las Indias.* El fiscal Espinosa, en 1609, se opuso á ciertas obras de canalizacion y desagüe que se proyectaban en Méjico, apoyándose en idénticas razones. Las Ordenanzas, en fin, produjeron, segun ya hemos visto, la terrible sublevacion de Gonzalo Pizarro que puso á la América en grave riesgo de perderse, sólo por favorecer á los naturales contra los conquistadores; que las declamaciones del célebre obispo de Chiapa han sido puestas en su punto y lugar por escritores patrióticos y concienzudos (AMADOR DE LOS RIOS, *Vida y escritos de Gonzalo Fernandez de Oviedo.*—ZEVALLOS, *La Falsa Filosofia.*—DON LUIS FERNANDEZ-GUERRA, *D. Juan Ruiz de Alarcon.*—NUIX y PERPIÑA, *Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los españoles en las Indias*).

No es esto decir que hayan dejado de cometerse grandes crueldades por ciertos funcionarios y particulares españoles en América. ¿Cuándo han dejado

éstas de cometerse por los hombres que ejercen el poder á larga distancia , seguros de la impunidad , desde los dias de Roma hasta los presentes? Pero ¿cuándo nuestros mayores han erigido en sistema el aniquilamiento de los pobres indios? ¿Cuándo ejercieron nuestros antepasados la criminal industria de proveer de ídolos á aquellos desgraciads pueblos, como lo han hecho en nuestros dias naciones americanas y no americanas, que pretenden darnos lecciones de humanidad y alardean de marchar al frente de la civilizacion moderna?



LECCION LXVII

FELIPE II DE ESPAÑA.

(R. BAUMSTARK, Felipe II, rey de España.—PIDAL, Historia de las alteraciones de Aragon.—GACHARD, Don Carlos y Felipe II.—HURTADO DE MENDOZA, Guerra de Granada.—MARMOL, Historia de la rebelion y castigo de los moriscos.—V. GOMEZ, Felipe II.—MURO, Vida de la princesa de Eboli)

El miércoles 21 de Mayo de 1527, nació en Valladolid el infante D. Felipe, hijo del gran César Carlos V, y de la inolvidable emperatriz doña Isabel.

Cuando el príncipe fué nacido y puesto en paños (SANDOVAL), tomólo el emperador su padre, en los brazos y dijole estas palabras: *Dios nuestro Señor te haga buen cristiano: á Dios nuestro Señor ruego te dé su gracia: plegue á Dios nuestro Señor te quiera alumbrar para que sepas gobernar los reinos que has de heredar.*

Este triple deseo fué ampliamente atendido por la Providencia, pues, desde que tuvo uso de razon, pensó D. Felipe en saturar el espíritu nacional en el espíritu católico, que habia de ser la más firme colum-

na de su poder, convirtiéndose él mismo, cuando ocupó el trono, en el brazo derecho de la Iglesia y debelador de la herejía.

Acostumbrados á conocer á Felipe II por los relatos de escritores extranjeros y protestantes, ó de dramaturgos, generalmente reñidos con la verdad, tenemos una idea harto equivocada del carácter y hasta de la figura de este gran príncipe.

Los escritores contemporáneos nos pintan á D. Felipe, bajo de estatura; de tez delicada y pálida; de ojos azules y cabello rubio; la nariz corva y algo levantada; el labio inferior característico de la familia de Austria; el espíritu apto para las ciencias y artes; distinguido en la lengua del Lacio, en las matemáticas y en la arquitectura.

Cumplidos los diez y seis años, se casó con doña María, hija de D. Juan III de Portugal y de doña Catalina, hermana del emperador Carlos V, «que era muy gentil dama (SANDOVAL, *Libro XXVI*), mediana de cuerpo y bien proporcionada de facciones, ántes gorda que delgada, muy buena gracia en el rostro y donaire en la risa. Parecia bien á la casta del emperador y mucho á la Católica Reina doña Isabel, su bisabuela;» á la que D. Felipe amó tiernísimamente.

Por desgracia, murió esta augusta dama en Valladolid, despues de dar á luz al príncipe D. Carlos, sembrando de tristeza el alma de su amante esposo.

Don Felipe visitó en 1548 los Países Bajos; en 1550 acompañó á su padre á la Dieta de Augsburgo, y en 1551 regresó á España, de donde volvió á salir, en 1554, con rumbo á Inglaterra, para contraer matrimonio con María Tudor, hija de Enrique VIII y de Catalina de Aragon, que le amó apasionadamente.

El infante español usó con suma prudencia de su carácter de rey consorte sobre el ánimo de la católica

doña María, salvando tres veces la vida á Isabel, futura reina de Inglaterra é hija adulterina de Enrique VIII, comprometida en la conspiracion de Tomás Viato, presa en la torre de Lóndres, y condenada á muerte; en la promovida por esta misma señora desde su castillo de Hadfield; en la del embajador de Francia y en la de lord Straford.

Llamado D. Felipe por su padre, tuvo que encaminarse á Flandes, donde (1555) recibió el gobierno de los Países Bajos, y en 1556, el trono de la monarquía española.

Dolor profundísimo debió sentir el católico príncipe cuando vió, que léjos de concertarse las fuerzas todas del catolicismo para combatir la hidra de la herejía, era el mismo soberano Pontífice Paulo IV, unido con el rey de Francia, Enrique II, el más dispuesto á romper la paz de Voucelles.

Don Felipe, despues de ensayar inútilmente toda clase de medios para contentar al Papa y de someter la cuestion al dictámen de los más eminentes teólogos y jurisconsultos, dió orden al duque de Alba para que avanzara sobre Roma, á la vez que los franceses se presentaban en Italia, mandados por el duque de Guisa, los cuales fueron derrotados por los españoles.

En tanto, D. Felipe hace penetrar en Francia, desde Flandes, un ejército, á las órdenes de Manuel Filiberto, duque de Saboya, que venció completamente á las tropas de Enrique II en la sangrienta batalla de San Quintin (10 de Agosto de 1557), en memoria de la cual mandó aquél construir el famosísimo monasterio de San Lorenzo del Escorial.

Solo el Papa frente á las tropas españolas, por haberse tenido que retirar el de Guisa en defensa de su propia patria, se vió obligado á ajustar la paz con los españoles, en cuyas generosas condiciones mostró

D. Felipe su amor á los derechos de España y su respeto al equivocado Pontífice.

Los franceses se consalaron en parte del desastre de San Quintin, apoderándose de la plaza de Calais, única que conservaban los ingleses de sus conquistas en la guerra de los Cien Años; pero la derrota de Gravelinas les hizo pedir la paz, reconociendo la superioridad de los invencibles tercios españoles.

En su consecuencia, se ajustó el paz de Chateau-Cambresis (1559), concertándose el matrimonio de D. Felipe, ya viudo de la reina de Inglaterra, con la princesa Isabel de Francia.

Habiendo regresado D. Felipe á España, dejando encomendada la gobernacion de los Países Bajos á su hermana natural Margarita, y á la cabeza del Consejo al cardenal Granvella, supo con espanto que miéntras él sostenia en todas partes con su inmenso poder la religion católica, el protestantismo se habia introducido traidoramente en España.

Preparóse, pues, para reprimirlo con mano vigorosa, deber que le imponian la seguridad de sus propios dominios y el triste ejemplo del estado en que los demás se hallaban.

Con efecto, transigia en Alemania con los herejes el nuevo emperador, preparando por tal manera con sus concesiones, la terrible guerra de los Treinta Años; la impúdica Isabel, que habia sucedido á su hermana María, perseguia y mataba á los católicos que no abjuraban su fé; en Francia contaba el calvinismo entre sus adeptos muchos individuos de la familia real, y personajes tan notables como el Almirante Coligni, y de otra parte, luchaba el partido católico, mandado por los Guisas, en mengua de la autoridad del desventurodo Francisco II.

Comprendiendo el rey D. Felipe, en el ajeno ejem-

plo, que la seguridad del Estado residia en oponerse á la invasion del protestantimo, fuente de todas las desgracias de los Estados vecinos, combatió fuertemente la herejía que penetraba en España, persiguiendo el Santo Oficio á Cazalla y á sus partidarios.

Aun concediendo la certeza del número de víctimas causadas por los procesos de este famoso tribunal; aun aceptando los cálculos notoriamente exagerados de LLORENTE en sus *Anales é Historia de la Inquisicion*, no es posible negar que á estos rigores debimos que se viera libre España de las guerras religiosas y de sus sangrientos horrores que en manera alguna pueden ser comparados con aquellos que desgarraron á los demás Estados de Europa; por ejemplo, con uno solo de los cuatro grandes períodos en que se divide la guerra de los Treinta Años. En todo caso, él fué defensor en España de la paz y ardiente ejecutor de la *opinion pública*, partidaria resuelta y celosa del catolicismo.

Sobre todo, preciso es juzgar estos sucesos con arreglo á los sentimientos, á las necesidades y al criterio de aquella edad y de los países que abrazaba la gigantesca monarquía española; que por algo la Geografía y la Cronología son apellidadas *los dos ojos de la Historia*.

Los ataques de Erasmo contra la Iglesia Romana, habian producido efecto en los Países Bajos, algunas de cuyas provincias tenian admitida la Reforma.

Inquietos los protestantes flamencos con la actitud severa de Felipe II y de su hermana, y con ocasion de la publicacion del Concilio de Trento, se unieron para sostener sus pretensiones por medio del célebre *Compromiso de Breda* (1566), y bajo las órdenes de Guillermo, príncipe de Orange, traidor á España, cuyas tropas mandaba como gobernador de Holanda

y de Zelanda, y de los condes de Egmond y de Horn, recorrió el país proclamando la rebelion contra los españoles.

En tan criticas circunstancias, Felipe II envió á Flandes á D. Fernando Alvarez de Toledo, segundo duque de Alba, que desentendiéndose de las inútiles contemplaciones de la gobernadora, venció á los rebeldes y mandó degollar á los condes de Egmond y de Horn, estableciendo fuerte política de represion.

Auxiliado el príncipe de Orange por las potencias del Norte, y sobre todo, por Inglaterra y por Francia, las provincias de Holanda, Zelanda, Frisia y Utrech, confirieron á Guillermo el título de Statouder (1572), y ántes de que pudiera producir sus efectos finales la política del duque de Alba, fué éste reemplazado por Requesens, cuyo gobierno débil y conciliador alentó á los rebeldes. A Requesens substituyó D. Juan de Austria, á quien engañaron los alzados con falsas esperanzas, y á éste Alejandro Farnesio, duque de Parma, durante cuyo mando las provincias de Holanda, Zelanda y Utrecht se declararon república independiente (25 de Enero de 1579), á la que se adhirieron, cinco meses despues, Frisia y Over-Isel, quedando así constituida la república de Holanda que aceptó el culto de Juan Calvino.

Asesinado Guillermo de Orange y habiendo sido elegido Statouder su hijo Mauricio, vió éste sus tropas derrotadas por el gran duque de Parma y caer Amberes en poder del caudillo de los españoles.

Acobardados con tales desastres los confederados, ofrecieron la soberanía de la nueva república á Francia, que no se atrevió á aceptar, y despues á Isabel de Inglaterra, que envió á los Paisés Bajos á su favorito Leicester, en tanto que el almirante Drake inquietaba con sus escuadras las costas de España y que los

piratas ingleses dificultaban la comunicacion de nuestra patria con sus colonias.

Esta lucha gigantesca se hizo ya imposible ante la guerra con Francia y la muerte del invencible duque de Parma, á quien sucedieron el archiduque Ernesto y el conde de Fuentes. Oportunamente cedió D. Felipe estos Estados, con el Franco-Condado y el Charolais á su hija Isabel Clara (1598), prometida del archiduque Alberto, hermano del emperador de Alemania.

Sin el feroz rencor de Isabel de Inglaterra y el ódio inextinguible de la Francia, seguramente la Reforma habria sucumbido; y D. Felipe, volviendo sus fuerzas contra las costas de Africa, hubiera librado á la Europa civilizada de la tiranía de estos feroces piratas; mas, á pesar de la voluntad del rey de España, sus esfuerzos contra los berberiscos fueron relativamente pequeños, limitándose á las tres expediciones contra Trípoli (1559, 1560 y 1561); á la toma de Gelves; á la defensa de Mazalquivir y de Orán (1563), sitiados por el Dey de Argel con auxilios del turco, y á la conquista del Peñon de la Gomera (1564); suceso que irritó tanto á Soliman el Magnífico, que reunió sus armas para conquistar la isla de Malta, la cual sólo se vió libre con el oportuno socorro del monarca español.

LECCION LXVIII

FELIPE II DE ESPAÑA. (CONCLUSION).

Irritado Felipe II contra Isabel de Inglaterra, por el auxilio que ésta prestaba á todos los enemigos de España, y por el asesinato jurídico de la desgraciada María Stuard, decidió acabar con su enemiga de un solo golpe. Al efecto, armó la escuadra llamada *Invencible* compuesta de ciento treinta buques mayores, con ocho mil marineros y veinte mil hombres de desembarco, además de otras muchas embarcaciones procedentes de las costas de Bélgica. Esta armada, que salió de Lisboa en 20 de Mayo de 1588, á las órdenes del duque de Medina-Sidonia, fué destruida en su mayor parte en las costas de Holanda por una furiosa tempestad, y el resto por los ingleses y holandeses. Tan horrible desastre, cuya noticia recibió el rey don Felipe con ánimo inquebrantable, consolidó la confederacion de las siete Provincias Unidas.

A los gravísimos cuidados que imponía á Felipe II la gobernacion de España, rodeada por todas partes

de enemigos, se agolpaban otros, dentro de la misma Península y áun de su propia casa y familia, que afligieron profundamente su alma.

Don Cárlos, hijo de doña María de Portugal, á quien tanto el rey amó, cuyo nacimiento costó la vida á su madre, habia nacido enteco y ruin de cuerpo y perversó de espíritu. Cruel para con sus nodrizas, tartamudo, imbécil, duro para con sus servidores, atacado de fiebres casi habituales, gloton, escandaloso, irascible, insultó á los procuradores del reino; amenazó con una daga al duque de Alba, y el ministro de Estado, Espinosa, estuvo á punto de perecer ahogado entre sus manos.

En vano el infeliz padre rodeó á su hijo de los hombres más distinguidos; en vano lo colmó de distinciones; en vano le dió participacion, con voz deliberativa, en el Consejo.

El desdichado príncipe llegó á conspirar contra la vida del autor de sus dias, y proyectó huir de España, para lo que pidió su auxilio á D. Juan de Austria, á quien prometió, en cambio, el reino de Nápoles ó el de Sicilia.

Ahora bien; ¿era posible dejar al frente de la monarquía española, cuya unificacion tantos esfuerzos heróicos y seculares habia costado, bajo la direccion de semejante hombre?

Puesto así el colmo á la paciencia del padre y del rey, éste prendió á su propio hijo, dentro de su cámara (18 de Enero de 1568) y lo sujetó á un proceso, cuya prosecucion impidió la muerte del príncipe (24 de Julio de 1568), víctima de su intemperancia.

Fresca aún esta incurable herida en el alma del desgraciado padre, ocurrieron gravísimos sucesos en la Península.

Granada, último baluarte de los musulmanes en

España, habia capitulado con los Reyes Católicos y éstos habian prometido conservar á los vencidos su religion, sus usos y costumbres.

Así sucedió en efecto; pero los infieles pagaban esta noble generosidad conspirando contra los vencedores; asesinándolos cuando podian hacerlo á mansalva, y en inteligencia con los piratas berberiscos, facilitaban los medios para que éstos cayeran sobre nuestras indefensas costas, robando, incendiando y matando cuanto hallaban á mano.

La seguridad, pues, y la defensa de sus propios Estados impuso á D. Felipe el deber de publicar los decretos en que se obligaba á los moriscos á dejar su lengua, sus trajes y su culto; decreto á que contestaron alzándose en armas, en 24 de Diciembre de 1568.

En esta guerra, cruelísima como toda guerra de razas, eligieron los moriscos, por rey, primero, á Aben-Humeya y luego á Aben-Abó, é intervinieron en ella, entre otros capitanes ilustres, el marqués de Mondéjar y el de los Vélez, el duque de Sesa, don Pedro Deza y D. Juan de Austria, y terminó, al cabo de dos años, vencidos los moriscos.

Desde que los turcos se habian apoderado de Constantinopla no podia haber punto de reposo para los Estados cristianos.

Amenazados los venecianos por Selim II, que reunió sus escuadras, la armada cristiana, mandada por D. Juan de Austria, encontró á la turca en el golfo de Lepanto (7 de Octubre de 1571), donde D. Juan alcanzó una de las más memorables victorias, salvando á la cristiandad y postrando para siempre á la media luna.

Ya hemos hablado de D. Juan de Austria, vencedor de los moriscos y héroe inmortal de Lepanto.

Este príncipe, digno de todo honor, habia con-

trariado las órdenes de su hermano, cuando, terminada la expedición sobre Túnez y ordenándole el rey que desmantelara esta plaza para que no volviera á servir de nido de piratas, D. Juan la conservó, soñando en que fuera capital de un reino cristiano para él, idea que aprobó el Papa, pero que reprobó D. Felipe, no queriendo añadir un nuevo motivo de discordia con las demás naciones de Europa.

Isabel de Inglaterra, hija adulterina de Enrique VIII y excomulgada, no debía suceder á su hermana María, correspondiendo de derecho la corona á la reina de Escocia María Stuard.

D. Juan soñó igualmente en casarse con la reina de Escocia, y por tal manera restablecer el catolicismo en aquellos Estados y acabar con la herejía en su verdadero foco; proyectos que igualmente rechazó el prudente D. Felipe.

Excitaba á D. Juan en estos proyectos su secretario Juan de Soto, que por ello fué separado y nombrado en su lugar Juan Escobedo, dócil á los proyectos del monarca y á los del secretario del Despacho Universal, Antonio Perez.

Pero era tal el atractivo del heróico hermano del rey, que subyugado Escobedo, se convirtió en el más celoso ejecutor de los propósitos del príncipe.

Confiado á D. Juan el gobierno de Flandes, mandó á Escobedo á Madrid con el encargo aparente de pedir recursos para contrarestar al príncipe de Orange.

Servidor antiguo y leal del príncipe de Éboli, no pudo ver Escobedo con ojos serenos las criminales relaciones de Antonio Perez con la viuda de aquel prócer, y amenazó á ámbos que daría cuenta al rey de tal escándalo.

El astuto ministro, para conjurar semejante nube, juró perder á Escobedo, á cuyo efecto demos-

tró al rey que la venida del secretario de D. Juan era realmente para madurar proyectos ambiciosos, de los que aquél era el autor y el alma, y que no era posible procesarlo sin dar un grande escándalo en Europa é irritar á D. Juan.

Justificados los hechos, que procuraba envenenar el malvado Perez, despues de graves consultas, decidió el rey que Escobedo fuera muerto secretamente.

Era entónces doctrina corriente é inconcusa, que en casos de peligro del Estado y de grave escándalo, podia el rey recobrar la espada de la justicia, confiada á los tribunales por delegacion del mismo monarca, y que, prescindiendo de formas judiciales, podia morir el reo.

¡Horrible teoría, que, sin embargo, era entónces incontrovertible!

Para demostrar esta verdad acudiremos á dos testimonios, uno extranjero, nacional el otro, el de Capefigue justificando el asesinato del mariscal d' Ancre, de orden de Luis XIII, y el de Diego de Heredia, cuyo nombre está inscrito en el salon de sesiones del Congreso de los Diputados, como defensor de las libertades de Aragon, que reconvenido por sus jueces de haber mandado dar garrote á ciertos vasallos suyos, sin formacion del proceso, ni oír sus descargos, contestó que *así era verdad, que hizo dar garrote á dos; al uno porque mató en su presencia á otro..., y á otro porque sacó un preso de la cárcel..., y á uno de ellos dijo que le respondiese, y, no queriendo, le hizo dar garrote.....*

Así, en la noche del 31 de Marzo de 1578, Escobedo fué muerto de una estocada, junto á la iglesia de Santa María de la Almudena.

La opinion, adivinando los verdaderos motivos de

la muerte del secretario de D. Juan de Austria, atribuyó el hecho á Antonio Perez y á la princesa de Éboli.

Mientras el rey ignoró los verdaderos motivos que habian impulsado á Perez contra Escobedo, lo protegió noblemente; hasta el punto de que, habiendo hablado el Presidente de Castilla con el hijo de Escobedo, éste prometió desistir de sus pretensiones contra el ministro.

Pero fué tal la insolencia de Perez y de su amada la de Éboli; que el rey se vió en la necesidad de recluirlos temporalmente, á él en la casa del alcalde de Côte, y á ella en la torre de Pinto.

Al fin, el lujo y el escándalo del audaz secretario, llenaron la medida de la justicia de Felipe II, que mandó procesar á Perez; quedando en la causa demostradas, con la claridad de la luz, las depredaciones del astuto ministro, que fugándose y acogiéndose en Zaragoza al fuero de los Manifestados, fué causa de grandes tumultos y muertes y de la ejecucion del Justicia D. Juan de Lanuza.

El ingrato Perez murió en Francia, adonde habia tenido la fortuna de acogerse, excitando contra España á aquel monarca y al de Inglaterra, y pretendiendo venderles secretos de Estado.

Así se mostraba indigno del elevado puesto á que lo habia encumbrado la ciega fortuna.

Ya hemos dicho, en su lugar oportuno, que el duque de Alba conquistó á Portugal para España, haciendo valer los indudables derechos de Felipe II á esta corona.

Firmada la paz de Werwins, que terminó por entonces (1598) las guerras entre España y Francia, y atacado gravemente por la gota, Felipe II se retiró al Escorial (30 de Junio de 1598), entre cuyas monumentales bóvedas queria acabar su agitada existencia.

Una fiebre violentísima y un abceso en la rodilla derecha, lo postraron en el lecho, donde espiró en 13 de Setiembre de 1598, dando pruebas de admirable resignacion cristiana.

Los reinados de Cárlos I y de Felipe II, que llenaron el siglo XVI, son los reinados de la grandeza de España, durante los cuales, impusimos nuestra voluntad á Europa.

Sobresalieron entónces por su virtud, y por sus escritos. San Francisco Javier, San Ignacio de Loyola, San Francisco de Borja, San Luis Beltran, San Pedro de Alcántara, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús: por su ciencia, Fray Luis de Granada, Fray Luis de Leon, Antonio Agustin, Arias Montano, Luis Vives, Hurtado de Mendoza, Ocampo, Zurita, Morales, Oviedo, Herrera, Ercilla; y como famosísimos capitanes y políticos, D. Juan de Austria, el duque de Alba, Farnesio, Granvela y otros muchos.

LECCION LXIX

ESPAÑA BAJO FELIPE III, FELIPE IV Y CARLOS II.

(W. COXE: España bajo la casa de Borbon.—MELO: Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV.)

Como ha dispuesto la Providencia que la civilización no se vincule perpétuamente en un país, así, cada pueblo, como cada individuo, tienen sus épocas de desarrollo, de virilidad, de decadencia y de muerte.

¡Desgraciado del monarca á quien toca regir un pueblo que, como la España de fines del siglo XVI, habiendo cumplido un gran destino, decae por ley natural!

Nuestros padres habíanse impuesto en todas partes con sus armas, con su política, con sus descubrimientos marítimos, con su literatura, despertando por doquiera envidias y rencores que habian de producir sus consecuencias.

Así vemos en el reinado del sucesor de Felipe II, atacada la monarquía española en todos los mares por

turcos y berberiscos, holandeses é ingleses, y á Felipe III, dotado de todas las virtudes privadas, señalando el principio de la decadencia de España.

Ascendió al trono este príncipe, de edad de veinte años, y depositó su confianza en el marqués de Dénia, despues duque de Lerma.

Dijimos que el archiduque Alberto se habia casado con doña Isabel, hija de Felipe II, á quien éste habia cedido los Países Bajos. El archiduque inauguró su mando apoderándose de varias plazas fuertes y derrotando á sus contrarios, mandados por el conde de Lippe.

La empresa más notable de esta guerra fué el sitio de Ostende, plaza situada en las orillas del mar, circundada de terrenos pantanosos y de canales, que los rebeldes habian convertido casi en inexpugnable, y que, al cabo de cuatro años de escaramuzas, de ataques y de estratajemas, cayó en poder del marqués de Espínola.

Despues de varios sucesos, terminó esta lucha con el tratado de La Haya (1609).

En 1604 se habian firmado las paces con Inglaterra, al inaugurarse el reinado de Jorge I, sucesor de Isabel; á la vez que la muerte de María de Médicis paralizó los preparativos de guerra con España, y léjos de emprenderse ésta, pronto quedó concertado el matrimonio del príncipe de Astúrias, D. Felipe (Felipe IV), con la infanta doña Isabel de Borbon, y el de la infanta de España, doña Ana de Austria, con el príncipe D. Luis de Francia (Luis XIII).

Los moriscos, despues de una y otra rebeldía, y de una y otra expulsion, seguian formando como una raza aparte, gérmen de eternas inquietudes para el Estado.

En 1610 se decretó su definitiva expulsion del rei-

no, consultado el asunto con las personas más graves, observándose con ellos la misma conducta que los árabes, sus padres, observaron con los pobres muzárabes españoles.

Al duque de Lerma sucedió en el favor del rey el duque de Uceda.

Atacada la salud de Felipe III por una fiebre lenta, marchóse á Lisboa para recobrarla, y vuelto sin mejoría, murió en 1618.

Diez y seis años de edad contaba Felipe IV cuando ocupó el trono, vacante por la muerte de su padre.

Su favorito D. Gaspar de Guzman, conde-duque de Olivares, aconsejándose más de su presuncion que de la prudencia, proyectó sojuzgar las Provincias Unidas, adquirir el dominio de la Valtelina, y restablecer la autoridad de la casa de Austria sobre todas las potencias de Europa.

La guerra contra Holanda se señaló con hechos varios, prósperos y adversos, y complicándose con la de los *Treinta Años*, terminó con el tratado de Munster (1648), en que Felipe IV confirmó la independencia de las Provincias Unidas.

Fué causa ocasional de la guerra con Francia, la muerte del duque de Mantua, sin sucesion legítima, y la herencia de sus dominios por el duque de Nevers, contra la voluntad de España; guerra en la cual los franceses se apoderaron de la Valtelina.

Muerto el archiduque Alberto sin hijos, debian sus Estados volver á la corona de España; los flamencos se opusieron, negándose á reconocer á Isabel Clara, viuda del archiduque, como gobernadora, á nombre de Felipe IV, é intentaron constituirse en república como Holanda. Espínola y el cardenal infante D. Fernando, impidieron por entónces estos propósitos.

Habiéndose mandado á Cataluña que armara seis

mil hombres para que pasaran á Italia, y que pagara ciertos tributos, y habiendo sido presos dos enviados que pasaron á la córte para suplicar contra ambas medidas, por haberse expresado con demasiada violencia, Barcelona contestó declarándose en abierta y sangrienta rebeldía.

En tal situacion, los catalanes, para buscar el apoyo de alguna potencia, se ofrecieron como vasallos al rey de Francia; pero como tardara éste en resolverse, se constituyeron en república independiente.

Once años duró esta fratricida guerra con varia fortuna, hasta la rendicion de Barcelona (1652) al marqués de Mortara y á D. Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV.

El ejemplo de la insurreccion de los catalanes cundió en Portugal, donde se tramó calladamente una conspiracion para colocar en el trono al duque de Braganza, la cual estalló con motivo de cierta orden en que se mandaba que un crecido número de tropas portuguesas marchara á operar contra la rebelde Barcelona: así fué proclamado el duque (1640) con el nombre de Juan IV.

La guerra á que estos hechos dieron origen, terminó con la batalla de Villaviciosa y el tratado de Lisboa (1668), por el cual quedó separado Portugal de la monarquía castellana.

Al fin, con general aplauso, cayó el conde-duque de la real privanza, sucediéndole D. Luis de Haro.

Para colmo de desgracias, subleváronse tambien Nápoles y Sicilia.

El alzamiento de Sicilia se sosegó luego; no así el de Nápoles, que tuvo consecuencias, dirigido por Tomás Aniello, generalmente conocido por Masaniello, que estableció una república, ofreciendo su presidencia, con título de dux, al duque de Guisa, el cual, á

pesar de estar fuertemente sostenido por Francia, fué vencido y hecho prisionero por el virey duque de Arcos y por D. Juan de Austria.

Terminada por este tiempo la guerra de los Treinta Años con la paz de Westfalia, España, sin embargo, continuó la lucha con Francia, hasta la paz de los Pirineos (1659), en virtud de la cual se estipuló que Francia conservaría la posesion de la Alsacia y del Rosellon: que Luis XIV se casaria con la infanta María Teresa, renunciando á la sucesion eventual de la corona de España, mediante la dote de quinientos mil ducados: que Francia restituiria las conquistas hechas en Cataluña, en el Milanésado y en los Países Bajos, y no auxiliaria á los portugueses.

Felipe IV, devorado de mortal tristeza, sobrevivió cinco años al tratado de los Pirineos.

Sucedióle su hijo Carlos II (1665), de edad de cuatro años, bajo la tutela de su madre María Ana de Austria, que depositando su confianza en el jesuita alemán Nithard y obligando á D. Juan de Austria á salir de la corte para Consuegra, produjo en el pueblo hondo descontento.

Luis XIV de Francia, aprovechando estas circunstancias, se apoderó de varias plazas en Flandes, y conquistó, en menos de un mes, el Franco-Condado.

Pero la triple alianza de Inglaterra, Suecia y las Provincias Unidas, para poner coto á las ambiciones de la Francia, arregló estas discordias, asegurando á Luis XIV, por el tratado de Aix-la-Chapelle, sus conquistas en los Países Bajos, aunque restituyendo el Franco-Condado.

La desaprobacion de este tratado por D. Juan de Austria y la sublevacion de Aragon y Cataluña, forzaron á la reina á separar de su lado al padre Nithard.

Durante este reinado tuvo lugar el último período de la guerra europea contra Luis XIV.

Al P. Nithard siguió en el favor de la reina don Fernando Valenzuela; á éste D. Juan de Austria, después de alejada de la corte la reina madre, y á don Juan, el duque de Medinaceli.

Terminada la guerra con Francia comenzó en Palacio una lucha verdaderamente vergonzosa.

Enfermo y sin hijos el rey, pensando en su sucesion, se formaron dos bandos en la corte.

Al frente del partido austriaco, que tenia como candidato para la corona de España al archiduque Carlos, se hallaban la reina Maria Ana de Neoburg, el conde de Oropesa, primer ministro, y el de Harach embajador de Alemania. El partido francés estaba capitaneado por el inquisidor general Rocaberti, el cardenal Portocarrero y el conde de Harcout, embajador de Luis XIV.

Entre tanto, por medio de los tratados de La Haya (1698) y de Lóndres (1700), acordaban las potencias extranjeras repartirse los dominios españoles.

Este último ultraje decidió al vacilante monarca, que otorgó testamento en 21 de Octubre de 1700, nombrando heredero de sus Estados á Felipe de Anjou.

Ocho dias después, espiró el infeliz Carlos II *El Hechizado*, acabando con él la dinastía austriaca.

Durante los tres anteriores reinados sobresalieron Velazquez, Murillo, Alonso Cano, Zurbarán, Cláudio Coello, Rivera, el doctor Eximio, Aguirre, Cervantes, Nicolás Antonio, el P. Mariana, Melo, Góngora, Solís, Quevedo, los Argensolas, Calderon, Lope de Vega, Tirso, Alarcon, Moreto y otros muchos, gloria de las artes y de la literatura española.

LECCION LXX

ESCOCIA. — INGLATERRA, DESDE JACOBO I Á CÁRLOS II.

La historia de Escocia, en tiempo de los Stuardos, desde Jacobo I al V y la reina María, se resume en las guerras con Inglaterra y en las luchas del poder real con la aristocracia, clase que quedó aniquilada en la batalla de Flodden-Field.

Casado Jacobo V con María de Guisa, muerto Jacobo, entró á reinar su hija María Stuard, que apenas contaba algunos dias de edad, ocupando un trono agitado por las doctrinas de la Reforma.

Presa su desgraciada madre por Isabel de Inglaterra, Jacobo VI contrajo alianza ofensiva y defensiva con la cruel enemiga de María, sacrificando los sagrados deberes de hijo á la ambicion de reinar en Inglaterra; lo que logró ocupando este trono (1603), por designacion de la misma Isabel, con el nombre de Jacobo I.

Jacobo I no consiguió unir las tres coronas de Inglaterra, Escocia é Irlanda, pues á ello se opusieron los respectivos parlamentos, y vió agitado su largo

reinado con ardientes polémicas religiosas. Los calvinistas austeros desecharon la profesion de fé dada por el rey, y combatieron la jerarquía eclesiástica, entre tanto que tronaba en la Cámara la oposicion, acusando al duque de Buckingham.

En el reinado de Carlos I, sucesor de Jacobo, los Comunes exigieron el juicio de Buckingham, y el rey disolvió tres Cámaras, que se negaron á concederle los subsidios que pedia.

Resuelto el rey á gobernar prescindiendo del Parlamento, estuvo sin convocarlo desde 1637 á 1640.

Rebelados los puritanos escoceses (1637), las tropas que el rey mandó para combatirlos, en las que dominaban los presbiterianos, se negaron á ello; el rey convocó el Parlamento, que tuvo que disolver, y habiendo mandado otro ejército á Escocia, éste fué derrotado.

En situacion semejante, fué convocado el *Parlamento Largo*, que empezó condenando á los ministros del rey, y acabó por hacerle oposicion personal.

Carlos se retiró de Londres, y reunió á sus parciales, que fueron vencidos en Naseby (1645), refugiándose el monarca entre sus escoceses, que lo entregaron á los agentes del Parlamento (1647).

Hallábanse ya los autores de estos trastornos, que únicamente convenian en su odio á la monarquía, divididos en facciones que se hacian implacable guerra.

Constituian estos partidos: los *Presbiterianos* propiamente dichos, que combatian la jerarquía episcopal, y querian que sus Pastores fueran elegidos por el pueblo; los *Independientes* que desechaban todo sacerdocio, secta que contaba con pocos adeptos en el Parlamento, pero con inmensa mayoría entre el pue-

blo y el ejército, y los *Niveladores* que combatían toda distinción social.

Apoderado Oliverio Cromwell de la persona del rey, espurgó la Cámara, prendiendo á doscientos uno de los individuos de los mayoría presbiteriana.

Reducido el Parlamento á cincuenta y tres miembros, éstos nombraron una comision de ciento treinta y tres jueces, escogidos entre sus más decididos partidarios, de los cuales sólo setenta se atrevieron á sentarse en el tribunal para juzgar al rey. Previendo su fin Carlos I, no quiso defenderse, y fué condenado á muerte, que sufrió con firme resignacion (1649) frente á su palacio de Witte-Hall.

Cromwell marchó contra los escoceses que se habian alzado por Carlos II, y despues de vencerlos en Dumbar y Worcester, se encaminó á Lóndres, y penetrando en la Cámara de los Comunes, que desalojó, cerrando sus puertas, los soldados le aclamaron con título de Protector, confiriéndole la autoridad soberana.

Los últimos años de la vida de Cromwell, pasaron entre indecibles terrores; y así murió el Protector en 3 de Setiembre de 1658.

Los partidos comenzaron entónces á agitarse con mayor violencia, y Ricardo Cromwell, que habia sucedido á su padre en el título de *Protector*, no sintiéndose con fuerzas para combatirlos, abdicó á los pocos meses.

Con esta ocasion el general escocés Monk se apoderó con sus tropas de Lóndres, procurando halagar á todos los partidos.

Convocadas nuevas elecciones, y favorables éstas á la causa de la monarquía, se presentó al nuevo Parlamento un enviado de Carlos II, ofreciendo amnistia general, libertad de conciencia, y sobre todo, la con-

servación de las posiciones sociales adquiridas durante la revolución.

Declarado Monk en favor del rey, lo mismo hizo el Parlamento, que votó la *Restauracion* de los Stuardos.

Cárlos II entró en la capital de sus Estados (1660) en medio de indescriptible entusiasmo.

LECCION LXXI

FRANCIA DESDE FRANCISCO I Á LUIS XIV.

Francisco I, de la casa de Angulema, ocupó el trono de Francia (1515) á la muerte de su primo Luis XII, y gastó la vida en imposibles luchas con Carlos I de España y V de Alemania.

Sucedióle Enrique II (1547), que igualmente luchó con España, perdiendo las memorables batallas de San Quintin y de Gravelinas. A esta última siguió la paz de Chateau-Cambresis (1559), y su muerte de resultas de un bote de lanza que recibió en un torneo con que se celebraban las bodas de la princesa Isabel y Felipe II de España.

Diez y seis años de edad contaba Francisco II cuando ocupó el trono, bajo la direccion de su madre Catalina de Médicis.

La Reforma, empezando á adquirir prosélitos en Francia, merced á *La Cautividad de Babilonia*, libro de Luis Berquin, á *Los Coloquios*, de Erasmo de Rotterdam, y á *La Institucion cristiana*, de Juan Calvino, habia de producir sus naturales consecuencias

en el orden político. En vano fueron las persecuciones contra los innovadores durante los reinados de Francisco I (1535) y de Enrique II (1559), pues el mal había echado ya hondísimas raíces.

Casado ¶Francisco II con María Stuard, hija de María de Lorena, depositó el joven rey toda su confianza en sus tios, el cardenal de Lorena y el duque de Guisa. Resentidos los Borbones de esta preferencia, hicieron causa comun con los protestantes.

Bajo pretexto de sustraer al rey de la influencia de los Guisas, tramaron los descontentos una conspiracion que estalló en Amboise (1560). El duque de Guisa, que poseia los hilos del complot, destruyó á los conjurados.

Muerto Francisco II (1560), entró á reinar Carlos IX de edad de diez años, bajo la tutela de su madre la astuta Catalina de Médicis, que procuró sostener la rivalidad de las casas de Borbon y de Lorena, para reinar entre sus enemistades.

Indultó, pues, al príncipe de Condé: halagó al condestable de Montmorency: despojó al duque de Guisa de la tenencia del reino, que dió al rey de Navarra, y convocó *el Coloquio de Poissy*.

Alarmados los católicos, uniéronse el duque de Guisa, el mariscal Saint-André y Montmorency; union que ocasionó la matanza de las hugonotes en Vasy.

Iniciada así la guerra civil (1562), la reina madre, forzada á declararse entre ambos partidos, despues de largas vacilaciones, favoreció á los católicos.

El príncipe de Condé, con auxilios de ingleses y alemanes, se apoderó de Orleans y de otras plazas.

Viniendo ambos partidos á las manos, Antonio de Borbon quedó mortalmente herido en Ruan; el mariscal Saint-André falleció en Dreux; el condestable

fué hecho prisionero por los protestantes; Condé por los católicos, y el duque de Guisa fué asesinado.

Condé y Coligny sitiaron á París, y dieron muerte á Montmorency, que habia derrotado á los protestantes, los cuales sufrieron igual suerte en Jarnac, donde murió Condé; Coligny fué vencido en Montcontour.

Cansada la Francia de guerra tan sangrienta, se celebró la paz de San German (1570), en la que se concedió á los protestantes el ejercicio de su culto en dos ciudades por cada provincia, y que conservaran en su poder la Rochela, Montauban, La Caridad y Cognac; acordándose el casamiento de Enrique de Borbon, jefe de los protestantes, con Margarita de Valois, hermana del rey Cárlos IX.

El duque de Guisa, que habia jurado vengar el asesinato de su padre, no pudiendo sufrir el orgullo del almirante Coligny, apostó á uno de sus parciales, el cual hirió gravemente al almirante de un tiro de arcabuz.

Preparados ambos partidos para una lucha desesperada, se celebró un consejo en el Louvre, donde quedó acordado sostener á Guisa contra los protestantes.

A este fin, en la noche del 23 al 24 de Agosto de 1572, al toque de las campanas de San German, los Guisas degollaron á los protestantes en París (*la San Bartolomé*), ejemplo que siguieron otras ciudades, muriendo asesinados setenta mil protestantes. Los que pudieron salvarse de estas horribles matanzas se encerraron en sus plazas fuertes.

Aterrada la reina madre, propuso la paz, en virtud de la cual obtuvieron los disidentes ser tolerados en todo el reino, y poder ejercer libremente su culto en la Rochela, Nevers y Montauban.

Cárlos IX falleció á la temprana edad de veinticuatro años, en 1574.

Enrique, hermano de Cárlos IX, al tener noticia de la muerte de éste, abandonando la Polonia, donde reinaba, se presentó en Francia y ocupó el trono.

Queriendo Enrique III contentar á los protestantes, contrató con ellos la paz de Beaulieu (1576) por la que les hizo grandes concesiones; éstas, sin satisfacerlos, irritaron á los católicos.

Nueva tea de discordia fué, en este tiempo (1584), la muerte del duque de Anjou, postrer hermano del rey; pues no esperándose sucesion de éste, cada partido preparó su candidato, y estalló la *guerra de los tres Enriques*, entre el rey Enrique III, Enrique de Guisa y Enrique de Navarra.

Los Guisas se apoderaron de París, que tuvo que abandonar el rey; Enrique III hizo asesinar á los Guisas en Blois (1588), y á su vez fué el rey muerto por Santiago Clemente, acabando con él la casa de Valois.

Con Enrique IV comienza á reinar en Francia (1589) la dinastía de Borbon.

La corona pertenecía á este principe, como más próximo pariente del rey difunto; pero rechazado como hereje por el partido católico, que apoyaba á Isabel Clara, hija de Felipe II de España y de Isabel, hermana del último monarca, tenia además otro rival en el duque de Mayena.

La declaracion del Parlamento en pró de la Ley Sálica, que destruyó las pretensiones del rey de España; las batallas de Arques y de Ivry, ganadas al duque de Mayena, y la abjuracion del protestantismo hecha por Enrique en manos del arzobispo de Bourges, abrieron á este principe las puertas de París (1594), donde entró triunfante.

Dos años despues, el Sumo Pontífice Clemente VIII

levantó al nuevo monarca la excomunion que sobre él pesaba, á condicion de sostener los derechos de la Iglesia Católica.

La guerra con España acabó mediante el tratado de *Werwins*; pero á seguida Enrique faltó á sus más solemnes promesas publicando *el edicto de Nantes*, mediante el cual concedia á los protestantes el libre ejercicio de su culto.

Enrique IV, apellido el Grande, se preparaba para atacar á la casa de Austria, cuando Ravailac lo asesinó en la calle de la Ferroniere (14 de Mayo de 1610).



LECCION LXXII

GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS.

En virtud de la renuncia del imperio, que en su favor hizo su hermano Cárlos V, entró á ocuparlo (1558) Fernando I, el cual fué reconocido por los electores en la dieta de Augsburgo de 1558, y al que sucedió (1564) Maximiliano II, su hijo.

— Adoptando ambos príncipes una política egoísta, otorgaron grandes concesiones á los protestantes; no auxiliaron á los reyes de España en sus contiendas, y Maximiliano acogió en sus Estados al fugitivo príncipe de Orange.

— Esta mal entendida política de imposible atracción, produjo sus lógicas consecuencias en el inmediato reinado de Rodolfo II (1576), cuando ya el partido protestante se sintió fuerte para la lucha.

— Consagrado el nuevo emperador al estudio de las ciencias naturales, con Klepler y Ticho-Brahe, no vió que á su alrededor se organizaban dos grandes partidos: la Liga Católica, capitaneada por el duque de

Baviera, y la Union Protestante ó Evangélica, que reconocia como jefe al elector palatino Federico IV.

Hallándose sin hijos el emperador, para preparar la sucesion en el imperio á su hermano el archiduque Matias, cedió á éste la corona de Hungría, y por último, logró que los bohemios le proclamaran su rey.

Al ocupar Matias el imperio, por muerte de Rodolfo, hallándose tambien éste sin sucesion, cedió la Bohemia á su sobrino Fernando, duque de Estiria, lo que alteró vivamente á los electores protestantes, que supusieron herido su derecho electoral, pero, en realidad, alarmados porque Fernando se habia mostrado ferviente católico, correspondiendo á la educacion que habia recibido de los jesuitas.

La terrible guerra á que dieron lugar estos sucesos, puede dividirse en cuatro periodos: 1.º, *Palatino*, del elector palatino Federico V, que lo dirigió; 2.º, *Dinamarqués*, de Cristian IV, rey de Dinamarca; 3.º, *Sueco*, de Gustavo Adolfo, rey de Suecia, y 4.º, *Francés*, de la Francia, que se puso al frente de él.

Periodo Palatino.—Al morir el emperador Matias (1619), los luteranos de Bohemia convocaron la Asamblea general de los Estados; arrojaron por una ventana, en Praga, á los comisarios del emperador, y, de acuerdo con los diputados de la Silesia, la Moravia y el Austria Superior, exigieron la absoluta libertad de conciencia y el restablecimiento de sus antiguos privilegios; ofrecieron la corona al elector palatino, Federico V, jefe del partido protestante, y rompieron las hostilidades.

Este *primer periodo* de la guerra de los *Treinta Años* fué un continuado desastre para los protestantes, vencidos por el marqués de Espinola y los españoles, que se apoderaron del Palatinado; por el elector de Baviera, que derrotó al ejército de Federico en

Praga (1620); por Tilly, que venció igualmente al elector y á su general Ernesto de Mansfield.

El emperador dió los Estados del elector palatino, refugiado en Dinamarca, al duque de Baviera, y desterró á los ministros protestantes.

Periodo Dinamarqués.—Cristian IV, rey de Dinamarca y jefe del Círculo de la Baja Sajonia, en cuyos Estados se habia refugiado el elector palatino, renovó la guerra.

Fernando II confió la direccion de la lucha al célebre Waldstein.

Tilly, general de la Liga, venció en repetidos encuentros á los protestantes, y Waldstein ganó la batalla de Lutter (1625), que le permitió invadir el Meclemburgo, la Pomerania, el Holstein y la Jutlandia y sitiar á Stralsund.

Aterrado Cristian IV, contrató la paz de Lubek (1629), por consecuencia de la cual se obligó á no ayudar, directa ni indirectamente, á los enemigos del emperador.

Periodo Sueco.—El emperador, fuerte con estas victorias, publicó el *Edicto de Restitucion*, en consecuencia del cual debian ser devueltos á los católicos los bienes que les habian sido arrebatados desde el tratado de Pasau, y los protestantes de los Estados de Alemania volver á la Iglesia católica; cuya ejecución fué confiada á Waldstein.

Careciendo de carácter el emperador para llevar este decreto hasta sus últimas consecuencias, privó á Waldstein del mando de las tropas encargadas de su ejecución (1629).

Esta concesion animó á los enemigos de Fernando II, quienes formaron una Liga, á cuya cabeza se puso Gustavo Adolfo, rey de Suecia.

Habiendo desembarcado éste con diez y siete mil

hombres, se apoderó de la Pomerania y de Brandenburgo; forzó á varios Estados á aliársele, y en las cercanías de Leipzig hizo sufrir á Tilly una gran derrota.

Asustado el emperador de los progresos del sueco, llamó á Waldstein, quien se encargó del mando de los soldados imperiales, no sin imponer fuertes condiciones.

Waldstein y Gustavo Adolfo se encontraron en Lutzen (1632), donde murió el segundo de estos caudillos, y perdieron la acción los imperiales.

Vilmente asesinado Waldstein, fué sustituido por el archiduque Fernando, y muerto Gustavo Adolfo, le sucedió su hijo Cristian, que continuó la guerra, conquistando la Alsacia y el Palatinado, la Baja Sajonia, la Westfalia y parte de la Silesia.

Sin embargo, la victoria de Nordlinga, alcanzada por los imperiales, obligó á los suecos á firmar la paz de Praga (1635), con la que terminó esta tercera parte de la guerra de los Treinta Años.

Período Francés.—A Enrique IV sucedió en el trono de Francia (1610), su hijo Luis XIII, de edad de diez años, bajo la tutela de su madre María de Médicis, minoridad que se señaló por combates y disturbios, especialmente bajo el débil ministerio del duque de Luines, causa de una guerra civil que terminó por el contrato de Montpellier, en virtud del cual el rey confirmó el célebre edicto de Nantes, y cedió á los reformados las importantes plazas de la Rochela y Montauban.

A la caída de Luines siguió la elevación del cardenal Francisco Armando de Richelieu.

Este gran ministro, alma de colosales concepciones, pensó primero en el partido protestante, germen de eternas guerras, al cual quiso, ante todo, destruir como partido político.

Eran dueños los reformados de la importantísima plaza de la Rochela, perpétuo centro de agitaciones en Francia, la cual habia resistido los esfuerzos del mismo monarca, empeñado en debelarla.

El cardenal se apoderó de esta fortísima ciudad, que dismanteló, y arrojó á los protestantes de las demás fortalezas que poseían.

A seguida, el cardenal puso sus ojos en la nobleza, que conspiraba con María de Médicis, para derribarlo.

Descubierta la conjuración de Cinc-Mars, el suplicio de éste y de los principales nobles que en ella habian tomado parte, mostró á todos que nada ni nadie podia afrontar al célebre ministro.

Tranquila ya la Francia en el interior, Richelieu recogió la bandera de la guerra de los Treinta Años, que habia caído de las manos de los suecos, para satisfacer el ódio tradicional de Francisco I y Enrique II contra la casa de Austria, en sus dos ramas austriaca y española.

Fuerte con la alianza de los dinamarqueses y suecos, contra el Austria, y de los duques de Saboya, Mantua y Parma, contra los españoles, comenzó la guerra con la muerte de Fernando II á quien sucedió su hijo Fernando III (1637).

El duque de Sajonia Weimar, auxiliado por Turenna y Guebriant, ganó ocho batallas, y habiendo muerto los dos mariscales franceses, los sustituyeron Turenna y Condé, quienes lograron una gran victoria, recuperando diversas plazas fuertes. La epidemia que diez-maba á los imperiales, y por último, los osados movimientos de Torstenson y Wrangel, coincidiendo con la sublevación de los húngaros, hicieron temblar al emperador.

El tratado de Westfalia, que puso fin á estas guerras, fué firmado por los protestantes en Osnabruk

en 6 de Agosto, y por los católicos en Munster en 31 de Octubre de 1648.

En virtud de esta paz, Francia y Suecia aumentaron su territorio; obtuvieron compensaciones diversos Estados alemanes; se creó el octavo Electorado del Bajo Palatinado del Rhin en favor de la Casa Palatina; todas las confiscaciones y proscipciones quedaron anuladas y se decretaron ciento cuarenta restituciones; se confirmó el reconocimiento de los Cantones suizos y de las siete Provincias Unidas; la paz de Augsburgo de 1555 fué confirmada, y se decretó que la Cámara Imperial se habia de componer de veinticuatro miembros protestantes y veintiseis católicos.



DÉCIMAQUINTA ÉPOCA



**DESDE LA PAZ DE WESTFALIA HASTA EL PRINCIPIO DE LA REVOLU-
CION FRANCESA (DE 1648 A 1789)**

1875

1876

1877

1878

1879

1880

1881

1882

1883

1884

1885

1886

1887

1888

1889

1890

1891

1892

1893

1894

1895

1896

1897

1898

1899

1900

1901

1902

1903

1904

1905

1906

1907

1875
1876
1877
1878
1879
1880
1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890
1891
1892
1893
1894
1895
1896
1897
1898
1899
1900
1901
1902
1903
1904
1905
1906
1907

1875
1876
1877
1878
1879
1880
1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890
1891
1892
1893
1894
1895
1896
1897
1898
1899
1900
1901
1902
1903
1904
1905
1906
1907

RECORD OF THE BOARD OF SUPERVISORS

1875
1876
1877
1878
1879
1880
1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890
1891
1892
1893
1894
1895
1896
1897
1898
1899
1900
1901
1902
1903
1904
1905
1906
1907

LECCION LXXIII

FRANCIA.—LUIS XIV.—ESPAÑA.—LA GUERRA DE SUCESION.

Luis XIV contaba cinco años de edad cuando ocupó el trono de Francia (1643) por muerte de su padre Luis XIII, bajo la regencia de su madre Ana de Austria, la cual confió la direccion de los negocios al cardenal Mazarino, quien ya se habia distinguido como experto diplomático en la paz de Cherasco.

Corriendo la menor edad de Luis XIV, prosiguió la guerra entre España y Francia, que terminó con la paz de los Pirineos, en la que se estipuló el matrimonio del monarca francés con María Teresa, infanta de España, y se alteró gravemente la tranquilidad en Francia con la sedicion de la Fronda, promovida por el Parlamento y alimentada por el cardenal de Retz, por los príncipes de Condé y de Conti y por otros próceres no menos famosos.

Durante esta guerra lucharon en las mismas calles de París, en el arrabal de San Antonio, Turena, por la causa del rey, y Condé, á la cabeza de los revoltosos.

Mazarino, aunque obligado á retirarse dos veces, triunfó por último, y continuó gobernando la Francia hasta su muerte (1661), en que el rey fué declarado mayor de edad, y comenzó á gobernar por sí mismo.

Richelieu y Mazarino habian colocado á la Francia en las mejores condiciones, cuando Luis se encargó de regirla.

Redondeado el territorio por la Paz de los Pirineos, vencedora la Francia de sus enemigos interiores y exteriores, hallábanse todos los poderes del Reino sometidos á la autoridad real. Los Estados Generales se habian como olvidado; el Parlamento carecia de intervencion en los negocios públicos; el feudalismo habia desaparecido, y los ántes altivos próceres, convertidos ahora en sumisos cortesanos, adulaban al monarca.

Mazarino tuvo un gran sucesor en el célebre Colbert, quien, ejerciendo bajo Luis XIV funciones análogas á las que hoy desempeñan los ministros de Hacienda, Gobernacion, Comercio y Marina, aumentó la fortuna pública; engrandeció la Marina; construyó puertos, arsenales y fortalezas; creó el Observatorio; fundó academias y bibliotecas; premió á los sábios y á los artistas nacionales, y atrayendo á extranjeros con crecidas recompensas, convirtió á Francia en centro de la cultura europea.

Tan fuerte se encontraba ya Luis XIV en 1667, que no temió abusar de su poder y de la ajena debilidad.

Habiendo muerto Felipe IV de España, Luis, pretextando los derechos de su mujer, reclamó los Países Bajos, y como España se negara á esta pretension, Turena se apoderó de Flandes y Condé del Franco-Condado.

Alarmada Europa ante la ambicion de Luis XIV,

se unieron Holanda, Inglaterra y Suecia, que obligaron al rey de Francia á aceptar la paz de Aquisgran, en virtud de la cual devolvió el Franco-Condado, aunque quedándose con parte de Flandes.

Resentido el monarca francés, especialmente contra Holanda que tanto le habia contrariado en la anterior lucha, aliado con Suecia y contando con Inglaterra, se apercibió para destruirla.

Puesto Luis XIV (1672) al frente de un ejército de cien mil hombres, y acompañado de Turena, Condé y Luxemburgo, se arrojó sobre Holanda, y en el espacio de cuatro semanas, llegó victorioso á cuatro leguas de Amsterdam.

En situación tan grave, Guillermo III mandó romper los diques, é invadiendo el país con las aguas del Océano, detuvo á los franceses, y ganando tiempo, aunque á costa de tan grande sacrificio, se proporcionó la alianza de España, Austria, Dinamarca y no pocos príncipes del imperio, contra Luis XIV, que se halló solo frente á la Europa armada.

En su vista, abandonando la Holanda, conquistó el Franco-Condado; Condé peleó, aunque sin éxito, con el príncipe de Orange, en Senef, y Turena murió en Salsvach (1675), luchando con los imperiales.

En 1677 puso Luis en campaña cuatro ejércitos, que alcanzaron grandes victorias, al mismo tiempo que su almirante Duchesne vencía en dos grandes combates á las escuadras española y holandesa.

Después de luchas tan sangrientas y sintiendo todos la necesidad de la paz, ésta se firmó en Nimega (1678), durante cuyos preliminares los plenipotenciarios franceses tuvieron habilidad bastante para aislar á las partes interesadas, tratando con cada una de ellas en particular.

España perdió el Franco-Condado y algunos pue-

blos en los Países Bajos: Dinamarca y Brandemburgo restituyeron á Suecia las plazas de que habian despojado á esta nacion durante la guerra, y Holanda se obligó á abandonar á sus aliados.

Luis XIV llegó á ser entónces el monarca más poderoso de Europa, y no conociendo límites á su autoridad en Francia, no vaciló en publicar la declaracion del Clero Galicano, que redactó Bossuet; ni en la revocacion del Edicto de Nantes, al mismo tiempo que en el exterior provocaba á las potencias y se abrogaba el derecho de interpretar el tratado de Nimega, atendiendo sólo á sus intereses.

Añadiéndose á estas causas de guerra las pretensiones de Luis al Palatinado, se formó contra él la liga de Augsburgo (1687) constituida por el emperador Leopoldo, el rey de España, el duque de Saboya, el Papa, el rey de Suecia, casi todos los príncipes alemanes, y más tarde, Guillermo de Orange, quien sucedió en el trono á Jacobo II de Inglaterra.

En esta contienda, que duró diez años, fueron notables, entre muchas otras, la batalla de Fleurus (1690), ganada por el mariscal de Luxemburgo á los imperiales; la derrota de las escuadras de Luis XIV cerca del cabo de la Hogue (1692), y el sitio de Barcelona, plaza de que al fin se apoderaron los franceses (1697).

Cansados los beligerantes de esta lucha, abriéronse las conferencias de paz que se firmó en el castillo de Riswich, en Holanda (20 de Setiembre de 1697).

Convino en ella que Luis XIV evacuaria á Cataluña, los Países Bajos y algunas otras plazas: con respecto á Holanda se estipuló que quedaran en vigor los tratados de Munster y de Nimega, con devolucion mútua de las conquistas hechas durante la guerra: recuperó Alemania diversos distritos que le habian

sido arrebatados, y perdió la Alsacia y Strasburgo: Inglaterra impuso á Luis la vergüenza de reconocer á Guillermo de Orange y de abandonar á Jacobo II.

Triunfante la política francesa en la córte de España, á la muerte de Carlos II, éste habia instituido heredero de sus Estados á Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV, causa de la *Guerra de Sucesion*, que se complicó con la de Inglaterra.

Esta lucha, que habia comenzado en Italia, estalló en el Palatinado, donde Villars ganó á los confederados varias batallas; pero, separado este jefe del mando de las tropas, el príncipe Eugenio y Malborough hicieron sufrir una terrible derrota á los franceses (1704) en Hochstedt, los cuales fueron tambien vencidos en Italia por el príncipe Eugenio.

En el Norte, mostróse igualmente adversa la fortuna á Luis XIV, pues sus tropas fueron derrotadas en Ramilliers (1706), y vencido en Oudenarde (1708) el duque de Borgoña, nieto del monarca.

Pero, cambiando el ministerio en Inglaterra, fué separado del mando Malborough y acogidas las proposiciones de paz de la Francia.

Resentido el príncipe Eugenio y queriendo mostrar que podia vencer sin el auxilio de los ingleses, acometió á Landrecies, llave del camino de la Champaña á París.

Desesperado el anciano monarca francés, quiso montar á caballo *para morir con su fiel nobleza*; reunió sus últimos recursos; sorprendió el campo atrincherado de Denian (1712) y libró la capital de sus Estados.

Guerra de Sucesion de España. — Aceptado por Luis XIV el testamento de Carlos II en favor de su nieto Felipe de Anjou, éste se encaminó á Madrid (1701) donde fué recibido con inmensas muestras de

júbilo y reconocido por las Córtes de Castilla, Cataluña y Aragon.

Por su parte, unido el emperador Leopoldo á Inglaterra, á Holanda, al elector de Brandemburgo, al duque de Saboya, y despues al rey de Portugal, celebró en La Haya el tratado conocido con el nombre de Grande Alianza, para sostener al archiduque Cárlos, su hijo, contra Felipe de Anjou, España y Francia.

Ya hemos indicado los trances de esta guerra en Italia. En España, la escuadra inglesa, que cruzaba las aguas de Cádiz, apresó á la flota española que venia de América y sorprendió á Gibraltar (1704): el archiduque Cárlos penetró en España y se hizo proclamar con el título de Cárlos III; pero muy en breve, un ejército francés le obligó á reembarcarse. Habiendo desembarcado otra vez en Valencia, y sublevados por él Aragon y Cataluña (1706), los ejércitos combinados llevaron al archiduque á Madrid, que fué abandonado por Felipe V, aunque volviendo brevemente (1707).

Llegóse por fin á una accion decisiva en los campos de Almansa, donde fueron vencidos los imperiales.

El inmenso desastre de Malplaquet, trocando el aspecto de las cosas, obligó á Luis XIV á pedir la paz; pero, como los aliados impusieran al monarca francés la cruel obligacion de despojar él mismo de la corona de España á su propio nieto Felipe V, tal inhumanidad exaltó el espíritu público, así en Francia como en España, é hizo cambiar la suerte de la guerra.

Dirigidas las tropas de Felipe por el duque de Vandome, marcharon ambos caudillos en busca del enemigo, que capitaneaba Staremberg, al que encontraron y vencieron en Villaviciosa.

Esta gran victoria, la de Denian y la muerte del emperador José I, que colocando la dignidad imperial

en las manos del archiduque Carlos, volvía con mayor razón contra los aliados la ley del equilibrio europeo, que ellos habían invocado contra Felipe V, fueron las causas de la paz de Utrech (1713).

Este célebre convenio fué el resultado de cinco tratados entre Francia y las potencias coaligadas, y de otros dos referentes á la sucesion de España, el cual afirmó la corona en las sienes de Felipe V.

Felipe de Anjou, digno tronco de la noble casa de Borbon en España, por sus elevadas prendas de carácter, por su constancia inquebrantable en la adversidad, mereció el título de *El Animoso*, con que le distingue la Historia.

Dos años despues de celebrarse el tratado de Utrech, murió Luis XIV el Grande (1715), á la edad de setenta y siete años.



LECCION LXXIV

ALEMANIA, DESDE LEOPOLDO I Á JOSÉ II.—PRUSIA, HASTA
FEDERICO II.

A Fernando III heredó en el imperio de Alemania su hijo Leopoldo (1658), quien tomó parte en la guerra contra Luis XIV (1697) y en la de Sucesion de España por muerte de Cárlos II.

En lucha con los turcos, alcanzó Leopoldo la memorable victoria de Viena, y se apoderó de Buda y de Belgrado.

José I (1705) continuó la guerra de Sucesion de España sosteniendo á su hermano el archiduque Cárlos; y su muerte, sin dejar hijos, fué una de las causas que se alegaron para la paz de Utrech.

A José I heredó Cárlos VI, rival de Felipe V, por la corona de España, á quien no reconoció sino despues de muchos tratados y de grandes sacrificios.

No teniendo Cárlos heredero varon que le sucediera en el imperio, todos los esfuerzos de su vida se dedicaron á conseguir que pudiera heredarlo su hija María Teresa.

A este fin, publicó la *Pragmática Sancion*, en virtud de la cual podia adquirir la dignidad imperial su hija, casada con el duque de Lorena.

Sosteniendo Cárlos las pretensiones del elector de Sajonia, en la guerra de Sucesion de Polonia, perdió el Milanesado.

Cárlos VI fué el último representante varon de la gloriosa casa de Habsburgo.

Al morir Cárlos VI, tomó posesion de sus Estados su hija María Teresa; pero, á pesar de que habia logrado el emperador difunto que todas las naciones garantizaran la *Pragmática Sancion*, los electores de Sajonia y de Baviera y los reyes de España y Prusia, protestaron alegando diversos derechos, que fueron origen de la célebre *guerra de la Pragmática*, en que Inglaterra, Holanda, Saboya y Rusia defendieron á María Teresa, y pelearon contra ella España, Prusia, Francia, Baviera y Nápoles.

Federico de Prusia invadió los Estados de Silesia, que disputaba, y ganando dos batallas á los imperiales, obligó á María Teresa á que le cediera, por el tratado de Breslau, la Alta Silesia y el condado de Glatz.

El elector de Baviera, entrando en campaña (1741), se hizo proclamar en Praga rey de Bohemia, y elegir emperador en la Dieta de Francfort, con el nombre de Cárlos VII. Pero desembarazada ya María Teresa de la guerra con el prusiano, despojó al elector de Baviera, hasta de sus propios Estados.

El rey de Inglaterra se presentó entónces en liza contra la Francia, quien sostuvo la lucha con varia fortuna, hasta que, interviniendo el rey de Prusia con ochenta mil hombres, cambió la suerte de las armas.

Muerto el titulado Cárlos VII (1745), su hijo con-

servó sus Estados patrimoniales, reconociendo la Pragmática Sancion. Federico II, por su parte, acabó la guerra en breve tiempo, obligando á María Teresa á pedirle la paz, que se firmó en Dresde (1745), con una nueva renuncia de la Silesia, reconociendo por su parte como emperador á Francisco de Lorena, esposo de la heroica hija de Carlos VI.

Luchando Francia contra la coalicion, el ejército francés ganó las batallas de Fontenoy (1745) y de Rancoux, y se apoderó de Maestrich, suceso que apresuró la paz de Aquisgran, que puso fin á esta guerra (1748). En ella quedaron confirmadas la ocupacion de la Silesia por el rey de Prusia; la de una parte del Milanés por el de Cerdeña; la Pragmática Sancion; la eleccion de emperador en el esposo de María Teresa, y la sucesion de la casa de Hannover en el trono de Inglaterra. España obtuvo los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla, é Inglaterra, Francia y Holanda se devolvieron las conquistas hechas durante la contienda.

Los siete años que mediaron entre esta guerra y la de los *Siete años*, sólo fueron una tregua.

Dió motivo á esta nueva lucha la tantas veces renovada cuestion de la Silesia; y en ella hubiera perecido la Prusia, por consecuencia de la batalla de Kunersdorf (1759), sin la desunion de los aliados.

En estas querellas dió Inglaterra pruebas de su proverbial mala fé, apoderándose, sin previa declaracion de guerra, de los buques franceses esparcidos en todos los mares.

El fallecimiento de Isabel, emperatriz de Rusia, debilitó al partido austriaco, pues su sucesor Pedro III, entusiasta admirador de Federico de Prusia, se apartó de la lucha, por medio del tratado de San Petersburgo, al que se adhirió Suecia.

La guerra de los Siete Años terminó en 1763 por los tratados de Hubertsburgo y de París, en virtud de los cuales ganó Inglaterra el dominio de los mares, y Prusia el primer puesto entre las naciones.

A la muerte de Francisco I de Lorena, esposo de María Teresa, ocupó el imperio su hijo José II, quien gobernó con su madre, hasta la muerte de esta señora en 1780, y solo, desde esta fecha en adelante.

José II fué un innovador peligroso, inspirado por la filosofía volteriana.

La constitucion de sus Estados, la industria y el comercio, los Códigos civil y criminal, la religion, las órdenes monásticas y hasta las fiestas y procesiones, todo lo reglamentó á su manera.

Prusia.—Al abandonar los cristianos la Tierra Santa, despues de las Cruzadas, los caballeros alemanes, fundadores de la Orden Teutónica, se volvieron á su patria (1183), donde emplearon su celo religioso en convertir á los idólatras habitantes de Prusia.

Así prosiguió engrandeciéndose la Orden, obteniendo su gran maestre el título de duque feudatario de Polonia.

Habiendo abrazado la Reforma el gran maestre, Alberto de Brandemburgo, celebró un tratado con el emperador y rey de Polonia, Segismundo, por el cual, el territorio de la Orden quedó convertido en ducado secular y hereditario, aunque prestando homenaje á los monarcas polacos.

Federico I (1688), que heredó á su padre Federico Guillermo el Grande en el electorado de Brandemburgo y en el ducado de Prusia, tomó parte en la guerra contra Luis XIV, y en 1700 auxilió al emperador en la de Sucesion contra Francia y España, siendo, por tal conducta, reconocido por Leopoldo como rey de Prusia: título que le fué confirmado por las po-

tencias en el tratado de Utrech que le dió el Alto Güeldres.

Sucedióle (1713) su hijo Federico Guillermo I, conocido con el nombre de *El rey Sargento*, por su afán de educar á sus soldados, cuyos ejercicios él mismo dirigia.

Federico II (1740) fué uno de los mejores generales de Europa, como lo demostró en la guerra de Sucesion de Alemania y en la de los *Siete Años*.

En esta última guerra, las batallas de Luwosit, de Rosbach y de Kunersdorf, luchando contra cinco potencias, y reducido á sus solos esfuerzos, excitaron la admiracion de Europa.

Al par que hábil general, fué Federico diestro administrador; pero admirador frenético de los falsos filósofos que prepararon la revolucion francesa, fueron su córte y su palacio el asilo de las funestas doctrinas generadoras de tantas desgracias á fines del siglo pasado y en lo que va del presente, cuya responsabilidad le toca por su mayor parte.



LECCION LXXV

INGLATERRA , DESDE CARLOS II Á JORGE III.

La general alegría producida en Inglaterra por la restauración de Carlos II en el trono, fué verdaderamente pasajera.

Siempre vacilante el nuevo rey, hoy luchaba con los católicos irlandeses ó los puritanos escoceses; mañana condenaba á los regicidas al último suplicio; despues sacrificaba á su primer ministro y fiel compañero de destierro, lord Clarendon, como nombraba el ministerio de la Cábala, compuesto de hombres de distintos partidos, sembrando en todos desconfianzas y sin contentar á ninguno.

La conversion al catolicismo del duque de York, presunto heredero de la corona, irritó á los revolucionarios de todos los colores, que consiguieron el bill de Test, por el que se excluia á los católicos de los cargos públicos.

En este tiempo comenzaron á oirse (1680) los nombres de Wigs y Torys, señalándose con el primero á

los presbiterianos escoceses, y con el segundo á los católicos de Irlanda.

Cárlos II tomó parte en las guerras contra Holanda y Luis XIV.

La oposicion al rey en el Parlamento (1679) llegó hasta aprobar, por mayoría de 71 votos, el bill de exclusion, por el que se declaraba traidor al duque de York, hermano de Cárlos II; bill que confirmaron despues los Parlamentos, á los cuales no volvió á reunir Cárlos II. Este monarca murió en 6 de Febrero de 1685.

A Cárlos II sucedió su hermano Jacobo II, á pesar del bill de exclusion.

Empeñado este príncipe en restablecer la religion católica y engrandecer el poder real, fué contrariado por su mismo yerno el Statouder de Holanda, Guillermo de Orange, quien, al fin publicó un manifiesto contra su suegro, desembarcó en Inglaterra y despojando al rey, ciñó la corona con su esposa María.

Guillermo III venció á los escoceses é irlandeses, y tomó parte en las guerras contra Luis XIV y en la de Sucesion de España.

Ana, hija de Jacobo II y cuñada de Guillermo, heredó á éste en el trono (1702). En su tiempo, los Parlamentos inglés y escocés aceptaron el tratado, en virtud del cual constituyeron Inglaterra y Escocia un solo reino con el nombre de *Gran Bretaña*, á cuyo Estado quedaron agregadas Menorca y Gibraltar.

Muerta Ana sin hijos (1714), un acta del Parlamento llamó al trono á Jorge I de Brunswik-Luneburgo, elector de Hannover y nieto segundo de Jacobo I. En este tiempo, perseguido el partido Tory, conspiró inútilmente en favor del caballero de S. Jorge, hijo de Jacobo II.

Jorge II (1727) gobernó pacíficamente durante los doce primeros años de su reinado; pero al fin tomó

parte por Austria en la *guerra de la Pragmática*, en cuya sazón el jóven Carlos Eduardo, hijo del pretendiente Jacobo III, hizo un esfuerzo en favor de su padre, y despues de varios sucesos felicísimos, quedó derrotado en los llanos de Culloden.

Durante el ministerio de Pitt, jefe del partido Tory, obtuvo Inglaterra grandes ventajas y aumentos de territorio, especialmente en América.

En el reinado de Jorge III (1760), Inglaterra luchó con España, y se apoderó de las islas de San Vicente y la Martinica, pertenecientes á Francia, y de la Habana y Filipinas. Esta guerra terminó con la paz de París de 1763, por la que Inglaterra conservó varias de sus conquistas, aunque devolviendo otras.

Aumentada la Deuda pública por consecuencia de estas empresas, el Parlamento votó ciertos impuestos que debían satisfacer las colonias de América. Estas se negaron al pago (1766), declarándose al fin en abierta rebelion, auxiliadas por Francia y España.

El alzamiento fué coronado por el éxito en la decisiva batalla de York-Town, ganada contra el general inglés Cornwallis (1781), y en el tratado de 1783 fué reconocida la independencía de los *Estados- Unidos*.



LECCION LXXVI

ESPAÑA.—FELIPE V, LUIS I Y FERNANDO VI.—PORTUGAL DESDE
JUAN V Á MARÍA I.

Terminada la guerra de Sucesión, pudo Felipe V consagrarse á evitar luchas análogas; á vindicar la religion ofendida por los soldados extranjeros en los templos, y á reparar las pérdidas sufridas por España y los sacrificios territoriales hechos en aras de la paz de Utrech.

Para el logro de estos fines, declaró vigente en sus Estados la *Ley Sállica*, no sin fuerte oposicion del Consejo de Castilla y de las Córtes; reedificó y restauró las iglesias, y estableció *funciones de desagravios*, que aún se celebran en las catedrales el 10 de Diciembre, aniversario de la batalla de Villaviciosa; se apoderó de Barcelona (1714), que perdió sus antiguos fueros, y recobró á Mallorca, Ibiza y Formentera.

Consolado del profundo dolor que le produjo la muerte de su primera mujer, María Luisa de Saboya, se casó con Isabel Farnesio, heredera de Parma y Plasencia.

Este matrimonio fué causa de la salida de la princesa de los Ursinos, del ministro francés Orry, del cardenal Giudice con otros sus amigos, y de la elevacion del abate parmesano Julio Alberoni, hábil negociador de aquella boda, que fué ascendido al ministerio de Estado.

Soñando Alberoni restablecer á España en su antigua grandeza, juntó una poderosa escuadra, que bajo las órdenes de Vera, marqués de Leyde, en menos de dos meses se apoderó de Cerdeña y marchó á invadir la Sicilia.

En vista de esto, el emperador, despues de contratar la paz con los turcos, tomó parte en la triple alianza contra España, formada por Inglaterra, Francia y Holanda.

Por este tiempo se descubrió en Francia una conjuracion para despojar de la regencia al duque de Orleans, la cual se atribuyó al cardenal Alberoni, y como su agente, al embajador español príncipe de Cellamare.

Amenazado así Felipe V por la coalicion europea, tuvo que firmar la paz de La Haya (1720), por la que hubo de restituir Sicilia y Cerdeña, que se dieron, con título de rey, al duque de Saboya, aunque asegurando al infante D. Carlos la sucesion inmediata de los Estados de Parma y Toscana. Por exigencia absoluta de los coligados, Alberoni tuvo que abandonar á España.

Atacado Felipe V de invencible melancolía, abdicó en su primogénito D. Luis, y se retiró al Real Sitio de San Ildefonso, donde habia fundado un palacio y amenísimos jardines, recuerdo de los de Versalles; pero muerto Luis I en aquel mismo año, D. Felipe volvió á ceñir la corona.

Residia entónces en España el baron de Riperdá,

embajador que habia sido de Holanda, destituido de su cargo por haber abrazado la religion católica, y que, amigo del príncipe Eugenio, logró que el emperador Cárlos accediera al tratado de Viena (1725), en virtud del cual reconoció éste á D. Felipe como rey de España, y al infante D. Cárlos como heredero de Parma y Toscana. Este suceso valió al holandés ser nombrado duque y ministro, favor que perdió al fin, y de que no se mostró digno en la desgracia.

España tomó parte en la guerra que sobrevino con ocasion de la muerte de Augusto, rey de Polonia. En ella ganó á los imperiales, el duque de Montemar, la batalla de Bitonto, y, por consecuencia, fueron conquistados Nápoles y Sicilia, que, en el tratado de Viena de 1735, se dieron al infante D. Cárlos, con el título de rey de las Dos Sicilias, aunque cediendo Parma, Plasencia y Guastalla al emperador.

Felipe V murió en el Buen Retiro, en 9 de Julio de 1746.

En los últimos tiempos de Cárlos II asistimos á la decadencia de España, que parecia agonizar: inmortal nuestra patria, volvió á renacer bajo el primero de los Borbones.

Felipe V recobró la influencia de España en Italia; sometió á Barcelona y á las Baleares; reconquistó á Orán, y defendió á Ceuta; sostuvo nuestras colonias; favoreció á los literatos y artistas; creó el Seminario de Nobles, la Universidad de Cervera y las Reales Academias de la Historia y de la Lengua.

Fernando VI (1756) heredó á su padre Felipe V, y señaló su advenimiento al trono con actos de beneficencia, poniendo en libertad á los presos, é indultando á contrabandistas y desertores.

Empeñada España, durante el anterior reinado, en la guerra de la Pragmática contra María Teresa,

aprovechó Fernando la gran victoria de Fontenoy para firmar la paz de Aquisgran , que puso fin á esta lucha en 1748, logrando ventajas en Italia para el infante D. Felipe; pero rechazó el *Pacto de Familia* y las solicitudes de Francia para renovar la contienda contra Inglaterra.

Tranquila España mientras ardian las demás potencias en empeñadas guerras, pudo el bondadoso Fernando VI dedicarse á labrar la felicidad de sus vasallos.

Este inolvidable príncipe fué gran protector de la industria y del comercio; amó las letras y las artes y corrigió los abusos de la administracion.

Para ello, puso en comunicacion ambas Castillas abriendo la carretera de Guadarrama; creó el observatorio de Cádiz, y los estudios náuticos en esta plaza y en el Ferrol; las Academias de San Fernando y de Buenas Letras de Sevilla; el Jardín Botánico; las obras del nuevo palacio real. A su muerte dejó una poderosa escuadra compuesta de cuarenta y nueve navios de línea y ventiuna fragatas, y cuando todos los pueblos se hallaban faltos de recursos, fruto de guerras asoladoras, el tesoro español, vacío á su advenimiento al trono, contaba con quince millones de duros.

En tiempo de Fernando VI se firmó el célebre *Concordato* de 1753 con la córte de Roma, que puso fin á las empeñadas cuestiones sobre el *Real Patronato*.

Naturalmente melancólico este monarca, no pudo vencer la profundísima tristeza que le produjo la muerte de su virtuosa consorte.

Así, pues, en cuanto ocurrió esta desgracia, se retiró á Villaviciosa, y negándose á todo consuelo, falleció en 10 de Agosto de 1759, un año despues que su esposa, á la edad de cuarenta y seis años.

Portugal. — Separado Portugal de España, en tiempo de Felipe IV, á Juan IV, de la casa de Braganza (1640), sucedió su hijo Alfonso VI (1656), el cual fué depuesto (1667), ejerciendo la regencia el infante D. Pedro, su hermano, que entró á reinar (Pedro II) á la muerte de D. Alfonso (1683) y tomó parte por el archiduque Cárlos en la guerra de Sucesion de España.

Juan V (1706), heredero de su padre, Pedro II, continuó la guerra contra D. Felipe V; celebró con Inglaterra el tratado de Methuen, y obtuvo del Sumo Pontífice, para los monarcas de Portugal, el título de *Fidelísimos*.

José I (1750) vivió sometido al marqués de Pomal, implacable enemigo de la Compañía de Jesús, autor de grandes trastornos y de peligrosas innovaciones que fué preciso anular á la muerte de este monarca (1777).

Doña María I sucedió á José I, su padre.



LECCION LXXVII

ESPAÑA. —CÁRLOS III Y CÁRLOS IV.

Muerto sin hijos Fernando VI, ocupó el trono su hermano D. Carlos, después de transmitir á D. Fernando, su tercer hijo, la corona de las Dos Sicilias, por imbecilidad declarada de su primogénito D. Felipe. acompañaba á éste, en su viaje á España, el segundo-génito D. Carlos Antonio, destinado á sucederle en esta última monarquía.

Participando este monarca del carácter benéfico de su predecesor, inauguró su reinado con muchas mercedes; compró grandes cantidades de granos que repartió en las Castillas, Andalucía y Murcia, afligidas por extraordinarias sequías y escaseces, y condonó á los pueblos gruesas cantidades que adeudaban al Tesoro público.

Irritado Carlos III por el apresamiento de unos barcos con bandera española, hecho por los ingleses, y por la construcción de ciertas fortificaciones en la bahía de Honduras, firmó el famoso Pacto de Familia (1661).

Las tropas españolas invadieron á Portugal auxiliado por los ingleses, los cuales se apoderaron en América de la isla de Cuba y de Manila en el Asia, mientras que los españoles conquistaban en el Brasil la colonia del Sacramento, é Inglaterra perdía su escuadra en una expedición contra Buenos Aires (1762).

Las partes beligerantes, ansiando el término de la guerra, firmaron la paz de Fontainebleau (1763), en virtud de la cual, los ingleses demolieron sus fortificaciones de Honduras, y España renunció al derecho de pesca en Terranova; nuestra patria recobró la Habana y Manila, en cambio de la Florida Occidental que adquirió en 1783, devolviendo á Portugal la colonia del Sacramento y recibiendo de Francia la Luisiana Meridional.

En 1766 ocurrió el motin contra el ministro Esquilache, por la prohibición de usar ciertos sombreros y la subida del precio del pan; cuestion que apaciguó, por medio de oportunas providencias, el conde de Aranda, Presidente de Castilla.

Cárlos III decretó en 1767 la *expulsion de la Compañía de Jesús*, que tantos servicios habia prestado á la religion, al Estado y á la ciencia, medida que se llevó á cabo con extraño rigor; siendo muy notable que los mismos que censuran tan duramente á nuestros predecesores por la expulsion de los judios y moriscos, como no recuerdan la expulsion de los muzárabes, no tengan una palabra de censura para este notorio atropello.

D. Cárlos libró (1774) á Melilla y al Peñon de la Gomera, sitiados por los marroquíes; ordenó una expedición contra Argel (1775) que obtuvo éxito desgraciado; castigó rudamente la invasion de los portugueses en el Rio de la Plata (1776), sojuzgando, por medio de Ceballos y de Casa-Tilly, los fuertes de que

aquéllos se habian apoderado, recobrando la colonia del Sacramento, y conquistando la isla de Santa Catalina; tomó parte en la guerra de la emancipacion de las colonias inglesas de América (1779), con varia fortuna, y acometió á Gibraltar (1782) con éxito desgraciado, desastre que apresuró los conciertos de paz (1783), por medio de la cual ganó España Menorca y la Florida, concediendo á Inglaterra el privilegio de la corta del palo de Campeche en ciertos distritos, y restituyéndole la Providencia y Panamá.

Renovada la empresa contra Argel en 1787, obtuvo tambien éxito desgraciado.

Cárlos III fué, como su hermano Fernando VI, protector de las ciencias, de las letras y de las artes, en cuya empresa le auxilió su célebre ministro, el conde de Floridablanca.

A este monarca se debe la fundacion de las Sociedades Económicas de Amigos del País; de las Academias militares de Barcelona, Cádiz, Orán y Ceuta; del Colegio de artillería en el Alcázar de Segovia; de las fábricas de San Fernando, Guadalajara y Brihuega; del canal de Aragon; de la Compañía de Filipinas; del gabinete de Historia Natural.

La muerte del infante D. Gabriel, ilustre traductor de Salustio, alteró profundamente la salud de Cárlos III, el cual espiró en 14 de Diciembre de 1788, á la edad de setenta y dos años.

A este inolvidable monarca sucedió su hijo Cárlos IV, en cuyo tiempo ocurrió la revolucion francesa de 1793.

Los últimos tiempos de la dominacion de la casa de Austria en España fueron los de la decadencia de las letras, decadencia que vinieron á completar los terribles azares de la guerra de Sucesion.

Terminada esta empeñada lucha, se dedicó Feli-

pe V á levantar la literatura de la postracion en que yacia, protegiendo los esfuerzos de las Reales Academias de la Historia y de la Lengua, que igualmente auxiliaron sus sucesores.

Fueron, entre otros, fruto de estos generosos propósitos, el Diccionario de Autoridades (1726 al 39); el de la Lengua de 1780, y la magnífica edicion del Quijote (1780 á 84).

Desde Felipe V á Cárlos IV florecieron principalmente, con mayor ó menor fortuna, el marqués de San Felipe, Luzan, Garcés, Feijoo, Velazquez, Mayans, el inmortal P. M. Fray Enrique Florez, Perez Bayer, Palomino, Mengs, Ponz, Cean Bermudez, Villanueva, Isla, Guerra, Iglesias, Jovellanos, Melendez Valdés, Cadahalso, Samaniego, Fray Diego Gonzalez, Cienfuegos, Escoiquiz, D. Ramon de la Cruz, Moratin, Quintana y otros varios.

LECCION LXXVIII

FRANCIA.—LUIS XV Y LUIS XVI.

Oscureciéndolo todo con el esplendor de sus victorias, Luis XIV derribó cuantos obstáculos hubieran podido oponerse á su omnipotente voluntad, y estableció un gobierno en el que todo dependia del capricho del monarca.

Era, pues, de esperar, que á la muerte de este rey memorable, faltos sus herederos de las deslumbradoras condiciones de su predecesor, la monarquía de Carlo-Magno y de San Luis rodara en el más hondo de los abismos.

Así sucedió en efecto.

Al morir *Luis el Grande*, recayó la corona en su nieto Luis XV, de edad de cinco años y medio, bajo la tutela de Felipe, duque de Orleans.

Reunido el Parlamento, se atrevió ya á contrariar la voluntad del rey muerto, anulando el Consejo de Regencia, que éste habia instituido en su testamento como precaucion contra la proverbial inmoralidad del duque, y á dictar otras medidas en ódio á Luis XIV.

Era el Regente inclinado al bien por su naturaleza; de elevada inteligencia; de seductora conversacion; poseia el conocimiento intuitivo de los hombrés; pero, por desgracia, el abate Dubois, su preceptor, habia

depravado estas ingénitas dotes, enseñándole á considerar la moral como una preocupacion vulgar y embarazosa; y la religion, cual una invencion hija de la conveniencia.

Dotado de tales condiciones de talento y de seductoras exterioridades que la educacion puso al servicio del mal, fué el duque de Orleans un mónstruo de dissolution y de libertinaje, con el que sólo podia rivalizar su hija, la célebre duquesa de Berry.

¡Desgraciado el pais en que la corrupcion descien- de desde la cumbre del poder, pues que muy en breve. aquélla, con rapidez vertiginosa, se comunica á las últimas clases y envenena hasta la médula de la sociedad!

El abate Dubois, autor y cómplice de esta corrupcion, crecia cada vez más en el favor del Regente, recibiendo en cambio empleos y pensiones, hasta de los enemigos de la Francia; entre ellas, el arzobispado de Cambray, que habian ilustrado el talento y las virtudes del inmortal Fenelon.

Luis XIV legó á la Francia una inmensa herencia de gloria; pero á la vez un deplorable estado financiero que agravaban cada vez más los desórdenes de la córte.

Para remediar este mal, acudióse á medios empí- ricos, que dieron menguado fruto, y hasta se llegó á nombrar una *Cámara Ardiente* para juzgar las preva- ricaciones y los cohechos, la cual fué nuevo foco de inmoralidad de escándalo y de ruina.

Entónces, Dubois presentó al Regente al escocés Juan Law, el cual prometia milagros, creando un valor ficticio que supliera al valor real, con el *papel- moneda*.

Al principio, los planes del escocés produjeron maravillosos resultados; pero muy en breve la ban- carrota y la ruina pública y privada cayeron sobre el pais comprometido en locas especulaciones.

A estos males se agregaron los horrores de una epidemia que asoló la Francia.

Así llegó Luis XV á la mayor edad, desarrollándose entre estos ejemplos.

Francia tomó parte en la guerra de *Sucesion de Polonia*, para sostener las pretensiones de Estanislao Lescinski, con cuya hija estaba casado Luis XV; guerra que terminó con el tratado de Viena de 1737 en el que Luis obtuvo la Lorena, á la cual se añadió Córcega, en virtud del tratado de Compiègne, fuente de tantas desgracias para la monarquía, que igualmente tomó parte en la guerra de la Pragmática, por el duque de Baviera contra el Austria; en la de los Siete Años, por María Teresa, y en la del Canadá.

Entre tanto, dominado el rey por mujeres perdidas que regian la Francia á su antojo, atentas sólo á distraer al monarca entre la seducción de los vicios, era cada vez más hondo el abismo del mal.

De esta manera se redoblaban los desórdenes; mostrábase osada la incredulidad creciente, con nombre de *libre examen*, y dictando el gobierno mismo disposiciones contrarias á la religion, abrogándose atribuciones de notoria incompetencia en el poder civil, el cual no comprendia, en su ceguedad, que atacar la religion era minar su más sólido fundamento.

Ahora, como siempre, se cumplieron las inflexibles reglas de la lógica en la persona del rey á quien intentó asesinar (1757) el fanático Francisco Damiens.

Las dilapidaciones y las guerras produjeron la necesidad de establecer odiosos tributos, y con ellos el acrecentamiento de la miseria y el ódio del pueblo.

Al cabo, despues de sembrar tantas tempestades, murió Luis XV, en 10 de Mayo de 1774.

Luis XVI, que heredó á su abuelo, estaba casado con María Antonieta, y era príncipe dotado de todas

las condiciones que constituyen un excelente padre de familia.

Al comenzar su imperio, la impiedad y el libertinaje escondieron su faz repugnante: todo parecía anunciar un feliz reinado. ¡Vana esperanza!

En una sociedad, cual la francesa de fines del siglo XVIII, en que se ha borrado el sentimiento religioso, todo es infecundo, como es infecunda la mejor de las semillas, arrojada á los arenales.

A tantos males hacinados por el tiempo, se añadió la pérdida de las cosechas, y con ella la siempre pavorosa carestía de los artículos de primera necesidad y el hambre del pueblo.

A Turgot sucedió en el ministerio Clugni, y á éste el protestante Necker, que creyó remediar los males del Erario por medio de empréstitos, y cayó del poder conquistándose la opinion pública.

Calonne, que lo sustituyó, deslumbró á todos en los primeros momentos, é indujo al rey á la convocacion de la *Asamblea de los Notables*, que fué preciso disolver, sin producir favorables resultados.

Entonces Luis XVI llamó á los *Estados Generales*, y volvió á encargar á Necker la direccion de la Hacienda pública.

La reunion de los Estados Generales en Versalles el 5 de Mayo de 1789, es la primera página de la REVOLUCION.

Al comenzar el triste reinado del feroz Saturno, eterno devorador de sus propios hijos, debemos terminar estas NOCIONES DE HISTORIA UNIVERSAL, retrocediendo ante ese lago de sangre, á través del cual no puede caminar con paso seguro LA TESTIGO DE LOS TIEMPOS.

FIN

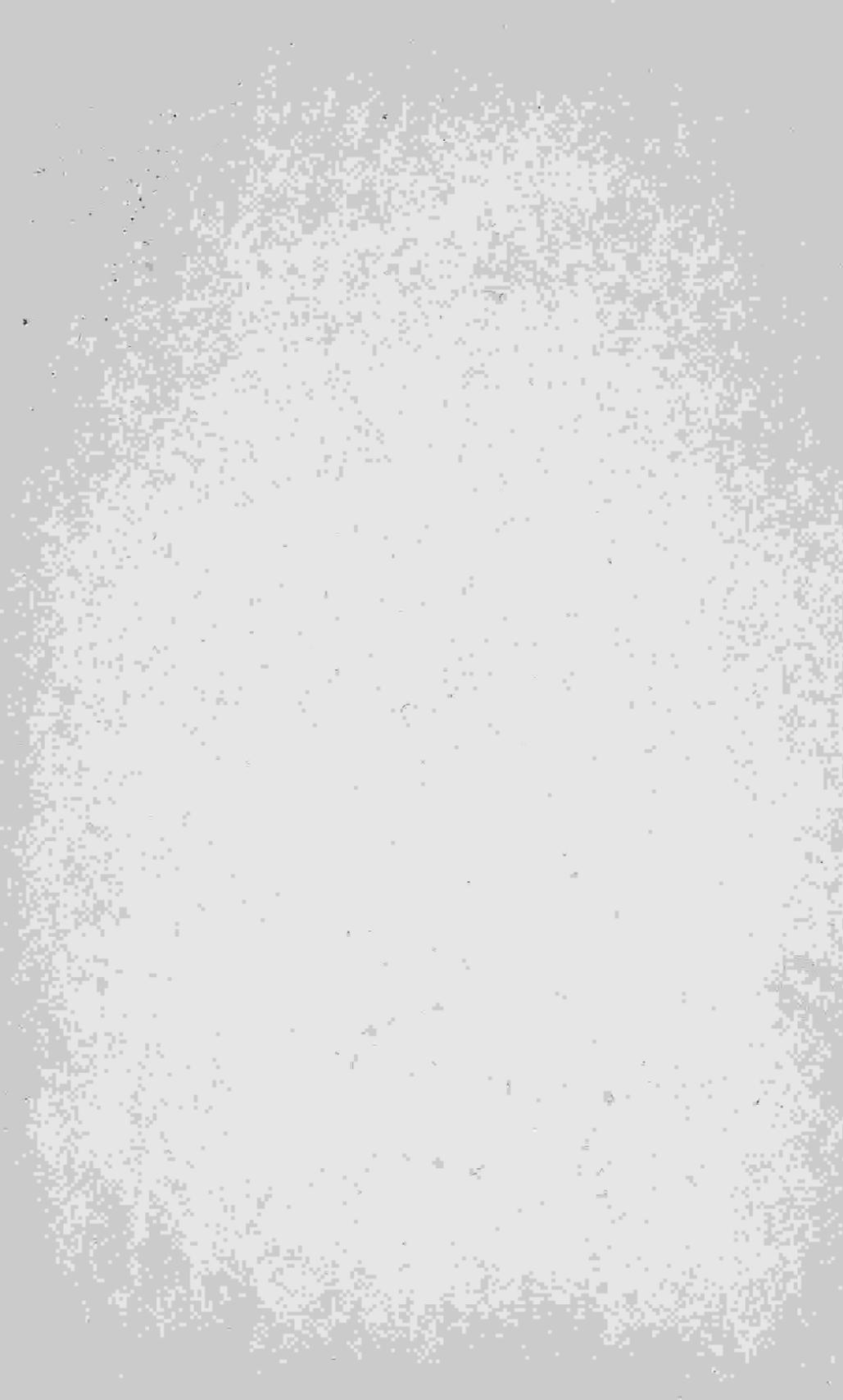
ÍNDICE

Lecciones.	Páginas.
I.	Plan de la Historia de la Edad Media..... 9
II.	Filiacion y costumbres de los pueblos bárbaros..... 14
III.	Sucesos del Imperio de Oriente, desde Teodosio II, hasta la muerte de Teodosio III... 19
IV.	Los ostrogodos y los lombardos en Italia... 25
V.	Los francos, desde su establecimiento en las orillas del Rhin, hasta el fin de la dinastía Merovingia..... 29
VI.	España, desde la invasion de los bárbaros, hasta Leovigildo..... 33
VII.	España, desde Recaredo á D. Rodrigo..... 38
VIII.	La Britania, desde su abandono por los romanos, hasta Alfredo el Grande..... 47
IX.	Mahoma.—Los califas, hasta la toma de Bagdad por los mogoles..... 53
X.	Los árabes en España, desde la batalla de Guadalete à la fundacion del califato de Córdoba..... 59
XI.	El Bajo Imperio.—Emperadores Isauricos.. 65
XII.	Los francos, desde Pipino el Breve hasta Carlomagno..... 68
XIII.	La Iglesia cristiana.—Las letras y las artes. 73

Lecciones.	Páginas.
XIV.	Sucesores de Carlo-Magno..... 79
XV.	El Califato de Córdoba..... 83
XVI.	Principios de la Reconquista.—Reino de As- turiás..... 89
XVII.	Reino de Leon..... 92
XVIII.	El reino de Navarra, hasta su fin en tiempo de D. Fernando el Católico..... 97
XIX.	Reino de Aragon..... 100
XX.	Condado de Barcelona..... 104
XXI.	Castilla y Leon reunidos..... 107
XXII.	Castilla, desde D. Sancho III á D. Alfonso XI. 110
XXIII.	Reyes de Castilla y de Leon, desde D. Fer- nando IV hasta doña Isabel I..... 116
XXIV.	Portugal, hasta Alfonso V..... 123
XXV.	Los daneses y los normandos..... 126
XXVI.	Los normandos en Italia..... 130
XXVII.	Alemania, desde Conrado I á Enrique III... 135
XXVIII.	Alemania.—Enrique IV y San Gregorio VII. 138
XXIX.	Francia, desde Hugo Capeto á San Luis..... 144
XXX.	Imperio Griego, desde Nicéforo á Alejo I... 146
XXXI.	Las Cruzadas.—Primera, segunda, tercera, cuarta y quinta Cruzada..... 155
XXXII.	Las Cruzadas.—Sexta, sétima y octava Cru- zada..... 161
XXXIII.	Consideraciones sobre las Cruzadas.—Las Ordenes militares..... 167
XXXIV.	Alemania, desde Lotario II á Federico III.— La Confederacion Helvética..... 175
XXXV.	Los Estados italianos..... 179
XXXVI.	Inglaterra, desde Guillermo el Conquistador hasta Eduardo II..... 183
XXXVII.	Francia, desde Felipe III hasta Cárlos IV... 189
XXXVIII.	Francia é Inglaterra.—Guerra de los Cien Años.—Guerra de las Dos Rosas..... 196
XXXIX.	El Imperio Otomano.—Ruina del Imperio de Oriente..... 199
XL.	Las grandes nacionalidades.—La imprenta, la pólvora, la brújula..... 207
XLI.	Historia de Rusia y Dinamarca..... 211
XLII.	Polonia.—Hungria y Bohemia..... 216

Lecciones.	Páginas.	
XLIII.	El Imperio de Oriente, desde Alejo I.—El Imperio Otomano, desde Mahomet II.....	220
XLIV.	El Imperio de Austria, desde Federico III.—La Confederacion Helvética.....	224
XLV.	Francia.—Luis XI.—Cárlos VIII y Luis XII.	227
XLVI.	España.—Los Reyes Católicos.—Doña Juana.—El cardenal Jimenez de Cisneros.....	231
XLVII.	Portugal, desde D. Juan II al cardenal don Enrique.....	238
XLVIII.	Historia de Inglaterra, desde Eduardo VI hasta Jacobo I.....	245
XLIX.	Cárlos I de España y V de Alemania.....	250
L.	D. Cárlos y Francisco I. (Continuacion).....	256
LI.	La Reforma religiosa.....	362
LII.	Martin Lutero. (Conclusion).....	268
LIII.	Cristóbal Colon.—Su primer viaje.....	274
LIV.	Cristóbal Colon.—Su primer viaje. (Continuacion).....	280
LV.	Primer viaje de Cristóbal Colon.—Descubrimientos.....	285
LVI.	Primer viaje de Cristóbal Colon. (Conclusion).	291
LVII.	Segundo viaje de Cristóbal Colon.....	297
LVIII.	Tercer viaje de Cristóbal Colon.—El comendador Bobadilla.....	302
LIX.	Cuarto viaje de Cristóbal Colon.—Su regreso á España.....	308
LX.	Muerte de Cristóbal Colon.....	315
LXI.	Hernan-Cortés.....	321
LXII.	Hernan-Cortés. (Conclusion).....	328
LXIII.	El Perú.—Los Pizarros.....	335
LXIV.	El Perú.—Los Pizarros. (Continuacion).....	342
LXV.	El Perú.—Los Pizarros. (Continuacion)....	349
LXVI.	El Perú.—Los Pizarros. (Conclusion).....	356
LXVII.	Felipe II de España.....	364
LXVIII.	Felipe II de España. (Conclusion).....	371
LXIX.	España bajo Felipe III, Felipe IV y Cárlos II.	378
LXX.	Escocia.—Inglaterra, desde Jacobo I á Cárlos II.....	384
LXXI.	Francia, desde Francisco I á Luis XIV.....	388
LXXII.	Guerra de los Treintá Años.....	393

<u>Lecciones.</u>	<u>Páginas.</u>
LXXIII. Francia.—Luis XIV.—España.—La Guerra de Sucesion.....	401
LXXIV. Alemania, desde Leopoldo I á José II.—Prusia, hasta Federico II.....	408
LXXV. Inglaterra desde Cárlos II á Jorge III.....	413
LXXVI. España.—Felipe V, Luis I y Fernando VI.—Portugal, desde Juan V á María I.....	416
LXXVII. España.—Cárlos III y Cárlos IV.....	421
LXXVIII. Francia.—Luis XV y Luis XVI.....	425



MANUEL DE GEORGE

LECCIONES
DE
HISTORIA
UNIVERSAL

